

Ho ne

~~ma~~ta



OBRAS

POÉTICAS Y LITERARIAS

DE D. JOSÉ DE CASTRO Y OROZCO,

MARQUÉS DE GERONA,

de la Real Academia de Ciencias morales y políticas.

TOMO PRIMERO.

MADRID,

IMPRESA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle de la Madera, número 8.

1864



OBRAS

POÉTICAS Y LITERARIAS

DE DON JOSÉ DE CASTRO Y OROZCO,

MARQUÉS DE GERONA.

B-2488

OBRAS

POÉTICAS Y LITERARIAS

DE D. JOSÉ DE CASTRO Y OROZCO,

MARQUÉS DE GERONA,

de la Real Academia de Ciencias morales y políticas.

2
~~~~~  
TOMO PRIMERO.  
~~~~~

Reg.^o 9.184

MADRID,

IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle de la Madera, número 8.

1864

Excmo. Sr.

DON JOAQUIN GOMEZ DE LA CORTINA,

MARQUÉS DE MORANTE.

MI ESTIMADO AMIGO: Hace cerca de un año que leyó V. casualmente en los periódicos mi *Romance* á S. M. la Reina, con motivo de su viaje á Granada; y como es V. uno de los más ardientes aficionados á la antigua literatura clásica, pagó tributo á su entusiasmo y juzgó mi trabajo con harta indulgencia, contribuyendo ciertamente á la benévola exageracion de su juicio la sorpresa de saber que yo fuese poeta, cosa que ignoraba, á pesar de tratarme familiarmente en consejos y academias.

Usted, amigo mío, que está acostumbrado á hacer el más noble uso de su fortuna, distribuyéndola entre la caridad y la proteccion á las letras, me rogó entónces que le facilitase todos mis versos y obras literarias para honrarlas, insertándolas en el *Catálogo de su librería*, obra monumental, que levanta V. en nuestros dias á todos los ramos del saber humano, y que enriquece con sazonados frutos de su propia cosecha, ora en forma de eruditas biografías, ora en la de reproduccion de trozos inéditos de los más célebres clásicos, ora en la de discursos nutridos de la más sana doctrina literaria.

El juicio de V. no pudo ménos de halagarme particularmente: era la expresion sincera de su opinion como conocedor del arte, y la opinion de V. es una de las más respetables en materias de literatura.

No creí, sin embargo, que debia aceptar el alto honor que se dignaba V. dispensarme; pero sí me animé con su favorable voto á coordinar mis trabajos poéticos y literarios, para tener el gusto de ofrecérselos á V. yo mismo en coleccion, ya que á V., y sólo á V., se debia el impulso que me ha determinado á publicarlos.

Sí, mi querido Marqués: sin el poderoso estímulo de V., mis graves

ocupaciones, cierto abandono natural de carácter, mil otras causas hubieran dilatado indefinidamente su impresion; porque aun cuando alguna vez haya pasado por mi imaginacion la idea de dar á luz mis opúsculos poéticos y literarios, no queria hacerlo sino en union con otros varios politicos, jurídicos y morales, diseminados en periódicos y folletos, ó inéditos entre mis papeles.

El vivísimo deseo de complacer á V., correspondiendo de este modo á sus bondades ilimitadas, es el que me hace romper mi propósito, y publicar hoy mis obras literarias por separado de las de carácter más grave, á cuya sombra pensé siempre colocarlas. Y no es esto ciertamente desdeñando la poesía; es justo temor de ofrecer aisladamente las mías al juicio, siempre severo, del público.

Acepte V. pues, amigo mio, esta carta dedicatoria, como la más sincera expresion de mi cordial afecto, y como un tributo que pago muy gustoso á la influencia decisiva que le corresponde en la publicacion de estos ocios, la mayor parte de ellos obra de mis primeros años.

Soy siempre de V. afectísimo amigo, atento y S. S., Q. B. S. M.,

EL MARQUÉS DE GERONA.

Madrid, 1.º de Julio de 1863.

POESÍAS SAGRADAS.

NOMBRES DE DIOS.

ORIENTAL.

¡ Oh Señor, oh Señor ! Quiero invocarte,
Y no acierta mi lengua con tu nombre :
¿Cómo, dime, ¡ oh mi Dios ! debe llamarte
Cuando á tus piés temblando llega el hombre ?

Tú eres aquel que cuentas nuestras culpas
Y palpas nuestro aliento imperceptible ;
Tú eres Rey del humilde y del soberbio,
Tú eres luz , tú eres vida inextinguible.

Disuélvese á tu voz , cual sal en agua,
La amargura del ánima doliente ;
A tu voz se aproximan ambos polos,
A tu voz se separan nuevamente.

Tú diriges á aquellos que dirigen
La humanidad, unciéndola á su carro,
Ora ostenten en trono su potencia,
Ora dócil se postre ante su ciencia.

Tú eres cielo cerrado, noche oscura,
Y antorcha al mismo tiempo de luz pura.
« Llueva », dices, Señor, y Acuario, enjuto,
De súbito rebozá y se derrama.

Por tí lleva tambien el árbol fruto,
Y el mar, rugiendo, por su Dios te aclama.

¡ Oh tú, del cielo Criador !
¡ Oh látigo de los vientos !
De eternos mantenimientos
Eterno mantenedor.

¡ Oh bolso del indigente !
¡ Oh escudo del desvalido !
¡ Oh Señor siempre escondido !
¡ Oh Señor siempre patente !

¿ Dónde estás, que no te toco,
Y te siento en cualquier parte ?
¿ Cómo, sin nunca encontrarte,
A todas horas te invoco ?

El cachorro del leon
Se nutre por tu clemencia,
Y alcanza tu providencia
En su nido el gorrion.

¡ Oh mi luz ! ¡ oh norte mio !
¡ Oh flor de perfume eterno !
¡ Oh dulce lumbre en invierno !
¡ Oh clara fuente en estío !

¡ Oh metal que no te ligas
Con impureza ninguna !
¡ Oh arquitecto de la luna !
¡ Oh tutor de las hormigas !

¡ Gigante que nos comprime
Sin sentirse su contacto!
¡ Dedo sutil cuyo tacto
La luz impalpable oprime!

¡ Ojo que estás siempre alerta!
¡ Oh manantial del poder!
¡ Oh cerrojo del saber!
¡ Oh llave de toda puerta!

¡ Oh Criador de opuestas zonas!
¡ Oh depósito de bienes!
¡ Oh tú, que en tu mano tienes
Las lepras y las coronas!

¡ Oh mi sol! ¡ oh Santo! ¡ oh todo!
Yo al contemplarte me abismo:
¿Qué soy al fin por mí mismo?
Paja, tierra, barro, lodo.

Bendito mil veces seas,
Bendito, Dios tremebundo,
Que á tus piés tienes el mundo
Y en mirarle te recreas.

Bendito sin fin, Señor,
Ora dispares el rayo,
Ora en mañana de Mayo
Viertas aroma en la flor.

¡ Oh pintor de sus colores!
¿Quién á tí te toma cuenta?

Tú eres puerto en la tormenta,
Tú eres lluvia de favores.

En vano tu inmensidad
Pretende medir el sabio.
La verdad está en tu labio,
La fuerza en tu voluntad.

Muéstrate, Señor, á mí :
Ya besa el polvo mi boca :
A tí engrandecerme toca,
A mí humillarme ante tí.

¡ Oh!... mi Señor me ha escuchado :
¡ Oh!... mi Señor aparece :
¡ Oh cuánto sol resplandece
A sus piés amontonado!

¡ Qué de escalones de estrellas !
¡ Qué de vistosos jardines !
¡ Oh qué sabrosos festines !
¡ Oh cuántas vírgenes bellas !

Allí el tálamo de paz ,
Allí el pozo de la vida :
¡ Cuál mana de él la bebida
Que influye eterno solaz !

¡ Oh Señor ! sediento estoy :
¡ Oh mi Dios ! tu hechura soy :
¡ Oh Señor ! á tí me postro :
¡ Oh mi Dios ! vuelve tu rostro :
¡ Oh Señor ! es saeta tu mirada :
¡ Oh Señor ! tu grandeza me anonada.

LA EUCARISTÍA.

PARÁFRASIS DE ALGUNAS ESTROFAS DEL HIMNO AL SACRAMENTO.

Lauda Sion Salvatorem, lauda ducem et pastorem, etc.

¡ Señor! ¡ Señor! ¿ Y tanto el polvo humano
Consiguió recabar de tu clemencia?
¿ La suma Omnipotencia,
El que agita los rayos en su mano,
Quien no cabe en el cielo,
Morar se digna en el inmundo suelo?
Tú desdeñas ¡ oh Dios de las alturas!
Tu trono refulgente,
Más allá de los astros colocado:
¿ Y resuelves quedarte eternamente
Con las tristes criaturas,
A tu soplo formadas,
De barro deleznable fabricadas?
¿ Cuándo de Adán la prole esperar pudo
Tan alto beneficio?
¡ Tú, gran Dios, en su pecho! ¡ tú, propicio,
Convertirte en su escudo,
Y servir de sustento
Al mortal en el Santo Sacramento!

Alábente ¡ oh Señor! todas las gentes
Desde el helado Polo al Mediodía,
Y en himnos reverentes

Te aclamen su consuelo y su esperanza,
Y resuene cual trueno tu alabanza.

*Vetustatem novitas
Umbram fugat veritas,
Noctem lux eliminat.*

Cesó, cesó el misterio que encubria
Al Señor de Israel : cual sol que asoma
Se nos muestra en la Santa Eucaristía :
La luz brilla y destierra
La noche tenebrosa ;
La sombra pavorosa
Se aleja de la tierra ,
Y el hombre desde el suelo
Abrirse mira con asombro el cielo.

*Quod in cœna Christus gessit,
Faciendum hoc expresit
In sui memoriam.*

¡ Oid!... ¡ oid!... entre los suyos cena :
Tomó el pan y exclamó : « Lo que yo hago ,
Que repitais os mando en mi memoria.»
¡ Y tú , torpe mortal , estás remiso
En disfrutar la gloria
A que el Dios de Judá llamarte quiso ?
Corre, corre, sacude el hondo sueño
En que yaces sumido ,
Y llega arrepentido
Y á la mesa te sienta ,
Que sacia, robustece y alimenta.
No es un manjar comun ; es pan precioso,
Es pan de salvacion, es pan de vida ,

La celestial comida
Con que te brinda el Todopoderoso.

*Quod non capis, quod non vides
Animosa firmat fides
Præter rerum ordinem.*

¿Hasta cuándo, Señor, tu propia hechura
Se alzará contra tí, y en su delirio
Pretenderá contar tus maravillas?
¿Hasta cuándo el reptil con su impotencia
Comparará de un Dios la inteligencia?
Tú, Señor, le sacaste de la nada,
Tú despues le animaste con tu aliento,
Tú refrenas el mar, tú el viento impulsas,
Tú mides con un paso el firmamento,
Tú á la luz impalpable diste leyes,
Tú eres Dios de Israel, tú Rey de reyes.

¿Quién vió al sol sin cegar? Diráale al paso
El insecto al leon : « ¡ Oh ! dame cuenta :
Ven aquí á departir conmigo al lodo :
¿ Por qué tu frente la corona ostenta ? »
El leon no le oirá : la enorme garra
Asentó sin curarse del mezquino,
Y aplastóle por caso en su camino.

Flaca y vana razón, abate el vuelo,
Sométete á la fe : calla y adora,
Que aún al querub que Dios más alto encumbra,
El resplandor de Dios tambien deslumbra.

*Sumunt boni, sumunt mali,
Sorte tamen inæquali
Vitæ vel interitus.*

¡ Oh , dichoso sin fin el que contrito
Se aproxima al convite sacrosanto,
Y tu cuerpo, Señor Omnipotente,
Recibe dignamente !
En su pecho se anida el Justo, el Santo,
Y de gloria le llena
Y del gozo más puro le enajena.

Mas ¡ ay del que atrevido ,
En el inmundo vicio encenagado,
Osa el manjar sagrado
Recibir en su pecho corrompido !
El cuerpo del Cordero inmaculado ,
Que al alma arrepentida
Sirve de escudo y salvacion y gloria,
Para el triste en veneno se convierte,
Y en el cáliz de vida ,
En vez de eterno bien, bebe su muerte.

*Bone p̄stor, panis vere,
Jesu, nōstri miserere :
Tu nos pasce, nos tuere :
Tu nos bona fac videre
In terra viventium.*

Bondadoso pastor, Jesus amante,
Preserva con tus silbos protectores
Tu tímido ganado
Del lobo que le acecha encarnizado.
Tú, del hombre esperanza y alegría,
Tú, Señor, por su torpe inobediencia

Encarnado en el seno de María,
 Ostenta tu clemencia,
 Sirviéndole de guía
 En el mundo engañoso,
 Do el vicio artificioso
 Atenta sin cesar á la inocencia.

*Tu qui cuncta scis et vales,
 Qui nos pascis hic mortales:
 Tuos ibi comensales,
 Coharedes et sodales
 Fac sanctorum civium.*

¿Y eres tú, Dios terrible, eres el mismo
 Que en la indigna Salem escarnio fuiste,
 Y en la cima del Gólgota eminente
 El infame suplicio padeciste?

¡Tú allí ludibrio del feroz encono
 De una plebe soez y descreida!
 ¡Tú, que colocas sobre el sol tu trono,
 Como Rey de la muerte y de la vida!

¡Salve, salve, Señor! tu santo nombre
 El vasto espacio llena,
 Y allá en el fondo del abismo suena.
 ¡Hosana! ¡Hosana! sin cesar entona
 El escuadron de puros serafines;
 ¡Hosana! los humildes querubines,
 Y ardiendo de tu amor en viva llama,
 El coro virginal ¡Hosana! exclama.

Mansedumbre sin fin, Dios bondadoso,
 Que cual padre en la tierra nos sustentas

Con tu cuerpo glorioso,
Y á tu mesa santísima nos sientas;
Haz que el hombre desdeñe los encantos
Del mundo corrompido,
Y el himno de tu elogio reverente
Repita eternamente,
Con los grupos celestes confundido.

A LA VÍRGEN DE LAS ANGUSTIAS,

Patrona de Granada,

DESPUES DEL SITIO QUE SUFRIÓ ESTA CIUDAD EN 1843.

ROMANCE.

Vírgen como el sol radiante,
Madre de Angustias ahogada ,
¿Quién es como tú potente
En las celestes estancias?

Eres cándida azucena,
Eres rosa deshojada ,
Eres luna que entre nubes
A mares su luz derrama.

Milagrosa apareciste
Como lirio en la montaña ;
Ni se sabe quién te trajo,
Ni se sabe dónde estabas.

Sólo se sabe que robas
El amor de nuestras almas ,
Que eres nuestra dulce Madre,
Y en cualquier riesgo nos salvas.

De banderas y estandartes
Y de ricas presentallas
Las paredes de tu templo
Están, Señora, adornadas.

Tú cortas las epidemias ,
 Tú los terremotos paras :
 No hay favor que no te deba
 Tu ciudad *Grande y Nombrada*.

Contra el frances te eligió
 La devocion , Generala ,
 Y no fué, bajo tu mando,
 La gloria por cierto escasa.

Ciudad Rodrigo y Gerona
 Quizá tu amparo lograban ,
 Que eran , á fe, granadinos
 Los héroes que allí mandaban.

Por Generala otra vez
 La voz popular te aclama ,
 Cuando en intestina lid
 Arde la mísera España.

Nube preñada de rayos
 Sobre la vega tronaba :
 Tú , Vírgen , la disipaste ,
 Como las sombras el alba.

Esa corona de espinas
 En triunfal ¡ oh Reina ! cambia ,
 Que al capitan se le debe
 Tanto honor en la batalla.

¡ Salve, pues , Vírgen que vences !
 ¡ Salve, pues , Madre que amparas !
 ¡ Salve, celestial Patrona
 De tu siempre fiel Grañada !

POESÍAS MORALES.

AMOR SIN SENTIDOS.

FANTASÍA POÉTICA Á LA BARONESA DE*.

Intermissa Venus diu

Rursus bella moves? Parce, precor, precor.

Era la aurora ya : tenaz el sueño
De mis cansados párpados huía :
Del tristísimo amor que me consume
Viva la llama, como siempre, ardía.

Todo sombras, pavor... rendida el alma
Al peso del dolor ya sucumbía :
«Razon, grité indignado, ¿por qué huyes?
» Si me dejas así, ¿de qué me arguyes?»

Dije, y... ¿creeráslo? luminoso punto
A mi diestra aparece ;
Se ensancha circular, cual onda en lago,
En cambiantes de luz desaparece ;
Y una hermosa matrona, coronada
De nardo y rosa entre el olor suave,
A mí se acerca silenciosa y grave.

Era su rostro... mas reclamo en vano
Tus espléndidas galas, ¡oh poesía!
La razon tu ropaje no consiente :
La razon no se pinta, que se siente.

Oye el coloquio tú, noble señora,
De amor y honestidad alto dechado :
Cual en bronce, grabado
En el pecho quedó del que te adora :

Siente tú, pesa tú cuanto me dijo;
Y ojalá que su voz lleve á tu alma,
Luz en la duda, en el tormento calma.

YO.

¡Salve, salve, Razon! ¡Bendita seas!
Tu santo amparo en mi amargura invoco,
Do quiera sombras, precipicios, toco.

RAZON.

Pronta acudo á tu voz. ¡Oh, si el humano,
Cual vengo yo en su auxilio diligente,
Siguiera mis consejos obediente!

YO.

A seguirlos aspiro, reina adusta
De rebeldes vasallos,
Forma de la virtud, hija del cielo,
Sombra sacra de Dios, lumbrera augusta
Del mortal en el suelo...

RAZON.

Mortal eres á fè. Nada conmigo
Tus lisonjas podrán. Dime tu pena:
Ya te escucho solícita y serena.

YO.

¿No la aciertas, oh reina de los mundos?

RAZON.

No la acierto en verdad. Ojos de lince,
Que muy de léjos ven, de noche ciegan:
Yo lo futuro perspicaz sondeo;
No lo pasado, cual la historia, leo.

YO.

Adivínalo al ménos, Razon clara :
 ¿Nada á tus ojos mi rubor declara?

RAZON.

¿Tu rubor? signo equívoco en los hombres.
 Practicar la virtud os ruboriza,
 Y orgullosos quizá, servís al crimen.—
 Mas quiero ser contigo complaciente :
 En insomnio cruel arde tu frente :
 Tu corazon palpita destrozado...
 Empero en tu semblante macilento
 No descubro la huella sanguinosa
 De atroz remordimiento :
 Desgraciado no más eres sin duda :
 Alienta, que desdichas y dolores
 De ese mundo en que vives son las flores.

YO.

¡Oh hija santa de Dios! Ya tus consuelos
 Cual bálsamo de amor al alma llegan.
 ¡Bendita tu bondad, Padre clemente,
 Que me hiciste infeliz, no delincuente!

RAZON.

¡Orgullosa consuelo! ; A quién le es dado
 Hollar con firme pié la angosta senda
 Que media entre el error y entre el pecado?
 ¿A quién... Pero concluye :
 No estás ya de tu edad en los abriles :
 ¿Qué conturba tus fuerzas varoniles?

YO.

Contúrbame el amor.

RAZON.

Flor en otoño,
 Presiente temerosa las heladas :
 Mas crezca , si nació. Dios le dió vida :
 Embalsame su aroma el aura leve ,
 Que amor enciende fuego sobre nieve.
 ¿ Desdenes llorarás ?

YO.

Canto venturas.

RAZON.

¿ Es honesta tu amada ?

YO.

Es á mis ojos
 Rayo del sol , aún sobre el fango , puro.

RAZON.

Rapazúela tal vez , ¿ temes mudanza ?

YO.

No , que ciñe á su frente la corona
 De vírgen en frescura y de matrona.

RAZON.

Pues ámala , que amor es ley eterna.

YO.

No está libre , Razon.

RAZON.

¿Cómo? ¡Mezquino!
 ¿Y en tu loca soberbia, desdichado
 Te llegaste á juzgar, no delincuente?

YO.

Desdichado no más, Razon severa.
 Si del crimen el peso en mí sintiera,
 No á tí, Razon, que perdonar no sabes,
 A Dios, Padre de amores, recurriera.

RAZON.

Te comprendo, filósofo sombrío,
 Varon en seso, en corazon mancebo.
 Del precipicio al borde, aún no caiste;
 Mas vértigo mortal al fin sentiste.
 Retrocede, ¡valor!

YO.

¿Pídesle al hombre
 Naturaleza angélica?

RAZON.

Prohibo
 En ponzoña trocar la dicha ajena:
 Mas allá no hay virtud.

YO.

Mártir sucumbo
 Del áspero deber á la cadena:
 Ni una lágrima cuesta, ni un suspiro,
 El despiadado amor que me enajena.

RAZON.

Desecharlo te cumple: amor es ciego:
 Mariposa serás cerca del fuego.

YO.

No es posible , Razon : en seca leña
 Mal se apaga el incendio : desgajado ,
 Al abismo el peñasco se despeña.
 Dame el vigor de mis hermosos años ,
 Delante pon un mundo de ilusiones ,
 Y aún así de Lucinda bella y pura
 Amaré ciegamente la hermosura.

RAZON.

¡Infeliz ! ¿La que adoras es Lucinda?
 ¿Es ese serafin en mortal forma ? —
 ¿Y la noble matrona recatada
 Arde en secreto del amor flechada ?

YO.

Arde cual ardo yo : nos abrasamos.

RAZON.

Responde , que tu cuita apurar quiero.
 ¿Qué favores te otorga su decoro ?

YO.

Honestos son aún ; mas ¡ ay ! flaquea
 Por demas su virtud , cede la mia :
 Tiembla su mano si mi mano toca ;
 Con miradas de amor mi amor enciende ,
 Con púdicos suspiros le reprende ;
 Desmayado clavel es en mi ausencia ,
 Es casta sensitiva en mi presencia :
 Ni yo me entiendo á mí , ni ella se entiende :
 Tanto amor , tanta dicha ya me espanta :
 Amamos con locura , Razon santa.

RAZON.

¡ Oh arcanos del Señor ! ¡ Oh tristes hombres ! —
Mi escudo es de cristal contra ese dardo.

YO.

Razon , ¿ eso me dices ?

RAZON.

Os sojuzga
Voluntad sobrehumana. Dios , gemelas
Dos almas inspiró , lanzólas léjos :
Las separó con duplicado muro ;
¡ Mas juntáronse al fin !... Oye : que puro
Prosiga vuestro amor. Dios medicina
Sabe hacer, si le place , del veneno :
Dios abre castas flores sobre el cieno.

YO.

¡ Razon , santa Razon !

RAZON.

Toca mi mano :
Hé aquí el postrer favor que al hombre otorgo.

YO.

¡ Ah ! dámela... Mas suelta , que al tocarla ,
Hielo de muerte infiltras por mis venas :
Mi corazon fallece aletargado ;
Pero al morir suspiro enamorado.

RAZON.

Suspira , que la vida es agonía.
¡ Dichoso el que suspira , y al pecado ,

Leon rugiente que su presa acecha ,
 ¡ *Atras !* le dice en tempestad deshecha ,
 Por mis santos avisos confortado !

YO.

¿ Donde os fuisteis , risueñas ilusiones ?
 ¿ Qué horrible realidad es la que toco !
 ¡ Ay mi perdido bien ! ¡ Ay amor loco !

RAZON.

¡ Ay de tí si desechas mis lecciones !
 Adios.

YO.

¡ Detente !... Mas la invoco en vano :
 La celeste vision huye mis ojos.
 ¡ Oh Razon ! ante tí caigo de hinojos :
 Lucinda, ya lo sé : seré tu hermano,
 Tu mi hermana serás , casta y hermosa :
 ¡ *Atras !* ¡ *Atras*, impúdicos deseos !
 ¡ Sentidos , como esclavos someteos !

EL CEMENTERIO VIOLADO.

LEYENDA.

« Arad , bueyes , arad , romped la tierra ,
Las cruces de las tumbas no os espanten ;
No temais que los muertos se levanten ,
Mísero polvo en el sepulcro son.»

Y los bueyes araban lentamente,
Y fémures y cráneos revolvían ,
Y al oírlos crujir retrocedían ,
Y otra vez les punzaba el aguijón.

Y al volcar una losa , « ¿quién me inquieta ? »
Un cadáver gritó ; y alzóse al punto ,
Y el rostro verdinegro del difunto
Cubre al profano de pavor mortal.

« ¿Quién eres ? (prosiguió). ¿Por qué interrumpes
El lento devorar de mis gusanos ?
Labrador de las tumbas , con tus manos
Ven y coge su fruto natural.»

Dijo , y sacude sus podridos miembros ,
Y en la huesa de golpe se derrumba ;
Y enjambre de gusanos sordo zumba ,
Que en el vivo se pegan como pez.

« ¡Perdon ! ¡perdon ! » el mísero exclamaba ;
« ¡Perdon ! ¡perdon !... » y su tormento crece ;
Mas su voz á los bueyes enfurece ,
Y embístenle sañudos á la vez.

Y cual pelota al cielo le lanzaron ,
Y cual plomo á la tierra descendió,
Y cual vidrio sus huesos resonaron ,
Y cual odre soplado reventó.

Y el cadáver del vil no encontró tumba ,
Que un lobo le devora y un mastin ;
Y del trueno á compas , que sordo zumba ,
Los grajos de sus restos dieron fin.

LA SANTA Y LA PECADORA.

CUENTO.

(ANTÍTESIS DE BERANGER.)

De San Vicente una hija ,
En pureza intacta flor,
A una actriz por demas frágil
Del cielo en el atrio halló.

Muertas ambas en un día ,
Llegaron allí las dos ,
Una en alas de los ángeles ,
Otra en brazos del amor.

Del amor, no aquel carnal
Que Grecia impura adoró,
Sino del amor cristiano ,
Que es caridad y perdon.

« Bien venida, santa hermana »,
Dijo Pedro, y la abrazó.
« No te vayas, pecadora ;
Puedes tener salvación.

» — ¡ Cómo ! prorumpió la actriz ;
¿ Qué es lo que decis , Señor ?
¡ Pues al lado de ese ángel
He de merecerla yo !

» — Contad vuestra vida entrambas
(Dijo el conserje de Dios) :
Aquí está la Magdalena,
Y tambien el buen Ladron.

» — Mi madre (dijo la hermana),
Santamente me educó,
Y en el claustro busqué asilo
Contra el mundo tentador.

» — Yo no sé si tuve madre
(La actriz dijo, y suspiró) :
Sólo sé que en mi abandono
Ser hermosa fué mi don.

» — Yo, la religiosa añade,
Siempre por amor de Dios,
En el palacio y la choza
Presté consuelo al dolor.

» — Yo, dijo la actriz, del rico,
Siendo el resorte mi amor,
En favor de la indigencia
Mover supe el corazon.

» — Yo, junto al lecho de muerte
Con evangélica unción,
Preparé á morir tranquilo
Al justo y al pecador.

» — Yo, el tedio del poderoso
Disipando con mi voz,
Le enseñé á estimar la vida
Y á agradecérsela á Dios.

» — A todos pedí limosna,
Sofocando mi rubor,
Y al entregársela al pobre,
Recibí su bendicion.

» — El precio de una caricia
Más de una vez me bastó
Para salvar en secreto
De una huérfana el honor.

» — Yo, al morir, del sacerdote
Recibí la bendicion,
Y aún resuenan sus plegarias
En el templo del Señor.

» — Yo en mi súbita agonía,
Desgarrada de dolor,
«Sálvame, padre de amores,
¡ Perdon, exclamé, perdon ! »

» — Basta, piadosas mujeres
(Al fin San Pedro exclamó):
Tuvisteis fe y caridad:
El cielo os abro á las dos.

» Con tu corona de mártir
Entra, vírgen del Señor:
Con tu corona de flores
Entra tú también en pos. »

Dijo. Pasan, y las puertas
Sobresaltado cerró;
Que una turba de devotas
Iba á entrarse de rondon.

Á MISS*,

A SU PASO POR GRANADA.

¿ Ves, generosa extranjera,
Ese purísimo cielo?

¿ Ves á tus piés ese suelo
Brotando flores y amor?

Pues aquí, cual en el Polo,
Sobre esa alfombra florida,
Crece tambien escondida
La cicuta del dolor.

Aquí tambien sufre el hombre :
Aquí el amor le devora :
Aquí al nacer tambien llora,
Porque en mal hora nació.

Vuelve, extranjera, á tu patria,
Di que el mundo recorriste,
Que climas dichosos viste,
Mas hombres dichosos, no.

LA PERLA EN EL FANGO.

DÉCIMA.

En un lodazal halló
Un lapidario una perla :
Abalánzase á cogerla ,
Mas sin querer se manchó.
« No retrocedo, exclamó :
Ven á mí, joya preciada » ;
Y la perla rescatada
Y pulida á justa ley,
En la corona de un rey
Llegó á brillar engastada.

A JULIA.

Cruza feliz, señora,
La senda de la vida,
Y sólo hermosas flores
Se ofrezcan á tu vista.

Para cantar alegre
Nació la golondrina :
Para gemir en tanto
La tórtola es nacida.

En son ronco el torrente
Sus aguas precipita,
Mientras el manso arroyo
Medroso las desliza.

De entrambos, ley eterna
El curso determina ;
De cada cual la suerte
Está también prevista.

Ya espléndida, señora,
Con letras de oro brilla,
Ya con punzon de hierro
Quedó en la cuna escrita.

Mas ¿quién, si la presiente,
 Seguro la adivina?
 ¿Quién busca en las tinieblas
 La luz del Mediodía?—

Hermosa, Julia, eres :
 Del mundo eres envidia :
 La vida es á tu lado
 Un sueño de delicias.

A par luce tu ingenio,
 A par tu rostro hechiza ;
 A par gentil ostentas
 Mil gracias peregrinas.

¿Serás siempre dichosa,
 Cual siempre serás linda?
 ¿Serás luz que no tiemble,
 Cual eres luz que brilla?

¡Quién sabe !... En primavera
 El rayo á veces silba ,
 Y el mal suele acecharnos
 A sombra de la dicha.

Yo vi vaso de nácar
 Bordado de amatistas ;
 Vertíle, y en su seno
 Hallé, señora, acíbar.

Jamas ¡ ay ! el destino
 En tí bebe sus iras :
 Jamas el llanto robe
 La tez de tus mejillas.

Mas ¿qué digo?... ¡Importuno!
 ¿Por qué, siempre que vibran,
 Despiden sólo endechas
 Las cuerdas de mi lira?

¿Qué bárbaro infortunio
 Tu paz turbar podría?
 ¿Ni qué rayo apagára
 Tu cándida sonrisa?

¿Cuál cierzo temer puedes,
 Modesta sensitiva,
 Si el cedro con su sombra
 Tus pétalos cobija?

De dulce esposo al lado,
 Deslízanse tus días:
 La voz y el eco sois,
 La sed y la bebida.

¿Qué á tí, la rueda instable
 De la fortuna impía?
 ¿Qué á tí, si nunca puede
 Robarte sus caricias?

Su amor es tu tesoro,
 Su amor es tu delicia;
 Y amor es de tu sexo
 La eterna y sola dicha.

Naciste fresca rosa,
 Sé vid, en lo florida;
 Jazmin, en la fragancia,
 Eterna siempreviva;

Y cruza entre placeres
La senda de la vida ,
Sin que tu pié lastimen
Del mundo las espinas.

IMPROVISACION

EN UN CONVITE DE CATEDRÁTICOS.

OCTAVA.

Aun en este festin de que gozamos,
De la crápula misma en el exceso,
Un carácter sagrado conservamos,
Que cumple á nuestro honor guardar ileso.
Del saber sacerdotes nos llamamos :
La ciencia debe ser nuestro embeleso ;
Brindemos porque pródigo y fecundo
Su benéfico influjo rija el mundo.

POESÍAS POLÍTICAS.

PERFIDIA Y VENGANZA,

6

ESPAÑA EN 1808.

ODA.

Óyelo, Europa : la leccion es ruda ,
Más ruda fué la ofensa, y tú insensible
La sufriste, tal vez de espanto muda ;
No es así cual los pueblos indomables
Su libertad defienden de un tirano :
Defiéndenla cual suele á sus hijuelos,
Sorprendido en su gruta, tigre hircano :
Defiéndenla á cubierto tras los muros :
Defiéndenla en los bosques mal seguros.
Óyelo, Europa ; que tan alta historia
Es del fuerte baldon, del débil gloria.

¡ Reyes esclavos, bélicas naciones
Arrolladas por él cual frágil caña ;
Del mundo el vencedor no venció á España !
No á fe, que aunque dormido
El leon español, la altiva frente
Levanta de repente :
Fuego su vista brota,
El sudoroso ijar rugiendo azota :
Ningun halago su furor amansa ;
Y embiste sin contar sus enemigos,
Y hasta verlos en fuga no descansa.

¡Oh pueblos! ¿lo dudais? tú, altiva Europa,
 ¿Con menguado desden mi voz escuchas?
 Haces bien, sierva vil; tú del coloso
 Besaste cual lebrel la férrea mano,
 Mientras luchó cual héroe el Castellano:
 Tú, al polvo que levantan sus legiones
 Ves borrarse del mapa tus naciones:
 Tú, con pavor estúpido é imprevisto
 Le llamaste, aterrada, el Antecristo.

¡Vive Dios! ¿Y mi España desdeñais,
 Gente del Norte, galos y tudescos?
 ¿La conoceis tal vez? Venid: patentes
 Sus hechos poner quiero á vuestros ojos:
 Abrid el áureo libro de su historia;
 Abridlo pues, pero leed de hinojos.

¡De rodillas, naciones orgullosas;
 Que es historia de héroes la de España!
 Repasad esas páginas gloriosas...
 ZARAGOZA, GERONA, ¡egregios nombres!..
 Mas no los pronuncieis, lenguas profanas:
 Cantadlos sólo, musas castellanas.

Cantad cómo el guerrero victorioso
 Que á Francia libertó de la anarquía,
 Con ojo codicioso
 Contempló la española monarquía:
 Cantad cómo, en su orgullo prepotente,
 Así exclamára un día:
 «¿Qué me importa del mundo el señorío;
 Si ese pueblo de bravos aún no es mío?»

Dijo, y su mente como fuego abrasa
 Alto recuerdo de española gloria:
 Roncesvalles, y Cánnas, y Pavía
 Con siniestro fulgor leyó en la historia...
 De Trafalgar el mar, en sangre rojo,

Recordó con sonrojo...

Si es vileza engañar al enemigo,
¿Qué no será vender al propio amigo?

Pero el genio del mal al mal le empuja,
Y zumba en sus oídos irascible:

« Mi gloria cubrirá mi felonía »,
Dijo, y decreta la traición horrible.

Traición, traición; ¿lo escuchas, sombra ilustre?
¿*Traición!* ¿Lo escuchas, vencedor de Jena?

Traición la tuya fué: sufre la pena;
Caiga en tu nombre la oprobiosa mancha;
Que también de los héroes la malicia
Castiga de la historia la justicia.

Mirad, si no, sobre la triste España
Arteras desplomarse mil legiones:

¡Oh! son la hueste amiga
Del amigo leal de los Borbones:
Nada temais, ciudades de Castilla:
¿Pide las fortalezas?...

Sí, dádselas también con fe sencilla.

Y España, ajena á pérfidas vilezas,
De par en par las abre;

Y se apercibe sólo
Del vergonzoso dolo
Cuando el golpe mortal hiere su seno,
Cual mata el rayo, sin sentirse el trueno.

¿Traición! ¿traición!... ¡Oprobio á tal engaño!
¡Iras del cielo, herid! mas no es España

Ramera vil, á quien impune azota
Brutal soldado en su embriaguez grosera:

Es la patria del Cid y de Pelayo,
Es el pueblo inmortal del *Dos de Mayo*.

Sangre pide la injuria, y sangre vierte
El ofensor procaz, que guerra á muerte

El español proclama ,
Fiera que herida en el desierto brama.

Y guerra á muerte fué : lucha gigante ,
Que igual no tuvo en los pasados siglos ,
Ni igual tendrá tal vez en adelante :
Lucha de tigres , que espantada Europa
Miraba y no creía ,
Reputando ilusion tanta osadía.

Vencedor indomable ,
De cien y cien naciones ,
Alejandro hasta aquí jamas vencido ,
Aquíles , como el griego invulnerable ;
¿ Qué les pasa en España á tus legiones ?
No vieron las edades
Ejército lucido ,
Cual lucido tu ejército se muestra :
Le señala tu diestra
Las tierras españolas ,
Y súbito se cumple tu deseo :
En yermas soledades
Se convierten de Francia las ciudades :
Como vivientes olas
En inmensa espiral tus séides veo
Cruzar el Pirineo :
El campo inundan , la avenida crece :
Bajo sus piés la tierra desaparece...
Son las turbas de Jérjes , que en enjambre
Se desploman furiosas sobre Grecia :
Son las hordas de Atila furibundo ,
Que las iras de Dios lanzan al mundo.

« ¡ Parabien ! ¡ parabien ! grita un soldado
» De los suyos , por caso rezagado.
Tierra de nobles vinos ,
España de bellísimas mujeres ,

¡ Oh cuán hermosa eres ! »
 Dijo , y se sienta entre silvestres pinos .
 ¡ Ay triste ! de repente
 Del tronco de los árboles vecinos
 Labriego adusto se le pone en frente :
 « Defiéndete , malsin . — ¡ Traidor ! ¡ Villano !
 — Tú lo serás y tu insolente raza
 Que engañasteis vilmente al Castellano .
 — Socorro , camaradas , ¿ no hay ninguno ?
 — Calla , cobarde ; ¿ se olvidó ya en Francia
 Combatir uno á uno ?
 Ésta es la ley del caballero en guerra :
 Así se lucha en la española tierra .
 — ¡ Socorro , que me matan ! — Calla , ó muere .
 — ¡ Socorro ! — Muere pues : tú me obligaste .
 ¡ Oh , no sabes la tierra que pisaste ! »
 Prosigue el español volviendo el rostro
 Al frances campamento ;
 Y raudo como el viento ,
 En el árbol copudo se encarama .
 « Hasta que caigan ciento ,
 Con voz sorda murmura ,
 El milano he de ser de esta espesura :
 Cual yo habrá mil que os seguirán al día :
 Quinientos mil entraís ; ¿ cuántos saldréis ?
 Contadlos , grajos , que seguis sus huellas ;
 Decidlo , lobos , que al festin correis . »

EL ABRAZO DE VERGARA.

ODA

PRONUNCIADA ANTE LAS AUTORIDADES DE GRANADA
Y CLAUSTRO DE DOCTORES DE SU UNIVERSIDAD,

el 21 de Setiembre de 1839.

Triunfé, triunfé, con hórrido alarido
El coro del infierno repetia,
Cuando, al morir Fernando, la discordia
Su antorcha sanguinària sacudia.
Triunfé, triunfé, del Norte entre las breñas
El eco resonando devolvía;
Y cien huestes sus senos abortaron,
Y osadas toda España amenazaron.

Atérrase Aragon, llora Castilla,
Conmuévase Madrid, Córdoba cae,
Sucumbe el Almaden, gime Sevilla.
El terror llega á Cádiz, tiembla Oviedo,
Y de torres y glorias coronada,
Tambien recela sucumbir Granada.

El triunfo es del rencor: ¡ay de la madre!
El hermano al hermano, el hijo al padre
Lanzan la muerte en espantosa lucha:
Ni una sola esperanza halaga el pecho,
Ni una voz de consuelo el pueblo escucha.

Vandálicas falanges victoriosas
 De provincia en provincia altivas corren :
 Ni treguas ni perdon; rastro de sangre
 Señala la comarca que recorren :
 Son el volcan que hierve y se derrama ,
 Y traga pueblos entre azufre y llama :
 Son el cometa que del mar profundo
 Sube otra vez á devastar el mundo.

España iba á ceder : triste se agita ,
 Convulsa , agonizante... Mas del cielo
 Una voz , como trueno resonando ,
Cese (prorumpo) la heredada saña :
De paz y libertad disfrute España.

De paz y libertad : hombres , ¿ lo oisteis ?
 Fué la voz del Señor ; basta de encono :
 De rodillas caed ante su trono.

Y la oyeron : y fuertes escuadrones
 Atónitos las armas arrojaron :
 Y se abrazan , y cruzan sus pendones ,
 Y en ellos PAZ Y LIBERTAD grabaron.

Parabien , parabien : esa es la gloria
 Que un año y otro año apetecemos :
 Ese el gran porvenir de nuestra historia ,
 Que cual radiante sol hoy descubrimos :
 Esa sola tambien es la bandera ,
 Que honrada , independiente , sin mancilla ,
 Para el buen español plácida brilla.
 Lo pasado , el presente , la esperanza ,
 Todo en ella miradle confundido :
 Todo el triste español lo espera de ella ;
 Todo tambien lo encontrará con ella.

¿ Quién habrá que la niegue ? Quién , mezquino ,
 A la voz de la patria inobediente ,
No la acepto , dirá ? ¿ Quién , cuyo pecho

En ardor español sienta agitarse,
Repugnará á su sombra colocarse?

Ninguno : no, jamas : ese el deseo,
Ese el lazo comun : la paz se muestra
Cual astro entre tinieblas ; cual la aurora,
De luz y de esperanza precursora.

¿No veis cómo la aclama el pueblo todo,
Rebosando de plácido contento?

¿No escuchais esos himnos de alegría,
Que suben hasta el alto firmamento?

La justicia, las artes abatidas,
La opulencia, el saber vienen tras ella :
¿Qué es la sangre vertida, si esos dones
No los compran sin sangre las naciones?
¿Cómo temer el extranjero dolo,
Si el pendon español es ya uno solo?

Enloqueced, patricios : ciudadanos,
Olivas y laurel : cantad, poetas :
Partidos, enlazad hoy vuestras manos :
Olvido y amistad : himnos sin cuento :

¡ESPARTERO, ISABEL ! ¡gloria á sus nombres !
¡Gloria á la PAZ, del pueblo bienhechora !
¡Gloria á la LIBERTAD, ya vencedora !

Á LA REINA DOÑA ISABEL II,
EN LA DECLARACION DE SU MAYORÍA DE EDAD.

ODA

LEIDA ANTE EL CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE GRANADA,
en sesion pública y solemne de 5 de Diciembre de 1843.

¿Es ya del mundo el fin? Ved cuál los pueblos
Se agitan y combaten por do quiera :
Ved la vírgen América preciada
Por intestina lid despedazada :
Ved temblar á Stambul ante el encono
Del rebelado Egipcio,
Que mina audaz de Suleiman el trono (1).
Rusia tiende su garra ; Francia altiva
Murmura del Autócrata ; sus ojos
Revuelve recelosa á todas partes,
Y corona á París de baluartes.

Es un volcan la Europa estremecida :
Tronó el cañon á márgen del Danubio,
Tronó junto á las nieves de Groelandia,
Tronó junto á las llamas del Vesubio.

Horrible influjo de voraz cometa
Parece que preside á nuestro siglo :

(1) Alude aquí y en los versos siguientes á sucesos históricos coetáneos, demasiado conocidos.

Paz en los labios , y en los pechos ira :
 « Union , fraternidad » , el mundo aclama ;
 Y la espada do quier sangre derrama.

Todo es guerra y horror : en sus cimientos
 Conmuévense las viejas sociedades :
 Guerra en los campos , guerra en las ciudades ;
 Guerra entre sí los reyes inhumanos ,
 Guerra entre sí los mismos ciudadanos.

Cien veces levantado vió ya Francia
 El puñal sobre el cuello de sus reyes ,
 En tanto que del trono la arrogancia
 Huella en Cracovia las augustas leyes.
 ¿Qué más? ¿No le escuchasteis? « Guerra , guerra » ,
 Más allá del Atlántico retumba :
 Se enciende el mar del Sur : arde la India
 Y agítanse á su vez Europa y Asia ,
 América y la incógnita Australasia.

Del mundo en el confin , por treinta siglos
 Escondida nacion en paz vivia :
 Ni Alejandro ni César la invadieron ,
 Ni Plinio ni Estrabon la conocieron.
 Allí nunca alcanzó del Sirio el yugo ,
 Ni el águila triunfante del Romano ,
 Ni la luna oriental , ni altivas quinas ,
 Ni el pendon vencedor del Castellano.

Cual tierra de excepcion , la China inmóvil
 Vió los siglos tranquilos deslizarse ,
 Y ufana de su gran sabiduría ,
 Del tártaro feroz triunfára un día.
 Hoy se agita tambien cual todo el orbe ,
 Ruge en sus playas el cañon britano ,
 Y estremece los templos de Confucio ,
 Que no vieron ni Gama ni Vespucio.

No hay que dudarlo , no : mezquino el hombre

Su raza va á acabar con cruda guerra :
 Nació Napoleon ; tembló la tierra,
 A su carro de triunfo encadenada ;
 Y al quebrantarse en Waterloo su espada,
 Y al rodar por el suelo su corona ,
 Miró al mundo indignado ,
 Y le dejó la guerra por legado.

Pero ¿cuál entre tantos , cuál , decidme ,
 Cuál es el pueblo que gigante avanza ,
 Y bravo entre los bravos se abre paso ,
 Y en el combate universal se lanza ,
 Y fiero y orgulloso á mil provoca ,
 Y se apasta en la sangre y la matanza ,
 Y no sale un quejido de su boca ,
 Y con brazo de hierro lucha y lucha ,
 Sin que le arredre la fortuna vária ;
 Y lucha , y ni sucumbe , ni flaquea ,
 Como altiva columna solitaria
 Que inmensa mole sobre sí sostiene ,
 Y firme eternamente se mantiene ?
 ¿ Quienes son esos héroes ? ¿Cuál su stirpe ?
 ¿Cuál es su nombre ? Hablad... ¿Son las legiones
 Que contra el Persa audaz manda la Grecia ?
 ¿Es el pueblo romano , que en el foro
 Escucha las afrentas de Lucrecia ,
 Y á la voz del tribuno que le inflama ,
 « No más tiranos », con fiereza exclama ?

No es Roma , no es Esparta : de su gloria
 Hay un pueblo rival en Occidente ;
 Pueblo rudo y feroz , que oye impaciente
 Del clarín el sonido pavoroso ;
 Y escúchale gozoso ,
 Y « vamos » , le responde , y gallardea
 Como bridon ganoso de pelea ;

Pueblo rudo y tenaz , en cuyo escudo
 « No importa », por empresa se ve escrito ;
 Y « no importa », gritó con ira honrada
 Ante el poder de Aníbal todo junto ,
 Y terror de Cartago fué Sagunto ;
 Y « no importa », repite en su arrogancia ,
 Y terror del Romano fué Numancia ;
 Y « no importa », gritó cuando Mahoma
 El trono de los Césares desploma ,
 Y luchó siete siglos sin desmayo
 Con Isabel Primera y con Pelayo ;
 Y « no importa », gritó , cual siempre fuerte ,
 Y en trizas mil deshizo su cadena ,
 Y al gran Napoleon hirió de muerte ,
 Y se entreabrió su tumba en Santa Elena .

¡ Oh , dejadme , dejadme que me engria ;
 Dejadme que en mi orgullo saboree
 Los altos timbres de la patria mia ,
 Y en su noble carácter me recree !

Sí , Reina : lo es á fe ; como ninguno
 Noble es el pueblo cuyo cetro empuñas ;
 Noble y leal , de esclarecida historia ,
 Y grande en sus desdichas y en su gloria .
 ¿ No le viste luchar un año y otro
 Con voluntad de bronce por salvarte ?
 ¿ No le viste en las lides aclamarte ,
 Y ser tu cuna toda su esperanza
 Y agruparse en su torno y libertarte
 Del diente de la hiena ,
 Que astuta amenazaba devorarte ?
 ¿ No le has visto rugir embravecido ,
 Como pardal á quien raposa injuria ,
 Que sangre pide en su implacable furia ,
 Y retiembla la tierra á su bramido ?

¿No le ves, vencedor, hoy á tus plantas
Postrarse cual lebrel, lamer tu mano,
Y trocar generoso ante tu trono
En noble mansedumbre el fiero encono?

En mansedumbre, sí; que tú, Señora,
Eres ángel de paz en nuestro suelo,
Tú eres el iris en revuelto cielo,
Tú tras noche de horror eres la aurora.

¿Qué le falta á ese pueblo, que en sus hombros
Triunfante te sacó de la pelea?

¿Qué le falta á ese pueblo, que tu nombre
Cual paladin galante victorea?

¿Qué le falta, responde, qué le falta?

¿Por qué tu nombre de placer le exalta?

¡ Oh Reina! Tú lo sabes: *Paz y Leyes,*
Justicia y Libertad: eso desea;

Eso pide á la nieta de cien reyes

España, con la guerra empobrecida,

España, por la guerra destruida.

Y tú se las darás: sí, que tu nombre

Bastó para acallar menguados bandos;

Y alzóse España entera como un hombre,

Y en tí depositó su confianza,

Y no será burlada su esperanza.

No lo será: no á fe: tú, tierna niña,

¿Qué tienes de comun con las facciones?

Para tí no hay pasado: ante tu trono

Se estrellarán bastardas ambiciones,

Cual marejada que ante el risco cede,

Y deshecha en espumas retrocede.

Ya tu voz resonó: ya, Reina mia,

Tu pendon tremolaste: *Paz y Olvido,*

Concordia y Libertad. ¿Quién, insolente,

Rencor y destruccion guarda en el pecho?

¿Así se acata el comunal provecho?
 ¿Es ése porte de española gente?
 ¡Traidor, traidor quién tu pendon no siga!
 ¡Traidor, traidor el corazon mezquino
 Que no sepa olvidar!... ¡Ah! no es hidalgo;
 Es de lodo, es de cieno... Mas ¿qué digo?
 Todos nobles serán, todos sinceros;
 Que todos son, Señora, caballeros.

¡Oh! mirad: ¿no os lo dije? De Vergara
 El astro bienhechor otra vez brilla:
 Otra vez es magnánima Castilla:
 Otra vez, si aún rugiendo la amedrenta,
 Disipará tu nombre la tormenta;
 ¡Otra vez... Isabel! Grande es tu pueblo;
 Es el pueblo de Cánna y Pavía.
 Se tú grande también: la paz restañe
 Enconadas heridas; luzca un día
 En que tranquilo y próspero le veas;
 Y entónces, levantándote en tu trono,
 «Yo te he dado ese bien que saboreas,
 Le dirás con orgullo; es obra mía,
 De tu lealtad en premio, noble España»;
 Y cual trueno que súbito retumba,
 Te aclamará la inmensa muchedumbre,
 Y al cielo subirán sus bendiciones,
 Palpitando de amor los corazones.

Y la historia, Isabel, que inexorable
 Examina los hechos de los reyes;
 Y á ellos y á los pueblos, implacable,
 Juzga y condena por las mismas leyes;
 «Hé aquí una Reina, escribirá, que es digna
 Del nombre de la España y de su gloria:
 Hé aquí también, añadirá, dichoso
 El pueblo más leal y generoso.»

EL GRAN CAPITAN Á DOÑA ISABEL II.

ROMANCE (1).

« Bien venida , gentil dama ;
Bien venida , Reina augusta :
¡ Vive Dios , que eres apuesta ,
Y tu majestad deslumbra !

» Ese ademan señoril ,
Esa tu grave hermosura ,
A católica Princesa
De sultana el brillo adunan.

» Aquí fueras Soberana
Sin ser Reina por tu cuna ;
Que fué el moro granadino
De galanes flor y espuma.

» Aquí tengo yo tambien
Entre mirtos sepultura ,
Y conmigo mil hidalgos ,
Terror de agarenas turbas.

» ¿ Ves esa vega famosa ,
Tapizada de verdura ?
Pues del moro la arrancamos ,
Hecha de sangre laguna.

(1) Escrito á excitacion de la Universidad de Granada , con motivo de la visita de los Reyes á aquella ciudad, en 1862. La Universidad , á indicacion del autor, regaló á S. M. , el dia que se dignó tomar asiento en el claustro, una corona de oro del rio Darro. Igual ofrenda se habia hecho en el siglo xvi al emperador Carlos V por el cabildo secular.

» Aquí en fiero aprendizaje
Con los Tarfes y los Muzas,
A vencer nos enseñamos
Bayardos y Motezumas.

» No me mataron por cierto
Ni cimitarras morunas,
Ni los estoques franceses,
Ni las jabalinas turcas;

» Matáronme pesadumbres;
Que del Rey la faz adusta
Mata al vasallo leal
Indigno de tal injuria.

» Mas deja que olvide ahora
Reveses de la fortuna,
Y que goce en contemplarte
Desde esta mansion oscura.

» ¿Oscura dije? mentí;
Que eternas mi nombre alumbran
La antorcha de Cerinola
Y las glorias de la Pulla.

» Gran Capitan me llamaron,
Y en verdad es honra justa,
Que el frances soltaba reinos
Al ver mi espada desnuda.

» Perdona, Reina, á un soldado
Que de sus hechos presuma;
Que es el mundo olvidadizo,
Y á los muertos ya no adula.

» En pro mis hazañas fueron
De una excelsa abuela tuya,
A quien copias en piedad,
En discrecion y apostura.

» ¡ Oh, qué Reina fué tan grande
Aquella señora augusta !

Mas que tú no serás ménos,
Bien al verte se columbra.

» Ya noticias de tus prendas
Trajo la fama á mi tumba :
¿ No eres tú la que briososa
El Africa infiel sojuzga ?

» ¿ No ofreciste, cual tu abuela,
Tus joyas para la lucha ?
¿ No devolviste sus fueros
Al pueblo que te saluda ?

» ¿ No heredaste tú una España,
Leon á quien tigre insulta,
Porque en letárgico sueño
Le postró la calentura ?

» ¿ No es hoy leon que si ruge,
Todo el desierto retumba,
Y pardal y brava hiena
Temerosos se le ocultan ?

» Pues si tal tu pueblo riges,
Deja que amoroso acuda,
Y te aclame digna nieta
De Isabel la GRANDE Y JUSTA.

» Deja que al verte en Granada,
El sueño eterno sacudan,
Y sus fieros vencedores
De bendiciones te cubran.

» De tu gran predecesora
Sigue, Señora, la ruta;
Que de tan claro abolengo
Bien parece que presumas.

» Letrados, cual ella, tienes;
Capitanes te circundan;
Prelados te van en pos:
De todos ellos te ayuda.

» Tambien te ayuda del pueblo,
Que ménos que el grande adula,
Y es la verdad rica perla,
Del mar en el fondo oculta.

» Así en paz rigió tu abuela
Esa España que ahora es tuya,
Y jamas del sol faltaba
En sus tierras la luz pura.

» Así de un siglo á otro siglo
La historia su nombre encumbra,
Y en el cielo pisa estrellas,
Como aquí moriscas lunas. »

Esto dijo el buen Gonzalo,
Abriendo su sepultura,
Al ver entrar en Granada
La excelsa Isabel Segunda.

Dijo, y de infanzon á ley,
A la dama hace medida,
Besa la mano á la Reina,
Y vuelve luego á su tumba.

Á LA SERMA. SRA. INFANTA

DOÑA MARÍA LUISA FERNANDA,

EN SU VIAJE Á GRANADA, EN 1849.

FANTASÍA.

¡Salud, salud, Infanta de Castilla!
¡Parabien, parabien, noble Granada!
Hermana en claro nombre de Sevilla,
¿Por qué tenerte así desheredada?
¿Buscas flores, Señora, un cielo puro?
¿Dónde encontrar las que el Genil colora?
El bello sol de Italia es más oscuro
Que el claro sol que nuestra vega dora.
¿Pides glorias, Infanta? ¿Régia nieta,
Te entusiasma el laurel de Recaredo?
Ven á Granada, que á la cruz sujeta,
Rivaliza en recuerdos con Toledo.
Sol que traspone en encendido ocaso,
Reina sin cetro, destronada y muda;
La ve el viajero, y deteniendo el paso,
Con ardiente entusiasmo la saluda.
¡Oh, llega, Infanta, ven! jóven y bella,
Pisa el Eden de magas y de huríes:
Dama de sangre real, do quier la huella
Encontrarás de Laras y Zegríes.

Nobles fueron al par, ora una raza
 Ceje y sucumba de Tarif al rayo ;
 Ora en Granada , donde el duelo aplaza ,
 Su afrenta lave el nieto de Pelayo.

Nobles fueron al par : al par la gloria
 Purificó comunes desafueros ;
 Y justa al cabo con los dos la historia,
 A todos los proclama caballeros.

¿Echas ménos, tal vez, alta Princesa,
 Régio cortejo de Castilla á ley?
 Ven tú, GRAN CAPITAN : sal de la huesa,
 Ven á escoltar la nieta de tu rey.

Ven , que Isabel, en tu lealtad fiando,
 Su custodia te encarga cariñosa :
 Lo consiente la sombra de Fernando,
 Aun en la tumba de tu fe celosa.

¡Bien venida, Señora, á nuestros lares!
 ¿Qué te falta en la perla de Occidente ?
 Es jardin perfumado de azahares,
 Es emporio de gloria permanente.

¿No ves cómo á tu vista brota el lauro,
 Y aroma más sutil lanza el jacinto?
 Ven , que te espera entre el Genil y Dauro
 La córte de Isabel y Cárlos Quinto.

¿Preguntas por la flor caballeresca
 De la antigua lealtad de tu Castilla?
 Ven , que en esta comarca pintoresca
 Aun germina entre rosas su semilla.

Nace espontánea, como el éter pura,
 Junto al sepulcro de Isabel piadosa :
 Brota soberbia y de Aragon murmura,
 De Gonzalo en la tumba generosa.

Ella influyó contra el traidor amigo,
 En Gerona inmortal, valor heroico ;

Y miróla despues Ciudad-Rodrigo
 Lograr el triunfo con teson estoico (1).
 Ella en Granada sin desmayo lucha,
 Y afirma el trono de tu régia hermana ;
 Y HEROICA al fin apellidarse escucha (2),
 Ya que entre flores se ostentó sultana.

Pero ¿ á dónde, en mi entusiasmo, oso el vuelo remontar ?
 Baja ¡ oh musa ! á los pensiles de la córte de Alhamar :
 Coge al paso alguna flor, propio fruto del Genil :
 ¿ No es palacio de las hadas el palacio de Boabdil ?
 Oye , pues , Señora , un cuento de ese alcázar de tisú :
 Fué conseja hasta el presente : — en verdad le tornas tú.

Hubo justas
 Y torneos
 En la córte de Mahomad :
 Era día
 De la boda
 De su nieto Meruan :
 Mozo apuesto
 Con las damas ,
 Fiero rayo al pelear ;
 De sus dotes
 La postrera

(1) Los generales Alvarez de Castro y Herrasti, defensores de Gerona y de Ciudad Rodrigo durante la guerra de la Independencia, fueron naturales de Granada.

(2) En 1843 se concedió á Granada el título de *Heroica*, en recompensa de su lealtad á D.^a Isabel II. Antes obtenia los de *Muy noble, muy leal, celeberrima, nombrada y gran ciudad de Granada*.

Es venir de sangre real.
Son saetas
Las miradas
De la Infanta Florimar :
Es su talle
Cual palmera
Del confin de Senaár.
Era fama
Que una noche
(Observólo el mago Iran)
Dos estrellas
A su lecho
Se quisieron acercar.
Ya velando
Sus fulgores,
Empezaban á bajar ;
Mas celosas
Se embistieron ,
Y las puso el mago en paz.
Era fama
Que el sol mismo ,
En oriente al asomar ,
Amoroso
Se inclinaba ,
Saludando su beldad.
« ¿ Cuál pareja
Más cumplida ?
Son dos flores de coral. »
Esto dijo
Con orgullo
El monarca musulman.
Oyó el voto
De su rey
El visir Abenamar ;

Y á un heraldo
 De la córte
 Manda al punto pregonar :
 « Quien dijere
 Que el Infante
 En el mundo tiene par :
 Quien sostenga
 Que haber puede
 Otra Infanta Florimar...
 — Calla, calla,
 Le interrumpe
 Al oírle, el mago Iran :
 Son volubles
 Las estrellas :
 Sólo Dios es inmortal.
 Otro siglo...
 (Lo predice
 Vírgo en pugna con el Can) :
 Otra Infanta...
 Sí, la veo...
 En la Alhambra... ¡ Santo Alá !
 Huella lunas
 Y turbantes...
 ¡ No es tu sangre, rey Nazar ! »
 Dijo el mago,
 Hierde el pecho,
 Muda estatua fué Mahomad ;
 Se desmaya
 La Princesa,
 Rayos lanza Meruan :
 Y por caso
 Negro cuervo
 Sobre el Rey se oyó graznar ;
 Y aterrado,

Besa el polvo
Todo el pueblo musulman.

Hoy se cumple el vaticinio
Del famoso mago Iran :
Hoy te aclaman aún los nietos
De la altiva Florimar.

Ven , Señora ; que Granada
Es Damasco occidental :
Si Sevilla es maravilla ,
Maravillas aún verás.

Ven y aspira nuestras auras :
Ven sus ruinas á admirar :
Ven y coge por tributo
El amor universal.

(Granada , 31 de Mayo de 1849.)

Á DOÑA MARIANA PINEDA,

SACRIFICADA EN GRANADA POR CAUSAS POLÍTICAS,

el día 26 de Mayo de 1831, á los 26 años de edad.

HIMNO HISTÓRICO.

*De Mariana y su noble heroismo
Oiga España la historia de horror :
¡ Maldicion al atroz despotismo !
¡ Gloria y prez de Mariana al valor !*

Con los fuertes combate el valiente,
Y recibe la muerte ó la envia :
¿ Como en pechos hidalgos cabria
Ensañarse con débil mujer ?

Del poder que á sus iras la inmola
La crueldad á los tigres asombre,
Y maldigan los siglos el nombre
Que Granada maldice tambien.

De Mariana y su noble heroismo, etc.

Era jóven y hermosa Mariana,
En amores el alma encendia,
Y amor patrio en su pecho latia ;
Que era noble y briosa ademas.

Preparados los libres á alzarse,
Ella misma bordó su bandera;
Y resuelta, con ellos quisiera
Ir tambien á la lid á triunfar.

De Mariana y su noble heroismo, etc.

Sorprendida y cargada de hierros,
Ve la hermosa segura su muerte,
Y á su aspecto impertérrita y fuerte,
Tiene á mengua cual hembra gemir.

«Di tus cómplices, dílos y vive»,
Le propone la vil tiranía;
Y responde con noble osadía:
«No sé hablar, sé callar y morir.»

De Mariana y su noble heroismo, etc.

Entre nubes opacas se esconde,
Por no ver el horrendo suplicio;
Que alumbrar el cruel sacrificio
No quisieron los rayos del sol.

Ronco el parche pregoná su muerte:
La ciudad se estremece y la vega;
Ella en tanto al patíbulo llega
Sosegada, cual fuerte varón.

De Mariana y su noble heroismo, etc.

Del Genil la heroína al verdugo
Tiende altiva la hermosa garganta:

El sayon al herirla se espanta :
Tambien tiembla la vil multitud.
Ella sola no tiembla y espira...
Ya no existe Mariana en el suelo,
Mas su alma descansa en el cielo;
Que morir por la patria es virtud.

*De Mariana y su noble heroismo
Oiga España la historia de horror :
¡ Maldición al atroz despotismo !
¡ Gloria y prez de Mariana al valor !*

(1836.)

FÁBULA MONÁRQUICA.

(IMITACION DE SCHILLER.)

Tuvieron los animales
Guerra civil en un tiempo,
Y cien partidos contrarios
Disputábanse el gobierno.

Un mastin, aprovechando
El general descontento,
Hízose elegir por rey,
Con aplauso de los perros.

El tal mastin gobernó
Como perro verdadero:
Ladró, mordió, y les roía
A sus vasallos los huesos.

«No más tiranos», al fin
Los animales dijeron;
Y un toro Caton al rey
Hundió en 'el vientre los cuernos.

«¡Ya somos libres! ¡Oh dicha!
¿A quién por rey nombraremos?
—¿Cómo rey? gritaban otros;
El soberano es el pueblo.»

Popular al cabo fué
De las bestias el gobierno,
Y de este modo los cargos
Del Estado repartieron.

Con zorras por secretarios,
La hacienda á los lobos dieron:

Del tribunal criminal
Las palomas son los miembros.

Los tigres jueces de paz ;
Las liebres soldados fueron :
Los asnos embajadores :
Los leones vivanderos.

Y ordenando así las cosas
Con el debido concierto ,
Para tribunal de cuentas
A los topos eligieron.

A poco de disfrutar
Tan magnífico gobierno,
Era el país de los brutos
La antesala del infierno.

Cuando no los roba el lobo ,
La zorra los deja en cueros ;
Mas se consuelan mirando
De embajador al jumento.

El tigre de juez de paz
Mata inocentes á cientos ;
Mas á bien que las palomas
Absuelven al tigre luégo.

Por fin y postre, aunque poco ,
No es tan mezquino consuelo
Ver que los topos aprueban
La inversion del presupuesto.

« Elijamos soberano »,
Gritaron por fin de cuento ;
Y por su nobleza y garras ,
A un leon dieron el cetro.

De entónces acá, cual rey
En paz gobierna su pueblo ;
Que el poder que es noble y fuerte
Infunde á todos respeto.

EN LAS FIESTAS REALES

á la

MAYORIA DE EDAD DE D.^a ISABEL II.

OCTAVA

PUESTA SOBRE LA PUERTA DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA.

La escuela en cuyas cátedras un día
JUAN LATINO brilló, brilló SOLANO (1),
La que doctos rivales oponía
A los doctos Molina y Melchor Cano ;
La que madre apellidan todavía
Mil ingenios, honor del suelo hispano,
Hoy por tí, Reina augusta, alza pendones
Y á tus plantas abate sus blasones.

(1) El famoso médico Solano de Luque.

ORIENTALES.

PROFECÍA MORISCA (*).

CORO DE MORISCOS.

*¡ A la Alhambra , á la lid , á la muerte !
¡ Guerra , guerra á la raza del Cid !
Vuelque el Dauro en sus ondas sus miembros ,
Corra tinto en su sangre el Genil !*

CORO DE MORABITOS.

*¡ Dios es grande ! Sin él todo es humo :
Por él triunfa el creyente en la lid .
Escuchad , escuchad sus decretos ;
Escuchadlos , y luégo partid .*

SANTON:

*¡ Escuchad , escuchad , hijos de Oriente !
¡ De rodillas caed , reyes y sabios !
El dedo del Señor tocó mis labios :
¡ Escuchad los destinos de Occidente !*

MORABITOS.

*¿ Quién , Santon , á tu voz no se aterra ?
Sacrilegio es ahora el rumor :*

(*) Los moriscos rebelados en las Alpujarras tenían y daban crédito, según Mármol, á varias *jofores*, ó profecías supersticiosas, en que comparaban sus tiempos á los del *Antecristo*; creencia apocalíptica, de que participaban los moros granadinos. Los escasos fragmentos que se conservan de estas profecías son tan ridículos y disparatados, que sólo han podido servir de dato histórico para fantasear la presente composición.

Con la frente pegada á la tierra
Lañ palabras oid del Señor.

SANTON.

¡ Escuchad, escuchad, hijos de Oriente!
¡ Escuchad los destinos de Occidente!

Era otro siglo : en el *Borác* (1) cabalga
El Profeta de Dios, la esfera hiende;
Poné su pié en el sol; al cielo sube,
Y con Gabriel se sienta en una nube.

A merced de las auras, mar y tierra
En sabroso coloquio recorrieron,
Y descansa la nube en una roca,
Y cuájase de perlas cuanto toca.

« Dios es principio y fin », dijo el Arcángel;
« Dios es Santo », contéstale el Profeta;
Y del confín, en misterioso canto,
Mil ecos devolvieron : ¡ SANTO! ¡ SANTO!

Del hombre y de su fin luégo platican,
Y á los piés del Profeta cayó el velo,
Y registra los senos del destino,
Cual el fondo de un lago cristalino.

« ¡ Oh Arcángel! (prorumpió) ¡ Tiemblo y me postro!
Mas negro punto entre la luz me ofusca :
¡ Cuándo, dime, con ruido tremebundo
Verá el creyente desquiciarse el mundo? »

Y el Arcángel callaba á su demanda,
Y brotaron dos fuentes de sus ojos;
Y « ¡ oh Profeta! (responde) Dios me inspira »;
Y la voz en sus labios luégo espira.

Y tornó á lamentar; y el sol medroso
Ensangrentó su disco rutilante;

(1) Cuadrúpedo fantástico del Coran. No era ni caballo, ni mulo, ni asno, y corria y volaba igualmente.

Y chocaron los montes con los montes,
Y tocan entre sí los horizontes.

« Cuando vieres, Profeta (Gabriel dijo),
Subir de punto el logro y la lujuria :
Cuando huyeren las hijas de sus padres ;
Y á precio vil las dén sus propias madres ;

» Cuando, indignado Dios contra su pueblo ,
A los osos del Norte, *bajad... diga :*
Venid y devorad ; la res es vuestra,
Y señale la Alhambra con su diestra ;

» Cuando aniden los buitres en sus torres ,
Cuando silbe el caiman en sus pensiles ;
Entónces ¡ay!... con ruido tremebundo
Cercana está la destrucción del mundo. »

MORISCOS.

*¡ A la Alhambra , á la lid , á la muerte !
¡ Guerra , guerra á la raza del Cid !
Vuelque el Dauro en sus ondas sus miembros ,
Corra tinto en su sangre el Genil !*

MORABITOS.

*¡ Dios es grande ! Sin él todo es humo ;
Por él triunfa el creyente en la lid .
Escuchad , escuchad sus decretos ;
Escuchadlos , y luégo partid .*

SANTON.

*¡ Escuchad , escuchad , hijos de Oriente !
¡ Escuchad los destinos de Occidente !
Entónces retumbó súbito trueno ,
Y á los piés del Profeta el rayo ruge ;
Y, *Dios es vengador*, dijo en su espanto ,
Y escondió la cabeza entre su manto .*

« Y luégo nacerá (Gabriel prosigue),
Maldecido de Dios, el Antecristo ;
Y secará los campos con su aliento,
Y al pueblo faltará todo sustento.

» Y el maldito hallará en las rocas agua ;
Y el trigo que sembráre á mediodia ,
Sin que ni lluvia ni sazon aguarde ,
Le cogerá granado por la tarde.

» Y el árbol plantará con una mano,
Y alcanzará con otra ya su fruto ;
Y herirá con su vara el mar rugiente ,
Y será miel y leche su corriente.

» Montado en espantable dromedario ,
Triunfante paseará cortes y aldeas ;
Y caerá donde al vicio hiciere falta ,
Cual cigarron zancudo cuando salta.

» Y agudo cuerno lleva por corona ,
Y en su mano una víbora por cetro ;
Y *Soborno* y *Maldad* serán sus nombres ,
Y pecarán por él todos los hombres.

» Y mamará el infante con la leche
La horrenda maldicion que al mundo cubre ;
Y soltando los pechos de su madre ,
Blasfemaré de Dios , como su padre.

» Y diabólica y recia carcajada
El Antecristo lanzará , al oírle ;
Y crujiará la tierra en sus cimientos ,
Como roble tronchado por los vientos.»

MORABITOS.

¿Quién, Santón, á tu voz no se aterra?
Sacrilegio es ahora el rumor :
Con la frente pegada á la tierra
Las palabras oíd del Señor.

SANTON.

¡Escuchad , escuchad , hijos de Oriente !
¡Escuchad los destinos de Occidente !

Calló luego Gabriel, y el elegido
Hirió tres veces con angustia el pecho ;
Y « ¡oh Señor !... exclamaba en su agonía ,
¿Olvidarás tu pueblo en ese día ?...

» — No !!... le responde Gabriel :
Tendrán remedio sus males ;
Que sólo Dios es quien vence ,
Sólo Dios es justo y grande.

» Lanzas brotarán los riscos ,
Las hayas corvos alfanges ,
Y en la Alpujarra Muley
Desplegará su estandarte.

» En sus ásperas montañas
Ondeará siempre triunfante ,
Y el cetro del Antecristo
En ellas vendrá á quebrarse.

» Sepulcro de los infieles
Serán sus ocultos valles ,
Y el Pico de Mulahacém
Padron que su infamia cante.

» Globos de fuego azufrado
Cruzarán de noche el aire ,
É iluminarán sus huesos
Pasto de agoreras aves.

» El que muera por la ley
Tendrá corona de mártir :
Ya la tejen las huríes
Con sus manos celestiales.»

Dijo ; y los montes volvieron
En su asiento á colocarse ,

Y lució el sol tan hermoso
Como el rostro del Arcángel.

MORABITOS.

Ensalzad al Señor. Ya lo oisteis :
Del infiel, no del mundo, es el fin :
Él cual lobos os lanza á los montes ;
Baje el lobo del monte al redil.

MORISCOS.

Ensalcemos á Dios. Ya lo oimos :
Del infiel, no del mundo, es el fin :
Él cual lobos nos lanza á los montes ;
Baje el lobo del monte al redil.

CORO UNIVERSAL.

*¡ A la Alhambra, á la lid, á la muerte!...
¡ Guerra, guerra á la raza del Cid!
Vuelque el Dauro en sus ondas sus miembros,
Corra tinto en su sangre el Genil!*

HURIZ.

No es el genio patrimonio
Del Eurotas y del Tíber ;
Que nacen tambien poetas
En las márgenes del Níger.

Un tiempo Dios hácia el Asia
Tendió su vista apacible ,
Y «eres hermosa, la dijo ;
Nazca el genio en tus pensiles.»

Y nació como torrente
Que arrastra rocas y diques ,
Y beben en él los siglos ,
Y su raudal no se extingue.

Oid su suerte y sus trovas,
Engarzadas en rubíes ;
Oidlas , nietos de Herrera,
De Calderon y los Cides.

I.,

Labios rojos ,
Negros ojos ,
Y su aliento
De azahar ;
Quince abrilés ,
Piés sutiles ,
De sirena
Su cantar.

Un tesoro
Vale Hirlaja ;

Es halaja
De sultan.
Mil piastras
Sólo llevo :
Ven , mancebo ,
Aquí á comprar.

Así pregoná el corsario ,
Y lleva al bazar su esclava ,
Cubierto de tul el rostro ,
Desnuda la blanca espalda.

Oyóle atezado eunuco ,
El velo luégo levanta ;
Palpa sus hombros atento ,
Y cuenta las mil piastras.

II.

Ya es sultana en el serrallo
La esclava de precio vil ;
Que aún pudiera, por hermosa ,
Ser en el Edem hurí.

Cien esclavos la rodean ,
Su divan es de marfil ,
Y más que sierva , es señora
Del califa Nurredin.

Nurredin , por cuyas venas
Corre la sangre de Alí ;
Nurredin , en cuya córte
Brilla el trovador Huriz.

Canta el poeta en sus versos ,
Bien sus conquistas sin fin ,
Bien los ojos de la hermosa ,
Bien sus labios de rubí.

Ora aspira su fragancia
El siempre triunfante emir,
Ora con himno guerrero
Le lleva el bardo á la lid.

Nurredin es el leon
Preso en redes de jazmin ;
Hirlaja , reina del Asia ;
Rey de los siglos , Huriz.

GACELAS.

¿Ves , sultana , las riquezas
De Nurredin vencedor?

¿Ves al infiel , aterrado ,
Llevarle *Espada de Dios*?

¿Ves á Bagdad orgullosa
Temblar humilde á su voz ,
Y á los emires del Asia
Proclamarle por señor?

Pues vale más que ese trono ,
En que brilla como el sol ,
Un cabello que te robe
El aura en el tocador.

.

Al ver tus ojos , sultana ,
El sol detiene su curso ,
Y son sus rayos , de envidia ,
Melancólicos y turbios.

« ¡ Santo Alá ! clama el creyente ,
¡ Santo Alá ! el dervís confuso ,
¿ Apaga el sol con sus alas
El ángel de los sepulcros?

» — No es eso , grita en el Cairo
Nigromántico barbudo ;

Son hechizos de unos ojos ,
 Hechizo de todo el mundo.»

III.

Turbante acerado
 Ostenta su frente ,
 Alfange luciente
 Al lado ciñó ;

Y en árabe potro ,
 Veloz como el rayo ,
 La luna de Mayo
 En Persia le vió.

No asusta al poeta
 El crudo combate ;
 Su pecho á par late ,
 De amor y lealtad.

En pos del califa
 Corrió á la victoria :
 De entrambos la gloria
 Celebra Bagdad.

« Honor á la espada
 De Dios y el Profeta ;
 Honor al poeta
 Que supo vencer. »

Así canta el pueblo
 En plácido coro ,
 Y alfombra de oro
 Les tiende al volver.

Hirlaja al califa
 Espera impaciente ,
 Y el lauro en su frente
 Jacintos brotó.

Huriz por la noche
 Soñó en su fortuna ,

Y escrito en la luna
Su nombre miró.

IV.

Miradle viejo caduco,
Y era ayer jóven lozano;
Miradle en báculo humilde
Apoyar el torpe paso.

Ni Nurredin, ni sus triunfos,
Ni Bagdad, ni sus palacios;
Que es el Asia patrimonio
De Timur-bec sanguinario.

Tendedle, pueblos de Oriente,
Tendedle piadosa mano;
Que más gloria que cien reyes
Os dieron de Huriz los cantos.

Vedle pobre, por las chozas
Las migajas demandando:
No se las negueis, creyentes,
Al sol que marcha á su ocaso.

V.

De la blanca barba asido,
Le arrastra un esclavo negro;
Que el vencedor suspicaz
Puso su cabeza á precio.

Ya le espera entre sus guardias,
El verdugo está dispuesto,
Y en breve será en el mar
Pasto de peces su cuerpo.

Templa tu enojo, califa;
Gracia, gracia para el genio:
¿Qué teme desde las nubes
El águila del insecto?

Mas nada escucha , y sus labios
Murmuraron ya el decreto.

« Dios es justo » , Huriz exclama ,
Y tiende en el tajo el cuello.

VI.

Genio , cual Huriz un dia ,
Aun brillas en Asia esclavo :
Cantas dulce y luchas bravo ,
Siempre siervo de un Emir.

Triunfa la fuerza , y su trono
Con estruendo se desploma :
Tú entónces , triste paloma ,
Vas al desierto á gemir.

Tu nombre se salva solo
Del ostracismo del Asia ,
Y corre desde Australasia
Hasta el morisco Genil.

No más con sarcasmo horrible
Cantes , genio , los placeres ;
Que en Europa , pobre mueres ;
Y en Oriente , cual res vil.

À LEILA.

GACELA.

¿Viste en mañana de Abril
Abrirse pintada flor,
Y embalsamar con su olor
Los contornos del pensil?

Pues n semuestra entre ciento,
Como tú entre mil, brillante,
Ni es su aroma más fragante
Que el aroma de tu aliento.

¿Viste en leyenda oriental
Retratada hermosa hurí,
Con fulgores de rubí,
Con morbidez de coral?

Pues tu gracia encantadora
La pompa oriental desluce,
Y ufana en el mundo luce,
Del mundo todo señora.

¿Oiste que en otra edad
Un paraíso habitaba,
Y en él el hombre gozaba
Eterna felicidad?

Pues el aire bienhechor
De ese compendio del cielo,
Le respira acá en el suelo
El que disfruta tu amor.

Porque eres flor frangantísima,
Eres sílfida esplendente,
Eres hurí de Occidente,
Edem de dichas sin fin ;

Y cual tú, perla purísima,
Ninguna en el mar se encierra,
Ni mujer brilla en la tierra,
Ni en el cielo serafín.

DESEO AFRICANO.

¡Oh, ven, cristiana, ven! Ya mi deseo
Es ponzoña que mata. No es la rosa
Que el sol equinoccial abrasa en Yémen;
No es la tierra sedienta del desierto,
Que en grietas mil su corazón descubre...
Es el pardal que en árida montaña,
Del aguijon del hambre embravecido,
Ruge y salta, y sus ojos son carbunclos;
Y azotando el ijar, en él imprime
Cárdeno surco, de su saña signo.
Es el volcan de Hinsur, que sordo brama,
Y amaga sepultar montes y valles;
Es el rayo que silba cual serpiente,
Y bronce y mármol como caña troncha...
¡Oh, ven, esclava, ven!... Serás sultana,
Yo tus piés besaré: tú eres mi cielo,
Tú la luz de mis ojos, tú mi gloria,
Tú el manjar codiciado, que en un punto
Convertirá al pardal en mansa oveja;
Tú la vara del mago, á cuyo giro
Su ronco hervir acallan los volcanes,
Y luce el sol entre el fragor del trueno...
¡Oh, ven, cristiana, ven!... Pérsica alfombra...
Esencias de alhelí... bosque de mirtos...
Ni las auras, ni el sol... Cada mirada,
Un diamante de Ormuz; cada sonrisa,

Un año de mi vida ; cada beso...
¡ La cruz adoraré , si ésa es la paga !
¡ Oh , ven , cristiana , ven !... Ya mi deseo
Es ponzoña que mata. No es la rosa
Que el sol equinoccial abrasa en Yémen ;
No es la tierra sedienta , que en estío
En grietas mil su corazon descubre...
Es el pardal que ruge en la montaña ;
Es el volcan que súbito revienta ;
Es el rayo que silba cual serpiente ;
Es el infierno , en fin , miéntras me abrasa ;
Será gloria de Alá cuando se logre.

AL EUNUCO.

Mulier sine verecundia, cibus sine sale.

PROVERBIO ÁRABE.

Fiel Hazan, pues de Circasia
Van á llegar mercaderes,
Ten en la bolsa zequíes,
Y mis gustos en tu mente.

No me traigas al serrallo
(Ya te lo he dicho otras veces)
Mujer sin honestidad,
Por peregrina que fuere.

Ése es manjar desabrido,
Que ni agrada ni mantiene:
Honestas has de traerlas,
Y lo que costaren cuesten.

Hermosura que es liviana,
Flor sin aroma parece:
Encanta un poco los ojos,
Mas no embalsama el ambiente.

Si agradarme te propones,
Ministro de mis placeres,
Junta pudor nazareno
Con negros ojos del Yémen.

Junta modestia y belleza ,
Junta fuego y junta nieve ;
Que el alma pide su pasto ,
Si los sentidos deleite.

¿ Sabes lo que digo á Arfira,
Cuando me busca impaciente ?
« Vegeta en paz en tu Oasis,
Belleza toda terrestre. »

¿ Sabes lo que digo á Leila,
La que al verme se enrojece ?
« Entra tú en mi corazon ,
Que belleza y pudor tienes. »

LÍRICAS.

NOCHE MELANCÓLICA.

A MI AMIGO EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON PEDRO EGAÑA,

EN LA NOTICIA DE SU PRÓXIMO CASAMIENTO.

Amargo es el fruto de los cipreses, y amargos deben ser tambien los versos del desgraciado. ¡Oh Nazar, rey de los reyes, leon de la guerra y sol que brillas en la Alhambra! ¿Quieres que cante el amor y sus delicias? Pues pon mi corazon tan reposado como el agua de tus cisternas.

(*Poemas inéditos de LEILA, poetisa árabe de Granada.*—Egira 660.)

Vuelca Genil sus ondas, y el susurro
Lleva al alma mortal melancolía:
Sobre ruinas moriscas en la Alhambra
Revuelan las tinieblas todavía;
Y en el bosque escondido,
Cáрабо voceador salta, y saluda
Á la noche con fúnebre alarido.
Todo es reposo en derredor: el mundo
En silencio profundo
Descansa adormecido;

Yo solo inquieto velo ,
Y en tu dulce memoria busco , Eganio ,
A estas horas tristísimas consuelo.

¿ Con que , serás dichoso ?
¿ Con que , feliz esposo
De modesta hemosura ,
Verás al fin colmada tu ventura ;
Y en regalado lecho
Tal vez ora reposas satisfecho ,
Mientras sembrado para mí de abrojos ,
Con vigilia cruel lucho , y oprimen
Pavor mi corazón , llanto mis ojos ?

¡ Feliz mil veces tú ! ¡ Ay ! ¿ Cuándo pudo
Ser mi pecho á tu dicha indiferente ?
¿ Cuándo pudiera ser ? Yo te saludo ,
Y el alma de tu amor la bienandanza
Contempla melancólica y doliente.
Melancólica , sí ; que no es dichosa ,
Y nunca el bien presente
Sin mezcla de amargura la recrea ,
Como nunca sin humo renegrido
Despide luz la resinosa tea.

¿ Quién resiste al amor ? ¿ Quién fué ? Responde :
¿ Dónde fuertes hallar que no sucumban ?
¿ Quiénes son ? ¿ dónde están ? dímelos , ¿ en dónde ?
Ninguno : no los busques : orgulloso ,
Del trono á la cabaña amor extiende
Su cetro poderoso ,
Y el mundo por do quier amor enciende.
Tal vez soberbio el corazón un tiempo
Su esfuerzo desafía ,
Tal vez consigue en desigual combate
De su victoria dilatar el día ;
Pero llega , y se postra su desvío ,

Y es su triunfo mayor, mayor su brío.
 Orgullosa la encina, cien inviernos
 Resiste al huracan: dobla medrosa
 Su frente en tanto la flexible caña;
 Y ella, reina del bosque, se presume
 Superior á los vientos y su saña:
 Mas ruge el rayo, y tiembla estremecida,
 Y vacila tambien, y tambien cae,
 A míseras pavesas reducida.

Como rayo es amor; rápido, horrible,
 Voraz, devastador... Pero, ¿qué digo?
 ¿Por qué temerle así?... ¿Por qué medroso
 Tus lazos esquivar, dulce hermosura,
 Si late el corazón, de amar ansioso,
 Y á par que encantadora,
 Es cándida, inocente,
 Y pura como el rayo de la aurora,
 La preciada beldad á quien se adora?

Y tal Yanira (1) es: sí, noble amigo:
 La misteriosa flor que oscurecida
 Embalsama los valles con su aroma;
 La tímida paloma
 Que solitaria en el desierto anida;
 La nieve que los vientos, en su saña,
 Depositán, rugiendo, en la montaña;
 La corriente fugaz del claro río;
 El plácido rocío;
 El soplo del Fabonio entre las flores,

(1) Con este nombre designaba el Sr. Egaña, en su correspondencia poética con el autor, á la simpática y virtuosa Sra. D.^a Juana Mendizábal, que fué, mientras vivió, modelo de esposas, y que arrebatada prematuramente por la muerte, al año, ó poco más, de haber contraído su matrimonio, dejó recuerdos que no se borrarán fácilmente de la memoria de cuantos la conocieron.

No más puros serán que tu otorgada ,
 No más puros serán que sus amores.
 No más puros , Eganio ; que estampada
 La inocencia en su frente se divisa ,
 Y el tímido pudor en su mirada ,
 Y angélico candor en su sonrisa.

¡ Afortunado tú ! ¡ tú , que pudiste
 Cautivar su albedrío , y de su pecho
 El suspiro primero mereciste !
 ¡ Afortunado tú , que envanecido
 Al ara llegarás , con ella unido !
 Y ¡ por qué más tardar ! ¿ cómo no vuelas ?
 Ay ! tan cándida y pura , ¿ no recelas
 Que algun dios envidioso
 De dicha tal se muestre codicioso ?
 Parte , corre al altar : cíñete ufano
 La corona nupcial , cíñela luégo :
 Tiende á la vírgen la amorosa mano :
 Completa tu ventura ,
 Y eterno amor con labio balbuciente ,
 Entre el delirio del placer , la jura.
 Sí , vuela ; que en los brazos de una esposa
 El soberano bien encuentra el alma :
 Allí la beatitud , allí el contento ;
 Que liviana pasion sólo produce ,
 Tras mentido placer , remordimiento .

¿ Qué importa que el destino un lustro y otro
 Estorbase tu amor ? Al fin es tuya ,
 Al fin se sacia el corazon vacío ,
 Y tiembla porque el bien no se le huya ;
 Y porque tardo fué , le es más sabroso ,
 Y le goza y le oculta , receloso ,
 Cual en larga aridez , avara , encierra
 Escasa fuente la sedienta tierra .

¡Cuántas dichas, Eganio! ¡cuántas! oye:

¿Las sabes numerar? ¿en mucho aprecio

Tienes tu suerte tú? ¿de tu ventura

Conoces todo el precio?

¿Sabes tú cuánto vale ser dichoso

En este mundo mísero y mezquino?

¿Tan frecuente es en él ser venturoso,

Ser feliz como tú? ¿Sabes, responde,

Cuánto vale una esposa cual la tuya?

¿Una esposa que honesta y recogida,

Un sueño de placer haga la vida?

¿Sabes, di, que sus cándidos halagos,

Y su amor inocente,

Y la ternura que su pecho encierra,

Son del cielo dulcísimo presente,

Y de fruición angélica y de gloria

Una anticipación sobre la tierra?

¡Ay! ¿sabes esto tú? ¿lo sabes? ¡Habla!

No lo sabes, amigo, no lo sabes:

Era preciso para amar tu dicha,

Para entenderla bien y más gozarla,

Que mísero cual yo la codiciases,

Sin tener esperanza de lograrla:

Era preciso que cual arde el mío,

Encendido volcán tu pecho ardiera,

Y una valla de bronce el hado impío

De continuo á tus dichas opusiera:

Era preciso, sí: de su ventura

Tu corazón el precio conociera

Entonces, y no más... Perdona, Eganio,

Perdona, si un suspiro reprimido,

Al repetir «ventura», y feliz verte,

Del corazón tristísimo despido.

¡Fué mi suerte en amor ¡ay! tan terrible!

¡ Es tan honda la herida de mi pecho !
 ¡ Tan venenosa , amigo , tan horrible !
 ¡ Si lo supieses tú ! ¿ No ves cuán mustio
 Se cierra el corazon á la alegría ?
 ¿ No ves que de continuo le avasalla
 Misteriosa , voraz melancolía ,
 Y avaro de su mal , le sufre y calla ;
 Y se marchita en flor la vida mia ,
 Cual arbusto florido
 Se seca en primavera
 Por venenoso insecto corroido ?
 ¿ No ves pasarse mis hermosos años ,
 Llevando el sello del dolor profundo ,
 Cual las lóbregas horas de esa noche
 Que con sus negras alas cubre el mundo ?
 ¿ No lo ves ? ¿ no lo ves ? ¿ En dónde , dime ,
 En dónde está el placer , dónde la calma ,
 Dónde alivio encontrar para el que siente
 Mordedura de víbora en el alma ?
 ¿ Para aquel que cual yo... Pero perdona :
 Mi razon vacilante me abandona :
 Un misterio es mi amor , y ya imprudente...
 ¡ Ah ! ¡ nunca ! ¡ no , jamas !... Arde mi frente ,
 Se abrasa el corazon : adios , Eganio ,
 Adios , sé venturoso : las tinieblas
 Huyen ya presurosas á occidente :
 Ya la noche pasó : ya raya el dia ;
 Sólo es noche en mi pecho eternamente .

(1836.)

AMOR Y CARIDAD.

I.

Relámpago son las mulas
A la voz del mayoral;
¡Zagala! ¡Zaina! ¡Princesa!
Y suena el látigo á par.

Nubes de polvo las ruedas
En pos levantando van:
Retiembla y rechina el eje
Sobre el carril desigual.

Mancebos van en el coche,
Y damas de calidad:
¡Hermosas son, vive el cielo,
Hermosas son por demas!

Sin duda la alegre turba
Salió al campo á solazar:
Id en paz, hermosas damas;
¡Cruza el látigo, zagal!

II.

Veloz sigue el coche
Que lleva las damas,
Y en pos un mendigo
Limosna demanda.

« ¡Limoſna! » repite,
Y corre y se afana,
Y el trémulo paso
Ansioso adelanta.

« ¡Ay, dádſela madre!
(Prorumpe una dama):
Es viejo, y yo niña,
Y párteme el alma. »

Mancebo la escucha,
Y brilla oro y plata,
Y suena moneda,
Del coche lanzada.

La coge el mendigo,
La mira, la palpa;
Aun duda, y sus ojos
Al cielo levanta.

La hermosa al mancebo
Lanzó una mirada;
Mirada que vale
El oro de Arabia.

III.

Ya en silencio la vega reposa,
Ya traspuso los montes el sol,
Y á desierta cabaña entre breñas
Se encamina mendigo veloz.

Ladra el perro que guarda sus puertas,
Y los ecos devuelven su voz:
Escuchad el cantar del mendigo,
Escuchad su sencilla cancion.

« Niña hermosa,
Bondadosa,

Por el pobre
Intercedió.

*Sé dichosa ,
Niña hermosa.*

» Niña hermosa ,
Bondadosa ,
De sus ayes
Se dolió.

*Sé dichosa ,
Niña hermosa.»*

.
.

Así cantaba el mendigo ,
Y en la cabaña se oculta ,
Mientras esparce , medrosa ,
Escaso rayo la luna.

Trémulo hiere la Alhambra ,
Desde allí la vega inunda ,
Y á par por ella sus torres
Gigante sombra dibujan.

Rápido un coche entre tanto
El *Triunfo* (1) de vuelta cruza ;
Entra en Granada , y sus calles
Con ronco ruido retumban.

(1) El paseo de Granada de este nombre.

LA CÓRTE Y LA ALDEA.

Á MI HERMANO DON FRANCISCO DE PAULA CASTRO Y OROZCO,

Ministro á la sazón de Gracia y Justicia.

(1838.)

I.

Álzase á oriente montaña,
Casi á las nubes tocando:
Es Gador, la rica en minas,
La de plomos afamados.

Uxíjar se ve á sus piés,
Tras de ramblas y barrancos:
El mar se descubre al sur,
Al norte el Veleta helado;

Y á su falda, entre nopales
Y moreras y castaños,
Válor, de morisco aspecto,
Esparce sus anchos barrios.

Un tiempo villa famosa,
Llegó su nobleza á tanto,

Que los reyes de Granada
Sus señores se llamaron (1).

Hoy de noble sólo tiene
Los escombros de un palacio,
Y un trovador que la habita,
Y en ella canta inspirado.

II.

La mitad de su curso señala,
Abrasando los campos, el sol,
Y de amiga y espléndida mesa
Ya trasciende el riquísimo olor.

«Echa vino, ¡ah garzon oficioso!
Echa vino, gritó el trovador;
Venga aquel como el oro de rubio,
Muy más dulce que el beso de amor.

» ¿Qué es Granada y su sol y sus fuentes?
¿Qué es la Alhambra, retrete de amores?
Yo, aspirando el olor de sus flores,
La punzada del tedio sentí.

» Echa vino, el mancebo repite;
Echa vino otra vez y otras ciento:
Basta ya, que beodo me siento;
Basta ya, que beodo caí.»

(1) Don Fernando Muley llevaba el título de señor de Válor, cuando fué proclamado rey por los moros de la Alpujarra, con el nombre de *Aben-humeya*.

III.

Ya oculta el sol en poniente
Una nube de carmin,
Y áun postrado el trovador,
No daba acuerdo de sí.

Elvira, gentil doncella,
Del pueblo cándida, hurí,
Viendo las flores marchitas,
Sale á regar su jardín.

El agua en hilos desciende
A la sedienta raíz,
Y la inocente sonrie
Al verlas de nuevo abrir.

Logra en tanto el trovador
Su modorra sacudir,
Y por acaso la encuentra
Bajo el toldo del jazmin.

Era el mancebo sensible,
La doncella un serafin,
Y de amor y vino henchido,
Entona su trova así:

«Niña que riegas las flores
Cuando el sol marcha á su ocaso,
Mira, tambien yo me abraso
Y muero por tí de amores.

»Volver con el riego vi
Un clavel casi marchito:

Yo del néctar necesito
De tus labios de rubí.»

Oye Elvira sonrojada
La canción del trovador,
Y suelta su regador,
Y huye del sitio azorada.

«Tente, el mancebo la grita,
¿Por qué son tantos enojos?
Quedan al mundo tus ojos
Cuando el sol su luz le quita.

»Tente»; pero más se aleja,
Y á sus voces no responde,
Y á sus miradas se esconde,
Y ardiendo de amor le deja.

IV.

La noche sus sombras
Do quier extendia,
Sus ondas apenas
El mar removia,
La luna en el cielo
Serena lucia;
Y en gótico lecho
De muelle infanzon,
Del sueño postrado,
Cayó el trovador.

Castillos, princesas,
Encantos, amores,

Fantásticos globos,
Galvánicas flores
(Ensueños amigos
De los trovadores),
Ya fijan su mente,
Ya cruzan, ya van,
Y brilla en sus labios
Sonrisa fugaz.

Empero su rostro
De pronto se enciende:
Un ¡ay! prolongado
Del pecho desprende,
Al frente sus brazos
Convulsos extiende,
Y sombra que cruza
Parece abrazar,
Y «¡Elvira!» en sus labios
Se oyó murmurar.

¿Por qué, can que ladras,
Perturbas su sueño?
Soñaba venturas;
¿No observas su ceño?
¿Qué importa que pase
Su encanto halagüeño?
¿Qué importa que sean
No más que ilusión?
¿Son nunca otra cosa
Las dichas de amor?

V.

¿Ves, Ernesto, ves cuán dulce
Mi vida en silencio pasa?

¿Por qué en la corte te engolfas?
¿Por qué á la corte te lanzas?

Soy un simple trovador;
Tú estás del trono en las gradas:
¿Cuál de los dos, si te place,
Ventura mayor alcanza?

Deja ese mar proceloso,
Otra vez salta á la playa:
Mira que al náufrago triste
Ni una cruz el mundo guarda.

¿Es tu sueño el patriotismo?
Sueña primero una Esparta:
¿La gloria tal vez?... incauto,
Despierta, y no verás nada.

Coge las velas, Ernesto:
No esperes, no, la borrasca:
Ven, que te llama mi amor;
Ven, que mis brazos te aguardan.

EL GATITO DE LUISA.

Gatito de ojos verdes
Y piel lisa y graciosa;
Gatito afortunado,
Por Luisa desdeñosa
Continuo acariciado;
¿Qué importa que los hombres
De ingratitud emblema te hayan hecho?
¿Qué importa que el destino displicente
Te formase realmente
Animal de escasísimo provecho,
Y débil y medroso,
Huraño y cauteloso,
Terrible sólo al triste ratoncillo,
O al fiero Don Quijote en el castillo?
¿Qué importa que tus robos de matanza,
Del alon de la pava ó la gallina
Te expongan sin cesar á la venganza
De la moza más vil de la cocina,
Que pringosa y tiznada,
Te sigue encarnizada,
Y armada de la escoba,
Te zurra, ya en la sala, ya en la alcoba,
Y aún al pié del tejado,
Asilo para tí siempre sagrado?
¿Qué importa, di, que sea
El amor con tu especie tan severo,

Que por las noches del nevado Enero
 A abandonar te obligue la zalea,
 O la templada brasa
 De las dulces hornillas de la casa,
 Para salir al derrotado alero
 De alguna torre fría,
 Adonde estás hasta que raya el día,
 Llamando con maullido lastimero
 A la poltrona gata,
 Que, á tu cariño ingrata,
 Se duerme sin curarse de tus quejas,
 Y deja que te hieles en las tejas?

¿Qué importa ser juguete
 Del niño, que á tu costa siempre huelga,
 Y en el agua te mete,
 O del rabo te cuelga,
 O te corta el bigote,
 O te rapa el cogote,
 Y burlando con maña
 De tus uñas la saña,
 Echa á tu cuello corredizo nudo,
 Para oírte mayar grave y agudo?

Ni ¿qué importa el raudal de desventuras
 Que tienen agobiada
 Tu especie desdichada,
 Si de Luisa el cariño delicioso
 Compensa con usuras
 De tu suerte el influjo desastroso?
 Tú gozas sus caricias inocentes,
 Tú duermes en su seno nacarado,
 Tú sus latidos virginales sientes,
 Y es tanta tu ventura,
 Que de su boca pura
 El beso regalado

¡Para tí solamente es reservado!

¡Oh gatito dichoso, dulce objeto
Del cariño de Luisa encantadora!

Si no te ha trasmitido tu señora,
Con su amor, su desden, jamas vencido,
Dila, cuando en su falda adormecido,
Sus labios te acaricien,

O su mano de nieve

Halague el lomo erguido,

Que al contacto suavísimo se embebe,

¡Ay! dila que yo envidio esos favores,

Y más que tú tal vez los merecia:

Dila, dila tambien que el alma mia,

Absorta en sus amores,

No alcanza bien mayor que sus caricias,

Y es Luisa á todas horas sus delicias.

Díselo así, gatito, y yo al destino

Pediré que, en premiarte nada escaso,

Te ofrezca á cada paso

Despensa bien provista y mal cerrada,

Y á moza soñolienta confiada.

FLOR MISTERIOSA.

I.

Modesta flor, que brotas en la selva,
Sin que tu cáliz vivifique el sol;
Flor que escondida, por la noche sólo
Tímida exhalas delicado olor;

Tú del amor de mis hermosos años
Imágen eres, cual ninguna fiel;
Tú, su candor, su plácido misterio,
Tú copias, flor, su dulce timidez.

Eres pura, eres fragante,
Eres suspiro de Abril,
Y pasa por tí el estío
Sin marchitar tu carmin.

Tú entónces, flor misteriosa,
Ves las del prado morir,
Y en tu asilo te proclamas
Reina eterna del pensil.

No, empero, flor, de tu suerte
Te muestras ufana así,
Que imitas mucho á mi amor,
Y rodarás seca al fin.

II.

Llega Diciembre, y desatado brama,
Y los árboles troncha el huracan;

Brama y se quiebra contra altivo risco,
Y agudo silba y torna á rebramar.

Tú tiemblas, flor, y con tus rotas hojas
Revuela en remolinos tu raíz;
Y espiras mustia, y se le vés muriendo,
Ves al sol melancólico lucir.

III.

Ni una mirada siquiera
Mereció la pobre flor,
Ni pintada mariposa
En su cáliz susurró:

Ni prendida en casto seno
Ostentó su tornasol,
Ni unos labios virginales
La demandaron olor.

¡Pobre flor!

Y era pura cual latido,
De virginal corazon;
Y era bella como es bello
El primer rayo del sol.

¡Pobre flor!

¡Cuánto imitas á mi amor!

UN SUSPIRO.

Á ELVIRA.

Partè, suspiro de amor,
Llévete hácia el mar el viento,
Y detente, sin ser visto,
Donde encuentres á mi dueño.

Ponte luégo entre los rizos
De su sedoso cabello,
Y contempla allí sus ojos,
Tan hermosos cual modestos.

Guarda silencio, suspiro,
Si notas que están serenos;
Que de amor poco dichoso
Eres al fin mensajero.

Mas si por caso los vieres
Volverse hácia el norte inquietos;
Si mi nombre entre sus labios
Oyes murmurar al eco;

Entónces, suspiro mio,
Bésalos, de orgullo lleno,
Y vuela atrevido, y dile
Que yo te lancé primero.

ÁNGEL DORMIDO.

No así, céfiro, despliegues
El cendal que lleva al cuello;
No beses ¡ay! su cabello,
Ni con él, lascivo, juegues.

Luna, tu rayo deten :
No le extiendas hácia aquí;
Que si la tocas, de tí
Celoso estaré tambien.

Duerme, Elvira : ya sereno ,
El viento apénas mumura ;
Duerme á mi lado segura,
Cual de tu madre en el seno.

Yo beso la verde alfombra
Donde tu planta pusiste...
Al fin ¡oh luna! esculpiste
Su airoso talle en la sombra.

Mas ¡qué rumor... un suspiro...
Sí : me llamaba en su sueño ;
¡ Oh delicia ! ¡ dulce dueño !
De gozo apénas respiro.

Tuyo soy : no hayas temor :
¡ Oh , qué placer soberano !

¿Tambien me tiendes tu mano
En tus ensueños de amor?

Uno... ciento : ¡dicha loca!
Mil veces he de besarla :
¿Vas tan pronto á retirarla?
No la profana mi boca.

No, mi bien ; mas guarda, ten :
Eres puro serafin ;
Con amor de ángel al fin
Se te debe amar tambien.

Y al tocarte, le he sentido,
Y ya ni tu aliento bebo,
Y ya ni á rozar me atrevo
Con el tuyo mi vestido.

Duerme, duerme : casta flor,
Replégate en tu capullo :
Calla, arroyo, tu murmullo ;
No te quejes, ruiseñor.

Nuncios del cielo, venid :
Torced el vuelo sonoro ;
Con vuestras alas de oro,
Mientras duerme, la cubrid.

Veladla amorosa, vos,
Madre, del empíreo estrella ;
Á vos os dejo con ella,
Y á los ángeles de Dios.

SERENATA.

Paloma del bosque ,
Modesto alhelí ,
No en vano te llama
Su perla el Genil.

La aurora te ha dado
Su dulce reir ;
Tus ojos son soles ,
Tus labios rubí.

*Asoma á tu reja ,
Doncella gentil ;
Que rondo tu calle
Penando por tí.*

Cual rosa purpúrea ,
Descuella entre mil ,
Y aclámala , ufano ,
Por reina el jardin ;
Así luces sola ,
Sultana de Abril ,
Y ves el estío
Sin susto venir.

Asoma á tu reja , etc.

Tu aliento en fragancia
Excede al jazmin ;
Tus ojos penetran ,
Cual daga sutil :

La Alhambra te adora ,
 Cual púdica hurí ;
 El suelo que pisas ,
 Del cielo es confin.

Asoma á tu reja , etc.

¡ Oh , ven , amor mio !
 Tu esclavo está aquí :
 El alba ya apunta ,
 El sol va á salir.

Si airada desdeñas
 Mi amor infeliz...
 Mi voz desfallece ,
 Mi canto da fin.

*Asoma á tu reja ,
 Doncella gentil ;
 Que rondo tu calle
 Penando por tí.*

Á LA MANO DE LUCINDA.

Liba la abeja un jazmin ;
Yo beso tu mano hermosa :
¿ Quien gusta miel más suave ?
¿ Es la abeja , ó es mi boca ?

Tibio perfume el jazmin
Exhala en sus breves hojas ;
Es tu mano , para mí ,
Del paraíso magnolia.
¿ Quien gusta miel más suave ?
¿ Es la abeja , ó es mi boca ?

La flor recibe insensible
Á la abeja voladora :
Tiembla tu mano en la mia ;
Arde el labio que la toca.
¿ Quien gusta miel más suave ?
¿ Es la abeja , ó es mi boca ?

Mano que amante te entregas ,
Y te encoges pudorosa ,
No huyas , no ; que es homenaje
Del vasallo á su señora.

Santa reliquia , en mis labios
Deja al ménos que te ponga ;
Que eres tú cosa del cielo ,
Y el alma cual tal te adora.

VIVACIDAD SIMPÁTICA.

Et quocumque potes dote placere, place.

OVID.

Adios, amores cuerdos;
Adios, graves doncellas;
Adios, que ya las paces
Pacté con las que enredan.

Un tiempo seducido
Por falsas apariencias,
El seso ponderaba,
Y odiaba la viveza.

«¿A mí raza de ardillas,
Con visos de coqueta?
Primero galeote
Á bordo de galera.»

Así mis pensamientos,
Así mis voces eran;
Y amor maligno rie,
Y muéstrame á Florela.

Alegre, como Mayo;
Velo, como centella;
Fragancia, cual de rosa;
Candor, el de azucena;

Sus gracias me rindieron ,
Sus ojos fueron flechas ,
Y amor , cantando el triunfo ,
Atóme á su cadena.

¿Qué es verla á cada instante
En mil formas diversas ,
Hacer de sus hechizos
Alarde por do quiera ?

¿Qué es verla bulliciosa ,
Cual ola siempre inquieta ,
Un sueño de delicias
Hacer de mi existencia ?

Ya mira , ya no mira ;
Ya corre , ya se sienta ;
Á mí se acerca afable ,
De mí al punto se aleja ;

Ya dice mil donaires ,
Ya muda está su lengua ;
Ya plácida sonrie ,
Ó ya tímida tiembla.

A cada instante encuentro
Encantos mil en ella ;
Á cada instante es linda ,
Á cada instante es nueva.

Guardad vuestra cordura ,
Inmóviles doncellas ,
Guardadla para otro
Que no viese á Florela.

Sus chistes, sus caprichos,
Su misma ligereza,
Me encantan como nunca
Lograron vuestras prendas.

Áun hallo en sus desdenes
Un no sé, que enajena;
Aun fuera encantadora
Su misma inconsecuencia.

Mas no la teme el alma;
Que á par de su viveza,
Purísimo es su pecho,
Verídica es su lengua.

Sus labios nunca mienten,
No engañan sus promesas;
Y el corazon tranquilo
Fiando en su inocencia,

« Adios, adios, repite,
Adios, graves doncellas;
Adios, que ya las paces
Pacté con las que enredan. »

Á LA CUESTA DE YÁTOR,

EN LAS ALPUJARRAS (1).

« ¡ Oh mal andante , follon ,
Villano , mal caballero ,
Que feciste este camino
Tan escarpado y estrecho !

» Non reposen tus cenizas
En cristiano enterramento ;
Antes sírvanles de pasto
A buitres é ruines perros .

» Non inventaste tal via
Para venir al torneo ;
Ca estonce fuera aliñada ,
E cupieran escuderos .

» Sin dubda la descubriste
Para fuyir de algun riepto ,
E al denostador dejaste
En el palenque venciendo .

» Él llevó , malsin , la loa ;
Tú , la mengua y el desprecio ,
Pues te ciscaste , villano ,
Del atabal al estruendo . »

(1) Este bello romance es de mi hermano don Francisco de Paula Castro y Orozco , ministro de Gracia y Justicia en 1838 , cuando apenas contaba veinte y siete años de edad , y poco despues presidente del Congreso de diputados . Murió , jóven aún , en 4 de Mayo de 1847 . Más adelante se insertará tambien otro soneto suyo *Á la tumba del Cid* . Ambas composiciones demostrarán sus felices disposiciones para la poesia , y la justicia con que le tributo aquí este recuerdo de fraternal cariño .

Ansí fabló Per Ordoñez,
Que la cuesta iba subiendo,
Sobre el corcel sujetando
Una mora, que es su dueño.

«Tórname, Zaida decia,
Tórname al hogar paterno,
E non me furtes, cristiano,
De Yátor, do están mis debdos.

»Non gozarás mis amores,
Nin vivirás en mi pecho,
Ca la prez de malfetría
Non ser pueden mis efectos.»

Desmándase á punto el bruto,
E afinca torpe en el cerro,
E á su robador en cuita
La morisca enlaza el cuello.

E por ende, Per Ordoñez
Dice, revolviendo el freno:
«¡Descansa en paz, buen fidalgo,
Que feciste este sendero!»

EPÍSTOLA CABALLERESCA.

Apuesta é noble señora ,
Celos , pardiez , vos demando ,
Ca nuevas me son venidas ,
Onde finco desdichado .

Tizona salirse quiere
De la vaina do la guardo ,
E trizas fago el papel ,
A do la péñola estampo .

Cuenta la fama parlera
(¡ Catad mi sino villano !)
Que asaz de doncel polido
Habeis en cuenta el falago .

Con él platicais ahína ,
E concurrís al sarao ,
E con él , dicen malsines ,
Que sois borrega en lo manso .

Parad mientes , reina mia :
Vuestos ojos me acuciaron ,
E mi amor é mi mesnada
Ofrecivós sospirando .

Señor rey levó pendones ;
 Acorríle , á fuer de hidalgo :
 ¿E ofendeisme á guisa tal
 Mientras yo en su hueste ando ?

¡ Oh , la mi dama hazañera !
 ¡ Oh caroña !... Tente , labio ;
 Que á la postre negar heislo ,
 Y peor es meneallo .

¡ Sus ! mi señora garrida ;
 Tolled , tolled tanto agravio ;
 Que bien apalpais que el pecho
 Está de amor abastado .

Magüer de enojos guarnido ,
 Magüer de vos alongado ,
 Yo me enaltezco , princesa ,
 Con remembranzas de antaño .

Por reina de las hermosas
 En la córte vos proclamo ,
 E dos higas á sus damas ,
 E tres para sus fidalgos .

E sepádes , la mi dueña ,
 Que á veros retorno raudo ,
 Como doncella que fuye
 De arremete de bellaco .

E juro á mi infanzonía ,
 E al rocin en que cabalgo ,
 De , á do pongais el chapín ,
 Poner á punto mis labios :

Ca sodes dueña sin par,
Ca sodes fembra milagro,
Ca sodes reina otrosí,
E yo vueso humilde esclavo.

LA PULGA.

¡Oh pulga detestable,
Aborto del estío!
¡Tirano que recuerdas
Nerones y Dionisios!

¿Qué objeto misterioso,
Qué fin desconocido,
Propúsose, al crearte,
El Hacedor benigno?

Dañoso es en el huerto
El topo semivivo,
Y la delgada araña
Ensucia con sus hilos;

Mas uno los insectos
Ahuyenta de su nido,
Y la otra entre sus lazos
Enreda á los mosquitos.

Tú solo, informe monstruo,
Tú solo, inmundo bicho,
De ser molesto al hombre
Parece tienes sino.

Ya bulles por su cuello,
Ya bajas al tobillo,

Con aguijon que abrasa
Hiriendo siempre impío.

Ya inquietas sobre pajas
El sueño del mendigo,
Ya el lecho de los reyes
Profanas atrevido.

Ya picas de una hermosa
El pecho casto y lindo,
Ya en ruga centenaria
Te cebas con ahinco.

Ora, si el sabio vela,
Soltar le haces el libro;
Ora, si el necio duerme,
Despiértásle mohino.

Ni temes maldiciones
Ni antídotos mentidos,
Ni en rústicos pulgares
Horrible pulguicidio.

¡Oh insecto, que así bebes
Mi sangre, vengativo!
¡Oh sombra, que mi tacto
Evitas con tus brincos!

¿No habrá clemencia un punto
En tí para conmigo?
¡Piedad, tigre invisible;
Piedad, crudo vampiro!

Al ménos mis vigiliass
Respetas compasivo;

¡ Al ménos esta noche
Siquiera sé benigno !

Permite que en mi insomnio,
De amor el pecho herido,
Celebre en dulces versos
De Elvira los hechizos.

« Que son malos », dirásme;
« Que son de Elvira indignos »:
¡ Oh ! malos cuanto quieras,
Al cabo serán míos.

¿ Hay falta de plagiarios?
¿ Por'dicha ha concluido
La raza traductora
De detestables libros?

¡ Ay pulga ! vuela á ellos;
Yo ansioso te lo pido :
Acecha sus vigiliass,
Sé siempre su martirio :

Estorba que algun necio
Imprima sus delirios ;
Y entónce... un poema
En tu alabanza escribo.

SONETOS.

Á LA RESTITUCION A SU SEPULCRO
DE LOS RESTOS
DE GONZALO FERNANDEZ DE CÓRDOBA,

profanados durante la guerra civil.

« E no es maravilla ¡ oh rey Nazar!
que las torres de la Alhambra se incli-
nen en tu acatamiento. »

(Inscripcion sepulcral de la Alhambra.)

¡ Plaza, plaza á las glorias de Castilla!
¡ Himnos de honor, espléndidas sultanas!
¡ Eclípsense lás lunas africanas!
¡ Tarfe y Muza, doblad vuestra rodilla!
Así exclamára, y su cabeza humilla
La sombra de Alhamar, al ver que ufanas,
De GONZALO las huestes castellanas
Los restos guardan con piedad sencilla.

Dijo, y resuena lúgubre gemido
De la Alhambra en los áureos artesones:
Huye la hurí de su pensil florido;

Rugen en las almenas los cañones;
Y el alto alcázar tiembla estremecido,
Y ante el héroe inclinó sus torreones.

(1854.)

AL CID,
Á LA VISTA DE SU TUMBA VACÍA,
EN SAN PEDRO DE CARDEÑA (1).

¡ Salve , sombra del Cid ! ¡ sombra gigante !
Yo te busco en tu tumba abandonada ;
Que á quien siempre por Dios vibró su espada,
Sólo el templo de Dios tumba es bastante.

En vano, el siglo intentará arrogante,
Después que ha profanado tu morada ,
Erigir á tus restos tumba alzada ,
Columna que hasta el cielo se levante.

El vandálico siglo que ha perdido
Cuanto del gran Gonzalo nos quedaba ,
De guarda fiel el galardón desdeña ;

Y por sus propios hechos desmentido,
Verá buscar al héroe en donde estaba ,
En su tumba : ¡ en San Pedro de Cardena !

(1) Este soneto es de mi hermano D. Francisco de Paula, de quien ya se ha hablado en otro lugar. Le escribió, en 1842, en un viaje por la provincia de Burgos.

AL EMINENTE Y FECUNDO POETA

DON JOSÉ ZORRILLA,

al visitar á Granada, en 1844.

Del siglo diez y siete prez y gloria
(Siglo que Apolo presidió jocundo),
Si rival del gran Lope en lo fecundo,
Sin rival, Calderon brilló en la historia.

Monstruos entrambos de inmortal memoria,
Astros que lucen con fulgor profundo,
Oyó sus versos y pasmóse el mundo,
Y del genio español fué la victoria.

¿Se agotó tu vigor, ¡oh España cara!
Al producir abortos semejantes?
¿No han de brillar ya más con luz tan clara
Ingenios en la patria de Cervántes?

« Escucha y juzga », respondió Castilla,
Y, atrevido rapaz, cantó *Zorrilla*.

EN LA MUERTE

DE

DON JOSÉ VICENTE ALONSO,

ESTIMABLE POETA Y LITERATO GRANADINO,

autor, entre otras muchas obras ménos conocidas, de la parodia trágica
titulada *Pancho y Mendrugo*.

¡Ya no existe! ¡murió!... Tímido infante,
En mi oído sonó su nombradía:
Él era el bardo de Granada un día,
Él, de sus bellas el cantor constante.

Desenvuelto doncel más adelante,
Ora sus versos imitar solía;
Ora los tonos de su canto oía,
Siempre lleno, sonoro y abundante.

Ya no vives, Alonso: polvo inerte,
De tu lira el sonido espero en vano:
En mil pedazos la rompió la muerte.

A tu sepulcro paz: huye, profano:
Yo tan sólo una flor puedo ofrecerte,
Y en él la arrojo con medrosa mano.

(1841.)

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON JOSÉ NICOLAS DE AZARA,

PRIMER MARQUÉS DE NIBBIANO,

literato apreciable, nuestro embajador en Roma
durante la persecucion del Pontificado, en tiempo de Napoleon I.
y hermano del célebre naturalista del mismo apellido.

Modesto, sabio, digno de memoria,
Laborioso y sagaz, brilló un Azara,
Que los secretos de natura avara
Sorprende y graba en erudita historia.

No satisfecho con tan alta gloria,
Varon ilustre de la estirpe clara,
Por nuevos rumbos á su sien prepara,
En alternada lid, nueva victoria.

Escribe, y el Parnaso se enriquece:
Consulta y salva á Roma el estadista:
Doble laurel sobre su tumba crece,

Del ingenio magnífica conquista:
En Italia es *don Diego de Mendoza*,
En España, rival de *Iriarte* y *Lista*.

CORAZON VACÍO.

No era el sol ; me engañé. La noche dura ,
Y otra vez el festin recobra vida :
¿ No veis la multitud , de amor herida ,
Cuál suspira á los piés de la hermosura ?

De la orquesta la plácida dulzura
A lúbricos danzares la convida ,
Y resuena la estancia , estremecida
A los gritos que lanza en su locura.

¡ Oh dichosos ! gozad : á vuestro lado ,
Entre el ronco rumor que al cielo crece ,
Un solo corazon , tímido , helado ,

Marchita flor en el vergel parece :
Él solo aquí repliégame sombrío ,
Y lento late , de placer vacío.

CORAZON QUE REBOSA.

« Huye », gritó el deber ; y llega el día,
Y vacila , señora , mi firmeza ;
Y al decirlos « adios », honda tristeza
El ánima apenada consumia.

« ¡ Oh mezquino ! ¡ Valor ! (yo me decía) :
Opon á tu pasión tu fortaleza ,
Y el olvido hallarás en donde empieza
Del crudo norte la aridez sombría. »

Seguí mi suerte , pues ; partí exhalado :
Corrí , volé , llegué : ya junto al Duero ,
Desde el Genil remoto he penetrado :

Pregunto al corazón : temblando quiero
El secreto saber que avaro esconde ,
Y... una lágrima ardiente me responde.

(Burgo de Osma , 1835.)

MI AMBICION.

Vuele el bravo á la lid, buscando ansioso,
Lauro inmortal con que ceñir su frente;
Surquen otros el piélago inclemente,
Corriendo en pos de un nombre más glorioso :

Ambicione en secreto el codicioso
El oro todo que produce Oriente;
Y el favor del magnate prepotente
Anhele el cortesano artificioso.

Sigan otros, en fin, cualquier camino
Que conduzca al poder y á los honores :
Yo, mi bien, esas glorias abomino;

Y, esclavo de tus ojos vencedores,
Adorarte, y no más, es mi destino;
Mi continúa ambicion es que me adores.

ALTIVEZ Y AMOR.

Bella es Leonor al ostentar altiva
De sus gracias la espléndida riqueza :
Bella, si de su ingenio la agudeza
En rasgos mil el corazon cautiva :

Bella es tambien, si desdeñosa, esquivada,
De su amador castiga la tibieza ;
Y bella si levanta con fiereza,
Reina excelsa de amor, la frente altiva.

Mas si á la queja que mi fe murmura
Sacrifica, por fin, su orgullo herido,
Y estalla de su pecho la ternura,

Cual ardiente volcan mal reprimido ;
No es entónces Leonor una criatura,
Es un ángel del cielo descendido.

AMOR Y MISTERIO.

¡Silencio, amor, silencio! Nadie vea
Que sucumbes al fin enamorada :
De ninguno la paga regalada
Con que premias mi fe, sabida sea.

Hazme feliz, y más que nadie crea
La dicha que me tienes otorgada,
Que el verla á són de trompa publicada
Solo al necio, señora, lisonjea.

Mi pasión es afecto misterioso,
Que nació al conocerte, y siempre dura
Ardiente y fiel, pero también medroso :

Evitemos del mundo la censura;
Y, cual velado sol, tu amor hermoso
Haga siempre en secreto mi ventura.

EPIGRAMAS.

EL SANTO OFICIO.

Familiar del Santo Oficio
Un filósofo ser quiere,
Y un poeta le zahiere
Porque toma este ejercicio.

«¡Quite allá! dijo el primero:
Tiene usted poco meollo;
¿Quiere que escoja ser pollo,
Pudiendo ser cocinero?»

LA BOCA DE ELISA.

Era la boca de Elisa,
Por lo grande, hermosa pieza;
Y de repente bosteza,
Estando á mi lado en misa.

«Gracias, chica, gracias, baste;
La dije azorado yo.
—¿Por qué me las das? gritó:
—Porque al fin no me tragaste.»

Á UNOS GRAJOS

QUE GRAZNARON EN LA MUERTE DE UN VERDADERO CISNE.

De un conjuro la virtud
Al muerto resucitó ;
Mas ¡ ay ! vuestro canto oyó ,
Y se volvió al ataud.

EN EL ALBUM

DE

DOÑA DOLORES ARRAEZ DE LLEDÓ,

POETISA GRANADINA.

Con la discrecion reñida ,
Diz que vive la hermosura ;
Eso al ménos asegura
Trova del vulgo aplaudida :
Mas cosas del vulgo son ,
Y cual él , la trova miente ;
Que en vos brillan igualmente
Hermosura y discrecion.

FRAY LUIS DE LEON,

ó

EL SIGLO Y EL CLAUSTRO.

Melodrama en cuatro actos y en diferentes metros.

ADVERTENCIA.

Veia yo, en 1836, venir á tierra por todas partes los innumerables conventos de que estaba poblada España: veia que la revolucion sólo reservaba á los frailes el ódio ó el escarnio; y mozo muy inexperto aún, intenté protestar á mi modo contra los extravíos de aquella época desatentada.

No era entónces hombre político; era sólo un aficionado á las musas, é invoqué su auxilio para recordar á la multitud que el claustro tenía tambien su filosofía y sus misterios melancólicos y sublimes.

Hé aquí la causa generadora de este drama; hé aquí por qué no tuve inconveniente en hacer héroe de su argumento al bienhadado, al simpático y popular fray Luis de Leon. Al asociar su venerable nombre á una fábula concebida con un alto fin político y moral, tal vez procedí con poco acierto, tal vez me extraviaron ejemplos muy en boga en aquella época de transicion para nuestra literatura; pero nunca creí, ni aún puedo creer hoy, que mi drama constituya una ofensa á la memoria de varon tan esclarecido, porque nunca podría mancharla, en mi concepto, la suposicion de que en su pecho hubiese cabido en los años juveniles una pasion tan pura como desventurada.

El público, segun pude notar despues, comprendió suficientemente mi idea. En el teatro del Príncipe de Madrid (donde fué representado por primera vez el drama en 1837), una parte de los espectadores se mostró poco galante con mis frailes, relegados en aquellos dias al escaño del ridículo, segun decia en sus artículos críticos sobre el mismo drama el famoso *Abenamar*; y otra, perdonando generosamente notorios defectos, aplaudió constantemente la representacion, que se sostuvo al fin por espacio de no pocos dias sobre la escena.

En las provincias ni aún hubo esta lucha : el drama se ejecutó en casi todas , y en muchas con notable repetición y aplauso. Bien es verdad que , advertido con el éxito de la primera representación , suprimí en todas las posteriores la escena décima del acto cuarto, cuyo carácter festivo , después de otras graves y patéticas , fué justamente censurado por el público.

Hoy, al cabo de largos años , sale á luz de nuevo el drama sin corrección alguna importante, aún cuando creo que podría recibir muchas ; pero lo hago así expreso, porque , para que yo quedase satisfecho de mis reformas , sería necesario hacer una completa refundición de la obra. Las cosas se ven de muy distinta manera entre los verdores de la juventud , que cuando estamos ya bien entrados en la edad viril.

Este drama , que ciertamente es uno de los menos conocidos del repertorio moderno español , ha sido, sin embargo, objeto de juicios muy diversos , emitidos por muy autorizados literatos de dentro y fuera de la península. Philarete Chasles, en sus artículos sobre nuestra literatura, publicados hace años en la *Revista de París* , dijo que su autor era uno de los jóvenes que anunciaban en España mayor talento para el teatro. El señor Ochoa, en un artículo crítico que escribió sobre su representación , opinó que no era un drama , pero, sí, una tierna y dulcísima elegía, consagrada á la memoria del maestro Leon. Por último , después de estos juicios demasiado benévolos, el grave é imparcial Tieknor, en su *Historia de la literatura española* , califica mi obra de impropia en su argumento y de escasa en su enredo dramático, pero le concede *estilo agradable y mérito poético*.

A la aparición de este melodrama en el teatro débese, por otra parte, el esclarecimiento de un punto importante en nuestra historia literaria ; á saber, cuál fuese la verdadera patria de fray Luis de Leon.

Era cosa admitida entre todos nuestros biógrafos modernos, desde Mayans y Ciscar hasta don Manuel José Quintana, que Granada habia sido la cuna del maestro Leon. Así lo suponía también el drama, siguiendo la opinión universalmente acreditada; pero, con motivo de su representación, el padre don José Lacanal, continuador de la *España Sagrada*, anunció vagamente en los periódicos que aquel era un error, pues en la Academia de la Historia acababa de recibirse el proceso original seguido al insigne varón en el Santo Oficio de Valladolid, y de él constaba, por la misma confesión del tratado como reo, que era natural de Belmonte, según se habia sospechado ya por algun escritor en el siglo xvii.

La noticia del padre Lacanal es exacta. Hoy este proceso célebre, hecho público por la revolucion en un tiempo coetáneo á la composicion del drama, figura entre los documentos inéditos para la historia de España, publicados por el señor Salvá en 1847; es decir, diez años despues de su representación. En vista de su resultado, no cabe sostener que fray Luis de Leon naciese en Granada, si bien su familia residió, durante la adolescencia del mismo y aún largo tiempo despues, en aquella ciudad, donde su padre fué oidor de la chancillería, y donde dejó memoria y numerosa descendencia. Éste es el verdadero lazo de union que existe entre aquella ciudad insigne y el famoso agustiniano.

Como una obra de imaginacion no es una crónica, he empleado cierta prudente libertad en algunos pormenores relativos á la familia y adolescencia de fray Luis, agrupando además en el drama personajes y sucesos que, si bien muy próximos, no son rigurosamente coetáneos. He creído, no obstante, que era mi deber consignar aquí esta noticia sobre la patria verdadera de tan esclarecido varón, y las sucintas y francas explicaciones que preceden sobre la historia y variadas apreciaciones de que ha sido objeto la presente obra.

INTERLOCUTORES.

EL MARQUÉS DE MONDÉJAR, *Alcaide mayor de la Alhambra.*

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA. }

DOÑA ELVIRA. } *Sus hermanos.*

DON LUIS PONCE DE LEON (*En el claustro el Maestro Leon*).

DOÑA GARCÍA, *Dueña de la casa de Mondéjar.*

TRISTAN, *Escudero de la misma.*

EL PADRE PRIOR *de los Agustinos de Salamanca.*

DOS ESTUDIANTES.

UNA BEATA.

UN ALGUACIL, *con su ronda.*

SOLDADOS, RELIGIOSOS Y ESTUDIANTES.

La accion se supone en la Alhambra de Granada y en el convento de San Agustin de Salamanca, siglo XVI.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la habitacion de don Diego de Mendoza, en la Alhambra de Granada; al frente una puerta de entrada, por la que se descubre el famoso patio llamado de los Leones; á la izquierda un gabinete cerrado, que se abre á su tiempo; á la derecha otra puerta, que comunica con lo interior de la Alhambra. Una mesa con libros, esferas, etc. Doña Elvira aparece sentada junto á ella, con un cuaderno en la mano, en el que lee atentamente. Se levanta de prõnto, deja aquel sobre la mesa, y dice, repitiendo lo que ha leído.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ELVIRA.

« Quien de dos claros ojos
Y de un cabello de oro se enamora,
Compra con mil enojos
Una menguada hora,
Un breve gozo, que sin fin se llora. »
—No hay ya duda, corazon; (Representando.)
No es un amor de la tierra
El que en el pecho se encierra
Del misterioso Leon.
Él su espíritu sublima
A la region celestial,
Y el caduco bien mortal,
Cual polvo vil, desestima.
Pero ¿qué me importa á mí
Adivinar sus afectos?
¿Qué, interpretar los conceptos

Que en esos versos leí?
 Curiosidad debe ser;
 Curiosidad, lo repito.
 Sigamos; que no es delito
 Ser curiosa una mujer.

(Vuelve á tomar el cuaderno, y lee.)

« Quien tiene en solo vos atesorado
 Su gozo y vida alegre y su consuelo,
 Su bienaventurada y rica suerte,
 Cuando de vos se viere separado,
 ¡ Ay! ¿ qué le quedará, sino es recelo,
 Y noche, y amargor, y llanto, y muerte? »
 — ¡ Cómo así! ¿ Don Luis altivo (Representa.)
 Elogiar deidad terrestre?
 Al fin temo que me muestre
 Amor en él su cautivo.
 Sigamos; que no es razon
 Saber que don Luis adora,
 Y no la gentil señora
 Que mereció su atencion. (Sigue leyendo.)
 « Alma divina, en velo
 De femeniles miembros encerrada,
 Cuando viniste al suelo,
 Robaste de pasada
 La celestial riquísima morada.
 ¡ Ay tristes! ¡ Ay dichosos
 Los ojos que te vieron! Huyan luego,
 Si fueren poderosos,
 Antes que prenda el fuego,
 Contra quien no valdrá ni oro ni ruego. »
 — ¡ Qué ternura! ¡ Cuánto amor
 Esas estancias descubren!
 Pero ¿ por qué siempre encubren
 El ídolo inspirador?

Por vida vuestra, don Luis,
 Hablad, responded; que es mengua
 Que esté quieta así la lengua,
 Cuando tanto amor sentis.
 ¿Presumis tener poder
 Para ocultarlo sagaz?
 ¡Ay! que siempre es perspicaz
 El ojo de la mujer.
 Sois ingenio, á quien aclama
 España por su portento,
 Y el triunfo sobre el talento
 Mucho envanece á una dama.
 Mas ¿qué dije? ¿Qué ilusion
 Cruzó rápida mi mente?
 ¿Por qué causa de repente
 Palpitaste, corazon?
 Sufre, pues; deja ocultar
 A don Luis ese secreto;
 Que cuando calla el discreto,
 Discrecion será callar.

(Deja otra vez el cuaderno sobre la mesa.)

ESCENA II.

DOÑA ELVIRA, DOÑA GARCÍA. — Ésta entra por la puerta de enmedio,
 con saya monjil y un rosario en la mano.

DOÑA GARCÍA.

¡Jesus! ¡Jesus, mi señora!
 ¡Cómo vengo de cansada!
 Por imposible ya tuve
 Haber de llegar á casa.
 ¡Qué Zacatin y qué calle
 De los Gomeres! Mañana
 No haya miedo que yo quiera

Bajar para ver las cañas :
 Ni por pienso , no señor,
 Aunque supiera que estaban
 Más lucidas que las hechas
 Cuando vino doña Juana.

DOÑA ELVIRA.

Descanse mi buena amiga :
 ¡ Cómo suda !

DOÑA GARCÍA.

Sí ; muy cara
 Compré la satisfaccion
 De conocer al de Austria.
 ¡ Es tan galan ! ¡ Tan cortés !
 Faccion por faccion retrata
 Al señor Emperador,
 Su padre. Todas las damas ,
 « ¡ Qué mancebo ! se decian ,
 ¡ Qué presencia tan gallarda ! »
 Los nobles , los veinticuatro ,
 Los cabildos , los garnachas ,
 Los corchetes , las libreas ,
 La gente de guerra , salvas ,
 El estruendo de clarines ,
 El ruido de las campanas ,
 Todo publicaba á voces
 Que era su alteza el que entraba.
 Pues ¿ y el Marqués , mi señor ,
 Con su cruz y su bengala ,
 Al frente de los jinetes ,
 Sobre el caballo esmeralda ?
 ¡ Ya se ve ! hoy es un dia
 De gozo para Granada :
 Entra don Juan con su gente ,

De vuelta de la Alpujarra,
 Triunfante en fin de esos perros
 De moriscos. Pues ¡no pasma
 Ver, señor, que todavía
 No quieren dejar su habla,
 Ni asistir á misa, ni
 Abandonar sus usanzas,
 Ni de nuestra santa fe!...
 ¡Perros! ¡Perros! ¡Oh, qué sábia,
 Qué grandemente decia
 Aquel padre Torquemada,
 Cuando predicó al cabildo
 El sermon de accion de gracias!
 «Son enemigos de Dios;
 Pues sin piedad...» Pero aguarda;
 ¿No me escuchabais, señora?
 ¡Si pareceis una estatua!

DOÑA ELVIRA. (Saliendo de su distraccion.)
 Proseguid, doña García:
 Os escucho.

DOÑA GARCÍA.

Cosa es clara:
 ¡Muy buen modo de escuchar!
 Tener la cabeza baja
 Y los ojos por el suelo,
 Y... sobre que veces várias
 Se lo he dicho á mi señor;
 Yo no sé para qué paga
 Ni escudero ni doncellas,
 Ni os compra joyas y galas.
 Padeceis melancolías:
 Siempre encerrada en la Alhambra,
 Siempre tras esos librotes,

Que don Diego tanto ensalza,
Y en saliendo él á la calle,
Sús, doña Elvira á su estancia.
Digo, cuando apénas quince
Contaréis. Yo sé la causa,
La sé muy bien, doña Elvira.

DOÑA ELVIRA. (Sobresaltada.)
¡Cómo! Decid.

DOÑA GARCÍA.

No es extraña
Vuestra tristeza tampoco:
Otro tanto me pasaba
Teniendo yo vuestra edad:
Los años corren cual agua,
Y el buen Marqués, mi señor,
No recuerda que su hermana
Es casadera. Despues
Tambien esa vil canalla
De moriscos... ¡Seis lugares
Y dos villas incendiadas...
Los gastos, la guerra, el dote...
Todo, señora, es la causa;
Pero á bien que todavía
Sois muy niña, una muchacha
Por cierto. El señor Marqués
De los cuarenta ya pasa,
Y como enviudó sin hijos...
Don Diego, segun su traza,
Será soltero perpétuo;
De modo que la inmediata
Del estado de Mondéjar,
Sus villas y casas llanas,
Es doña Elvira... Por eso

Nunca faltará un Moncada,
 Un Pimentel, un La-Cerda...
 Y á honra mucha; que es alhaja
 La doncella que se llevan:
 Humilde como unas malvas,
 Donosa, discreta, limpia,
 Unos ojillos que matan:
 ¿Y honesta? como ninguna;
 Que es mi celo quien la guarda,
 Y buena soy... ¿Devaneos?
 Sí; primero me enterráran.
 Pues poco el señor Marqués
 Anteayer de esto me hablaba;
 Presente estaba don Luis.

DOÑA ELVIRA.

¿Quién? ¿Don Luis?

DOÑA GARCÍA.

¿Por qué os espanta?

Él al fin es vuestra sangre:
 Su abuela doña Brianda
 De Mendoza, que casó,
 Si no estoy equivocada,
 Con el alcaide de Velez,
 Lope de Leon y Vargas,
 Siempre trató como primo
 A vuestro abuelo; y no haya
 Miedo de que en estas cosas
 Don Iñigo se engañára.
 ¡Sí! Como el credo sabía
 De Castilla y de Navarra
 Los linajes, y si vienen
 De bastardo los Abarcas,
 Si los Velas son traidores,

Si deben llevar los Laras
 Lambeles sobre el escudo,
 Si la cimera y las barras
 Piden en campo de gules
 Quinas ó estrellas de plata,
 Si... Luego, como tambien
 El señor Marqués le llama
 Su pariente, y es amigo,
 Y ha estudiado en Salamanca
 Con don Diego, y le consulta
 Sobre esa historia que acaba
 De escribir de los moriscos...
 Por supuesto es mucha alhaja
 El tal Ponce de Leon:
 ¡Qué modesto con las damas!
 ¡Qué callado! ¡Qué sentencias!
 Vaya, si es cosa que pasma;
 ¿Y sus trovas? Cuando de ellas
 El señor don Diego habla,
 Es cansarse y no acabar:
 Ni el marqués de Santillana,
 Ni Garcilaso. ¡Si dice
 Que es el portento de España!

DOÑA ELVIRA.

¿Eso cuenta?

DOÑA GARCÍA.

Todo el mundo
 A una voz así le llama.
 ¡Lástima que ese mancebo,
 Con tanto ingenio, no haga
 Libros de caballerías!
 Entónces sí... mas su escasa
 Fortuna no le permite

Empezar obras tan arduas.
 Y merced á su buen tío,
 El canónigo Losada,
 Que con su ayuda de costa
 Le sostiene; que su casa,
 A la muerte de su padre,
 Quedó bastante atrasada.
 El buen mancebo por eso
 Tanto se aplica y afana:
 Con su Aristóteles siempre,
 Siempre su atención fijada
 En esas filosofías:
 ¿Llega Agosto? á Salamanca:
 ¿Viene Junio? pues me vuelvo;
 Y siempre estudia y repasa...
 ¿Y para qué? para ser,
 Después de desdichas tantas,
 O canónigo, ó cronista,
 O alcalde de Goatemala,
 O qué sé yo. Y gran fortuna
 Que el señor Marqués le ampara,
 Y es su pariente, y podrá
 En la corte... bien lo alcanza
 El tal mi señor don Luis,
 Que no sale de la casa,
 Y con don Diego y con vos
 Siempre tan atento... ¡vaya!

(Mirando adentro.)

¿Pues no es el señor Marqués,
 Y don Luis quien le acompaña?

DOÑA ELVIRA.

¿Don Luis dijisteis?

DOÑA GARCÍA.

El mismo.

¡ Jesus , y qué adusta cara
Su excelentísima tiene !
Con don Diego es con quien habla
Mi señor.

DOÑA ELVIRA.

Vámonos presto ;
Estoy tan desaliñada...

DOÑA GARCÍA.

Vámonos , sí ; ¿ qué sé yo ?
Hablarán de sus batallas ,
De sus leyes... sus disputas :
El uno elogia las armas ,
El otro dale á las letras.
Ya se acercan ; nuestra sala
Nos espera , mi rosario :
¡ Ay, qué perdicion ! Mis gafas.

(Se le caen , y las recoge.)

ESCENA III.

EL MARQUÉS , DON DIEGO , DON LUIS.

MARQUÉS.

Pues esto , y no más , pasó :
Escucha atento , don Diego :
El Acuerdo sale , y luégo
Á su aposento entro yo.
« Vuecelencia bien venido... » ,
Dije , y sin ir adelante ,
« Cuidad que hablais á un infante » ,
Respondióme desabrido.
« ¿ Infante sois ? Vive Dios ,
Repuse , que no sé ley
Para que no os llame el Rey ,

Y os llameis infante vos. »
 El enojo se acrecia ,
 Y terciando allí el de Béjar ,
 Con Salar y Campotéjar
 Salí de Chancillería ;
 Que si no... voto á Luzbel ,
 Que Mondéjar le enseñára
 Á que cortés platicára
 Con un grande como él.
 A la sazón vi llegar
 La Ciudad con sus maceros ,
 Y la Inquisicion sus fueros
 Alegaba para entrar.
 Promovióse en su razón
 Contienda de preferencia ;
 Dió el Arzobispo sentencia ,
 Y amenazó excomunion.
 Os encuentro á mi salida ,
 Y al decirte mi suceso ,
 Le llamas , hermano , exceso ,
 Y me enojas , por tu vida.

DON DIEGO.

No te incomodes , Marqués ;
 Que , si no recuerdo mal ,
 Sólo dije que imperial
 De don Juan la sangre es.
 Hijo nació de don Carlos ,
 Y hombres de ménos provecho ,
 Cual infantes de derecho
 Vi á los reyes declararlos.
 Es el de Austria valiente ,
 Concluyó la civil guerra ,
 Y Felipe mucho yerra
 En tratarle displicente.

MARQUÉS.

¿Eso dices? A un Bernardo,
 A un Cid parece ofendí;
 Y quien defiendes aquí
 Es un mísero bastardo.

DON DIEGO.

Hermano...

MARQUÉS.

Calla : no arguya
 Tu loca temeridad ;
 Que real es mi calidad,
 Si imperial juzgas la suya.
 Alcaide en la Alhambra soy,
 Y general en Granada,
 Pago á jinetes soldada,
 Y ante el Rey cubierto estoy.
 ¿Qué más que yo hacer pudiera
 Esepreciado doncel?
 Diéranme el mando que á él,
 Y al moro también venciera.

DON DIEGO.

Hermano, si así te dejo...

MARQUÉS.

Basta ya, que me enojaste :
 ¿En qué crónica encontraste
 Ese menguado consejo?
 De docto y de historiador
 Te da renombre la pluma;
 Déjame á mí que presuma
 Entender puntos de honor.

ESCENA IV.

DON DIEGO, DON LUIS.

DON DIEGO.

Marqués , oye... Nada... en vano :
Raptos de su genio son ,
Y despues , quizá perdon
Venga á pedir á su hermano.
Tocaron á su nobleza ,
Y en este punto severo ,
Acepta morir primero ,
Que dar á don Juan alteza.

DON LUIS.

Siempre fué de un alma fuerte
Ese carácter indicio.

DON DIEGO.

Sí ; que adulando de oficio ,
Hay quien ensalza su suerte.
Mas volvamos al Parnaso
Desde este siglo de escoria :
Os digo que en nuestra historia
Sois segundo Garcilaso.
Sabroso rato me disteis
Con vuestra dulce poesía :
¡ Qué pasión ! ¡ cuánta armonía !
¿ Dónde ese gusto adquiristeis ?
Mucho adelantado habeis
En vuestras obras , don Luis ;
Y si ese vuelo seguís ,
Horacio nuestro seréis.

DON LUIS.

Señor...

DON DIEGO.

Dejad que mi lengua
 Os tribute esta alabanza :
 Sois del Parnaso esperanza ,
 Y de mil ingenios mengua.
 No encuentro en España uno
 Que os alcance á competir :
 Pocos , el dulce sentir ;
 Vuestra pureza , ninguno.
 Tomad , pues , ese tesoro ,

(Va á devolverle el cuaderno , á cuyo fin le toma de sobre la mesa.)

Que tan altamente aprecio ,
 Que no le pusiera precio
 Si se pagase con oro.

DON LUIS.

Como aquel que sois , honrais ,
 Señor don Diego , mi amigo ;
 Y á tanta alabanza , digo
 Que por cierto me abrumais.
 No merezco con razon
 La que de esa boca sale ,
 Que si algo en mis versos vale ,
 Será vuestra correccion.
 De historiador á la gloria
 Aspirais , y no se engaña
 Si á Mendoza llama España
 El Salustio de su historia.
 Por ello , si ese traslado
 Viere la luz algun dia ,
 Su mayor timbre sería
 Haberle vos aprobado.
 Guardadle os ruego , señor ;
 Guardadle , si os sirvo así.

DON DIEGO.

Más lo estimo que si aquí

(Deja otra vez el cuaderno.)

Me hicieseis emperador.

ESCENA V.

Los MISMOS; DOÑA GARCÍA, que entra con unas cartas en la mano.

DOÑA GARCÍA.

¡ Señor! ¡ Señor...! Pero ¿ dónde...?

DON DIEGO.

¿ Qué busca la honrada dueña?

DOÑA GARCÍA.

Pensé que estaba... El correo
De la ciudad ahora llega,
Y estas cartas ha traído.

DON DIEGO.

De Valladolid son éstas :

(Tomándolas, y devolviéndole algunas.)

Dadlas al Marqués.

ESCENA VI.

DON DIEGO, DON LUIS.

DON DIEGO.

Veamos :

(Se aproxima á la mesa y las va reconociendo. Don Luis se retira á un extremo.)

Si no me engaño, de Herrera,
El de Sevilla, es la carta :

¡ Notable ingenio! Con ella... (Lee.)

« Al señor don Juan de Austria. »

¡ Oda famosa ! Soberbia
 Introduccion : más despacio
 Tendrémos tiempo de verla.
 Vuestro voto... ¡ Cómo así ! (A don Luis.)
 ¿ Os marchabais ya ?

DON LUIS.

Licencia,
 Si os molesto , me daréis...

DON DIEGO.

¿ Eso dice vuestra lengua ?
 Tratadme sin cortesía :
 Siempre mi correspondencia
 Es literaria , y no más ;
 Que si de otra clase fuera...
 ¡ Sois tan tímido !

DON LUIS.

Señor...

DON DIEGO.

Mendoza me llamo á secas ,
 Señor don Luis ; vuestro amigo
 Y catedrático era
 En Salamanca. Tambien
 Algun parentesco media
 Entre nosotros. Decidme :
 ¿ Á qué viene esa tibieza ?
 Una veintena de años
 Es la grave diferencia
 Entre Mendoza y Leon ;
 Pero el gusto por las letras ,
 Vuestra cordura , mil causas ,
 Todo , todo nos nivela ,
 Y os estimo cual si fueseis

Mi hermano. Sólo una queja
Tengo de vos.

DON LUIS. (Sobresaltado.)

¿De mí?

DON DIEGO.

Cierto ;

Y poderosa. De aquellas
Que olvida muy rara vez
Un amigo. Es una ofensa
Imperdonable.

DON LUIS. (Aparte con agitacion.)

(¿ Qué escucho?

¿ Si sabrá...?)

DON DIEGO.

Es una ofensa ,
Lo repito : una traicion
Á la amistad : no creyera
Que fueseis capaz...

DON LUIS. (Con mayor agitacion.)

¿ De qué?

DON DIEGO.

De ocultarme vuestras penas ,
Vuestros secretos.

DON LUIS.

(Respiro.)

¿ Penas dijisteis?

DON DIEGO.

De véras :
Vuestro silencio me ofende.
¿ Pensaréis que no penetra

El ojo de la amistad?
 ¡Ah don Luis! La verdadera
 Registra, indaga, recorre,
 Y hasta el alma, sagaz, llega.
 ¿Pretendeis disimular
 Que estais triste; que os afecta
 Perenne melancolía?
 Si yo no la conociera,
 ¿No bastaba á declararla
 Esa misma indiferencia,
 Que por lo humano caduco
 Vuestros versos manifiestan?

DON LUIS.

¿Mis versos?

DON DIEGO.

Sí; que ellos mismos
 Vuestro secreto revelan :
 En ellos desnuda el alma,
 Á su pesar, se presenta.
 Vuestro espíritu precoz
 Se apace sólo en la eterna,
 En la gran filosofía,
 Que lo terrestre desdeña,
 Lo desprecia como polvo,
 Y en alas del genio vuela
 Á la region celestial :
 Allí el alma se apacienta,
 Allí vive, allí se sacia,
 Allí la verdad encuentra;
 Allí sólo está tambien;
 Pero no es en la edad vuestra
 En la que el hombre la alcanza,
 Y á tanta altura se eleva.

Nunca sazonados frutos
 Produce la primavera ;
 Flores y no más, don Luis ;
 Y aquel que hallándose en ella ,
 No las coge , las esquivá ,
 Y tanto desden demuestra
 Por el mundo , ése sin duda
 En secreto se atormenta ;
 Ése padece , ése llora ,
 Ése es árbol que se seca ,
 Porque insecto venenoso
 Hincó ya el diente en su tierna ,
 En su naciente raíz .
 No es injusta mi sospecha ,
 No , señor ; cuando tan jóven
 Así el corazón se aleja
 Del mundo real ; cuando osado ,
 Hasta el cielo así se acerca ,
 Es que la tierra le enoja ,
 Porque padece en la tierra .

DON LUIS.

Un alma franca... tal vez
 Cierta afición á la escuela
 De Platon... mi mismo tío...
 Esa continua y severa
 Austeridad suya... yo...
 Bien sabeis vos cómo enseña
 El canónigo Losada
 La moral : en su tutela...

DON DIEGO.

¿Y os ha enseñado también
 A perderos por las selvas ?
 ¿A ser desabrido á veces ?

¿A no encontrar complacencia
En la sociedad? Don Luis,
Dejad las disculpas esas.
¿Enmudecisteis? ¿No habláis?
Ese silencio comprueba
Que sentís, que padecéis,
Que el alma vuestra se quema.

DON LUIS.

Yo... señor...

DON DIEGO.

Y no creáis
Que equivoque cuáles sean
Vuestros disgustos: no, amigo;
Uno solo tiene fuerza
Para marchitar el alma
Cuando vuestros años cuenta;
Uno solo: mal de amores;
Ved aquí vuestra dolencia.

DON LUIS.

¿Mal de amores?

DON DIEGO.

¿Y cuál otro
A vuestra edad nos aqueja?
¿Cuál es poderoso entonces
Para hacer que el alma sienta?
Ninguno. Don Luis, amais,
Y á juzgar por mis sospechas...
Dónde el ídolo reside
Deciros tal vez pudiera.

DON LUIS.. (Con viveza.)

¿Qué...? ¿Sabeis...

DON DIEGO.

¡Brava pregunta!

¿Cómo quereis que no sepa
Lo que á cada punto y hora
Vuestra conducta revela?
Os vi en Salamanca alegre,
Y en Granada es la tristeza:
¿Qué quereis que yo presuma
De estos datos? Cosa es cierta...

DON LUIS. (Con la mayor viveza.)

¿Qué? Señor...

DON DIEGO.

Que en Salamanca
Encontrasteis la belleza
De quien ausente penais:
Esto lo infiere cualquiera.
¿No es así, señor don Luis?
Mas callad, que el Marqués llega.

ESCENA VII.

EL MARQUÉS, con unas cartas en la mano.—LOS MISMOS.

MARQUÉS. (A don Diego.)

Hermano, gozoso vengo
A que sepas de mi labio...

DON DIEGO.

¿Y tu enojo?

MARQUÉS.

Por agravio
Que me lo recuerdes tengo.
Aquí podrás informarte... (Se las da.)

Quedad vos, no os ausenteis,

(A don Luis, que iba á retirarse.)

Que cual pariente, debeis
En nuestro gusto ser parte.

DON DIEGO. (Habiendo leído.)

Es cosa que á mí me admira :
¿Por qué oculta la has tenido?
El de Alburquerque es marido
Muy digno de doña Elvira.

DON LUIS. (Con vehemencia.)

¿De doña Elvira?

MARQUÉS.

Sí, á fe :

Que doncella se quedase,
O por mi mano casase,
Prometí cuando enviudé.
Hoy se cumple mi deseo;
Que si el placer no me engaña,
Al de Alburquerque, en España,
Grande entre los grandes veo.

DON DIEGO.

(Don Luis quedó demudado.
¡Qué sospecha!) Pero di :
¿Por qué ese enlace de mí
Tuviste tan recatado?

MARQUÉS.

No os lo quise revelar
Hasta ser cosa segura :
Hoy recibo la escritura,
Y por eso puedo hablar.
Viste que llegan mañana
El Duque y sus equipajes :

¡Hola, dueñas! ¡Hola, pajes!

(Asomándose adentro.)

Decid no salga mi hermana.

DON DIEGO.

¿No le has dicho de esa boda?

Ni siquiera sabe ella...

MARQUÉS.

¡Eh! ¿qué entiende una doncella

Cuál marido la acomoda?

DON DIEGO.

No la estimes en tan poco;

Que hubiera sido muy cuerdo...

MARQUÉS.

¿Estás, don Diego, en tu acuerdo,

O tus libros te hacen loco?

¿Cómo Elvira dejaría

De obedecer á su hermano?

¡Vive Dios, que por mi mano

Primero la mataría!

Ven conmigo á su aposento:

Venid vos, don Luis, también.

DON LUIS.

Permitid...

MARQUÉS.

¿Marchabais? Bien:

Vamos los dos al momento.

.(Se va con don Diego.)

ESCENA VIII.

DON LUIS, abatido.

Descansa en fin, corazón:

Solo por fin te dejaron:

Solos contigo quedaron
Tu secreto y tu afliccion.
¡Elvira, donosa Elvira!
¿Con que ya á perderte voy?
Alma, del cuerpo sal hoy,
Pues hoy tu esperanza espira.
Sueño, de delicias lleno,
Templaba mi amarga suerte,
Pero que sueño me advierte
El estampido del trueno.
¿Yo soñar? ¿Don Luis cobarde? (Con furia.)
¿Al de Alburquerque cederla?
Venga luégo á merecerla,
Si de noble hiciere alarde:
Noble tambien es mi cuna,
Espada tengo y valor:
A quien merezca su amor,
Dé victoria la fortuna.—
Mas ¿qué digo? ¡Yo, insensato,
Yo de Alburquerque rival!
¡Yo, que mi pasion fatal
Cual una ofensa recato!
¿Vióse nunca tal sufrir?
¿Dónde consuelo hallaria?
¡Ay! me queda todavía
La esperanza de morir.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON DIEGO.

No me engañé , no ; don Luis
Adora en secreto á Elvira :
Su turbacion , la sorpresa
Que despues mostró ella misma ,
Al hablarle de esa boda ;
Todo , todo me confirma
En mis sospechas. Mas ¿ cómo
Leon , á quien yo creia
Prudente , tímido , franco ,
Así su razon olvida ,
Y á un amor sin esperanza...
— No : es preciso que más fijas
Las pruebas que tengo sean ;
De mi hermano la salida
Facilita mi proyecto :
Vendrá don Luis á mi cita :
Elvira me juzga ausente ;
Aquí acostumbra... es muy niña
Para pensar que yo ahí... (Señala al gabinete.)
Tan cerca está , que perdida
Ni una palabra será.
Yo sabré toda la intriga.
¡Hola , escudero ! ¡Tristan !

(Llamando hácia adentro.)

ESCENA II.

DON DIEGO y el escudero TRISTAN, viejo, cojo y ridículo.

TRISTAN. (Desde la puerta de enmedio.)

¿Qué manda vueseñoría?

DON DIEGO.

Si me buscasse don Luís,
Hágale que suba, y diga
Que pronto vuelvo.

TRISTAN. (Anda con suma lentitud.)

Está bien.

DON DIEGO.

¿No ha salido todavía?
¡Mándria de escudero! ¡Pronto!

TRISTAN.

¿Cómo quiere que deprisa
Ande, cuando dos mil diablos,
En el rebato de Ugíjar...
¡Ay, qué tiro de arcabuz!
¡Y qué dolores! ¡Maldita,
Maldita canalla mora!

DON DIEGO.

Deje sus algarabías
Y retírese.

TRISTAN.

Señor,
Pero si...

DON DIEGO.

Calle, y prosiga.

TRISTAN.

Pues callo , y prosigo. ¡ Perros !
Y un cristiano... ¡ Dios me asista !

ESCENA III.

DON DIEGO.

Todo está ya combinado :
Adentro doña García ,
Repasando su *Esplandian*
Ó su *Amadis* : sin malicia ,
Inexperta y candorosa ,
Como siempre, doña Elvira...
Sí; mi proyecto es seguro.
¡ Ah don Luis ! ¡ cuál sentiria
Ver en vos un seductor ,
Que abusando de mi antigua ,
De mi cordial amistad...
No : si así fuese , sabria
Castigaros y vengarme.
Soy Mendoza , fuera indigna
Vuestra conducta , y mi espada...
Mas ¿ qué digo ? Se extravia
Mi razon. No , no es posible ;
Es infeliz , nunca inicua ,
La pasion de un alma noble.
Esta esperanza mitiga
Mi enojo , y al mismo tiempo
Me atormenta. Hoy , en el dia ,
He de saber la verdad.
Escucho pasos... Aprisa.

(Escóndese en el gabinete.)

ESCENA IV.

DOÑA ELVIRA aparece con cierto aire de abatimiento.

Que dulce es mi suerte,
Que soy ya feliz;
A deudos y extraños
Les oigo decir.

Quién jura que en signo
Dichoso nací,
Quién llama á mis ojos
El sol del Genil.

Yó á todos escucho;
Pregúntome á mí,
Y el alma responde
Que no soy feliz.

— Llamarme duquesa
Há poco que oí,
Y el pecho en el punto
Sentíle latir.

Cercanos florecen
En un mismo Abril;
Por eso se abrazan
El olmo y la vid;
Mas ser yo de dueño
Que no conocí...

El alma bien dice
Que no soy feliz.

— ¡Que al Duque yo adore,
A fuer de gentil!
¡Gozar de mi mano,
Triunfar sin servir!
Si él noble ha nacido,
Yo hermosa nací,

Y no envidia aromas
 La rosa al jazmin.
 Galan que las almas
 Desdeñas rendir,
 Contigo no dudes
Que no soy feliz.
 —¿Por qué se fijaron
 Tus ojos en mí?
 ¿No brillan hermosas
 En Valladolid?
 Gallardo te pintan :
 No sé si es así;
 Mas cierto, no eres
 Tú sólo gentil :
 Mancebo modesto
 Alguna vez vi...
 ¡Ay! bien dice el alma
Que no soy feliz.

(Queda pensativa, y va á sentarse en una silla, cuando aparece don Luis.)

ESCENA V.

DON LUIS, DOÑA ELVIRA.

DON LUIS.

Pues salió don Diego... ¿Cómo?

(Aparte, viéndola.)

¿Doña Elvira aquí? ¡Qué encuentro...!

DOÑA ELVIRA.

(Yo no sé por qué la sangre
 Arrebatárseme siento
 Al corazon.)

DON LUIS. (A doña Elvira con timidez.)

Que subiese
 Tristan me dijo, y por eso...

DOÑA ELVIRA. (Con la misma.)
 Perdonad... Don Luis, creía...
 Yo no pensaba...

DON LUIS.
 (Recelo
 Que poderoso no sea
 Para ocultar...) Al momento, (A ella.)
 Si os importuno, saldré.
 No lo dudeis; pero pienso...
 Perdonad: en vuestros ojos...
 ¿Estais triste?

DOÑA ELVIRA. (Con afectacion.)
 No por cierto;
 Os equivocais.

DON LUIS.
 Lo dicen
 Vuestros labios, y lo creo:
 Nunca mentir han sabido:
 Es Elvira ángel del cielo,
 Y jamas...

DOÑA ELVIRA. (Aparentando ligereza.)
 Tened, don Luis:
 Ved que los elogios vuestros.
 Envanecerme podrian.

DON LUIS. (Con pasion.)
 ¿Vos, decis, envaneceros?
 Y cuando eso fuera, ¿quién,
 Quién con igual fundamento?
 ¿Quién más hermosa que Elvira?
 ¿Quién más inocente? Pero,
 (Con frialdad repentina.)
 Perdonad, me extraviaba:

Vuestro rostro siempre bello,
 Siempre tranquilo. ¡Insensato!
 ¿Pude pensar un momento
 Que estabais triste? ¿Y por qué?
 Sois feliz, mereceis serlo.
 Por mi corazon medía
 La situacion del ajeno,
 Y deslumbrado... Otra vez,
 Otra vez perdon os ruego.

DOÑA ELVIRA.

¿De qué? ¿De vuestros elogios?
 ¿En qué ofenderme pudieron
 Vuestras palabras? En vos,
 Sí me parece que encuentro...
 Esa palidez... tan triste...
 Un aire de abatimiento...

DON LUIS.

¡Triste, sí, triste, muy triste!
 Mi corazon, no lo niego,
 No es feliz: á mi pesar,
 Reventar quiere en el pecho,
 Y á veces... pero deliro:
 ¿Qué tienen mis sufrimientos
 De comun con doña Elvira?
 ¿Qué importa al mundo saberlos?
 Yo solamente: son mios,
 Mios no más.

DOÑA ELVIRA. (Con dulzura.)

Advierto

No sé qué en vuestros discursos...
 Hoy, cual nunca descontento,
 Vuestro corazon se encierra
 Dentro de sí mismo. Inquieto

Y perturbado... Don Luis,
 No sois en este momento
 El dulce, el fácil Leon.
 Quien leyere vuestros versos
 Y os oyera... ¿Os sentis malo?

DON LUIS.

Eso ha de ser. En efecto,
 Una agitacion... mi frente,
 Mi frente despide fuego,
 Y hácia el corazon... aquí, (Señalándole.)
 ¡Una opresion aquí siento!
 La losa de mi sepulcro
 Me pesára mucho ménos;
 Mucho ménos, sí. Castilla,
 La de los campos desiertos;
 Castilla estéril, mis años
 Viste pasar más serenos,
 Más tranquilos que esta vega,
 De flores vergel eterno.

DOÑA ELVIRA.

¿Eso decis?

DON LUIS.

¡Ah! Granada

Para mí tiene veneno:
 En ella está mi martirio,
 En ella infeliz padezco.

DOÑA ELVIRA.

¿Vos padecer? Del Parnaso
 Sois la gloria: el nombre vuestro
 Se extiende de polo á polo:
 El mundo admira ese ingenio...

DON LUIS. (Con calor, que se acrecienta por grados.)

¿Y qué pueden importarme

Sus aplausos lisonjeros?
 ¿Qué la gloria, qué la fama,
 Si un corazon aquí tengo,
 Un corazon que palpita,
 Triste, mustio, descontento...?
 Sed de amor, amor le abrasa,
 Amor misterioso, inmenso,
 Amor que emponzoña, impía,
 La horrible hiel de los celos;
 Amor fatal, que escondido
 No puede estar por más tiempo...

DOÑA ELVIRA. (Con turbacion.)

Don Luis... acaso... ¿Dijisteis...?

DON LUIS.

¿Cómo? ¿Mis labios dijeron
 Que os amaban? ¿Que érais vos
 El dulce, el único objeto
 De mi tierna idolatría?
 ¿Que cuando debo perderos,
 El alma padece juntos
 Los tormentos del infierno?
 ¿Eso pudieron decir?
 ¿Eso propalaron ellos?
 Elvira, no los creais,
 No los creais, que mintieron.

DOÑA ELVIRA. (Con ternura.)

¡Don Luis! ¡Don Luis!

DON LUIS.

Han mentido,

Os lo repito de nuevo.

No es Elvira, no... ¿Qué dije?

Ni yo mismo ahora me entiendo.

¿Dónde estoy? En este instante
De mi razon no soy dueño:
No lo soy. ¡Elvira! ¡Elvira!
Yo me arrojo á los piés vuestros:
Yo os adoro, yo... (Lo hace.)

DOÑA ELVIRA.

¿Qué haceis?

DON LUIS.

Sin vos la vida detesto:
Sin Elvira la maldigo:
Sólo una palabra, y muero;
Una palabra, y mi dicha
Ven los ángeles con celos.
¡Elvira! ¡Elvira!

DOÑA ELVIRA.

¡Don Luis!

ESCENA VI.

Dichos.—DOÑA GARCÍA, desde la puerta de la derecha.

DOÑA GARCÍA.

¡Hola! ¡hola!

DOÑA ELVIRA.

¿Qué habeis hecho?

Idos.

DON LUIS.

¡Que no me tragase
La tierra en este momento!

(Vase con precipitacion.)

ESCENA VII.

DOÑA GARCÍA , siguiendo á DON LUIS , y DOÑA ELVIRA.

DOÑA GARCÍA.

Venga acá , señor doncel ;
Miren , miren el mancebo
Barbilindo : ¡ vaya en gracia !
¡ Pues digo que estamos buenos !
Con que , yo muy divertida ,
En mi *Florisel* leyendo ,
Y... por vida de mis tocas
Y del honrado escudero
Mi difunto , que al instante
Mi señor ha de saberlo.
En cuanto venga : ni un punto :
Lo ha de saber : sin remedio.

DOÑA ELVIRA.

Por piedad , amiga mia :
Siempre mi agradecimiento...

DOÑA GARCÍA.

¿ Su agradecimiento ? ¡ eh !
¿ Y se atreve á decir eso
A su dueña ? ¿ A la viuda
De Anton Gil de Vasconcelos
Quieren corromperla ? ¿ A mí ?
Si por acaso vinieron
Él ó su hermano... al instante...
¡ Señor ! ¡ señor ! (A voces.)

DOÑA ELVIRA.

Por el cielo
Os suplico que calleis.

DOÑA GARCÍA. (Lo mismo.)
¡ Señor! ¡ Mi señor don Diego!

ESCENA VIII.

LAS MISMAS.—DON DIEGO, saliendo del gabinete.

DON DIEGO.

Silencio, doña García.

DOÑA GARCÍA.

¿Cómo? ¿Vos aquí...? Me alegro:
Pues mi señora, su hermana,
Y el señor don Luis...

DON DIEGO.

¡Silencio!

DOÑA GARCÍA.

Pero ¿no quiere que diga...

DON DIEGO.

Que calleis os mando.

DOÑA GARCÍA.

Pero...

DON DIEGO. (Con ira.)

¡Vive mi honor, si seguis!
Retírese luego adentro.

DOÑA GARCÍA.

Yo, señor... ¡Jesus, qué ojos!
Voyme temblando de miedo.

ESCENA IX.

DON DIEGO, DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA. (Acercándosele con temor.)

Hermano...

DON DIEGO.

Todo lo sé :

Nada que escucharte tengo.

DOÑA ELVIRA.

No soy culpable, lo juro :

Te lo juro por el tierno

Cariño que desde niña

Me profesaste. Su encuentro

Todo fué casualidad :

Eres de mi vida dueño,

Y á tus piés, si acaso pude... (Se arrodilla.)

DON DIEGO.

Levanta, Elvira, del suelo.

Sabes que siempre te amé :

Descúbreme aquí tu pecho,

Y al momento te perdono.

DOÑA ELVIRA.

Háblame, hermano : no temo

Descubrírtele.

DON DIEGO.

Pues bien :

¿Sabes el solemne empeño

Del Marqués con Alburquerque?

DOÑA ELVIRA.

Sí.

DON DIEGO.

¿Sabes que el casamiento
Con un hidalgo no más,
No sólo ve con desprecio,
Sino indignado?

DOÑA ELVIRA.

Lo sé.

DON DIEGO.

¿Sabes tambien que el ejemplo
De honradez y de cordura
Será, en dártelo, el primero
El mismo don Luis?

DOÑA ELVIRA.

¡Ay! Sí.

DON DIEGO.

Pues de todos estos hechos
Tú inferirás tus deberes;
Yo ni acordártelos quiero.

DOÑA ELVIRA. (Con indecision.)

Hermano... yo... sí...

DON DIEGO.

¿Vacilas?

¿Me darás el sentimiento...

DOÑA ELVIRA.

¡Tú sentir! ¡Tú, tan benigno!
No, que en tus brazos me entrego.

(Abrazándole.)

DON DIEGO.

Ahora conozco á mi Elvira;
Ahora digna de mi aprecio,

De mi amor y... no lo dudes,
 Siempre á tu lado me encuentro,
 Siempre velaré por tí:
 Mi cariño, mis consejos,
 Todo de Elvira será,
 Todo de mi Elvira. Entiendo
 Que necesitas ahora
 De reposo. En tu aposento
 Podrás mejor conseguirlo:
 La soledad y el silencio...
 Véte, pues, Elvira mía.

DOÑA ELVIRA.

Voy, hermano. Allí te espero.
 No tardes mucho; sin tí...

DON DIEGO.

Siempre te sigue mi afecto.

ESCENA X.

DON DIEGO.

No hay duda; su corazón
 En amor también rebosa.
 ¡Alma noble y generosa,
 Digna en todo de Leon!
 ¡Cuánto fuera mi contento
 En unirla con mi amigo!
 Pongo al cielo por testigo
 De que en decirlo no miento.
 Mejor que necios blasones,
 Yo su genio apreciaría;
 Mas ¿cómo el Marqués podría
 Vencer sus preocupaciones?
 Don Luis, don Luis, no hay remedio,

Sacrificad vuestro amor ;
 Que os prohíbe ya el honor
 Querer tentar otro medio.
 ¡ Si le pudiera yo ver !
 Voy á escribirle al instante ;
 Que acaso será bastante
 Para entrarle en su deber.
 Este arbitrio considero
 Que ha de ser más acertado :
 Siempre vi á don Luis honrado ,
 Y ademas es caballero. (Se sienta á escribir.)
 Breve la carta extendí ;
 Voy al momento á cerrarla ;
 Mas conviene repasarla ,
 Que muy deprisa escribí. (Se levanta y lee.)

« Don Luis : Todo lo sé. Mañana llega el de Alburquerque. Nada quiero deciros, sino que de vos depende todavía
 » merecer mi estimacion. Vuestro genio os hace señor del
 » universo : sedlo tambien de vuestro corazon extraviado. El
 » cielo os guarde.—*Don Diego.* » (La cierra.)

Está bien : luégo veré...

¡Tristan ! ¡Tristan !

ESCENA XI.

DON DIEGO.—TRISTAN.

DON DIEGO.

¿No me ois?

TRISTAN.

¡ Ay, mi señor ! ¿Qué decis?

Si para mover un pié...

DON DIEGO. (Dándole la carta.)

Haga de ligero alarde :

A Granada vaya aprisa...

TRISTAN.

¿Yo, señor? Si salgo á misa
Los sábados por la tarde.

DON DIEGO.

¡Pese á Tristan! Orellana,
Mi palafrenero, irá.
Si me buscasen, que ya
No se me ve hasta mañana.

(Se va por la puerta de enfrente.)

ESCENA XII.

TRISTAN.

¡Cómo va el señor don Diego!
Yo no sé qué es lo que pasa;
Pero esta tarde en la casa
Hay algun desasosiego.
Don Luis salió de repente:
De repente mi señor...
¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Que este dolor
Cada vez más se me aumente!
Ya pasó. Cosa secreta
Ella sin duda ha de ser:
Sí: ¡por llegarla á saber
Diera tambien mi muleta!
La dueña sola podria...
¡Que no la hallase á la mano...!
¿Hola, dueña? Más urbano:
¿Honrada doña García?
No responde... Si me oyera...
Pero ¿qué me importa á mí?
Siga mi trisagio, sí; (Lo saca y vase rezando.)
Que eso he de hallar cuando muera.

ACTO TERCERO.

Noche : dos bujías sobre la mesa.

ESCENA PRIMERA.

TRISTAN, DOÑA GARCÍA.

TRISTAN.

Aquí, señora García,
Que no nos oyen entiendo.

DOÑA GARCÍA.

Íbale, Tristan, diciendo
Que á sus piés vi se ponía.

TRISTAN.

¿ Á sus piés?

DOÑA GARCÍA.

Y porque, fiel,
Empecé luégo á gritar,
Mandó el hermano callar,
Convertido en una hiel.

TRISTAN.

¡ Eso pasa! ¡ Vive Dios,
Que me escandalizo todo!

DOÑA GARCÍA.

Pues sucedió de ese modo;
Que yo misma vi á los dos.

TRISTAN.

¡ Jesus ! ¡ Jesus ! dirán luégo...
 ¡ Miren la honrada doncella... !
 Pero no lo extraño en ella
 Como en mi señor don Diego.
 ¿ Con que , os puso tal mandato ?

DOÑA GARCÍA.

Sí , señor : con una ira...
 Y luégo con doña Elvira
 En su cuarto está hace rato.
 Capaz es , no será mucho ,
 Que la case con su amigo.

TRISTAN.

Á fe de cristiano , digo
 Que me aturde lo que escucho.
 ¡ Dar á don Luis la heredera
 De Mondéjar y su estado !
 ¡ Llamar el Marqués cuñado
 Á un hidalgo de gotera !
 Cosas son para espantar :
 Los hombres doctos á veces...

DOÑA GARCÍA.

Pero ¿ qué más que sandeces
 Sus libros han de enseñar ?
 De historia , de agricultura ,
 De política , poesías...
 Leyese caballerías ,
 Y obrára con más cordura.
 Allí viera que Esplandian
 Se puso como un erizo
 Porque hablar con don Rojizo
 Vió á su hermana en el desvan.

Y merced á que la espada
 No la halló, segun barrunto ;
 Que la historia en este punto
 Admite duda fundada.
 Pero esos libros en griego
 Vuelven á don Diego el juicio.

TRISTAN.

Sí, señor: es gran perjuicio
 Que á Amadis no estudie luégo.
 Cuando sus cosas leeis,
 Tan grande mi gusto es...
 Pero decidme: ¿el Marqués
 Que consentirá entendeis?

DOÑA GARCÍA.

¿Qué es consentirlo? Primero
 Pienso que la encierre monja;
 Que mi señor, sin lisonja,
 Es completo caballero.

TRISTAN.

Pues ¿por dónde el otro intenta...
 ¿Cómo en su cabeza cabe...

DOÑA GARCÍA.

Quizá con que no lo sabe
 Ni podrá saberlo, cuenta.

TRISTAN.

No ha de ser; que ya me enfado.
 Se hundirá primero el mundo.
 ¿Es más que un triste segundo,
 Aunque precie de letrado?
 Yo del caso la verdad
 Á mi señor decir quiero.

DOÑA GARCÍA.

Eso sí, buen escudero:
Me gusta ver su lealtad.

TRISTAN.

¡Un Mendoza tal baldon!
¿Qué es lo que el mundo dijera?
¡Si el callar en esto fuera
Delito de inquisición!
No he de callar, por mi vida:
Cuando venga estaré alerta...

DOÑA GARCÍA.

¿Y no es mejor que á la puerta
Vaya á esperar su venida?

TRISTAN.

¿Cómo? Si llega á la mano,
Al camino le saldré,
Y aunque es noche, correré
Como si fuera un milano.
Yo haré que la trama aleve...
¡Temblando de rabia estoy!
Por el postigo me voy,
Para salir más en breve.

DOÑA GARCÍA.

¡Víctor el señor Tristan!
Me cautiva su eficacia.

TRISTAN.

Quedad con Dios.

DOÑA GARCÍA.

Id en gracia.
Supongo que no sabrán...

TRISTAN.

Nada teneis que advertir :
Callaré que fuisteis vos...

DOÑA GARCÍA.

Que esta tarde vió á los dos...

TRISTAN.

Por supuesto, y no es mentir.

DOÑA GARCÍA.

Que osó su mano besar...

TRISTAN.

Tanto dicho no me habeis.

DOÑA GARCÍA.

Pero , señor , ¿no entendeis.
Que pudo muy bien pasar?

TRISTAN.

Descuidad... ¡Jesus, qué olvido!
Si á don Diego álguien buscase ,
No le consintais que pase ,
Porque Orellana ha salido.

DOÑA GARCÍA.

Está bien : es cuenta mia.

TRISTAN.

Buena dueña , vuelvo pronto.

ESCENA II.

DOÑA GARCÍA.

En el lazo cayó el tonto :
Eso solo yo queria.
Si en aquel fiero ademan

Viera á don Diego mandarme...
 ¡ Qué! ¡ si siento espeluznarme
 Y trasudores me dan!
 ¡ Tratar con tan poco honor
 Á una dueña de mi porte!
 ¡ Á una dueña que en la córte,
 De las dueñas es la flor!
 Si vengarme no consigo...
 Pero ya logré mi objeto;
 Que el Marqués sabrá el secreto,
 Sin ser yo quien se lo digo.
 ¡ Qué furor! ¡ cuánta bravura
 Ha de hacer cuando lo sepa!
 No es posible, no, que quepa
 En el caso compostura.
 ¡ Pues es un grano de anís!
 ¡ Y en su genio de serpiente...!
 Parece que sube gente...
 ¿Quién será...? ¡ Calle! ¡ don Luis!

ESCENA III.

DOÑA GARCÍA, DON LUIS, con extremada agitacion, llevando una carta
 en la mano.

DON LUIS.

¿ Y don Diego?

DOÑA GARCÍA.

¿ Cómo? ¿ quién...
 ¿ Y su atrevimiento es tanto?
 Despues de...

DON LUIS.

Por compasion,
 No me acordeis el agravio

Con que ofendí su amistad :
 Para vengarle son hartos
 Mis propios remordimientos ;
 Este puñal , este dardo ,
 Que el corazon me atraviesa.
 ¿ Dónde está ? ¿ dónde ?

DOÑA GARCÍA.

Muy claro
 Fué su precepto á Tristan :
 « Ninguno está exceptuado. »
 Ninguno. ¿ Lo comprendeis ?

DON LUIS.

Basta , basta ; que ya alcanzo
 Toda la triste verdad.
 Huye del desventurado
 Que en un momento ofendió
 La honradez de tantos años ,
 El honor , la gratitud...
 Cuanto existe de sagrado
 Sobre la tierra. Ese solo ,
 Ese , entre martirios tantos ,
 Me quedaba por sufrir.
 Ya no me queda : no , el vaso
 Hasta las últimas heces
 Debieron beber mis labios.
 ¡ Miseró don Luis !

DOÑA GARCÍA.

No entiendo...
 ¿ Dónde vais con ese extraño...

DON LUIS.

¿ No me entendéis ? ni yo propio
 Para comprenderme basto.

Era fuerza amar cual yo ,
Para conocer de cuántos ,
De cuán horribles tormentos
Este corazon es blanco.

DOÑA GARCÍA.

¡ Su corazon , eh ! ¿ Qué dice ?
¿ Si querrá que agradezcamos ...

DON LUIS.

Por piedad , no prosigais .
Callen , callen vuestros labios .
Un rayo cayó á mis piés :
Un rayo de mi letargo
Me despierta . No , don Diego :
Nunca invocaréis en vano
El honor de vuestro amigo .
De su frenesí llevado ,
Fué imprudente , criminal :
Todo lo holló en su arretrato :
¿ Todo lo olvidó ! ¿ Por qué ,
Por qué late aquí debajo
Un corazon que se abrasa ,
Que es capaz de sentir tanto ,
Si , madrastra la fortuna ,
No puso un cetro en mi mano ?
¿ Para qué me le dió el cielo ?
¿ Por qué ese dón tan infausto ?

DOÑA GARCÍA.

¿ Cómo ? ¿ conoce su error ?
¿ Siente ya que temerario ...

DON LUIS.

¿ Si le conozco ! ¿ Si sufro ... !
¡ Ah ! ¿ que no me fuese dado

Derramar toda mi sangre ,
 Y de ese modo expiarlo !
 ¡ Que no pudiera , Dios mio !
 (Se arroja en una silla .)

DOÑA GARCÍA .

(¡ Pobre mozo ! ¡ Pues ! mi flaco : (Aparte .)
 La compasion ; ya se ve :
 Tienen los enamorados
 Un modo tan ... que ...) Don Luis ,
 Si os empeñais en que al cabo
 Habeis de ver á don Diego ...

DON LUIS .

No ; no le llameis ; dejadlo : (Levantándose .)
 Es mejor que no me vea ;
 Que no turbe su descanso
 La presencia de Leon .
 Correrán luégo los años :
 Llevaré sobre mi frente
 Las señales de mi amargo ,
 De mi horrible sacrificio ...
 Elvira , Elvira , este llanto
 Es el último que vierto ,
 El último que consagro
 Á un amor sin esperanza ...
 ¡ He sido tan desdichado !
 Sólo una ilusion podia
 Llenar mi vida de encanto :
 Una ilusion ... ¡ Eras tú !
 ¡ Era morir en tus brazos !
 Si al ménos me amases , ¡ ay !
 Si de tus cándidos labios
 Una palabra tan sólo ...
 Una tan sólo ... ¡ insensato !

Perdon , perdon si tú ofendo :
 Muy pronto de t  lejano...
   Para siempre !   para siempre !
 Es preciso... El Oce no ,
 La inmensidad del abismo ,
 Es quien debe separarnos :
 Sólo así podrá extinguirse
 Este amor en que me abraso ,
 Este volcan... Ya no más :
     qué cobarde dilato
 Mi agonía...? En el momento...
 Aquí mismo... aquí...   qué tardo ?
 (P nese   escribir.)

DOÑA GARCÍA.

Yo no s ... Siento tambien
 Así como un sobresalto ,
 Que   mi pesar...   Qué proyecto
 Será el que tiene entre manos ?
 Si lo dice mi señor :
 Ni una blanca es lo que valgo
 Para dueña... tan sensible...
   Cómo escribe !   qué agitado !
 Pero se levanta ya :
   Cuál es su intencion...? oigamos.

DON LUIS. (Levantándose y cerrando una carta , que deja sobre la mesa.)

Cumpl  mi deber : ahora
 Me siento más sosegado.
   Ya no soy más que infeliz ,
 Y lo he sido siempre tanto !
 Tanto , que mi sacrificio
 No me acobarda... Es acaso
 El menor de los tormentos
 Que este pecho desgarraron.

Acéptalo tú , Dios mio :
 Tú solo conoces cuánto ,
 Cuánto el alma sufrirá
 Primero que consumarlo .
 ¡ Ah ! nunca gimió el impío ,
 Nunca sus ojos lloraron :
 Nunca cual yo sin ventura
 Tuvo que invocar tu amparo ,
 Como el último consuelo :
 Que restaba á su quebranto .
 Yo le invoco , Dios benigno :
 Yo tu clemencia reclamo :
 Yo , de por vida infeliz ,
 Hasta tí el alma levanto :
 Yo á tí solo , en mi amargura ,
 Compasion , señor , demando .
 ¡ Adios , mundo ! ¡ Adios , Elvira ! (Alto .)
 ¡ Para siempre adios quedaos !

ESCENA IV.

DOÑA GARCÍA .

¡ Jesus ! ¡ Jesus ! pecadora ,
 ¿ Qué es lo que de oír acabo ?
 El mancebo está perdido :
 Sin duda desesperado ,
 Es capaz de cualquier cosa .
 « Para siempre adios quedaos ;
 Adios , mundo , adios , Elvira » ,
 Con un fervor... y su llanto...
 Y luégo su contricion :
 Aquel rezar... ¡ pues ! ¡ más claro... !
 No hay remedio ; va á matarse :

Eso proyecta. ¡Qué espanto!
 ¡Qué lástima de su alma,
 Que es alma de enamorado;
 Y quizá... sí... por mi culpa...
 Esta muerte es de mi cargo!
 Es preciso... voy tras él...
 Le diré que le ha llamado
 Doña Elvira... de este modo...
 Está encerrada en su cuarto...
 Con don Diego... y no hay peligro.
 Protesto que no lo hago...
 Por conciencia... sí, por eso.
 ¡Pues es poco listo el diablo!
 ¡Válgate Dios! ¿y Tristan?
 Voy al momento á alcanzarlo:
 Con tenerle un poco tiempo
 En este cuarto engañado
 Volverá en su juicio, y luego...
 Pero encontrarle es el caso...
 No, pues aunque sepa... sí...
 Á la ciudad misma bajo:
 Don Luis ántes, luego el otro:
 ¡Si quisiera ser un gamo!

ESCENA V.

DON DIEGO, DOÑA ELVIRA.

DOÑA ELVIRA.

Aquí hablaba, no lo dudo:
 Aquí su voz escuché.

DON DIEGO.

Ilusion sin duda fue:
 ¿Cómo otra cosa ser pudo?

DOÑA ELVIRA.

No se engaña el corazon :
Nunca se deslumbra , Diego.

DON DIEGO.

Si le supones tan ciego ,
Mal conoces á Leon.
Serénate , vuelve en tí :
Recobra , Elvira , tu calma.

DOÑA ELVIRA.

No la hay ya para mi alma ;
Para siempre la perdí.
La perdí cuando , arrastrado
De misteriosa pasion ,
Rebosó su corazon ,
Y á mis piés le vi postrado :
La perdí cuando , rendido
Mi espíritu á tus consejos ,
Su despedida de léjos
Vino á sonar en mi oido.

DON DIEGO.

Elvira , no tan tirano
Te avasalle así el amor :
¿ Qué fuera , di , de tu honor ,
Si no te oyera tu hermano ?
No culpo , no , que á su llama
Sensible tu pecho fuera ;
Mas atenta considera
Lo que debes á tu fama.

DOÑA ELVIRA.

¡ Ay, don Diego !

DON DIEGO.

Fijo es
Que esa boda se dilate;
No: que forzarte no trate
A mi presencia el Marqués.
Vendrá el tiempo, en conclusion,
Y con él vendrá el olvido.

DOÑA ELVIRA.

¿Olvidarle? ¿Has concebido
Que olvidar puedo á Leon?
Te lo repito: un convento,
Eso solo me conviene.

DON DIEGO.

Mucho que pensarse tiene
Sacrificio tan violento.
Medita bien: hace rato
Que el Marqués debió volver;
¿Que haya siempre de temer
En su genio un arrebató?
Adios, que buscarle quiero.

DOÑA ELVIRA.

¿Te vas?

DON DIEGO.

En brasas estoy.
Sí: por el bosque me voy,
Para salir más ligero.

(Vase por la puerta de la derecha.)

ESCENA VI.

DOÑA ELVIRA.

¡Olvidarle! Eso pretenden,
Eso mi hermano me manda.
No es posible, no: perdona,
No puede tanto mi alma;
No lo puede. ¡Triste Elvira!
Aquí mismo, aquí sentada,
Una ilusion... ¡Qué sombría,
Qué medrosa está la Alhambra!
Otras noches... pero ahora...
Me siento tan angustiada...
Si apenas puedo...

(Se sienta junto á la mesa, va á reclinarse en ella, y halla la carta que dejó don Luis.)

¡Qué miro!

¡Es su letra! Aquí una carta. (Lee.)

« Bien me conociais, señor don Diego, bien me conociais
» cuando tomasteis la pluma para escribirme. Mañana llega
» el de Alburquerque, y mañana salgo yo tambien de Gra-
» nada para siempre. Para siempre: ¿lo entendeis? He oido
» decir que el capitan Pizarro va á dar muy pronto á la vela
» en Cádiz para el Perú, y quiero poner un mundo de por
» medio entre Elvira y mi cariño, entre la amistad generosa
» y mi corazon extraviado. Si, contra mis esperanzas, llegase
» tarde, nada temais tampoco porque permanezca en España.
» ¿Qué puedo ya esperar de un mundo que me rechaza con
» ignominia? ¿Qué ilusion queda ya para mí sobre la tierra?
» El claustro, señor don Diego, el claustro, no lo dudeis,
» será entónces mi único asilo. Adios, amigo generoso, adios,
» adios, hasta la eternidad. — *Señor don Diego de Men-*
» *doza.* »

¡Ay! ¡Se ausenta! ¡Me abandona!
 ¡Huye por mí de su patria,
 Y se marchitan en flor
 Sus brillantes esperanzas!
 ¡Infeliz...! á un nuevo mundo...
 ¡Para siempre...! ¡Desdichada!
 Sin saber cuánto cariño
 Este corazon le guarda:
 Sin saber... no puedo más...
 Una congoja... me mata:
 Es una mano de hierro
 Que el corazon me apretára:
 Un dogal... la luz... ¡Dios mio!

(Queda desmayada sobre la mesa.)

ESCENA VII.

DOÑA ELVIRA, desmayada; DON LUIS; DOÑA GARCÍA, hablando desde la puerta de enmedio.

DOÑA GARCÍA.

Espéreme en esa estancia:
 Cuidado no salga de ella.

DON LUIS.

Pero ¿es verdad que me llama?
 ¿Es verdad...?

DOÑA GARCÍA.

¡Chito! Ya vuelvo:
 Luégo sabrá por qué causa
 Es su venida. Entre tanto,
 Que le rece á Santa Bárbara,
 Que es especial protectora
 De desesperados... ¡Vaya!
 ¡Cómo he corrido...! ¿Tristan?
 ¿En dónde estará este mandria? (Vase.)

ESCENA VIII.

DON LUIS, entrando ; DOÑA ELVIRA.

DON LUIS.

¿Llamarme doña Elvira? No es posible:
Burlábase tal vez de mis desgracias,
O quizá... Mas ¿qué miro? ¡Es ella! ¡Es ella!
(Viéndola, y acercándose.)

¡Elvira...! ¡Dios benigno...! ¡Desmayada!
Orellana, Tristan, venid; ¡socorro! (A voces.)
Ninguno... ¡Por piedad...! Y fué mi carta...
Mi carta entre sus manos... eso ha sido.
¡Soy feliz, soy feliz: ella me ama!
¡Elvira, dulce Elvira, Elvira mia!

DOÑA ELVIRA. (Sin volver en sí.)

¡Ay!

DON LUIS.

Suspira. Ya vuelve. ¡Elvira amada!

DOÑA ELVIRA.

¿Dónde estoy?

DON LUIS.

¿Dónde estais? Entre mis brazos,
En brazos de don Luis, que os idolatra.

DOÑA ELVIRA. (Soltándose.)

¿De don Luis? Pues aquí... ¿Tristan? (Gritando.)

DON LUIS.

Calmaos:

Nada debeis temer; no temais nada.
El amor de Leon es noble, puro;
Méenos puro es el sol, méenos, y abrasa,
Y consume y devora, como siento

Abrasarse en amor ahora mi alma.
Ya no me ausento, no: ¿la veis, Elvira?

(Tomando la carta y haciéndola pedazos.)

Miradla: no, ¡jamás! Sobre mí caiga
La maldición de Dios, caiga, escuchadlo,
Si ingratitud tan negra consumára.
Hé aquí mi decisión.

DOÑA ELVIRA. (Sobresaltada.)

¿Cómo? ¿Qué escucho?
¿Qué me quieren decir esas palabras?
¿Qué dicen? responded.

DON LUIS.

Que sois ya mía:
Que la razón vencida, cede y calla:
Que reventó el volcán, y honor y todo,
Todo á la vez en su furor arrastra.
Eso quieren decir. Tras de los mares,
Un infierno en el pecho yo llevaba;
Y este infierno las lágrimas de Elvira
En gloria la más pura transformarán.
Eso quieren decir, eso; salgamos:
Vuestro esposo soy ya: sola la Alhambra...
Es noche... ¿Qué os detiene? Venid...

DOÑA ELVIRA.

¿Dónde?

¿Qué frenesí funesto os arrebató?
Por Dios, que os retireis.

DON LUIS.

¡Dejaros! ¡Nunca!
¡Cómo usar con Elvira crueldad tanta!
¡Deslumbrado amador, mal caballero,
Tener su llanto y su cariño en nada!
¡Imposible! ¡Jamás! ¿No es mi fortuna

Unico estorbo que de vos me aparta?
 Pues bien, venid: busquémosla reunidos:
 Partamos á otro mundo para hallarla.
 Acevedo, Cortés, Pizarro, Almagro,
 Orellana, otros mil... allí su espada...
 Yo la tengo tambien: soy más, soy noble,
 Y amor me alentará cuando combata.
 ¿Pensais que la que inspira dulces versos
 No pudiera inspirar tambien hazañas?
 ¡Ay! venid... no tardeis: todo previsto,
 Todo pronto está ya para mi marcha.
 Al asomar el sol... acompañadme:

(La toma de la mano.)

Que nos halle dichosos cuando nazca.
 ¿Por qué indecisa estais...?

DOÑA ELVIRA.

Soltad...

DON LUIS.

Marchemos...

No es hora de razon. No: sin tardanza...
 Sois mi esposa, os lo juro... Dios testigo...
 ¿Temeis por vuestro honor? Mi honor le guarda.
 Ved aquí... con mi sangre...

(Se acerca á la mesa, hiérese levemente en una mano con la daga, y escribe con su sangre en un papel. Todo debe ser obra de un momento.)

DOÑA ELVIRA.

¿Qué habeis hecho?

DON LUIS.

Confirmaros con ella mi palabra.
 Tomad: en blanco está: venid: ó mia,
 (Dándole el papel, que ella no toma.)
 O ser del Duque, si os quedais, mañana.
 No hay ya medio, escoged.

DOÑA ELVIRA.

¡Ay! por el cielo,
No queráis abusar de mi desgracia.
¡Salid, por compasion!

DON LUIS.

Para el sepulcro,
Si mi Elvira tambien no me acompaña:
O su amor, ó morir... tomad... ¿Dudais?
(Deja el papel sobre la mesa, toma la daga y amenaza herirse.)
Seguidme, ó despedazo mis entrañas.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué intentais? ¡Detened!

DON LUIS.

Sólo un momento;
Resolved.

DOÑA ELVIRA. (Deteniéndole el brazo.)

¡Por piedad...!

DON LUIS.

Una palabra,
Una no más.

DOÑA ELVIRA.

¡Don Luis!

DON LUIS.

Mi esposa, ó suya;
De vos, ó del Criador, que ya me llama.
¿Oís? Sonó mi hora.

DOÑA ELVIRA.

¡Deteneos!

De don Luis es mi amor, vuestra es mi alma.
Soltad, soltad. (Le quita la daga y la deja sobre la mesa.)

DON LUIS. (Conteniéndola.)

Detened...

ESCENA IX.

DICHOS.—DOÑA GARCÍA, sobresaltada.

DOÑA GARCÍA. (A don Luis.)

Don Luis, acaba
De saber mi señor... ¡Mas doña Elvira! (Viéndola.)
¡Miren, miren si el tiempo aprovechaban!
¡Pecadora de mí! ¡Yo, sin saberlo,
De su amor la tercera!

DON LUIS. (Amenazándola.)

¡Calla! ¡Calla!
Sé mi cómplice, ó muere.

DOÑA GARCÍA.

¡San Cecilio!
Esta noche el infierno se desata:
Mi señor va á venir.

DON LUIS.

¿Cómo?

DOÑA ELVIRA.

¿Mi hermano?

DOÑA GARCÍA.

Ese mismo: el demonio en carne humana.
Allá fuera le vi: Tristan... en vano
Le buscaba solícita en la Alhambra:
Del chisme al saborcillo sale el perro,
Se baja á la ciudad, zas, y relata
La historia de esta tarde.

DOÑA ELVIRA.

¿Cuál? ¿Qué dices?

DOÑA GARCÍA.

Ya no es tiempo, señora, de contarla.
Baste saber que mi señor ahora
Llegaba con Tristan; que le acompaña
Don Diego, y si templarle no consigues,
Por difunta me doy para mañana. (Voces dentro.)
¿Oís? sus voces son: ya se aproxima.

DOÑA ELVIRA.

¡Él es! ¡Don Luis...! ¡Qué hicimos! ¡Desgraciada!
¡Huid!

DON LUIS.

Ante el infierno todo junto
No volviera esta noche las espaldas.
Nada temais: que venga... muerte, muerte,
Eso solo le espera en esta estancia.

DOÑA ELVIRA.

¡Gran Dios! ¿Qué vais á hacer? ¡Ah! por mi vida,
Que os ocultéis allí... venid... mañana...
Entrad, don Luis, entrad.

DON LUIS.

¿Y qué? Cobarde...

DOÑA ELVIRA.

Salvad así mi honor, él os lo manda:
Entrad si me estimais... vamos... ¡Don Diego!
(Le encierra.)

Sé tú el escudo de tu triste hermana.
¡Es inocente aún! Ven. (A la dueña.)

DOÑA GARCÍA.

Si nos libra,
Una dueña le ofrezco á Santa Engracia.

ESCENA X.

EL MARQUÉS, DON DIEGO.

MARQUÉS.

¿Qué me acaban de contar?
Con que, Elvira... ¡Vive el cielo!
¿Y un miserable hidalguelo
Su esposo se ha de llamar?
¿Dónde se huyó la traidora?
¿Dónde está? Diego, responde...
Si en el abismo se esconde,
Ha de morir en la hora.

DON DIEGO.

Hermano, el enojo ten:
Escucha primero, y luégo...

MARQUÉS.

¿Tú la defiendes, don Diego?
¿Tú su cómplice también?

DON DIEGO.

Marqués, marqués, no imprudente
Vulneres tu misma honra.

MARQUÉS.

¡Que aquí calle! ¿Y tal deshonra
Es mi hermano quien consiente?
¿Para proteger su exceso
Razon en tus libros viste?

DON DIEGO.

Basta ya, que me ofendiste;
No me repitas más eso.
Los libros que tú supones

Despreciables en tal grado ,
 Enseñan , noble entonado ,
 A vencer nuestras pasiones.
 Por ellos don Luis — ¡ Atiende !
 Sabrá triunfar de su amor ;
 Que á tener tanto valor
 Sólo en mis libros se aprende.
 Esa tu saña , te digo
 Que es injusta con Elvira.

MARQUÉS.

¿Cómo así...?

DON DIEGO.

Cálmate , ó mira
 Que reñirás hoy conmigo.
 Mañana , más sosegado ,
 Hablarémos de este punto :
 Prosigamos del asunto
 Por que tanto te has tardado.

MARQUÉS.

Pero ¿quieres...?

DON DIEGO.

No haya más :
 Que la dejes te repito.
 ¿Es en Elvira delito
 Ser hermosa por demas?
 Acaba tu relacion ,
 Que mucho interes encierra.
 ¿Con que , la gente de guerra
 Tuvo junta , en conclusion?

MARQUÉS.

Siendo ya la noche entrada ,
 Unos cuantos nos hallamos :

Vimos el aviso, hablamos,
Y despues no hicimos nada.

DON DIEGO.

¿Cómo nada?

MARQUÉS.

Nada en fin :
Pues ¿lo llegaste á creer?
¿Tiene el morisco poder
Para mover un motin?

DON DIEGO.

No alabo vuestro descuido,
Y con sorpresa te escucho;
Que el Albaycin puede mucho,
Con vega y ciudad reunido.
Descansar en la victoria
No es de capitan prudente;
Que por eso algun valiente
Á perder vino su gloria.
Mas ¿qué el aviso os decia?

MARQUÉS.

Que esta noche, si no yerro,
De incendiar trataba el perro
La Alhambra y Chancillería.
¡Patarata! esta semana
Otro igual yo recibí,
Y despues... espera : aquí
Me le dejé esta mañana.

(Revuelve la mesa, y halla el papel que escribió don Luis.)

No parece... Mas ¿qué es esto?
¿Qué contiene este papel?
¡Una firma en blanco en él,
Y es don Luis el que la ha puesto!

DON DIEGO.

¿Cómo dices?

MARQUÉS.

Me sonrojo:

Mira, mira.

DON DIEGO.

¿Qué he leído?

¿Luego otra vez ha venido...?

Ya con él, por Dios, me enojo.

Tambien su daga... (Viéndola.)

MARQUÉS.

¡Eso más!

¿Y aun defiendes la villana?

¿De ese modo, infame hermana,

Mi honor agraviando estás?

DON DIEGO.

No te exaltes.

MARQUÉS.

Todo es vano:

Ha de morir, lo aseguro.

Con ella misma, te juro (La toma.)

Que ha de morir por mi mano.

DON DIEGO.

Marqués, ten.

MARQUÉS.

¡Aparta!

DON DIEGO.

Entiende...

MARQUÉS.

Nada escucho: ¡loco estoy!

Ha de morir la que hoy
Mancillar mi honor pretende.

(Vase por la puerta de la derecha.)

DON DIEGO.

Oye... escucha... — ¡Genio audaz!
¿Cómo don Luis tal intento...
Parto tras él al momento;
Que de matarla es capaz.

ESCENA XI.

DON LUIS, saliendo del gabinete.

DON LUIS.

¿De matarla? ¿Y tanta injuria
Oye paciente Leon?
Como nunca, al corazón
Le siento latir de furia.
No más estar escondido:
No, que á defenderla corro. —
¡Mondéjar! (A voces.)

ESCENA XII.

Óyese ruido adentro. Salen DOÑA ELVIRA y DOÑA GARCÍA,
despavoridas.

DOÑA ELVIRA.

¡Don Luis, socorro!
¡Ved! esta mano me ha herido.
(Enseñándole una mano herida.)

DON LUIS.

¿Os hirió? ¡Fiereza loca!
Esa sangre anuncia muerte:

DON LUIS.

¡Qué escucho! ¡Soy dichoso!
 Vedme espirar de amor á vuestras plantas...
 (Se arrodilla.)

Miradme, dulce bien... ¿Llorais, Elvira?

DOÑA ELVIRA.

Dejad correr mis lágrimas, dejadlas:
 Permitid que en tributo postrimero
 Por mi olvidado honor copiosas salgan.
 Vuestro es el mio ya, vuestro: á los hombres,
 A Dios responderéis del que os consagra
 Una huérfana triste, una inocente,
 Que en despiadado amor tambien se abrasa.
 Salgamos... ¿Qué tardais? Señor, esposo,
 Disponed á placer de vuestra esclava.

DON LUIS. (Tomándola la mano y abrazándola.)

Salgamos, sí, mi amor... Elvira mia,
 ¿Cómo el extremo del placer no mata?
 De tus brazos... al cielo. ¡Dios piadoso!
 ¿Por qué no tengo ahora yo dos almas
 Para gozar mi dicha? Esta mezquina
 Para placer tan alto no me basta..
 Ven en fin, ven en fin: un fiel morisco
 Con alazan brioso me aguardaba
 Más allá de los muros. Vamos luégo:
 Dios nos dará su auxilio, amor sus alas.
 Partamos... por aquí...

DOÑA GARCÍA. (Desde adentro.)

¡Don Luis!

DOÑA ELVIRA. (Retirándose espantada.)

¡Qué escucho!

Huyamos.

Ella en tigre me convierte,
Y vengarla ahora me toca.
No temas... — ¡Marqués!

(Llamándole, y sacando la espada.)

ESCENA XIII.

DICHOS.—EL MARQUÉS, con la daga en la mano, y DON DIEGO, sujetándole.

MARQUÉS. (Á doña Elvira, sin ver á don Luis.)

¡ Infame !

DON DIEGO.

Deja... — ¡ Don Luis !

(Le ve ahora, y queda sorprendido.)

MARQUÉS.

¡ Que esto vea !

¿ Cómo, traidor... (A don Luis.)

DON LUIS. (Adelantándose.)

Sangre sea :

Sangre por su sangre dáme :

A muerte el combate quiero.

Reñid.

MARQUÉS. (Ciego de furia.)

¿ Y vos... ?

DON LUIS.

A luchar;

Que no es de nobles hablar

Cuando reluce el acero.

(Riñen.)

DOÑA ELVIRA.

¡ Esperad...! ¡ negro destino !

— Hermano, tú...

(A don Diego, que permanece en su sitio.)

DON DIEGO.

Quita, ingrata ;
Que si el Marqués no le mata ,
Yo matarle determino.

DOÑA ELVIRA.

Con que , nadie... ; por piedad...! (Al Marqués.)

MARQUÉS.

Huye, vil... Me hirió, don Diego.
(Cae en brazos de éste.)

DOÑA ELVIRA.

¡ Ay, qué miro !
(Cae desmayada junto á una silla, y la socorre doña García.)

VOCES. (Dentro.)

¡ Fuego, fuego !
(Óyese rumor y cajas á lo léjos.)

ESCENA XIV.

DICHOS. — TRISTAN, con muchos soldados con hachas y armas.

TRISTAN.

Señor, señor, la ciudad...
— Mas ¿ qué es esto...? ¿ Qué enemigo...?
Él ha sido... Don Luis fué.
— Prended al traidor.

DON LUIS.

No á fe ;
Que el infierno va conmigo.
¡ Huid !

(Huye por la puerta de la derecha, defendiéndose de algunos soldados que le persiguen.)

TRISTAN.

¡Matadle! — ¡Señor! (Al Marqués.)
Ni respira ni se mueve.

DON DIEGO.

Parece su herida leve,
Aunque le priva el furor.
Sostenle bien.

(Crece ahora el ruido: suenan tiros de arcabuz, y la campana de la Vela toca precipitadamente á rebato.)

OTRAS VOCES. (Dentro.)

¡Guerra, guerra!

DON DIEGO.

¿Qué es esto? Si no me engaña...
Incendian la Alhambra. — ¡España,
Cierra contra el moro, cierra!

(Vense algunas llamaradas de fuego: Don Diego saca la espada, y se entra por la puerta de enmedio. Los soldados empiezan á seguirle, y cae el telon.)

ACTO CUARTO.

Claustro del convento de San Agustín de Salamanca. Al frente una puerta de entrada; á la derecha, una escalera, que conduce al segundo piso del edificio; á la izquierda la entrada para la iglesia. Descúbrese en el mismo claustro un altar de la Concepción, alumbrado por una lámpara, y la puerta del cementerio. A sus inmediaciones un confesonario y escaños. Al empezar la escena vense varios fieles y religiosos vestidos con hábito blanco (1) cruzar por el teatro en distintas direcciones. A poco aparece la comparsa de estudiantes, presidida por Ruiz y Quiñones, tirando los sombreros, gritando y punteando una guitarra. El órgano suena de cuando en cuando dentro del templo.

ESCENA PRIMERA.

RUIZ, QUIÑONES, ESTUDIANTES.

ESTUDIANTES.

¡Víctor, fray Luís de León!

RUIZ.

Víctor, amigos; que siempre,
Como honrado es por nosotros,
Honrado su nombre suene.

TODOS.

¡Víctor! ¡Víctor!

QUIÑONES.

Ruiz, ¿qué letra
Le pusiste?

(1) El hábito que usaban los agustinos dentro del convento era blanco; el que llevaban por la calle, negro.

RUIZ. (Mirando hácia afuera.)

¿No la lees?

«Don Luis de Leon, prodigio
»Que á Apolo en ingenio vence,
»Hoy del mundo se retira;
»Que el mundo no le merece.»

QUIÑONES.

¡Famoso v́ctor!

RUIZ.

Y tanto,
Que si alguno osado fuere
Para quitarlo, conmigo
Debe de andar á cachetes.

QUIÑONES.

Conmigo tambien.

TODOS.

Cón todos.

QUIÑONES.

¡Bravo! ¡bravo! Pues comience
El señor bachiller Ruiz,
Si de ello no se ofendiere,
A referirnos las honras
Con que obsequiarle pretende
Nuestro claustro.

RUIZ.

Soy contento:

El catedrático Mendez
Me las ha dicho hace poco.
¡Chicos, silencio! Bedeles,
Escolares y doctores,
Con el rector á su frente,

Irán á la profesion :
 Hora de cita , las siete..

TODOS.

¡ Viva la universidad !

RUIZ.

Honor es que pocas veces
 Acostumbra conceder
 La de Salamanca.

QUIÑONES.

Debe

De justicia dispensarle ;
 Que el novicio la envanece.
 ¿ Quién á argumentar con él
 En nuestras aulas se atreve ?
 ¿ Quién en sùmulas... ? Al caso :
 ¿ Qué haces , Prieto , que no lees
 Esos versos que en su elogio
 Hizo el maestro Brocense ?

RUIZ.

¿ Cómo versos ?

QUIÑONES.

Y muy lindos :
 Los canta pulidamente,
 Y tienen un són que hechiza.
 Si cantárnoslos quisiese...

RUIZ.

¿ Qué es querer ? *Illicò* mando
 Que la guitarra se temple.
 Sentadse , chicos , sentadse.

QUIÑONES.

Sentémonos, pues, y empiece.

(Siéntanse sobre los manteos, y canta un estudiante, acompañándose con la guitarra.)

VOZ.

*De los engaños del mundo
Huye fray Luis de Leon;
Que en el mundo es humo todo,
Todo en él es ilusion.
Dióle el cielo claro ingenio,
Dióle tierno corazon;
Pero no le dió fortuna,
No le dió suerte en amor.*

CORO.

*De los engaños del mundo, etc.
(Aplauden los estudiantes.)*

VOZ.

*Bajo el sayal, en amores
Se abrasa su corazon;
Que un serafin desde el cielo
Para rendirle bajó.
En Granada aparecido,
Era de Granada el sol:
Fué á tocarle, y hasta el cielo
El serafin se voló.*

CORO.

De los engaños del mundo, etc.

UNOS ESTUDIANTES.

¡Bravo! ¡bravo!

OTROS.

Siga, siga.

QUIÑONES.

¡Otra, sí, otra!

RUIZ.

¿Otra quieren?

Pues, *nemine discrepante*,
Que otra cante se resuelve.

VOZ.

A la celda solitaria
Corre el mísero amador;
Que despues de amar á un ángel,
Sólo puede amarse á Dios.
Punza su carne el cilicio,
Ayuna de sol á sol;
Y aún así, tal vez rebelde,
Late su pecho de amor.

CORO.

*De los engaños del mundo
Huye fray Luis de Leon;
Que en el mundo es humo todo,
Todo en él es ilusion.*

(Aplauden y se levantan.)

RUIZ.

Linda letra: muy á fondo.
Está enterado en la suerte
De don Luis el que la escribe.
¡Lástima que esos reveses
Amarguen su juventud!
¡Ah mundillo! y ¡ah mujeres!
¿Quién habrá que no... — Quiñones,

(Aparece una ronda con linterna, y queda parada en la puerta de la calle,
como observando á los estudiantes.)

¿Me sabrás decir tú quiénes
Son esas figuras?

QUIÑONES.

¿Yo?

Á lo que de aquí parece ,
Es una ronda.

RUIZ.

Seguro :
Y la del esbirro hereje
Que nos persigue. ¡ Canalla !

QUIÑONES.

No hayas miedo que aquí éntre :
Éste es un lugar inmune ,
Y jurisdiccion no tiene
Para entrar con vara.

RUIZ.

Sí :

Vé á detener á un corchete
Con textos y decretales.
¿No los ves? hácia aquí vienen.
(Se adelanta la ronda.)

QUIÑONES.

Huyamos.

RUIZ.

Tened , muchachos :
Haced todos lo que hiciere ,
Y en el último conflicto ,
Salus nobis dabunt pedes.

ESCENA II.

DICHOS. — ALGUACIL, RONDA.

ALGUACIL.

Buenas noches, reyes mios.

RUIZ.

Ténganlas vuesas mercedes
Muy venturosas.

ALGUACIL.

¿Sabrán
Decirme por qué se atreven
Á profanar estos sitios?
¿Esperan á recogerse
Cuando las dos hayan dado?

RUIZ.

Yo, señor... el caso es ése...
Ya se ve... como la noche
Es tan tenebrosa y mete
Un miedo que espanta... ¡pues!
Esperábamos adrede
Á vuesarcé con su luz,
Por si dárnosla consiente.

ALGUACIL.

¿Cómo dársela? ¿se burla?

RUIZ.

¿Qué es burlarse? ni lo piense.
Ello... digo... ¿con que, á tientas
Hemos de marcharnos?

ALGUACIL.

¿Vuelve
Otra vez...

RUIZ.

No, no se enoje:
Somos todos obedientes;
Pero si á oscuras nos vamos...
Á oscuras la ronda quede.

(Tira el sombrero á la linterna, cae apagada, y huyen los estudiantes.)

ALGUACHIL.

¡ Favor al Rey!

RUIZ. (Huyendo.)

Perro esbirro,
 Dos mil demonios te lleven.

(Vanse todos.)

ESCENA III.

Sale ahora la comunidad del templo, y se arrodilla ante la imagen de la Concepcion. Permanece así un breve rato, y en seguida se levanta y sube por la escalera, quedando solos EL PADRE PRIOR y FRAY LUIS, que continúa de rodillas delante de la Virgen.

PADRE PRIOR.

Hermano Luis, venga acá.

FRAY LUIS. (Levantándose, y postrándose de nuevo ante el Prior.)

Padre, á vuestros piés, humilde...

PADRE PRIOR.

Levante del suelo, hijo:
 Están cerca de cumplirse
 Sus esperanzas. El padre
 General, según le dije,
 Otorga al fin la licencia
 Que con tanto afán le pide.
 Tres meses de noviciado
 Le quedaban, y permite
 Que atenta su vocación,
 Pueda profesar. Admire
 La bondad de nuestro padre.
 Todo, cual quereis, previne
 Para mañana; mas ántes
 No me canso de advertirle

Que mire bien lo que hace :
 Que completamente libre
 Es su voluntad. Mañana ,
 Despues del voto terrible ,
 Toda esperanza concluye ,
 Toda esperanza es un crimen.

FRAY LUIS.

Padre , en el Señor confío
 Que mi propósito firme
 Vencerá las tentaciones.
 Dios me oye y Dios me asiste.

PADRE PRIOR.

Hijo , pensadlo muy bien :
 Vuestro espíritu , decidme ,
 ¿ No desfallece ? ¿ Flaquea
 La débil carne ? ¿ La aflige
 El abandono del mundo ?
 ¿ Le parece muy sensible
 El sacrificio que Dios
 Debe mañana exigirle ?

FRAY LUIS. (Con suma humildad.)

Soy un mísero gusano ,
 Que por su clemencia existe.

PADRE PRIOR.

No basta eso , hijo mio :
 Cuando , por milagro , libre
 Á favor de aquel rebato ,
 Desde Granada viniste
 Á Salamanca , os seguia
 Por donde quiera , inflexible ,
 El enojo de Mondéjar ;
 Y en un estado tan triste ,

Como consuelo y asilo
 Correr al claustro pudisteis.
 Hoy vuestra suerte ha mudado,
 Y al Marqués no le es posible...

PRAY LUIS.

¡Padre , padre , por piedad...!
 No me acordeis los deslices
 De mi loca juventud :
 Á llorarlos aquí vine ,
 Á eso no más.

PADRE PRIOR.

Es fuerza.
 Yo no quisiera afligirle ,
 Ni hablarle más que de Dios ;
 Pero mis labios dirige
 Un santo celo : en el mundo ,
 Lo mismo que aquí , le sirven
 Las criaturas. Há ocho meses
 Que el hermano Luis me elige
 Por confesor. Desde entónces
 Con un fervor tan insigne
 Á Dios está dedicado ,
 Que siempre que hablarle quise
 De la tierra y de sus pompas ,
 Se marchaba por no oirme.
 Hoy es preciso , fray Luis ;
 Que ayer de Granada escriben...

FRAY LUIS.

¡ Padre...!

PADRE PRIOR.

Ofrecédsele á Dios :
 Vuestro prelado os prohíbe ,

Bajo obediencia, que habéis :
Oid sin interrumpirme.
Curado de las heridas
Que en aquella noche horrible
Recibió de vuestra mano ,
El Marqués soltó los diques
Á su furia , y disponiendo
Que trasladasen á Ubrique
Á doña Elvira , encerróla
En un castillo que dicen
Ser de su casa alcaidía.
Don Diego, que siempre insigne
En letras y en mansedumbre,
Defender quiso á la triste ,
De tal manera enojó
Á aquel señor irascible ,
Que en su prudencia , otro arbitrio
No encontró más que venirse
Á la córte, donde á poco
Nuestro buen rey don Felipe
Le mandó de embajador
Á Venecia. Allí le sirve
Con celo tan esmerado ,
Con tino tan infalible ,
Que al de docto , ya reúne
De gran político el timbre.
El Marqués , solo en Granada ,
Dió en pensar que los deslices
De su hermana de tal modo
Eran borron de su estirpe ,
Que huyendo la gente toda ,
Se dice que estaba á pique
De perder ya la razon ,
Cuando por su mal recibe

Una carta de Alburquerque
 (Que no llegó, como os dije,
 Porque en Madrid cayó enfermo),
 En que con denuestos miles
 Le insulta altivo; que sabe
 Todo el lance le repite,
 Y traidor y mal hidalgo
 Llama al Marqués en despique.
 Éste luégo la leyó,
 Y sensacion tan terrible
 Le causó su contenido,
 Que trastornado, de firme,
 Su cerebro, cayó en cama,
 Y hace dias que me escriben
 Que falleció. Por su muerte
 Doña Elvira quedó libre;
 Y cuando todos creian
 Que á Granada determine
 Volverse, con gran secreto.
 Sale una noche de Ubrique;
 Y sin otra compañía
 Que la dueña que la asiste,
 Y Orellana, que leal
 En su infortunio la sigue,
 Se ausenta de aquel castillo,
 Sin dejar rastro que indique
 Hácia qué parte ó lugar
 Con tal misterio camine.
 Hay quien dice que á Venecia
 Con don Diego se dirige:
 Hay quien supone tambien
 (Y no es del todo increíble)
 Que cansada ya del mundo,
 Á Dios dispone servirle

En el claustro : que en Madrid
 Las religiosas del Císter
 La esperaban hace tiempo :
 Que oculta con ellas vive ,
 Y el velo secretamente
 Recibir allí decide.
 Pero en fin , y aún suponiendo
 Esto lo más verosímil ,
 Lo que cumple á mi intencion ,
 Hermano Luis , repetirle ,
 Es , que aún vive doña Elvira :
 Que el de Mondéjar no existe :
 Que don Diego es el tutor ,
 Segun las leyes civiles ,
 De su hermana , y si don Luis
 Quisiera restituirse
 Al siglo , tal vez pudiera
 Hacer que sus santos fines
 Olvidase doña Elvira ;
 Que no tan fácil se extingue
 Una pasion que en la infancia
 Tuvo , cual la vuestra , origen.
 Estas advertencias son
 Las que me impele á decirle
 Mi deber , para que vea
 Si despues de ellas insiste
 Ó no en profesar. Bien nota
 Que no es su suerte tan triste ;
 Que aún puede el mundo ofrecerle
 Años en él más felices.
 ¿No me escucha , hermano Luis ?
 ¿Permanece así insensible ,
 Cuando á mejor esperanza
 Pudiera su pecho abrirse ?

FRAY LUIS.

Padre , mi esperanza es Dios :
Él me ha dado para oírle
La suficiente firmeza :
Él la reciba en desquite
De mis muy graves pecados.
Harto en el mundo ofendíle ,
Para pensar más en él.
Cuando del mundo aquí vine ,
Juré á Dios morir aquí.
Mi vocacion infalible
Es el claustro : vedlos , padre :
Mis amores allí existen. (Señala á la Virgen.)

PADRE PRIOR.

¡ Bendita tal vocacion !
¡ Bendita , gran Dios ! Permite ,
Deja que te estreche , hijo ,
Y este abrazo que recibes (Le abraza.)
Te le den luégo en el cielo
Los ardientes querubines.
El Espíritu de Dios
En este punto me asiste ;
Y tu gloria venidera
Por mi labio te predice.
Tú de la Iglesia serás
Fanal que en el monte brille ;
Tú de los sagrados valles
Flor que nunca se marchite.
No lo dudes , no : tus votos
Benigno el cielo recibe ,
Y en el libro de la vida
Tu nombre Agustin escribe.

FRAY LUIS.

¡Padre, padre...!

PADRE PRIOR.

Sí, hijo mio :

Una vocacion tan firme
No viene más que de Dios.
Segun la regla prescribe,
Debes pasar en el templo
Toda la noche : yo quise,
Cuando entré aquí de prior,
Á esta costumbre añadirle
La de que abierto á ambos sexos
Quedase el claustro : mis fines
Bien los podrás inferir;
Que no en todos Dios imprime
La vocacion que por dicha
En tí mis ojos distinguen. (Suenan una campana.)
¿Oyes...? Son las tres : me llaman.
Si acaso el sueño te rinde,
Que allí reposes un poco (Señala á los bancos.)
Tu prelado te permite.
A Dios otra vez : recuerda
Que ya del mundo saliste :
Que apenas apunte el sol,
Un juramento terrible...
No más te quiero decir.
Porque el Señor te ilumine
Voy á rogar á mi celda :
Quede contigo la Virgen.

ESCENA IV.

FRAY LUIS.

« Ya para el mundo no vivo :
 Ya no vivo : » harto lo dice
 Este corazon , que mustio ,
 Ni palpita , ni se aflige ,
 Ni da de existir indicios.
 ¡ Ah ! ¡ para haber de rendirle ,
 Cuántas lágrimas vertí !
 ¡ Cuántas veces ¡ ay ! sentíle
 Palpitar rebelde aún ,
 Mientras que al rigor horrible
 De penitencias crueles
 Vi mis fuerzas extinguirse !
 ¡ Cuántas , cuántas ¡ infeliz !
 Profanar tu oracion viste
 Un recuerdo... ! Me estremezco :
 ¡ Tú perdonarle te dignes ;
 Tú le perdones , Señor ,
 Que por mí tu sangre diste !
 — ¡ Qué soledad ! ¡ qué silencio !
 Ni un sonido se percibe
 Que le turbe. ¡ No hace un año...
 En la Alhambra... allí... jardines...
 Juventud... bullicio... ! ¡ Ahora...
 Todo , como yo , insensible... !
 Nada respira : esa luz
 Moribunda ya se extingue.
 Allí el templo... el cementerio...
 Mas allá... No : en los confines
 De la eternidad no reina
 Mayor silencio : ¡ imposible !

El mismo tal vez... ¿Quién sabe?
 —¡Cuánto tiene de sublime
 Para mí la soledad!
 En ella sólo recibe
 Mi corazón un consuelo...
 A morir en ella vine,
 A morir; y... sin embargo...
 A veces juzgo... me oprime
 Tanto desaliento... ¿Yo...?
 Con un genio que consigue
 Alzarse audaz hasta el cielo:
 ¡Yo, en mis años juveniles
 Quedar para siempre aquí!
 ¡Ver en este claustro el límite
 De donde jamás saldré!
 ¡Morir cual esos reptiles
 Que abarcan de una mirada
 Todo el espacio en que viven!
 ¡Espantoso sacrificio...!
 ¡Sacrificio atroz, horrible...!
 —¿Sacrificio...? ¿y en el mundo
 Qué puedo hallar, que me incite
 A vivir, á desearle?
 ¡Menosprecio... orgullo... crimen...
 Remordimientos... Don Diego,
 Marqués, doña Elvira! ¡Tristes,
 Tristes víctimas las tres,
 Que yo en mi delirio hice!
 Víctimas ¡ay! que de Dios
 Ante el tribunal terrible
 Me acusarán, y... ¿por qué?
 ¿Es mi culpa que por viles,
 Por necias preocupaciones
 Mísero el hombre se agite?

¿Es mi culpa si, soberbios,
 Antes mueren que transigen,
 Y á mí, de mansa paloma,
 Me forzaron á ser tigre?
 ¿Lo será que abra la muerte
 Una esperanza...? ¿Qué dije!
 ¿Con qué ilusion el infierno...!
 ¿Cómo tiemblo...! ¿Ah! no retires
 De mí tu auxilio, Señor:
 Tu mano me fortifique.
 No me abandones. ¿No ves
 Cómo el abismo sonríe?
 ¿No le ves? ¿Dónde tu gracia,
 Dónde, de mí la escondiste?
 ¿Adónde, Señor? Aquí,
 Aquí tu gracia reside.

(Corre á abrazarse de la imagen de la Concepcion.)

¡Virgen, que en trono de estrellas
 Te sientas junto al Señor:
 Virgen, delicia del cielo:
 Virgen pura más que el sol!
 Tú, consuelo, tú, esperanza,
 Tú, madre del pecador:
 Tuya también es mi vida,
 Tuyo, sí, mi corazón.
 Virgen, escucha apacible:
 Atiende, Madre, á mi voz:
 No más amor de la tierra:
 De tí sola es ya mi amor.
 De tí, que en trono de estrellas
 Te sientas junto al Señor;
 De tí, delicia del cielo;
 De tí, pura más que el sol.

(Prosigue, separándose de la Virgen.)

Sí : la oracion siempre alivia
 Mi corazon , y de un peso
 Le siento descargarse... ¿yo?
 ¿Yo pensar más que en el cielo?
 Morí, morí para el mundo :
 Él me lanzó con desprecio ,
 Y con desprecio tambien.
 Yo le abandono.— Este fresco
 Anuncia ya la mañana :
 Dentro de pocos momentos...
 Mis fuerzas ceden... sin duda...
 La vigilia , el sentimiento...
 No puedo más... ¡Padre mio,
 Yo á tu amparo me encomiendo !

(Recuéstase dentro del confesonario , y queda dormido.)

ESCENA V.

FRAY LUIS, recostado ; DOÑA ELVIRA , y DOÑA GARCÍA, conteniéndola.
 UN ESCUDERO las acompaña, y se retira en cuanto entran en el claustro.

DOÑA GARCÍA.

¿Adónde, señora...

DOÑA ELVIRA.

Retira : ¡jamás !

Aquí está don Luis,

Aquí le he de hablar.

DOÑA GARCÍA.

Señora, tal yerro

Por Dios reparad :

¡Del claustro el silencio

Así profanar !

¡Pisar estos sitios

De mística paz
 Con un pecho lleno
 De amor mundanal!
 Por Dios, doña Elvira,
 En vos misma entrad.

DOÑA ELVIRA.

No, quita: las puertas
 Abiertas están:
 La suerte protege
 Mi temeridad.
 Si tú tiemblas, huye:
 Yo sola he de entrar.

DOÑA GARCÍA.

¡Dejaros, señora,
 En tal soledad!
 Mi lengua indiscreta
 Causó vuestro mal.
 De daños sin cuento
 Mi necia lealtad
 Orígen fué triste,
 Orígen fatal.
 Por eso en serviros
 Se cifra mi afán;
 Mas no yerro á yerro
 Querais agregar.
 Apénas llegamos:
 Momentos habrá,
 Nos ve Salamanca
 Sus calles pisar.
 Miradlas desiertas:
 Do quiera mirad
 Silencio, tinieblas,
 Pavor, y no más.

Volvamos, seguidme :
 Venid, descansad.
 Del fiel Orellana
 El celo sagaz
 Secreto aposento
 Buscado tendrá.
 Mañana más fácil
 Podréisle buscar :
 Mañana... veníos :
 Venid por piedad.

DOÑA ELVIRA.

¡ Que ceda pretendes,
 Que vuelva yo atras,
 Cercano ya el logro
 De tanto anhelar !
 No , nunca : cien leguas
 Con tímido afán ,
 Cien leguas por eso
 Osé atravesar.
 ¿ Cobarde recelas ?
 ¿ Te espantas quizá
 De tanto silencio ,
 De tal soledad ?
 Yo no ; que á mi esposo
 En ella he de hallar,
 Esposo, no dudes ,
 Por siempre leal.
 Con sangre sus votos
 Escritos están.
 ¿ Los ves...? Dios testigo ;
 (Le enseña un papel.)
 Su honor, el altar.

DOÑA GARCÍA.

Señora...

DOÑA ELVIRA.

¡ Insensata !

¿ Qué , di , lograrás ,
Si aquí de amor siento
La llama voraz ?

¿ Tal vez de mi cuna
Me quieres hablar ?

¿ Ó bien mi inocencia
Expuesta creerás ?

Lo sé : que la ofendo
El mundo dirá ;

Mas Dios , no ese mundo ,
Nos ha de juzgar .

Don Diego á Venecia
Correr nos verá ,
Pidiéndole humildes
Amparo y piedad .

Don Diego benigno
Nos le otorgará ;

Que siempre en don Diego
Brilló la bondad .

Y ¿ tanta esperanza
Vendrán á estorbar
Menguados respetos
Del mundo falaz ?

— ¡ Silencio ! ¿ descubres
Allí claridad ?

El templo... sin duda...

¿ No ves un altar ?

DOÑA GARCÍA.

Huyamos, señora :
¿Seréis tan audaz...

DOÑA ELVIRA.

¡ Audaz ! ¿ de quien ama
Lo puedes dudar ?
Tal vez ahora mismo
Orando estará :
Tal vez llanto inunda
Su pálida faz :
Tal vez ¡ ay ! le oprime
Congoja mortal,
Y huésped del cielo
Le viene á alentar.

DOÑA GARCÍA.

Por Dios, doña Elvira...

DOÑA ELVIRA.

¡ Aparta ! no más :
Los ángeles puros
Siguiéndome van ;
Que allá en el empíreo
Su oficio es amar. (Entra en el templo.)

ESCENA VI.

DOÑA GARCÍA.

¡ Elvira ! es en vano :
¡ Ay ! siento un pavor...
¡ Violar de ese modo
El templo de Dios !
¡ Cuán triste fué el fruto
De mi indiscrecion !

¡Ay! ¡cuán desgraciada
 Elvira nació!
 Sus plácidos años
 Marchítanse en flor,
 Sujeta al capricho
 De hermano feroz.
 Su muerte la salva
 De horrenda prision,
 Y hierros más fuertes
 La pone el amor.
 Por él deslumbrada,
 Perdió la razón:
 Por él sacrifica
 La triste su honor.
 Ya tarda... estos sitios...
 Me oprime un terror...
 ¡Elvira...! ¡Señora...!
 Albricias: volvió.

ESCENA VII.

DOÑA GARCÍA, y DOÑA ELVIRA, saliendo del templo.

DOÑA ELVIRA.

No está: cuidadosa
 Corríle por cierto,
 Y el templo desierto
 Inspira pavor.

DOÑA GARCÍA.

¿Lo veis? os lo dije:
 Volvamos, ya es hora:
 Salgamos, señora:
 No más detención.

DOÑA ELVIRA.

Espera... un instante...
 ¿Que entramos há tanto?
 ¡Percibo un encanto
 En esta mansion!
 Aquí más sereno
 Mi pecho respira.
 ¡Ay! deja que á Elvira
 La encuentre aquí el sol.

DOÑA GARCÍA.

Señora... ya basta :
 ¿Osais pensar eso?
 ¿Perdisteis el seso?
 ¿Perdeis la razon?
 ¿Quereis que la fama
 Publique , insolente...
 (Suená una campana.)
 ¿Ois...? viene gente :
 Huyamos, por Dios. (Se la lleva.)

ESCENA VIII.

FRAY LUIS, como despertando de un sueño, y EL PADRE PRIOR,
 que aparece á su tiempo.

FRAY LUIS.

¡ Detened ! ¡ Detened ! ¡ Elvira ! ¡ Elvira ! (Ahora se levanta.)
 ¡ Elvira de mi amor...! Mas ¿ cómo? ¿ Adónde?
 Aquí estaba... aquí estaba : sí : mis ojos...
 ¡ Ah ! ¡ Dádmela ! ¡ Piedad !
 (Se arrodilla ante el padre Prior, que baja por la escalera.)

PADRE PRIOR.

Fray Luis, ¿ qué hace?
 ¿ Por qué esa turbacion? ¿ No me responde?

¿Qué teneis? Levantad : pálido , frío...
Un sueño fué sin duda.

FRAY LUIS. (Volviendo en sí.)

¡ Padre mio !
Un sueño fué, y no más : sí, sueño , sueño :
Aquí mismo, aquí mismo...

PADRE PRIOR.

Recobraos.
La vigilia, el ayuno, del infierno
Acaso tentacion... Hijo, calmaos.

FRAY LUIS.

¿Del infierno? No, padre: era de gloria,
Era vision del cielo, mas tan dulce...
Tan profunda, tan viva... Desvarío...
¡ Perdon, señor, perdon ! ¡ Ay! sin tardanza
Vamos al templo, padre, vamos luégo :
Quizá con Dios encontraré sosiego.

(Empieza á amanecer.)

PADRE PRIOR.

Eso sí: con su auxilio el hombre alcanza
Reposo y bendicion. Fuente es de vida,
Orígen de salud y de esperanza.
¿Os sentis más tranquilo? Era forzoso :
Invocasteis su nombre con fe pura,
Y huyó la tentacion y su amargura.
Vamos al templo luégo. Ya amanece:
Id, y que al punto la funcion empiece.

(Dirigiéndose á un lego que ha aparecido por el claustro.)

Oiga, hermano Saturio : es necesario
Que el padre Subprior diga la misa ;
Que á mí al confesonario

Asistir, como siempre, me precisa.

(Vase el lego, y tocan á muerto las campanas del convento.)

¿Oís, hermano Luis? esas campanas

Anuncian vuestro entierro: al mundo muerto

Un cadáver sois ya, pálido y yerto.

¿Os aterrais quizá? ¿Quereis la vida?

FRAY LUIS.

¡Vida! ¡Vivir en mi espantosa suerte!

(Con cierto despecho.)

¿Qué dádiva más grata que la muerte?

Yo la acepto, mi Dios: tú me la envías:

(Con resignacion.)

Yo en tus brazos dulcísimos me arrojo,

Y á tí, que me criaste, á tí me acojo.

(Entrase en el templo: empiezan á presentarse algunos fieles y religiosos.)

ESCENA IX.

EL PADRE PRIOR.

Marcha en paz, alma justa: llega al templo,

Y el Eterno propicio

Acepte tu sublime sacrificio.

Un corazon tan puro como el tuyo

No era del mundo, no: Dios, por lo mismo,

Le reclamó á su tiempo como suyo.—

Hermanos, adelante:

(A la comunidad, que entra en la iglesia.)

Llegó ya de sus votos el instante.

(El padre Prior permanece aún en el claustro.—Después de una breve pausa, durante la cual se oye el órgano, que continúa á intervalos en toda la escena, prosigue.)

Padre benigno, que amoroso escuchas

Al afligido que tu amparo invoca:

Padre, en quien siempre el pecador encuentra
Misericordia:

Yo, tu ministro, tu clemencia imploro,
Esa clemencia que jamas se agota,
Para el mancebo que en tus dulces brazos
Triste se arroja.

Vedle en el templo renunciar humilde,
Amor, aplausos y mentidas pompas,
Y huir del mundo, cual del buitre huye
Débil paloma.

Padre amoroso, por el fiel novicio
Oye las preces que tu Iglesia entona,
Y allá en el cielo con tus santos dale
Plácida gloria.

(Éntrase en el templo.)

ESCENA X.

Durante ésta y la anterior cruzarán varios frailes por el claustro. Preséntanse entre ellos los estudiantes RUIZ y QUIÑONES, solos, y una beata.

QUIÑONES.

De prisa, hermano Ruiz: ¡ay, mal pecado!
¿No ve que nuestra falta habrán notado?

RUIZ. (Soñoliento.)

¿Qué falta ni qué sobra, ¡por mi abuela!
Si he pasado la noche toda en vela?
El alguacil... la ronda... ¡cuánto apuro!
No me doy á estas horas por seguro.
¡Ay, qué sueño!

(Tiéndese en un escaño de los inmediatos al confesonario.)

QUIÑONES.

¿Y se tiende? ¡Vaya en gracia!
Pues digo que me gusta su eficacia.

Nuestro amigo Leon ahora profesa,
 ¿Y su prisa por verle es toda ésa?
 Levante el perezoso.

RUIZ.

Sí, mañana.

QUIÑONES. (Forcejeando con él.)

¿Qué apuesta que le rompo la sótana?

RUIZ,

Oiga, Quiñones, ¿para qué es cansarme?
 No pienso de este escaño menearme.

QUIÑONES.

¿Eso dice? Pues bien, adentro voy:
 A ver cómo no duerme todo hoy.—
 ¡Aparte, bruja, allá!

(Al dirigirse á la iglesia tropieza con una beata.)

BEATA.

Mire, insolente:
 ¿Es modo de tratar ése á la gente?
 ¿A mí bruja, bellaco?

QUIÑONES.

No se asombre,
 Que quizá la acertaba con el nombre.

BEATA.

¿Con el nombre...? ¡Yo tal...! ¿Yo, que confieso
 Con el padre fray Justo Valdivieso?
 ¿A mí, que dada á Dios en sacrificio,
 Me visita un señor del Santo Oficio?
 Por vida de la cruz de mi rosario,
 Que me la pague el cuervo strafalario.

(Va á acometerle.)

QUIÑONES.

¡Aparte, encorazada!

BEATA.

¿No es bastante?

Ha de probar mis uñas el bergante. (Aráñale.)

QUIÑONES. (Huyendo hacia el escaño donde duerme Ruiz.)

Arredro, Celestina, vision fiera...

(Cae sobre Ruiz, que despierta.)

RUIZ.

¿Qué es esto...? Vaya allá, vieja hechicera.

(Empujándola, y acometiéndole también.)

BEATA.

¿Hechicera? Rufian...

RUIZ.

Huya de fijo:

¿Qué va que de una coz la desvencijo?

BEATA.

¿A mí...? primero...

RUIZ.

Atras: váyase presto.

(Vase la beatá al templo.)

Respóndame, Quiñones, ¿qué fué desto?

QUIÑONES.

¿Qué ha de ser? De arañazos media azumbre,

En muestra de cristiana mansedumbre.

La dije no sé qué, y un basilisco

La hija se volvió de San Francisco.

RUIZ.

¿Haya tal? Y la bruja engañadora...

¡Pues no te sacó sangre la traidora!

(Límpíase la Quiñones.)

Vamos adentro, vamos á buscarla.

QUIÑONES.

¿Qué? si será imposible el encontrarla.

¿No ves que por el pacto que la liga,

Se podrá convertir hasta en hormiga?

RUIZ.

Por vida de... ¡que mi sueño haya turbado

Ese engerto de fraile y de pecado!

Vamos tras ella, ven: no ha de escaparse,

Aunque quiera en mosquito trasformarse.

(Vanse á la iglesia.)

ESCENA XI.

Vuélvese á oír el órgano dentro de la iglesia, y disminuye ya la entrada de los fieles. Sale del templo EL PADRE PRIOR, asistido de UN LEGO, que se retira cuando aquel cesa de hablar.

PADRE PRIOR.

No hay bullicio en el claustro. Si preguntan (Al lego.)

Por mí los penitentes, que allí espero.

(Señalando al confesonario.)

Oiga su caridad: dentro de poco

Acabará la profesion: le advierto

Que el convite, novicio y padres graves

En la celda prioral hallen dispuesto:

Un desayuno humilde. ¿Lo entendisteis?

Nada de lujo; sencillez y aseo.

Escuche todavía: cuando salga

La procesion al claustro, paz, silencio,

Meditacion profunda.

(Vase el lego, y el padre Prior se sienta en el confesonario. A poco saca un libro y lee atentamente.)

ESCENA XII.

EL PADRE PRIOR, en el confesonario ; DOÑA ELVIRA , DOÑA GARCÍA.

DOÑA ELVIRA. (Con la mayor alegría.)

¿Ves , amiga ,
Ves tú cómo mi amor protege el cielo?
Era puro , era justo. ¡Hermano mio !
Don Luis...

DOÑA GARCÍA.

Pero , señora , ¿qué suceso
Os enajena así? Consigo apénas
Que podais conciliar un poco el sueño ,
Cuando el fiel Orellana , que advertido ,
Dispuso que de Ubrique aquí al momento
Vuestras cartas mandasen , os da una ,
Cuya lectura que os trastorna creo.
¿Qué contiene? decidme...

DOÑA ELVIRA.

¿No lo alcanzas?

¿No te dijo mi súbito contento,
Mi locura , mi júbilo , que encierra
Toda la dicha que en el mundo anhele?
Véla aquí , véla aquí : toma... tú misma...

Mas no , que repasarla otra vez quiero. (Lee.)

«Hermana doña Elvira : Acabo de saber la muerte del Mar-
»qués : el honor de nuestra casa y tu propia felicidad exigen
»que des la mano á don Luis ; y el primer uso que quiero
»hacer de mi autoridad como tu tutor, es mandarte que así
»lo ejecutes inmediatamente. Adjunta te remito la escritura
»de licencia , y otra de cesion del título y estado de Mondé-
»jar, para que te sirva de dote , pues yo soy bastante rico con
»las gracias del Rey. Si S. M. me concede su permiso, ten-

»dré el gusto de abrazarte dentro de muy pocos meses :
 »entre tanto, sé feliz, Elvira mia, y ama mucho á tu her-
 »mano, que te quiere siempre, cuanto esta carta lo demues-
 »tra.—*Don Diego.* »

DOÑA GARCÍA.

Atónita me deja lo que escucho.

DOÑA ELVIRA.

Yo misma, yo lo palpo y no lo creo.
 ¡ Soy feliz ! ¡ soy feliz ! ¡ Hermano, hermano !
 (Besa la carta.)

Mas que la vida á tu bondad le debo :
 ¡ Mucho más... ! ¡ mucho más... ! Vamos al punto :
 ¿ Adónde está don Luis ? ¿ dónde ? En el templo ,
 (Vuelve á sonar el órgano.)
 En el templo ha de estar... ¿ Oyes , amiga ?
 Sí, vamos en su busca.

DOÑA GARCÍA.

¡ Deteneos !

¿ Qué pretendéis , señora ? ¿ de los fieles
 El sosiego turbar... ? ¿ veis ? es inmenso
 De la iglesia el concurso. No es posible...
 Santo del orden , ó quizá del pueblo ,
 Ó voto ó devocion... Aquí tranquilas ,
 Un momento que salgan esperemos.

DOÑA ELVIRA.

¡ Tranquilas ! ¡ un momento ! ¡ ay ! tú no sabes
 Cuánto puede sufrirse en un momento.
 No lo sabes... no : ven. ¡ Don Luis ! (En voz alta.)

DOÑA GARCÍA. (Tapándole la boca.)

Señora...

DOÑA ELVIRA.

¡ Apártate ! — ¡ Don Luis ! (A gritos.)

PADRE PRIOR. (Acercándosele.)

Perdon, si llego
Tal vez á interrumpirla. Ya hace rato
Que desde allí su agitacion observo,
Y estos sitios...

DOÑA ELVIRA.

¡ Callad ! ¡ ay ! os envia
Para mi bien el compasivo cielo :
Todo anuncia virtud , todo... esa frente...
Sí : dádmele : aquí está.

PADRE PRIOR.

Pero ¿ qué objeto... ?
¿ Por quién me preguntais ?

DOÑA ELVIRA.

¿ Por quién ? ¿ no dije...
¿ Dudais de mi verdad , de mis derechos... ?
Vedlos aquí , tomad : yo le reclamo.
¡ Ay ! dádmele. Leed. (Presentándole unos papeles.)

PADRE PRIOR. (Despues de leerlos.)

¡ Gran Dios , qué veo !

(Corre á asomarse á la iglesia , y retrocede espantado.)
¡ Doña Elvira ! ¡ infeliz ! ¡ ya es todo inútil !

DOÑA ELVIRA.

¿ Cómo inútil ? ¿ pensais que de don Diego...
Es su letra... mirad... mas no : un testigo...
En la iglesia... al instante... (Quiere entrar.)

PADRE PRIOR. (Deteniéndola.)

¡ Dios eterno !

¡ Detened ! ¡ detened !

DOÑA ELVIRA.

No : de su boca...

PADRE PRIOR. (Poniéndose delante de la puerta.)
En el nombre de Dios, yo de su templo
Os prohibo la entrada.

DOÑA ELVIRA. (Insiste en hacerlo.)

¿Entrar? pues ¿cómo?

PADRE PRIOR. (Con voz terrible.)

En su nombre santísimo, de nuevo
Que no entreis os conjuro.

DOÑA ELVIRA.

¡Madre santa!

¡Tan pecadora soy, que no merezco...
Dejadme... pero salen... ahora mismo...
Parece profesion. (Empieza á salir la procesion.)

PADRE PRIOR. (Cubriéndose la cara.)

¡Ah! concluyeron :
Concluyeron. ¡Huid...! Ya del novicio
Oyó Dios el terrible juramento.

DOÑA ELVIRA.

¡Del novicio? pues ¿quién...? Don Luis... ¡Dios mio!
(Preséntase don Luis el último de la comunidad. Ella cae desmayada en
brazos de doña García.)

FRAY LUIS. (Retrocediendo asombrado.)

¡Elvira! ¡Santo Dios! ¡Huye...! ¡hasta el cielo!
(Éntrase en el templo, y cierra sus puertas.)

EL BASTARDO DE MONTEFLOR.

Leyenda dramática en tres actos, en prosa y verso.

Cæcus est amor, stimulatus ira.
(SENEC., *in Medea.*)

NOTA.

El presente no es un drama: es un croquis para crearlo. Le tenía en mi poder, sin haber desarrollado por completo el pensamiento, cuando las señoras de la Asociación de la Casa-Cuna de Granada, que no hacía mucho habían visto colmados sus piadosos deseos con la representación en aquel teatro de mi melodrama titulado *Fray Luis de Leon, ó el siglo y el claustro*, me exigieron que les entregase este trabajo, tal cual estaba, para asegurar por medio de una novedad la entrada en otro beneficio á favor de los niños expósitos. Representóse, en efecto, *El Bastardo de Monteflor* en aquella ciudad en 1838, con alguna que otra escena, que me vi obligado á improvisar en horas; y el público, que estaba enterado en los pormenores del caso, recibió la obra con harta benignidad, y aún corrió, según supe después, por otros teatros de Andalucía. Si hoy ocupa un lugar en esta Colección con el modesto título de *leyenda dramática*, es porque creo que tiene tal cual tirada de versos fáciles, y alguna escena de colorido propio de la época.

INTERLOCUTORES.

LEONEL DE MONTEFLOR, *Señor de Monteflor.*

DOÑA SOL, *Duquesa de Arjona.*

DON FADRIQUE DE BENAVIDES, *Conde de san Estéban del Puerto.*

EL PRIOR DE UCLÉS.

DON FERNANDO EL CATÓLICO.

DON JUAN, *Obispo de Jaen.*

EL ARCIPRESTE DE MARTOS.

GARCERÁN.

LAÍN.

FORTUN.

UN OFICIAL *del palacio del Rey.*

UN HERALDO.

DOS INFANZONES.

DOS VEINTICUATROS DE JAEN.

CABALLEROS, PAJES, ALDEANOS, MOROS, DIÁCONOS, etc.

Fronteras de Granada : siglo xv.

ACTO PRIMERO.

Palacio de los duques de Arjona, en su villa del mismo nombre, ricamente colgado é iluminado. En el fondo, por un rompimiento, se descubre la capilla, con un altar y luces. Grupos de escuderos y pajes cruzarán, al abrirse la escena, por el teatro, llevando azafates con alhajas, canastillos de flores y otros presentes de boda. Garcerán aparece vestido de soldado y como de camino; el mayordomo Laín, de toda gala, lo mismo que los escuderos. En el interior de la capilla se descubre á Leonel de Monteflor, con el mismo traje que Garcerán, pero ocultándose el rostro con el embozo y paseando con señales de inquietud.

ESCENA PRIMERA.

LAÍN, GARCERÁN, LEONEL.

LAÍN. (Al grupo de criados.)

Adentro, pajes: llevad los azafates con cuidado. ¡Voto va, Gil Torres, que llevais el aderezo del Condestable, y estais bebido como despensero de arzobispo!

GARCERÁN.

Bien, muy bien, señor mayordomo: ¡qué lujo de tapices! ¡qué riqueza la de esas preseas de boda! Os digo que el castillo de la muy magnífica y noble señora doña Sol Ruiz de Castro y Pimentel, duquesa de Arjona y de Lorite, se parece esta noche á una isla encantada.

LAÍN.

Entiendo que picais en crítico, señor soldado; y en verdad, que ni vos ni vuestro compañero, que tan desenvuelta-

mente se pasea por la capilla , llevais las armas de Arjona , y que habeis aparecido esta noche en el castillo como si fueseis llovidos del cielo. ¿Haréisme merced de decir quién sois, y por qué causa os encontrais aquí?

GARCERÁN.

Soy contento, maese Laín. Venimos de Jaen, como criados de los condes de Garciez, y pasamos á Sevilla con recados de nuestro señor para su primo el del Infantado. La magnificencia de estas bodas, que se dice no las ha habido iguales entre los señores de la frontera de Granada, movió nuestra curiosidad, y nos hemos detenido esta noche para presenciarlas. Ya veis que os hablo como hidalgo, y no hay por qué extrañeis mis preguntas.

LAÍN.

Antes bien son muy justas, y quisiera contentaros de mi anterior desabrimiento, refiriéndoos una historia que picase vuestra curiosidad. Pero sólo tengo que deciros que, muerto por los moros el último señor de Arjona, pretendieron la mano de doña Sol, su hija única, y hermosa como un serafin, los principales señores de la frontera. Don Fadrique de Benavides, conde de San Estéban del Puerto, es aquel á quien ha elegido mi señora por esposo: esta noche, la destinada para la ceremonia: el preste que ha de bendecirla, el reverendo don Juan, obispo de Jaen, tio de doña Sol y caudillo mayor del reino. Añadid á todo esto (y ya teneis noticia de cuanto deseais saber) que la boda se verifica con beneplácito y gran satisfaccion de escuderos y vasallos, porque el de Benavides es un mancebo galan, valiente y dadivoso, y tan cristiano viejo y cumplidor de su palabra, como morisco y traidor ese Leonel de Monteflor, señor de Monteflor y de Fuentecruz.

GARCERÁN.

¿Quién decis, honrado Laín?

LAÍN.

Leonel de Monteflor, digo, señor de Monteflor y alférez mayor de Baeza; el hijo de ese castellano de la frontera, que, encendido en amores por la mora Fátima, hermana del alcaide de Cambil, Aben-Lentin, le dió la mano de esposo, á pesar de las excomuniones que le lanzó la Iglesia. Aun recuerdo con espanto el día en que nuestro obispo maldijo su nombre en la misa, y apagó en agua una candelilla, diciendo con voz terrible: «¡Señor de Monteflor, señor de Monteflor, así se apague tu alma en los infiernos!»

GARCERÁN.

Calle, por Dios, hermano mayordomo; que se me erizan de miedo los cabellos. ¡Qué! ¿tan desalmado era ese castellano de Monteflor?

LAÍN.

Fuélo sin duda, y mucho, miéntras que, á favor de los bandos entre el infante don Alonso y su hermano el rey don Enrique, continuó escandalizando la frontera con sus frenéticos amores. Muerta en fin la malaventurada y hermosa morisca, conoció sus extravíos, los confesó públicamente, y le vimos, cubierta la cabeza de ceniza y con una soga al cuello, aparecer un día en la plaza de la catedral de Jaen, pidiendo humildemente el perdón de sus escándalos. Otorgóselo nuestro buen obispo, y el arrepentido caballero pasó en seguida á encerrarse en el convento de Uclés, donde hace una cruda penitencia de sus pecados, siendo tal la fama de su santidad, que el capítulo de freires de la orden acaba de proponerle para el priorato de la misma iglesia.

GARCERÁN.

¡Vive Dios, señor Laín, que, si no la boda de vuestra señora, los amores y la penitencia de ese caballero son una historia que no la he leído mejor en muchos romances! Pero,

por más que os escucho, no alcanzo qué tengan que ver las excomuniones y el priorato del castellano de Monteflor, con las buenas prendas del esforzado infanzon á quien da la mano mi señora la Duquesa.

LAÍN.

¡ Ahí es nada, señor forastero ! No se trataba más sino de que el bastardo de Monteflor, el aborto de ese diabólico matrimonio, legitimado por el difunto don Enrique IV, y Dios sabe á precio de cuántos escudos, se casase con doña Sol, porque la amaba tambien ciegamente, y amenazaba alegar no sé que derechos sobre los estados de Lorite y de Fuensanta. Pues ¡ poco adelantada que estaba la boda, si no hubiera sido por el horror invencible que sentia mi señora, cuando le veia en Jaen ó en Martos, y la inesperada pretension del buen conde de San Estéban, que casualmente la conoció en las fiestas reales de Córdoba. Y no es porque el tal Leonel de Monteflor (aunque sólo una vez le hayamos visto en Arjona) no sea un mancebo galan, brioso y con bienes de fortuna : ¡ como que tiene á su sueldo trescientos jinetes, y sus estados compiten con lo mejor de la frontera ! No, señor : no es nada de eso ; pero la mancha de bastardía... la sangre judaica que corre por sus venas... Luégo, como su padre al fin fué maldito de Dios y de nuestro santo obispo !

GARCERÁN.

¡ Ya!!!

LAÍN.

Pues, como iba diciendo, el desventurado hidalgo, despechado por el desaire, ha hecho bien en irse con sus gentes á la frontera de Sevilla, donde anda ahora tan recia la guerra con los moros de Ronda, como tranquila y sosegada se encuentra ésta de Jaen, desde que el rey de Granada Abobdeli firmó las capitulaciones de Córdoba. Figuraos que sólo veinte jinetes ha traído á Arjona nuestro prelado, que

es, como os dije, el caudillo mayor contra los moros. (Rumor dentro.) Pero ¿ois? vuestra conversacion me ha entretenido demasiado. No diréis que no llevais qué contar á Sevilla y á los señores de Garciez. Adios, señor hidalgo; que la ceremonia va á comenzar, segun creo.

GARCERÁN.

Id con Dios, mayordomo bueno y honrado... (Aparte.) ¡y sandio y hablador como doncella enamorada!

ESCENA II.

LEONEL, GARCERÁN.

LEONEL. (Saliendo de la capilla.)

¿Oiste, Garcerán? ¡Fadrique triunfa!
Fadrique sus caricias me arrebató.
¡Oh despecho!... ¿y podré...

GARCERÁN.

Señor, calmaos:

Moderad esa cólera insensata.

Ved que estais en Arjona y que nos pierde
Una sola imprudencia.

LEONEL.

¿Tú mi rabia
Pretendes contener? ¡tú, que tranquila,
Cuando celos la agitan, quede el alma!
Manda al tigre que humilde se te postre
Al ver que sus hijuelos le arrancaras:
Manda al mar que no breme enfurecido,
Cuando sañudo el huracan rebrama.

(Música dentro.)

¿Escuchas? Esos ecos son su gloria:
Ellos mi deshonor tambien proclaman.
¡No será, no será!

GARCERÁN.

Señor...

LEONEL.

Corramos :

Hallen ambos su tumba ante las aras.

¿No es mi nombre un baldon? ¿No me desprecian

Porque abrigo también sangre africana?

Pues bien : ¿que yo merezca sus denuestos!

La pantera feroz nace en el África :

Del África soy yo , de allí mi madre :

Del África la furia que me inflama.

¡ Apártate !

GARCERÁN.

Temblad si un solo paso

Os atreveis á dar : aún no es llegada

Esa hora terrible en que con sangre ,

De Monteflor se escriba la venganza.

Esperemos que suene : vos lo visteis :

La fortuna á Leonel ayuda grata :

Aben-Lentin recuerda todavía

Las ofensas de Fátima , su hermana.

¿Dudaréis demandar auxilio al moro ,

Cuando el cristiano vuestro nombre infama ?

LEONEL.

¿Yo dudar? si á vengarme contribuye ,

Su favor al infierno demandára.

¡ Venganza , Garcerán ! ¡ venganza horrible !

(Música más cercana.)

¿Escuchas otra vez?... alegres cantan...

Y muero , y yo me abraso... Se aproximan...

GARCERÁN.

Huyamos.

LEGNEL.

¡ Oh furor !

GARCERÁN.

¡ Ah ! sin tardanza.

ESCENA III.

ALDEANOS, PAJES, DUEÑAS, ESCUDEROS. LAÍN sale detras de todos.

UNOS.

¡ Viva doña Sol !

OTROS.

¡ Viva don Fadrique !

LAÍN.

Así, vasallos, así : ahora es ocasion de que demostreis vuestra lealtad. ¡ Vivan nuestros nuevos señores !

TODOS.

¡ Vivan !

LAÍN.

Vamos, señor paje ladino : miéntas los villanos bailan, cantad vos y los escuderos ese pulido romance que habeis compuesto. Sus, á cantar ; que bien sabeis que mi señora espira por la música.

(Ballata de aldeanos con lazos, coronas é instrumentos pastoriles. Durante el coro bailan ; miéntas canta la voz, permanecen quietos ó sosteniendo las figuras practicadas.)

CORO.

*Con el claro sol de Arjona**El de Benavides casa :**¡ Menguadas paces esperan**Á los moros de Granada !*

VOZ.

No queda huérfana Arjona

Porque su señor le falta ;

Que del roble corpulento
La débil hiedra se ampara.

CORO.

Con el claro sol de Arjona, etc.

VOZ.

El solar de Benavides
Por sí solo al moro espanta :
¿Qué será si de consuno
Muestra Arjona su pujanza?

CORO.

Con el claro sol de Arjona, etc.

VOZ.

El nuevo señor de Arjona
Doscientos jinetes manda :
Doña Sol le lleva en dote
Diez castillos y cien lanzas.

CORO.

Con el claro sol de Arjona, etc.

VOZ.

Con las caricias de Vénus,
Diz que Marte más se inflama :
Don Fadrique es nuevo Marte,
Nueva Vénus su otorgada.

CORO.

*Con el claro sol de Arjona
El de Benavides casa :
¡Menguadas paces esperan
A los moros de Granada!*

LAÍN. (Haciendo que se suspendan.)

¡Silencio! ¡plaza, plaza!

ESCENA IV.

DICHOS. -- DON FADRIQUE, DOÑA SOL, EL OBISPO, acompañamiento de
CABALLEROS Y DAMAS.

OBISPO. (Á los aldeanos.)

Basta, hijos míos, basta. La Duquesa, mi sobrina, ve con la mayor complacencia vuestra inocente alegría. Vuestro nuevo señor agradece también vuestra lealtad, y quiere solemnizar este día, remitiéndoos por un año la mitad de vuestros tributos.

TODOS.

¡ Viva el duque de Arjona !

OBISPO.

Sí: que vivan los nuevos esposos. La mano del Señor los colme de bendiciones, y sirva este enlace para mayor servicio y gloria suya. Harto tiempo la frontera de Jaen ha permanecido en una paz vergonzosa. Harto tiempo las discordias del anterior reinado produjeron en ella escándalos, y dejaron en suspenso la grande obra de la restauracion. Ya se acerca el momento de proseguirla. La Católica Isabel y Fernando de Aragon convocarán en breve todas sus fuerzas, y acabarán de una vez con el poder de la morisma. No, Granada no podrá resistir mucho tiempo al embate reunido de Aragon y de Castilla. Vos, conde de San Estéban, ¿ estais dispuesto á seguir el pendon de vuestros reyes, y á conducir contra el moro los mesnaderos de Arjona, que de hoy mas serán unos con los vuestros ?

FADRIQUE.

No sólo estoy dispuesto, sino que ántes que Castilla dé la voz de alarma, juro llevarlos á sangre y fuego por la frontera, para hacerme merecedor por mis hazañas de la mano de doña Sol. Yo soy el primer infanzon que lanza en Jaen el grito de

guerra. Yo, don Fadrique de Benavides, Cobos y Luna, conde de San Estéban del Puerto, señor de Castellar y adelantado mayor de Cazorla, levanto desde mañana pendones contra el moro, y prometo no envainar la espada hasta arrojarle mas allá del Mediterráneo. ¿Lo ois, doña Sol? Ante vos lo juro: traidor y mal caballero me apelliden, si faltase á mis ofrecimientos. ¿Estais contento, padre? ¿Dudaréis que don Fadrique cumpla lo que promete?

OBISPO.

No, hijo mio; ántes bien os digo con enternecimiento, y no en vano os creia el más gallardo caballero de la frontera. Pero ya es la hora destinada para la santa ceremonia. Entremos en la capilla. Conde de San Estéban, duquesa de Arjona, seguidme.

DON FADRIQUE.

Entremos. Doña Sol... blanco de mis esperanzas, norte de mis deseos... ¡Qué! ¿dudais? ¿os pesa de mi ventura?... ¡Sol... hermosa doña Sol!...

DOÑA SOL.

¡Fadrique!

DON FADRIQUE. (Con enajenamiento.)

¡Ah! mi corazon no cabe dentro del pecho. Entremos, caballeros. Esta noche es del amor; mañana de la gloria. (Dirigese toda la comitiva á la capilla. Suena repentinamente un clarín; movimiento general de sorpresa.)

ESCENA V.

LOS MISMOS.—FORTUN, con la espada desnuda, seguido de varios hombres de armas.

FORTUN.

¡Traicion, señor! ¡traicion!

EL OBISPO Y DON FADRIQUE.

¿Cómo? Fortun...

FORTUN.

Aben-Lentin, ese osado alcaide de la frontera, acaba de caer de improviso sobre Arjona. Mil moros, emboscados en sus cercanías, la asaltan á favor de la oscuridad, degüellan á los descuidados centinelas, y guiados por dos traidores desconocidos, que les franquean las puertas, discurren por las calles de la villa, incendiando sus edificios y asesinando sus pacíficos habitantes. Ni este mismo castillo está seguro de la sorpresa: tal es el espanto y el desórden que reina en todas partes.

(Huyen los aldeanos.)

FADRIQUE.

¿Qué escucho? y los traidores... ¡Ah, volemós! ¡Caballeros, vasallos, á las armas! (Saca la espada y quiere irse.)

DOÑA SOL.

Detente... ¿dónde vas! ¡Fadrique!...

FADRIQUE.

Doña Sol... No temas, bien mio. Deben pasar sobre mi cadáver para ofenderte. ¡Á las armas! ¡Santiago!

(El clarín suena más cerca de la escena: una campana toca á rebato: vense llamaradas de fuego por un costado del castillo, y cruzan el teatro mujeres y niños, gritando despavoridos.)

DOÑA SOL. (Cayendo en brazos de sus dueñas.)

¡Ah! ¡Libertadle, Dios mio!

(Aparecen ahora los moros sobre la escena.)

DON FADRIQUE. (Defendiéndose con los suyos.)

¡Asesinos!... ¡Asesinos!...

(La multitud de moros cubre en fin el grupo de personajes: óyese siempre el ruido de la lucha: empiezan á ceder los cristianos.)

ESCENA VI.

DICHOS.—LEONEL, GARCERÁN.

LEONEL.

(A los moros, con impaciencia.) ¡Aben-Lentin! ¡Aben-Lentin!
(A Garcerán.) ¡El fuego... Garcerán, salvémosla!

ACTO SEGUNDO.

Castillo de Monteflor. Leonel, reclinado sobre una mesa y con el mayor distraimiento. Garcerán está de pié, á su lado, entretenido en hojear algunos papeles.

ESCENA PRIMERA.

LEONEL, GARCERÁN.

GARCERÁN.

Preciso es confesar que el alcaide Aben-Lentin, vuestro tío, cumple sus palabras á ley de buen creyente. Ofreció sorprender á Arjona, y Arjona fué, en efecto, sorprendida : ofreció guardar secreto sobre el pacto de vuestra alianza, y si el obispo de Jaen sospecha ya algo de ella, porque no faltó quien os conociese aquella noche, todavía duda, y no se determina á acusaros públicamente de felonía : ofreció tener siempre á vuestras órdenes un cuerpo de jinetes por las cercanías de la frontera, y él mismo los manda en persona, protegiendo de este modo vuestros castillos limítrofes : ofreció, por último, guardaros á doña Sol y á su doncella favorita Guiomar de Zúñiga, y una y otra estan desde aquella noche á vuestra disposicion en su castillo de Cambil. El señor de Monteflor ha sido, pues, servido completamente. Sólo se reserva el alcaide el derecho de retener al mancebo don Fadrique, sano ya de las heridas que hicieron correr la fama de su muerte, á condicion, empero, de que vos ó sus deudos le aboneis la suma convenida por su rescate. ¡Lástima es sin duda que lo-

grase escapar de sus manos el obispo de Jaen, por arte sin duda de Satanás! ¡Válgame Dios por obispo! Pues ¡no hay en Arjona quien asegure haberle visto aquella noche culebrear por los aires, montado sobre su báculo, y refugiarse, con el auxilio de tan extraña cabalgadura, en el campanario de la iglesia de Martos!... Pero vuestro doncel se cansa en vano cuando trata de distraeros de vuestras melancolías. ¡Apuesto á que ni una sola palabra habeis oido de cuanto acabo de contaros!... ¡Nada!... ¡Si os hablase de doña Sol! ¡Si oyeseis la voz de doña Sol!

LEONEL.

¡Doña Sol!... ¡doña Sol!... ¿Quién pronuncia su nombre junto á mí?... ¿Garcerán?... ¡Ah! ¡Cuándo podré verla! ¡Cuándo podré verla en mi castillo?

GARCERÁN.

Bien pronto sin duda : hoy mismo , si os place.

LEONEL.

¡Hoy! ¿Qué dices?

GARCERÁN.

Hoy, sí, señor ; hoy, que convalecida de la fiebre que la devoraba desde la noche de su esclavitud, podrá sin peligro ser trasladada al castillo de Monteflor. Muy grande debe de ser vuestra pasion, cuando con tanta constancia habeis dado cima al sacrificio de no verla durante tanto tiempo. Ello era duro, pero forzoso : vuestro solo nombre bastaba para producirla las más violentas convulsiones. No aseguraba su vida el médico árabe á quien la tiene confiada vuestro tio, si cometiais la imprudencia de presentaros en Cambil. Hoy, en fin, la veréis por primera vez... Hoy...

LEONEL.

Sí ; al instante... me vuelves la vida... ¡al instante, Garcerán! Haz que ensillen mis caballos. (Suenan clarines.) Pero

¿qué es esto? (Asomándose á una ventana.) El puente levadizo... un caballero anciano, una cruz roja al pecho. ¡Es mi padre!

GARCERÁN.

¡Vuestro padre! ¡El venerable prior de Uclés! ¡Diez años hace que no le veíamos por Monteflor! ¿Quién diablos le trae tan fuera de tiempo?

LEONEL.

¿Quién? El infierno, desatado para frustrar mis esperanzas. Oye: cualquiera que sea el objeto de su venida, quiero verla hoy mismo. ¿Lo entiendes?... Un pretexto bastará para encubrir á los ojos de mi padre la historia de mis debilidades. Su austera virtud me estremece. Retírate.

ESCENA II.

LEONEL, EL PRIOR DE UCLÉS.

LEONEL. (Acercándosele con indecision.)

¡Padre!...

PRIOR.

Espera, señor de Monteflor: para recibirte en mis brazos es preciso que sepa primero si eres todavía un caballero cristiano, ó si te convertiste ya en un miserable apóstata. Respóndeme.

LEONEL.

Señor...

PRIOR.

Responde, y no añadas á tus crímenes el de una inútil hipocresía. ¿Qué importa que un profundo secreto los oculte? ¿Qué importa que las desgraciadas víctimas de Arjona atribuyan sólo á la traicion de dos desconocidos el saqueo y el incendio de aquella noche espantosa? ¿Qué importa todo esto, si el corazon, en el fondo de mi retiro, me anunció que

eras tú ; tú , amante de doña Sol ; tú , sobrino de Aben-Lentin ; tú , fruto de unos amores de maldicion , el único capaz de concebir tan horrible empresa ? ¿ Quién ... ¿ Bajas los ojos ? ¿ callas ? Si eres inocente , levántalos : prueba si puedes tolerar mis miradas sin espanto . ¡ Mírame , señor de Monteflor : habla , aliado de Aben-Lentin : respóndeme , asesino de Arjona !

LEONEL. (Con indignacion.)

¡ Señor ! ... ¡ Señor !

PRIOR.

¿ Te irritan mis palabras ? ¿ Suenan en tu oído como el trueno que retumba y estremece ? ¿ Caigo en tu castillo como el rayo que espanta y aniquila ? Pues bien : completa tus delitos : libértate para siempre de mis reconvenciones . Veinte años de penitencia habrán desarmado la cólera del Señor . Hiereme : sé parricida : vendiste tu patria , vendiste tu fe . ¿ Qué es ya un crimen más ? Arráncame la vida . Yo te dí la tuya .

LEONEL.

Y ¿ quién os mandó dármela ? ¿ Quién os pedia una existencia de oprobio , un nombre de deshonor y de vergüenza ? ¿ A quién , sino á vos , debo este corazón ardiente , insaciable , impetuoso ; este corazón , que necesita amor como el sediento de agua , como la venganza de víctimas y de sangre ? Vos mismo , austero cenobita , ¿ no sentís en este propio instante latir debajo de vuestro sayal , conmoverse , á pesar de vuestras maceraciones , otro corazón brioso , otro corazón indomable , palpitante de enojo y de indignacion ? ¿ Por qué me disteis el mio á vuestra semejanza ? ¿ Por qué en hora de maldicion dijisteis : « Nazca un bastardo » , y el bastardo nació para vuestra deshonor y para la suya ? ... Prior de Uclés , prior de Uclés , vos fijasteis entonces la suerte de vuestro hijo . El infierno sonrió , viendo reproducirse su

víctima. Yo acepto su sonrisa. ¡Cúmplase en mí el horrendo destino de mi familia!

PRIOR.

¿Qué es lo que dices? ¿Te obstinarás así en tu impenitencia?... Pues bien: tiembla ante el abismo que has abierto á tus piés. No: harto criminal por mí mismo, no seré cómplice de tus negras deslealtades. Nada hay de comun entre el pecador arrepentido y el apóstata protervo; nada, Leonel. Yo poseo tu secreto: yo le revelaré á la corte de Castilla. No es ya el impotente don Enrique el soberano que se sienta en el trono. Es Isabel, es Fernando de Aragon. Yo te denunciaré á su justicia; yo abandonaré á su castigo un hijo de cuyos crímenes jamas seré partícipe. ¡La confiscacion y la muerte caerán sobre Monteflor: caigan primero que el rayo del Omnipotente!

LEONEL.

¿Y sois vos quien me amenazais?... ¿Vos, quien... La indignacion ahoga mis palabras... ¡Garcerán! ¡Guardias!

(Salen aquél y éstas.)

PRIOR.

¿Cómo? ¿Echarás el sello á tus maldades? ¿Intentarás...

LEONEL.

Llevadle á la capilla del castillo, y cerrad tras él todas las puertas. Id ahora, implacable cristiano; id ahora, apóstata arrepentido, á revelar mis crímenes á Fernando V. ¡Conducidle!

PRIOR.

¿Y te atreves...

LEONEL.

¡Conducidle, ó temblad de mi furia!

PRIOR.

¡Ah! ¡Yo te maldigo!

ESCENA III.

LEONEL.

¡ Maldicion ! ¡ Maldicion ! ¡ Esta es la palabra que desde la infancia ha resonado de continuo en mis oídos ! ¡ Este el único dón que he debido al cielo sobre la tierra !... Muerte, reprobacion... ¿ Qué significaís para un corazon que se abrasa , que sólo ve un objeto de amor en toda la naturaleza , y un orgulloso que le baldona en cada una de sus criaturas ? (Suená una bocina con eco lúgubre.) Pero ¿ qué sonido es éste ?... ¡ Garcerán !

ESCENA IV.

LEONEL , GARCERÁN.

GARCERÁN.

¡ Señor ! ¡ Señor ! El arcipreste de Martos se presenta al frente del castillo, con los diáconos de su clerecía, preguntando por vos. Vienen arrastrando negras bayetas, y les precede la lúgubre bocina que habeis oido.

LEONEL.

Pero ¿ qué es lo que busca ?

(Suená otra vez la bocina.)

GARCERÁN. (Mirando adentro.)

Aquí se acerca para decíroslo. Al fúnebre sonido, á la vista de la cruz que traen con cirios encendidos y cubierta de un negro crespon, los guardias del castillo retroceden con respeto, y les abren paso silenciosos. (Suená más cerca la bocina.) Ya llegan, señor.

ESCENA V.

DICHOS.— EL ARCIPRESTE y varios DIÁCONOS con ornamentos de *requiem*, de forma antigua : uno de ellos trae una cruz alta, cubierta con un crespon ; otros dos, ciriales encendidos. Les preceden seis ministros con antifaces y hopalandas de larga cola, que llevan arrastrando. Uno de ellos viene tocando la bocina : entran, al són de ésta, en la escena, y detras GUARDIAS y ALDEANOS, en ademan respetuoso.

ARCIPRESTE.

¡En el nombre de Dios uno y trino, oid, señor de Monteflor : oid, escuderos y vasallos suyos!

LEONEL.

¿Qué es lo que intentais, arcipreste de Martos? ¿Quién os ha dado licencia para penetrar así en mi castillo?

ARCIPRESTE.

No es á tí, réprobo caballero, á quien debo rendir cuenta de mis acciones. ¡En el nombre de Dios uno y trino, oidme todos!

LEONEL.

¡Y qué, menguado! ¿Tu obispo habrá llevado su temeridad hasta el extremo de mandarte allanar mi castillo? ¡Amigos, vasallos, apoderaos de él!

(Unos pocos soldados se adelantan : los demas se muestran indecisos.)

ARCIPRESTE.

¡Atras, mesnaderos del impío! ¡Recordad el tremendo castigo de Datán y Abiron! ¡Ábrase á vuestros piés la tierra para tragáros, si no óis con el respeto debido los mandatos de la Iglesia! Venid : hollad, si os atreveis, la cruz de vuestro obispo. (Se adelanta el que lleva la cruz : pausa.) ¡De rodillas, cristianos, ante la cruz del Salvador!

(Se arrodillan todos los soldados y pueblo.)

LEONEL.

¡Cobardes! ¿Y la voz de un preste os aterra de tal modo?

ARCIPRESTE.

Solo tú, desalmado caballero, pudieras oír sin temblar la voz de Dios, que te habla por mis labios! ¡Tu deslealtad y tu apostasía han sido al fin descubiertas: de boca en boca circulan ya por la frontera tus pactos con Aben-Lentin, y mientras la justicia humana te castiga, la Iglesia lanza sus rayos contra tí!

LEONEL.

¡Temerario!

ARCIPRESTE.

Leonel no es ya vuestro señor, ballesteros y villanos de Monteflor. Sois libres de su señorío, porque vuestro señor es un hijo de Satanás, excomulgado por la Iglesia. Hé aquí la sentencia episcopal, que he colocado ya en las puertas de su castillo, y que voy á fijar ahora sobre el respaldo de su sillón señorial. (Saca un pergamino.)

LEONEL.

¡Oh infierno! ¡Dame, clérigo insolente, ese pergamino: dámele, ó muere á los golpes de mi puñal! (Saca un puñal.)

ARCIPRESTE.

Podrás arrancarme la vida, pero no podrás arrancar de tu alma la maldicion de Dios, que pesa ya sobre ella. Venid, diáconos: cumplamos nuestro deber. (Va á acercarse al sillón.)

LEONEL.

¡Oh rabia! ¡Muere! (Hiérele.)

ARCIPRESTE. (Cayendo en brazos de los diáconos.)

¡Piedad, Dios mio! (A Leonel.) ¡El infierno te espera, excomulgado! ¡Mi sangre es tu condenacion y la de cuantos permanezcan en tu servicio! ¡Maldicion sobre Monteflor y sobre todos sus moradores!

(Grito de espanto: desórden entre el pueblo y soldados.)

ACTO TERCERO.

Alcázar real de Jaen : una puerta cerrada en el fondo : un gabinete á la derecha : en sus inmediaciones el trono ; al frente una mesa con papeles.

ESCENA PRIMERA.

EL REY DON FERNANDO, EL OBISPO DE JAEN, UN OFICIAL Y GUARDIAS.

REY.

¡Vive Dios, obispo de Jaen, que los desafueros que oigo en esta tierra son tantos y tales, que mi justicia no puede desentenderse de castigarlos ! ¡ Con que, mis infanzones roban doncellas y matan arciprestes, sin temor á Dios ni á mi justicia !

OBISPO.

Ahí acaba, señor, esa historia de escándalos. Oid ahora el estado actual de esta frontera. El prior de Uclés, aterrado á la vista del sacrilegio de su hijo, y aprovechando la confusión de aquellos horribles momentos, salió rápidamente de Monteflor ; se dirigió á Cambil, en busca de Aben-Lentin, y le exhortó á que le entregara á doña Sol, amenazándole con todo vuestro poder si lo resistía. El moro, más prudente que su sobrino, oyó los consejos del Prior, y le entregó á la Duquesa, á precio de un razonable rescate. Las penas y los remordimientos han acabado por fin con la vida del antiguo castellano de Monteflor, mientras su hijo permanece aún rebelde en su castillo, desafiando el poder de vuestros merinos y adelantados. Leonel de Monteflor no

es ya un caballero cristiano, sino un capitán de foragidos, excomulgado por la Iglesia. En cuanto á don Fadrique, sigue todavía cautivo en poder del codicioso Aben-Lentin, quien demanda por su rescate una suma fabulosa. ¡Dios solo sabe si las iras de Leonel habrán respetado su vida!

REY.

Espantosa es la historia que me referís, y os aseguro que no la he oído con indiferencia. Pero ¿qué es de vuestra sobrina doña Sol? ¿Aun no ha convalidado de la penosa dolencia que, según me dijisteis, la retiene en Arjona? ¿Cómo, sabiendo que hoy me ausento con mi corte, no ha venido ante ella para demandarme justicia? ¿Duda acaso del poder de Fernando V?

OBISPO.

Antes bien cifra en él todas sus esperanzas. Sus largos padecimientos la impiden por ahora presentarse delante de su rey para hacer al traidor caballero la acusación de deslealtad que requieren los usos de Castilla. Pero ¿qué entorpece vuestra justicia la falta de una insignificante ceremonia, cuando la maldad es cierta, cuando vuestros vasallos, escandalizados, os designan por todas partes el delincuente? Yo le acuso, señor: yo, escapado milagrosamente de la traición de Arjona: yo, á nombre de mi linaje ofendido; yo, á nombre de la fe ultrajada, os pido el castigo del desleal y del apóstata. ¡Yo os lo pido rey de Castilla: yo os le pido antes que os ausenteis de Jaén: yo le reclamo de vos, que juzgáis á los hombres sobre la tierra, y que á la vez seréis juzgado por Jesucristo en el cielo!

REY.

Y ¿quién os ha dicho, obispo de Jaén, que Fernando V necesite de vuestras excitaciones? ¿Qué! porque cauto oculte sus proyectos, ¿presumis que olvide las ofensas de la fe, las de doña Sol y las de su propia majestad?

OBISPO.

Señor...

REY.

Respetad los secretos de vuestro rey: respetadlos, y no murmureis imprudente de lo que no os es lícito alcanzar. Dentro de media hora mis tercios deben marchar sobre Granada. Dentro de muy pocas comenzará también la guerra á muerte que ha de sujetarla al poder de Castilla. Antes, sin embargo, debe realizarse el proyecto que, mientras vos le acusabais deslumbrado, tenía concebido el soberano de España. Ya se acerca ese momento, prelado de Jaen. Quiero que hoy empiencen á conocer mis infanzones que el primero de ellos y el último de mis vasallos deben prosternarse igualmente ante mi trono. Eso quiere la Católica Isabel: eso quiere el Católico Fernando. ¡Hola! (A un oficial del palacio, que se le presenta.) Haced que inmediatamente conduzcan del campamento á mi palacio los prisioneros sorprendidos anoche por mis tercios en los castillos de Cambil y de Monteflor: que esto se haga con todo el secreto guardado hasta aquí. Esperad... (Toma unos papeles.) Dad esa orden á mi maese de campo; esotra al vicario de mis tropas. ¡Deteneos!... Avisad que se prepare el ejército para marchar sobre la frontera: avisad también que ántes quiero recibir el último homenaje de lealtad de todos mis nobles, y darles á besar mi real mano. ¿Lo entendéis? (Vase el oficial.) ¿No es verdad, Obispo, que nunca representa mejor un rey la imagen de Dios sobre la tierra, que cuando con una mano ampara la inocencia y con otra castiga á sus opresores?

DOÑA SOL. (Dentro.)

¡Justicia, rey de Castilla!

REY. (Al oficial, que vuelve á salir con algunos guardias.)

¿Qué rumor es ése? ¿Quién se atreve en mi palacio...

OFICIAL.

Señor, una dama hermosa y vestida de luto se presenta ahora á sus puertas : en vano las guardias de V. A...

OBISPO.

¡ Ah , señor ! ¡ Es doña Sol ! ¡ Es mi sobrina ! ¡ Tal vez ha dejado el lecho de muerte en que yacia en Arjona , porque la fama haya llevado á sus oídos la nueva de que os ausen-
tabais hoy de Jaen . ¡ Oidla , señor ! ¡ Perdonadla !

REY. (Al oficial.)

Hacedla entrar al momento.

ESCENA II.

DICHOS.—DOÑA SOL, de luto.

DOÑA SOL.

¡ Justicia , rey de Castilla !
¡ Justicia , rey de Aragon ;
Que los reyes en la tierra
Son imágenes de Dios !

Infanzona desdichada
Nací de noble infanzon :
A los pechos de mi madre
Ahogarme fuera mejor.

Matóme el padre en la guerra
El moro batallador,
Y mató luégo mi dicha
Un caballero traidor.

Bastarda sangre en sus venas,
Bastarda corre , señor ;
Que á tal mengua no se abate
Aquel que noble nació.

Mi esposo fué don Fadrique ;

Yo, la triste doña Sol ;
 Vos, la justicia del cielo ;
 El aleve, Monteflor.

¿Y de Jaén, sin oirme ,
 Os marchais así veloz?
 Ved el llanto de mis ojos,
 Ved de mi casa el baldon.

Del lecho postrada corro
 A implorar vuestro favor :
 ¡Justicia, rey de Castilla !
 ¡Justicia, rey de Aragon !

REY.

Noble dueña de Arjona, que humilde
 Mi justicia venis demandando,
 No temais ; que os ofrece Fernando
 Vuestra cuita placiente amparar.

A Granada al momento mis tercios
 Llevarán contra el moro su saña ;
 Mas primero á mis nobles y á España
 Mi justicia les debo mostrar.

Si en la Alhambra al infiel humillando,
 Claro nombre ambiciono en la historia ,
 No será ménos alta mi gloria
 Acorriendo á los tristes aquí.

¿Hola, guardias? se acerca el instante
 En que al moro mis huestes se muevan :
 Entren luégo los nobles que deban
 Su postrer homenaje rendir.

ESCENA III.

DICHOS. — Música marcial. INFANZONES, CABALLEROS, SOLDADOS, CORTESANOS y HERALDOS, que se esparcen simétricamente por la escena. El Rey se sienta en su trono; el Obispo y doña Sol permanecen á un lado. Luégo que todos se colocan y cesa la música, un heraldo grita desde la puerta:

HERALDO.

¡Viva don Fernando Quinto!

VOCES.

¡Viva!

UN INFANZON. (Acercándose al trono, arrodillándose y besando la mano del Rey.)

De Castilla al Rey
Se postra, de hidalgo á ley,
El señor de Jabalquinto. (Retírase á su sitio.)

OTRO INFANZON. (Lo mismo.)

Adelantado mayor
De Jaen y su frontera,
El de Bailén os venera
Como natural señor.

EL OBISPO. (Lo mismo.)

El obispo de Jaen,
Con toda su clerecía,
Homenaje y pleitesía
Os rinde, señor, tambien.

DOS CABALLEROS. (Lo mismo.)

La antigua y noble ciudad
Que pierde el gozo de veros,
Con fidalgos y escuderos,
Os repite su lealtad.

REY.

Prelado, ricos-homes, ciudadanos,
Que á mi voz á Jaen corriendo prontos,
Demostrais la lealtad de castellanos;
No por vano aparato de grandeza
Os mandé convocar: mi voz os llama,
Porque la fe vuestro valor reclama.

Es llegado ya el tiempo en que luchando
De consuno las barras y leones,
Ante el pendon augusto de Castilla
Granada infiel incline la rodilla.

En Córdoba Isabel junta los tercios
Que son de su corona prez y gloria:
Una voz sola espera, una, y concluye,
Y el musulman imperio se destruye.

Démosla desde aquí: llegó ya el día:
Abra luégo el cristiano la campaña:
Fernando mismo contra el moro os guía,
Ufano de llevar la flor de España.

El Dios de los ejércitos, propicio,
Protege nuestra empresa, caballeros;
Que por su fe se tienden mis pendones,
Y lidian por su fe mis infanzones.

Mas en vano le invoca aquel monarca
Que olvida su deber sobre la tierra,
Y viendo de un aleve la malicia,
No despliega inflexible su justicia.

Este pérfido existe entre vosotros:
En Jaen sus traiciones son notorias:
¿Quereis que tome parte en nuestras glorias
Quien indigno es de estar entre nosotros?

Responded; caballeros, denunciadle:
Su nombre ya para el castigo espero:

Responded, que en el trono de Castilla
Os escucha un monarca justiciero.

(Pausa : los caballeros se miran unos á otros con espanto. El Rey prosigue.)

¿Callais todos en fin? Ni vos, Duquesa,
Osais contar ahora vuestro agravio?
¿El amago no más de mi justicia
Así hielas de espanto vuestro labio?

DOÑA SOL. (Arrodillándose.)

¡Ah! ¡Señor!

REY. (Baja del trono.)

Levantad. Convulsa, fría...
Más briosa, Duquesa, yo os creía :
Levantad, y cuidad de reponeros. —
Escuchadme de nuevo, caballeros.

Era noche de ventura
En el castillo de Arjona :
Todo por sus patios, luces;
Todo por sus salas, joyas.

De su noble castellana
Celebrábanse las bodas :
Don Fadrique es el dichoso
Que con ella se desposa.

Ya en la gótica capilla
Los dos humildes se postran :
Ya, murmurando las preces,
El preste sus manos toma ;

Cuando súbito resuena
El clarín de hueste mora,
Y su traición un cobarde,
De la fe con mengua, logra.

El Rey la nueva en Jaen
Oyóla del vulgo en boca,

Y castigar al aleve
Prometió por su corona.

Tambien prometió á la dueña
No ausentarse con sus tropas,
Sin devolverle á Fadrique,
Que siempre tierno le adora.

Ambas promesas el Rey
Debe cumplir por su honra :
Si lo hace , á fuer de hidalgo ,
Empezad á verlo ahora.

(Abrese el gabinete de la derecha , y aparece don Fadrique.)

DOÑA SOL. (Corriendo á abrazarle.)

¡Fadrique!...

DON FADRIQUE.

¡Sol!... ¡Cuánta dicha!
¡Señor!... (Arrodillándose.)

REY.

Alzad. Queda otra :
Si cumplida está tambien ,
A mi córte juzgar toca.

(Suená el redoble de una caja con sordina.)

VOZ. (Dentro.)

El Rey y la Reina , nuestros señores. Por apóstata y alevoso , mandan sus altezas degradar de su caballería á don Leonel de Monteflor , señor de Monteflor y de Fuentecruz ; borrar su nombre de los libros de la nobleza de éstos reinos , y confiscar todos sus estados. (Suená un ligero redoble. La voz continúa.) Por apóstata y alevoso , mandan sus altezas demoler y sembrar de sal sus castillos , quebrar su espada , y romper por mano del verdugo los escudos de sus armas. (Suená ruido de armas rotas y el redoble. La voz prosigue.) Por após-

tata y alevoso, mandan sus altezas que se le corte la cabeza en su palacio real, para escarmiento de traidores.

(Se oye el ruido de un hacha, y al último redoble, se abre la puerta del fondo y aparece Leonel degollado.)

DOÑA SOL. (Retrocediendo.)

¡ Ah !

ALGUNOS CABALLEROS. (Lo mismo.)

¡ Monteflor !...

DON FADRIQUE. (Lo mismo.)

¡ Su cabeza !...

REY.

Sí, su cabeza traidora :

Su cabeza, y un aviso

A mi nobleza orgullosa.

(Toca un clarín botasilla.)

¡ Ois ? El clarín nos llama :

Caballeros, ya es la hora :

En Granada el moro espera :

¡ A Granada el campo corra !

(Marcha guerrera.)

AIJA, SULTANA DE GRANADA.

Tragedia en cinco actos.

ADVERTENCIA.

Esta tragedia, primera obra poética del autor, acometida y llevada á cabo arrogantemente á los 21 años de edad, fué concebida y versificada bajo la influencia de un gusto literario muy diferente del que hoy domina. Adolece, por lo tanto, de reminiscencias sobradamente clásicas, sin tener, en cambio, las bellezas de sus modelos.

El carácter heroico de la sultana Aija es esencialmente histórico: lo es tambien la entrega repentina de Granada, hecha por Boabdil á los Reyes Católicos, con quienes la tenía concertada hacia tiempo; á consecuencia de un motin promovido por un santón fanático, que le obligó á precipitar el cumplimiento de sus promesas.

Un varon respetable, perdido hoy para las letras, el Señor Martinez de la Rosa, se dignó leer esta tragedia hallándose en Granada en 1832: elogió su versificación, y aún dió algun sabio consejo á su jóven autor, excitándole ademas á que no desdeñase el cultivo de la poesía. Hoy ve por primera vez la luz pública en esta coleccion general.

INTERLOCUTORES.

BOABDIL, *rey de Granada.*

AIJA, *su madre.*

ORCAN, *caudillo de la tribu de los alavez.*

CELIMA, *su esposa.*

GAZUL, *jefe alavez.*

MORAICEL, *caudillo de los zegríes.*

MOCTADER, *zegrí.*

ZEGRÍES, ALAVEZES, PUEBLO Y GUERREROS CASTELLANOS.

La acción empieza al amanecer, y puede suponerse que concluye á las tres de la tarde del 2 de Enero de 1492. El lugar de la escena es un salón del palacio de los reyes de Granada, que da vista al célebre patio llamado de los Leones.

..... *Eu quò discordia cives
perduxit miseros.....*

(VIRG.)

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

ORCAN y GAZUL.

ORCAN.

¿Es un sueño, Gazul? ¿Isabel misma,
Atónita, ese cange nos demanda?
¿Con que, rotas sus horribidas cadenas,
Libre Celima volverá á Granada?

GAZUL.

Tú las rompiste, Orcan; tú, cuando anoche
Juraste perecer ó libertarla.
Yo te vi, yo te vi, al horrible fuego
Que el campo de Fernando devoraba,
Herir, matar, vencer, en pos dejando
Ancho surco de sangre castellana.
Así se venga Orcan, así á su esposa
De entre indignas cadenas arrebatada.
¿No escuchas esos gritos con que el pueblo
Aplaude, en la espaciosa Vivarrambla,
El amor y las glorias del caudillo,
De Granada delicia y esperanza?
¿No escuchas resonar el juramento
De hundirse entre sus ruinas incendiadas,
Antes que infames sucumbir al yugo,
Al yugo vil, con que Isabel la amaga?

ORCAN.

¡Jamás, jamás, Gazul! ¿Qué importa, amigo,
 Morir lidiando en desigual batalla,
 Si aquella sangre que el guerrero vierte,
 Honra á sus hijos, y á su patria salva?
 ¿Hubiera nunca en Cártama caído
 Celima de Isabel mísera esclava,
 Si, fiero por su amor, el brazo mío
 Combatiese también en sus murallas?
 ¿Qué era entonces la muerte?... ¿Qué era anoche,
 Qué era anoche, Gazul, cuando en mi rabia,
 De Santa Fe los reales sorprendiendo,
 Tinta en sangre la corva cimitarra,
 Entre ruinas y horror, cayó cautivo
 El conde de Cifuentes de mis armas?
 «Ni cange ni rescate», largos años,
 «Ni cange ni rescate», proclamára,
 En su orgullo, Isabel: ¡cange y rescate
 Halló por fin mi vengadora lanza!...
 Mas ¿Tendilla?... Gazul, ¿qué le detiene?
 ¿Por qué, di, presentárenos dilata?

GAZUL.

A nombre de Fernando, en este instante
 Tregua segura ante Boabdil demanda.
 No es ahora, en la Alhambra, aquel caudillo
 Que alienta al castellano en las batallas:
 No es el héroe terrible, á cuya vista
 Retroceden las lunas aterradas;
 Es el guerrero triste, que, cual suya
 Contando de su amigo la desgracia,
 Ruega, promete; con Boabdil, ansioso,
 Para el cange las treguas afianza,
 Y por la suerte de Cifuentes tiembla
 Cada momento que en firmarse tardan.

ORCAN. (Con furor repentino.)

¿Tardar?... ¿Por qué tardar?... ¿Y quién ha dado
El derecho á Boabdil de dilatarlas?
¿Quién su sangre vertió?... ¿Quién?... ¿Y las niega?
¿Y en la tumba el traidor aún no descansa!

GAZUL.

¿Y quién en este instante, quién, responde,
Concita así contra Boabdil tu saña?
¿Quién sospecha que infiel... Orcan, el odio,
El odio, aún no extinguido, en tus palabras
Rebosa sin cesar. En vano un día
Union eterna con Boabdil juráras;
En vano, sí; que el pecho, mal su grado,
El antiguo rencor, sañado, guarda.

ORCAN.

¿El rencor?... Di más bien de sus delitos
La espantosa memoria. ¿En la alianza
Confiar de Boabdil? Primero fía
En el tigre, en la onza sanguinaria.
¿Desde cuándo fué fiel? ¿Qué dios, responde,
Obró tanto prodigio?

GAZUL.

Ante las aras
Juró á tu tribu paz: desde aquel punto
Sus promesas, Orcan, no han sido vanas.

ORCAN.

¿Sus promesas? ¿Y al bravo Abencerraje
Con promesas también no confiaba?
¿No brindaba amistad mientras ardía,
Pérfido, el pecho en detestable saña?
Fiel mi tribu al honor, del negro crimen,
Del vil asesinato horrorizada,

Para hundirle en la tumba desde el trono
 Ya impaciente el alfange desnudaba.
 ¿Qué nos detuvo? di. ¿Por qué en la vega
 Resonó la trompeta castellana?
 ¿Por qué de su retiro presuroso
 El alfaquí Mozer corre á la Alhambra,
 Y en nombre de la patria estremecida,
 Soltar nos hace las terribles armas?
 ¿No viste cómo el mármol de la pila
 Donde la tribu ilustre fué inmolada
 Brota sangre inocente, que á los cielos,
 Y á nosotros también, pide venganza?
 ¿No escuchaste decir á los guerreros
 Que velan en las torres de este alcázar,
 Que en medio de la noche, lentas cruzan
 Las sombras de las víctimas airadas,
 Y esparciendo su sangre por el viento,
 Con eco sepulcral «¡Venganza!» claman?
 ¡Nos acusan, Gazul, porque, olvidando
 La amistad que en otro tiempo nos ligára,
 Doblamos la rodilla á su asesino
 Y besamos su mano ensangrentada!

GAZUL.

Orcan, terrible Orcan, calma tu ira,
 Calma el delirio atroz que te arrebató.
 ¿Por qué recordarás en este instante
 De nuestros males la memoria amarga?
 ¿Por qué no sepultar en el olvido
 Recuerdo tan cruel? Cuando la patria
 Huérfana tiembla, y de sus bravos hijos
 La audacia toda en su favor reclama,
 No es ocasión de inútiles furores,
 No es ocasión de enconos y venganzas:
 A su clamor exánime juramos,

De Mozer en las manos , olvidarlas :
 Hé aquí nuestro deber : del varon santo,
 De Granada cumplamos la esperanza.
 Al cristiano el rencor : hoy desunidos ,
 Siervos serémos de Isabel mañana.

ORCAN.

¡Siervos?... En mi sepulcro su estandarte
 Clavará vencedor : sobre las aras
 Lo juré yo tambien : « ¡Victoria ó muerte!
 ¡O muerte ó libertad para Granada ! »

GAZUL.

¿Y desunion y lucha fratricida
 Los medios han de ser de libertarla?

ORCAN.

Su exterminio, Gazul : baje á la tumba ,
 Con su señor, la tribu sanguinaria :
 Desciendan al sepulcro los zegríes ;
 Desciendan , y la patria está salvada.

GAZUL.

¡Orcan!...

ORCAN.

No hay más , Gazul. ¡Sangre del justo!
 ¡Tú el anatema formidable lanzas!
 ¡Tú , « guerra », tú , « rencor », hoy como nunca
 Con fatídico afán gritas al alma !

GAZUL.

Desecha esa ilusion : hoy de delicias
 Es día para tí : asegurada
 La tregua con Boabdil, verás en breve
 A Tendilla volver : tiernos te aguardan
 Los brazos de Celima ; y ¿tan dichoso,
 Negros temores tu ventura amargan?

ORCAN.

¿Temores yo?... ¡jamás!... ¡tema el perverso!
 ¡Tiemble Boabdil de provocar mi saña!
 ¡Infeliz el tirano que del bueno
 Exaspera la noble tolerancia!
 Infeliz, si la frente hurtando al yugo,
 «¡O muerte ó libertad!» el bravo clama.
 El puñal vengador alcanza al trono,
 El puñal en la púrpura se clava.

GAZUL.

Orcan, sus guardias son.

ORCAN.

Decida al punto :
 Elija, si se atreve, mi venganza.

ESCENA II.

LOS MISMOS.—BOABDIL, AIJA, MORAICEL y GUARDIAS, que les preceden.

BOABDIL.

Caudillo de los fuertes alavezes,
 Y ¿te encuentro yo aquí cuando, jurada
 Con Isabel la tregua, ya Tendilla
 Para el cange te busca por la Alhambra?

ORCAN.

¿Para el cange? Gazul... ¿con que, la tregua...
 ¿Y es Boabdil quien acusa mi tardanza?

(Reconviniéndose á sí mismo.)

BOABDIL.

¿Qué pronuncias, Orcan?... ¿En tu delirio,
 Esa negra sospecha... No, mi alma
 Generosa es también: há largo tiempo

Que fueron mis ofensas olvidadas.
 Pero ¿qué te detiene? Parte, vuela:
 Impaciente Celima ya te aguarda.

ORCAN.

¡Celima! Sí. ¡Gran Dios! ¿Y de mis brazos
 Quien pudiera otra vez arrebatarla?
 ¿Quién ya te vencerá, si con su suerte (A Boabdil.)
 La suerte de tu trono está ligada?
 Mas volemós, Gazul: amor hoy triunfa:
 Que el alfange á triunfar vuelva mañana.

ESCENA III.

LOS MISMOS, ménos ORCAN y GAZUL.

AIJA.

¿Será verdad, Boabdil? ¿Con que, tu pecho
 Sacrifica en las aras de la patria,
 Su funesta pasión? ¿Con que, su vuelta
 No será por un crimen señalada?

BOABDIL.

No, madre: ya os lo dije: á vos sincero
 Mi pecho descubrí: si de sus gracias
 Prendado el corazón, en mi delirio,
 Osé secretamente idolatrarla:
 Si, vencido en los campos de Lucena,
 Prisionero Boabdil fué del de Cabra,
 Y en Córdoba cautivo, cual Celima,
 Siempre bella la vió, mas siempre ingrata;
 Hoy, califa en el trono de sus padres,
 La pasión del cautivo está olvidada.
 Vuelva libre á los brazos del caudillo
 Que cifra su ventura en adorarla:

Boabdil le cede ya la estéril gloria
 De ablandar los desdenes de su esclava ;
 Y en tanto que ese jefe se afemina ,
 Humilde suspirando ante sus plantas ,
 Yo, á las lides impávido corriendo,
 Vibrando audaz la formidable lanza ,
 El sagrado estandarte del Profeta
 Llevaré vencedor hasta Cantabria.
 Mas ¿qué tardais? Partid : Celima ilustre
 Desciende de mi estirpe soberana :
 Es digna de ese honor, y mayor lauro
 Merecen de su esposo las hazañas.
 Volad á recibirla, y por su vuelta,
 A mi nombre también felicitadla.

AIJA.

Iré, Boabdil, iré : mi pecho late
 De amor, de patriotismo y de esperanza.
 En buen hora se entregue á los placeres
 El monarca feliz que ve postrada
 La altivez de su bárbaro enemigo,
 Y en paz su pueblo desde el trono manda ;
 Pero cuando el cristiano nuestros muros
 Con todo su poder cerca y asalta,
 Para salvar la patria moribunda,
 Las virtudes de Omar son necesarias.

(Parte con algunos guardias ; las restantes desaparecen á una señal de Boabdil.)

ESCENA IV.

BOABDIL y MORAICEL.

BOABDIL. (Observando á su madre, que ha partido.)

Moraicel, ¿avisaste á los zegríes?
 ¿Doblaste del palacio ya las guardias?

MORAICEL.

Nada temais , señor : corren al cange ,
Exentos de zozobras , y sin armas.
El momento es feliz : un denso velo
Encubre vuestro amor...

BOABDIL.

Pero... ¿mi madre?...
¿Cómo esconder de su virtud airada...

MORAICEL.

Cual de oculto rival , tal vez podréis
El rapto presentar á la Sultana.
Mas ¿qué digo? Ya es tiempo de que libre
Empeceis de una vez á ser monarca,
Y sacudais el yugo ignominioso
Que os puso su ambicion desde la infancia :
Sed su rey, no su esclavo.

BOABDIL.

Sí, lo juro :

Lo seré, lo seré ; que fiero abrasa
Amor el corazon , y horribles celos
Su ponzoña tambien en él derraman.
Si sufrí su desden , nunca mis ojos
Verán que impune mi rival la abraza.
¡ Ah ! ¡ nunca , Moraicel !... ¡ Primero espire !
¡ Antes mi trono destrozado caiga !
Pero escúchame , amigo : en la alegría ,
Los riesgos de una empresa temeraria
Olvidar no es cordura. Ya insidiosa
Sé que cunde una voz , por tí sembrada ,
Que traicion suponiendo en el caudillo ,
Su prision justifica ; mas si , incauta ,
La plebe de ese modo se seduce ,
¿ Podrá su tribu ser tan insensata ?

MORAICEL.

Y ¿qué vale su enojo, cuando airado
 El triunfante zegrí blande la lanza?
 ¿No contamos también con que las tribus
 Fugitivas de Málaga y de Baza,
 A la vez seducidas, cual la plebe,
 Ilusas correrán á la batalla?...
 Pero ¿dudáis, señor?... en vuestro rostro
 La pálida inquietud se ve estampada.
 ¿Olvidará Boabdil que fué su pueblo
 Quien del cristiano provocó la saña;
 Quien, negando insolente el vasallaje
 Prometido á la corte castellana,
 Holló los pactos que su rey prudente,
 Por conservar su trono, respetaba?
 ¿Olvidaréis, en fin, que Isabel misma
 Os brinda de continuo su alianza?
 ¿Que há poco que Tendilla nuevamente,
 Por la cruz de su pecho, os dió palabra
 De trono y proteccion, si vasallaje
 Prestándola otra vez...

BOABDIL. (Con viveza y mirando aterrado por todas partes.)

¡Moraicel, calla!

¿Qué osaste pronunciar?... ¡Calla, imprudente;
 Que es secreto de muerte el que propalas!
 Ya se acerca la hora en que mi pueblo
 A las puertas me espera de la Alhambra
 Como supremo juez: miéntras en ellas
 Ostento yo á sus ojos una calma
 Muy distante de mí, corre, y al punto
 Condúcela en secreto hasta mi alcázar.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

BOABDIL y AIJA.

AIJA. (Saliendo acelerada.)

¡Traicion! ¡traicion, Boabdil!... Ya Orcan volvía,
Con Celima, del campo castellano,
Cuando el zegrí le arresta á nombre tuyo,
Infiel apellidándole y malvado.
En vano los amigos del caudillo,
Que corrieron al cange desarmados,
Se agrupan, acometen, y en su furia,
Salvarle intentan del infame lazo.
El valor cede al número: Celima
Desparece robada entre el estrago
De la lid desigual: huye, vencido,
El alavez del pérfido contrario;
Y encadenado Orcan, «¡Venganza!» grita,
Y «¡Venganza!» mil ecos resonaron.
¡De nuevo la discordia furibunda
Se enciende en nuestro suelo malhadado!
¡De nuevo en nuestras propias disensiones
Su triunfo ya seguro ve el cristiano!
¡Boabdil, débil Boabdil, á tí la mengua,
A tí el baldon los cielos reservaron
De ser el postrer rey que en Occidente
Suba al trono rival del de Damasco!

BOABDIL.

¿Será verdad, señora?... ¿Y mis decretos
 Con escándalo tal se traspasaron?
 ¿Quién más que su prision... ¿Qué amante oculto
 La bárbara violencia ha proyectado?

AIJA.

¡Hipócrita Boabdil! Granada entera
 Penetra ya del crimen el arcano.
 Ella misma, Celima, tuvo tiempo
 De denunciarte por autor del rapto.
 «Boabdil es tu rival», gritó al caudillo:
 «Boabdil, repite, que me adora en vano...»
 Si, cual dices, tu pecho es inocente,
 Levanta á mí tus ojos humillados:
 Levántalos, Boabdil: prueba si puedes
 Tolerar mis miradas sin espanto,
 Y observar el rubor de que me cubro
 Al ver que soy la madre de un tirano.

BOABDIL.

Madre, madre, cesad en los denuestos;
 Que Boabdil no acostumbra á tolerarlos.
 Sabed, en fin, señora, que yo propio
 El rapto y la prision he decretado;
 Pero sabed tambien que en estos muros
 Es Boabdil, y no Aija, el soberano,
 Y que vos en la Alhambra, desde hoy,
 Sois mi madre, y no más.

AIJA.

¡Boabdil ingrato!
 ¿Olvidaste tu historia? Los hechizos
 De una hermosa cristiana cautivaron

El corazon voluble de tu padre,
 Y le hicieron odiosos mis halagos.
 Mi pérvida rival ambicionaba
 Que el fruto de su amor fuese ensalzado
 Al trono de Granada, que las leyes
 Para tí solamente reservaron;
 Y Albo-Hacem decretó, por complacerla,
 Tu muerte y la de todos tus hermanos.
 Yo atónita lo oí: del padre fiero
 Regué las plantas con inútil llanto;
 Yo depuse mi orgullo, y por salvarte
 Me humillé á mi rival... mas ¡todo en vano!
 Isabel de Solís al fin triunfaba:
 Albo-Hacem de su esclava era el esclavo,
 Y á su mandato atroz, el sayon corre
 A segar tu garganta despiadado.
 Mas ¡cuándo los furiosos de una madre
 Los déspotas sin riesgos excitaron?
 Yo conspiré en secreto por tu vida,
 Yo te busqué poder y partidarios,
 Yo te arranqué del borde del sepulcro,
 Destronando á tu padre sanguinario;
 Y al ceñir á tu frente su corona,
 Vi mis dulces afanes compensados.

BOABDIL.

Lo sé muy bien, señora: tierno niño,
 Me descolgó piadosa vuestra mano,
 En noche tormentosa, por la Alhambra,
 Y al zegrí me entregó: memoria guardo
 Del horrible suceso, cual nos queda
 De pesadilla atroz recuerdo vago.
 Ese y mil beneficios os merezco:
 No dudeis que Boabdil sabrá pagarlos

Con justa gratitud : tambien , brioso,
 Postrar sabré el orgullo castellano.
 No temais que mi pecho se afemine,
 Ni enerve mi ardimiento el dulce halago
 Del placer seductor : Arabia un dia
 Vió al Profeta volar desde los brazos
 De la hermosa Cadija á los combates,
 Y ser terror de Cosrões y de Heraclio :
 Las caricias de Fátima excitaban
 El valor invencible y temerario
 Del triunfador Alí ; pero sabedlo :
 Por la postrera vez de mí escuchadlo :
 Boabdil no reconoce en adelante
 Superiores ni iguales en el mando.

AIJA.

En mí no los verá : ni de su infamia
 Partícipe seré , ni de sus lauros.
 Rey de Granada , adios : goza tú solo
 El horrible poder que anhelas tanto.
 En pérvida ilusion adormecido,
 De la molicie entrégate al halago :
 Respira del placer el aura impura :
 Reposa envilecido en su regazo,
 Y olvida que un volcan ruge á tus plantas,
 Espantosa erupcion amenazando.
 Mas , hijo de mi amor, escucha : un dia
 El justo Alá castiga á los tiranos ,
 Y ya sobre tu frente silbar oigo
 El iracundo, el detenido rayo.
 No lo dudes, Boabdil... Sí: sobre escombros
 Isabel se abrirá seguro paso :
 La sultana del Tajo, victoriosa ,
 Pisará con desden este palacio,

En tanto que Boabdil, con rabia inútil,
 Sus hierros bañe en impotente llanto.
 La muerte, el deshonor, el cautiverio
 Seguirán por do quier al mahometano;
 Y en la ruina comun, será dichoso
 El que, huyendo del yugo de Fernando,
 Logre arrastrar su mísera existencia
 En las rocas del Atlas encumbrado,
 O llorar libremente sus desgracias
 En los desiertos tristes y lejanos
 Donde ruge el león y donde nace
 La palma en arenales abrasados.
 Los hijos del cristiano victorioso
 Jugarán, inocentes, en los campos
 Donde quizá otro tiempo sus abuelos
 Huyeron, por los nuestros derrotados;
 Y en el estrago universal, las sombras
 De los héroes que, intrépidos luchando
 En siete siglos de virtud y gloria,
 La margen del Genil señorearon;
 En medio de la noche pavorosa,
 Saldrán de sus sepulcros olvidados;
 Y al vagar, indignadas, por la Alhambra,
 Tendiendo al cielo el descarnado brazo,
 Maldecirán tu nombre, y á sus ecos,
 El vencedor absorto despertando,
 Su maldicion eterna y espantosa
 Repetirá, alejándose aterrado...
 ¿Te estremeces y tiemblas al oirme?
 ¿Te horroriza, Boabdil, tan negro cuadro?
 Pues olvida tu amor: no más rencores,
 No más crímenes manchen tu reinado:
 Empuña la tajante cimitarra:
 Lucha, vence, destroza al castellano.

BOABDIL.

¿Que renuncie á mi amor? ¡horrible idea!
 ¡No lo espereis jamas! Sin sobresalto
 Oiré silbar el rayo que me lance
 A la lóbrega tumba, si espirando,
 Ven mis ojos el rostro de la ingrata
 Que puso la fortuna entre mis manos.
 Jamas la cederé.

AIJA.

Pues bien, mezquino:
 Indigno descendiente de los bravos
 Que á la márgen del turbio Guadalete
 El trono de Rodrigo derribaron;
 Tú madre te abandona: cuando beses
 La mano vencedora de Fernando;
 Cuando todo tu pueblo te maldiga,
 Y llore, para siempre encadenado;
 Yo, sentada en las ruinas de mi patria,
 Al llanto suyo juntaré mi llanto;
 Mas no tendré el voraz remordimiento
 De haberla á sus verdugos entregado.

ESCENA II.

BOABDIL, solo.

¡Detened! ¡detened! ¡remordimiento?
 ¿Qué palabra salió de vuestros labios?
 ¡Miserable Boabdil! ¡cuántos destrozan
 Tu pecho criminal! ¡Amor infausto!
 ¡De tí proceden todos mis delitos!
 ¡Tú me hiciste falaz y sanguinario!
 Tú abriste de mis víctimas la tumba,
 Tú pusiste el puñal entre mis manos!

¡ Ah , pura y santa paz de aquellos pechos
 Que nunca con el crimen se han manchado,
 Tú , que puedes morar en las cabañas ,
 ¿ Dónde , dónde los déspotas te hallaron ?
 Pero ¿ soy yo Boabdil ? ¿ intimidarme
 Podrá el remordimiento , cuando acaso
 Moraicel y la hermosa á quien adoro
 El umbral pisan ya de mi palacio ?
 ¡ Insensato ! ¡ jamas ! Corro en su busca ;
 Camino á ser feliz entre sus brazos .

(Mirando adentro, al partir.)

¡ Es Celima ! ¡ es Celima ! á mis deseos ,
 Sonriendo el amor , aquí la trajo .
 ¡ Cuál late el corazon ! mas no ; su impulso ,
 Su impulso poderoso reprimamos .

ESCENA III.

EL MISMO. — CELIMA. MORAICEL, con algunos ZEGRÍES, la conduce,
 y se retiran todos al momento.

CELIMA.

¿ En dónde , en dónde estoy ? ¿ qué nuevos males
 Á la infeliz Celima guarda el cielo ?

BOABDIL.

Calmad vuestra inquietud : ¿ temeis sin duda
 Que Boabdil , recordando sus desprecios ,
 Los intente vengar ? que altivo quiera
 Abusar , orgulloso , del derecho
 Que le da la victoria , y confundiros
 De su terrible enojo bajo el peso ?
 ¡ Ingrata ! tal debiera mi conducta
 En este instante ser ; mas cuando puedo
 Oprimiros impune , generoso ,

Piedad y más piedad mostraros quiero.
 Venid : reinad conmigo : amor nos llama,
 Amor, que completando mis deseos,
 Os puso en mi poder, y airado mira
 De vuestro rostro el desdeñoso ceño.

CELIMA.

¿Que reine con Boabdil? ántes la muerte
 Vendrá á romper mis horrorosos hierros :
 El rayo amenazando mi cabeza,
 El sepulcro voraz ante mí abierto,
 Fueran ménos terribles á mis ojos
 Que el amor criminal que arde en tu pecho.

BOABDIL.

¿Con que , siempre juguete de una ingrata.
 Deberá ser Boabdil? Cuando más tierno
 Ofrece á vuestros piés una corona ,
 ¿Debe sólo esperar desdenes nuevos?

CELIMA.

Desden sólo, Boabdil : desden y ódio
 Deben ser siempre de tu amor el premio.
 ¿Presumes que tu trono me deslumbre?
 ¿Presumes que sucumba á tus deseos
 Por ver en tí esa púrpura , teñida
 En la sangre inocente de tu pueblo?
 ¿Cuál te engañas , tirano ! Sierva , libre,
 Esclavo ó soberano , te detesto.

BOABDIL.

¿De ese modo abusais de la indulgencia
 Del terrible Boabdil?

CELIMA.

Sí, te aborrezco.
 Envidia á Timur-bec , vibra la lanza :

Convoca denodado á tus guerreros :
 Lleva tus armas al remoto Ganges :
 Haz que el Níger respete tus preceptos ,
 Y en los inmensos mares de Occidente
 La linde fije de tu vasto imperio :
 Ven despues á ofrecirme tu corona...
 Y entónces hallarás... igual desprecio.

BOABDIL.

¡ Esclava de Boabdil , depon tu orgullo !
 No es la Alhambra el palacio en que , soberbio ,
 Tu desden despreciaba á un soberano
 Cautivo , como tú , en lejano reino .
 No sé aquí suplicar : aquí acostumbro
 Á mandar cual señor .

CELIMA.

Manda á esos siervos
 Que humildes se te postran , y temblando ,
 Obedecen la voz de su vil dueño :
 Celima te desprecia , y agobiada
 Acaso para siempre bajo el peso
 De tus torpes cadenas , aún conserva
 Un alma independiente , que los hierros
 No pueden oprimir : un alma noble ,
 Que en medio de su triste abatimiento ,
 La lleva á repetirte que te odia
 Y á excitar tu furor con sus denuestos .

BOABDIL.

¿ Y en qué funda Celima la esperanza
 De que siempre , insensible á los dicterios ,
 Use para vencer el desden suyo
 Las súplicas y el débil sufrimiento ?
 En buen hora á las plantas de una ingrata
 Postrado humildemente el europeo ,

Deje el tiempo correr sin que la venzan
 Sus tímidos suspiros y sus ruegos :
 Un nieto del Profeta no se aviene
 Á suplicar sin fruto mucho tiempo,
 Y no en vano el destino bondadoso,
 Si á tí te dió desden, me dió á mí el cetro.
 Empieza ya á temblar : la suerte tuya
 Ven conmigo, Celima, recorriendo.
 ¿Ves las puertas de bronce de este alcázar
 En sus quicios rodar? ¿oyes el eco
 Repetir, en sus bóvedas de oro,
 El ronco ruido que al cerrarse hicieron?
 ¡Miserable! Jamas serán abiertas :
 Jamas verán tus ojos otro objeto
 Que Boabdil irritado complacerse
 En tu eterno pesar, en tu despecho.
 Las huestes vencedoras del Profeta,
 El poder espantoso del averno,
 No podrán libertarte de mi saña,
 No podrán quebrantar tu cautiverio.
 ¡Siempre esclava serás : sí, siempre, siempre!
 Hé aquí el destino que te guarda el cielo.
 Si acaso alguna vez tu fantasía,
 Cuando cierre tus párpados el sueño,
 Te engaña con la imágen lisonjera
 De que se rompen tus pesados hierros,
 Yo te despertaré : yo haré que cese
 La agradable ilusion, y un placer nuevo
 Encontraré al mirar que lento baja
 Amargo llanto por tu rostro bello.

CELIMA.

No me aterro, Boabdil : será mi tumba
 Esta odiosa mansion : sabré, muriendo,
 Libertarme de tí.

BOABDIL.

¿La tumba dices?

Boabdil la cerrará : Celima , eterno
 Tu dolor debe ser : yo, cuidadoso,
 Te impediré de perecer los medios,
 Y te oiré con placer llamar la muerte
 Para que ponga fin á tus tormentos.

CELIMA.

¿Me impedirás morir? ¿y desde cuándo
 Tal poder los tiranos consiguieron?
 ¿No tienen los sepulcros otras puertas
 Que el puñal, el cordel y los venenos?
 Conóceme, Boabdil : conoce el ódio,
 Todo el ódio implacable que profeso
 Á mi vil opresor : mi pecho es éste,
 Éste mi corazon : serena espero :
 Clava en él ese alfange lentamente,
 Y vuélvele á sacar, de sangre lleno.
 ¿Por qué te aterras? Ven : verás mis ojos,
 Al cerrarse, mirarte con desprecio,
 Y mis marchitos labios repetirte
 Con eco moribundo : « ¡ Te detesto ! »

BOABDIL.

¿Te complaces, Celima, en irritarme?
 ¿Pretendes agotar...

CELIMA.

Sí, me recreo,
 Me complazco en decirte que te odio,
 Y en irritar tus vergonzosos celos.
 Las caricias de Orcan, y una cabaña
 En remotos y estériles desiertos,
 Fueran siempre más gratas á mis ojos
 Que Boabdil ofreciéndome su cetro.

BOABDIL.

¿Las caricias de Orcan? y ¿osa Celima,
Delante de Boabdil, de enojo ciego,
Su nombre pronunciar?

CELIMA.

¡Ah! yo le adoro
Aun de la tumba en los oscuros senos.
Oye, sombra de Orcan: oye y acoge
De tu esposa el sagrado juramento:
¡Mil veces perecer: primero vibre
Su rayo vengador sobre mí el cielo,
Que escuchar el amor del asesino
Que tu sangre vertió: con odio eterno
Sus caricias pagar, y maldecirle
Al lanzar mi suspiro postrimero!

BOABDIL.

¡Insensata! el enojo de un monarca
Es mensajero de orfandad y duelo.
¿Y le desprecias tú? ¡tiembla, Celima!
Aun puedo hacer mayores tus tormentos.
No descansa en la tumba, como piensas,
Mi orgulloso rival.

CELIMA.

¡Gran Dios! ¿es cierto?
¿No le inmolaste aún?... ¿vive?... mas ¿cómo?...
¿No le vi, por librarme, combatiendo,
Sucumbir al furor de mil alfanges,
Que asestaban crueles á su pecho?
¿Adónde, adónde está? ¿será posible?
¿Cómo salvarle de tu saña puedo?

BOABDIL.

¿Salvarle? ¿qué pronuncias? ¡nunca! Herirle

Es un placer que para mí reservo :
 Hé aquí la mano que abrirá su tumba ,
 Hé aquí el puñal con que á inmolarle vuelo.

CELIMA.

Asesino, deten...

BOABDIL.

¡ Oh, nunca, nunca !
 No hay piedad en Boabdil para el perverso.
 ¿ No ves en pos de mí volar la muerte ,
 La muerte, siempre pronta á mis preceptos ?

CELIMA.

¡ Tú le escuchas , gran Dios ! ¿ y sin castigo
 Dejarás sus maldades por más tiempo ?
 ¡ Asesino !... ¡ asesino !

BOABDIL.

Tiembla, tiembla,
 Y aprende á estremecerte de mis celos.

ESCENA IV.

LOS MISMOS.—MORAICEL y GUARDIAS, entrando repentinamente.

MORAICEL.

¡ Pronto, pronto, señor ! la negligencia
 Nos pudiera perder.

BOABDIL.

Mas ¿ qué suceso...
 Responde , Moraicel.

MORAICEL.

La altiva tribu
 Osó romper de su prision los hierros :
 Furibundo Gazul la conducia :

Él excitaba su feroz denuedo,
Y con su jefe libre por Granada
Discurre , maldiciendo el nombre vuestro.

BOABDIL.

¡ Oh rabia ! ¿ con Orcan ? ¿ y qué ? los viles
En contra de Boabdil...

MORAICEL.

Por dicha , el pueblo
Aun es espectador indiferente
Del horrible furor de sus guerreros.
Venid , señor , venid : mléntras que saben
Las tribus aliadas nuestro riesgo,
Descendiendo á Granada presurosos,
La sedicion naciente sofoquemos.

CELIMA.

¡ Me escuchaste , gran Dios ! ¡ Tiembla , malvado !
Ya tronó la venganza del Eterno.
No es Orcan una víctima indefensa ,
Que tiende dócil en el ara el cuello :
En su brazo reside la victoria :
Son mortales los golpes de su acero.
Vé , corre á combatir : ¿ qué te detiene ?
Te espera tu rival : parte á su encuentro :
Vé , y añade á su gloria un nuevo triunfo ;
Vé á recibir de tu maldad el premio.

BOABDIL.

¡ Cesa , cesa , infeliz !... ¿ Y qué ? ¿ la suerte
Se goza en abatirme hasta el extremo
De obligarme á medir la cimitarra
Con un rival oscuro , á quien detesto ?...
¡ Ah ! no esperes , ingrata...

.(Rumor dentro.)

MORAICEL.

¿Qué tardamos?

Oid, señor, los sediciosos ecos...

BOABDIL.

Corramos, sí, corramos á la lucha :
De una vez para siempre nos vengemos.

ESCENA V.

CELIMA, sola.

¡Oh, tú, Dios, protector de la inocencia !
¡Omnipotente Alá, que en los desiertos
De la encendida Arabia te dignaste
Revelar al Profeta tus misterios !
¡Tú, que al brillar el sol en el Oriente
Escuchas bondadoso nuestros ruegos ,
Y jamas se sepulta en el Ocaso
Sin que te invoque el musulman de nuevo ;
Protege la virtud : haz que ella triunfe,
Y su vil opresor caiga deshecho !

ESCENA VI.

LA MISMA.—AIJA.

AIJA.

¡Boabdil, triste Boabdil! ¿dónde mi hijo,
Adónde mi hijo está?... que vuela luego :
Que combata, que triunfe... mas ¿ninguno?...
¡Partió ya! ¡partió ya! Celima, ¿es cierto?
¡Desventurada madre! ¡Oh Dios! ¡salvadle!
Su vida proteged... ¡Ay! ¡que primero

Que ofender á Boabdil, á sus contrarios
Aniquile voraz el rayo vuestro !

CELIMA.

¿Que triunfe el opresor? ¿é impunemente
Lo osasteis pronunciar? ¿y vuestros ruegos,
Vuestros ruegos sacrílegos piadoso
Podrá el Eterno oír? ¿Vos, del sangriento,
Del odioso tirano odiosa madre,
Osais rogar por su victoria al cielo?
¿No teméis que os confunda el mismo rayo?
¿No sabéis que Celima os está oyendo?

AIJA.

Y ¿tú, insensata, olvidas que te escucha
La madre de Boabdil? ¡ah! yo detesto
Sus delitos tambien: cual tú, maldigo
Su criminal amor; y há poco tiempo
Que ingrato y desleal... pero ¿escuchaste?
(Ruido lejano.)

Del combate feroz es el estruendo.
Tal vez dentro de poco, ni yo madre,
Ni tú esposa serás: quizá el acero,
El fraticida acero en este instante
Abre sañudo de Boabdil el pecho,
Y Orcan sobre su cuerpo palpitante
Tambien exhala el postrimer aliento.

CELIMA.

¿Orcan?... ¡ah! ¿qué decis?

AIJA.

¡Sí, tiembla, tiembla!...

¡Ay! las dos á la vez temblar debemos:
Mas ¿cómo, en mi dolor arrebatada,
Malgasto inútilmente los momentos?

Ven ; sígueme , Celima : una es la suerte ,
De entrambas es igual el desconsuelo.
Lancémonos en medio de esos tigres ,
De su ruina recíproca sedientos ;
De sus sangrientas manos el alfange
Arrebate el amor, el llanto nuestro ;
Y al dolor de una madre y de una esposa
Deba su paz el granadino imperio.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

CELIMA, sola ; una GUARDIA DE ZEGRIÉS la observa en el fondo del teatro.

¡Inhumanos! ¿y osaron detenerme?
¿Y oyeron insensibles los preceptos
De la madre del vil, que desolada,
En alas del amor corrió á su encuentro?
¿Así de su señor la feroz orden
Cumplen sañudos sus feroces siervos?
Con que yo, mientras ella en el combate
Acaso ofrece por Boabdil el pecho;
Yo, esclava del tirano; yo, cercada
De mil y mil satélites sangrientos,
Ni abrazar á mi Orcan por vez postrera,
Ni salir, ni morir tampoco puedo?
¡Que el ángel de la muerte no lanzase
Su rayo sobre mí!... ¿por qué rompieron
Sus manos vencedoras mis cadenas?
¿Por qué, por qué, gran Dios, pisé de nuevo...
¡Infeliz! ¡infeliz!... Pero en mi oído...

(Se oye ruido cercano de combate; las guardias desaparecen al momento.)

Un confuso rumor... Sí; son guerreros:
Cada vez más distinto... ¿por qué dudo?
¡Ay! ¡bien con su terror lo anuncia el pecho!
Es Boabdil, es Boabdil; Boabdil, triunfante,
Enigmasangre de Orcan... ¡Orcan! (Viéndole.)

ESCENA II.

CELIMA, ORCAN y ALAVEZES, que persiguen á las GUARDIAS.

ORCAN.

¡ Esclavos!

(A las guardias fugitivas : los alavezes las persiguen hasta fuera de la escena, y volverán á aparecer en ella á poco tiempo.)

Huid ó pereced. ¡ Celima!

CELIMA.

¡ Debo

A mis ojos creer?... ¡ Orcan! ¡ ay! ¡ muera
Antes de despertar, si éste es un sueño!

ORCAN.

No es sueño ni ilusion : tu esposo triunfa ;
Junto al tuyo otra vez late su seno.
En la terrible lid de mi victoria ,
De su completa ruina satisfecho,
Me alejo de mis bravos alavezes ,
Me siguen cien impávidos guerreros ,
Y sorprendo los muros de la Alhambra ,
Mientras Gazul acosa á su vil dueño.
En vano mil zegríes á sus puertas
Me intentan detener : yo sus esfuerzos
Burlando en mi furor, lidio sin tregua ,
Un camino al amor abre el acero,
Y hollando sus cadáveres odiosos ,
Hasta tu lado presuroso llego.
Mas ¿ cómo yo pudiera ser vencido ,
Si eras tú de mi triunfo el dulce premio?
Si al derramar mi sangre , « es por Celima » ,
El corazon clamaba , y sonriendo ,
La miraba correr, junto á la impura
De tus viles tiranos.

CELIMA.

¿Será cierto?

¿Con que, triunfante Orcan?... ¡ay! mi ventura,
Atónita la palpo, y no la creo.

Vuelve á abrazarme, sí... pero ¿el malvado...
¿Qué suerte á su crueldad...

ORCAN.

Roto, deshecho,

Bramando de coraje, y en su auxilio
Llamando á los poderes del infierno,
Con su cobarde hueste desbandada,
Huyó del campo, de pavor cubierto.
Del Albaicin los muros un asilo,
Para salvar su vida, le ofrecieron;
Y en ellos tiembla de mi justa saña,
El golpe vengador espera en ellos.
Gazul, encarnizado, allí le sitia;
Gazul, que, como Orcan, en ira ardiendo,
En breve encadenado ó moribundo
A mis piés le traerá. No : su despecho
No podrá libertarle del castigo
Que lanza al fin el implacable cielo.
Ven; sígueme, Celima. Yo la gloria
De herir al opresor ansioso anhelo :
Orcan es el que debe con su sangre
Sus agravios lavar, y satisfecho,
Clavado en sus entrañas humeantes,
El pendon de la patria dar al viento.

CELIMA.

Salgamos, sí, salgamos de este alcázar,
Donde el vicio imperó por tanto tiempo :
Jamás bajo sus bóvedas, tranquila
Habitó la virtud : jamás pudieron

Devolver sin peligro los suspiros
Del inocente amor.

ORCAN.

No : con su aliento
Las infestó Boabdil : aire de muerte
En ellas se respira , y me avergüenzo
De hablarte de mi amor en donde impune
Osó el tirano provocar mis celos.
¿ Qué nos detiene ? ven : á tu presencia
Mi triunfo debe ser más lisonjero.
Dilata tus miradas por un campo
Donde corran los pérfidos deshechos ;
Donde espire Boabdil , y en su agonía ,
Del himno de mi triunfo escucha el eco.
¡ Amigos ! con Gazul : ¡ al punto , al punto , (A los alavez.)
Caiga el traidor , esclavizado ó muerto !

ESCENA III.

Los NISMOS y GAZUL , saliendo precipitadamente.

GAZUL.

¡ A las armas , Orcan !

ORCAN.

Gazul , ¿ qué dices ?

GAZUL.

A las armas , amigos : no tardemos.
De Albaicin las puertas , ya forzadas ,
Pisaban vencedores tus guerreros ;
Ya el monstruo , despechado con tu triunfo ,
Se arrojaba veloz sobre su acero ;
Cuando súbito Aija , por Granada ,
Desolada y frenética corriendo ,

Grita, suplica, en su delirio emplea
 A la vez la amenaza con el ruego;
 Escuda con su pecho el de su hijo,
 Arranca en su delirio su cabello,
 Interesa, conmueve, y al fin logra
 Adormecer la cólera del pueblo;
 De ese pueblo, que adora sus virtudes,
 Y empezaba á luchar al lado nuestro.
 Entónces, con las tribus belicosas
 De Málaga y de Baza, desde léjos
 Se descubre á Said: airadas llegan:
 Te apellidan traidor: la lid de nuevo
 Furibunda se traba; y, vencedores,
 Nos arrollan, y salvan al perverso.

ORCAN.

¿A Boabdil?... y dejaste...

GAZUL.

En vano, amigo,
 Animando á mis bravos compañeros,
 Penetro despechado por sus filas,
 Y en arroyos de sangre tiño el suelo.
 Inútil mi valor, es del tirano
 La victoria por fin; y miéntras fiero
 En tu tribu infeliz sacia su encono,
 Y acosa sin piedad sus tristes restos,
 Yo, huyendo de su furia, hácia la Alhambra,
 A morir junto á tí, rápido vengo.

CELIMA.

¡Desgraciada!

ORCAN.

¡Gran Dios! ¿con que, cercados
 Por Boabdil vencedor aquí serémos?

¿Con que, ya no nos queda otra esperanza
Que morir, despechados combatiendo?

GAZUL.

Esa sola : morir : morir buscando
Su infame corazon : con rotos miembros
De sus viles satélites , el paso
Obstruir á Boabdil : sobre los restos
De mil y mil contrarios palpitantes ,
Exánimes caer ; y sonriendo
Al sepulcro bajar , si nuestra lanza
Logra clavar del asesino el pecho.
¿Qué te detiene , Orcan? Venid , amigos :
(A los alavezes , que le siguen con presteza.)
De la Alhambra las puertas ocupemos.

ESCENA IV.

CELIMA y ORCAN.

ORCAN. (Saliendo de pronto del estado de sorpresa en que debe haber estado durante la anterior escena.)

¡Detente! yo tambien...

CELIMA.

¿A dónde corres?
Esperanza no hay ya : triunfaron ellos.
¡Ah ! sálvame , infeliz !

ORCAN.

¿Salvarte ? ¿cómo?
¡Hé aquí el libertador que darte puedo !
(Le enseña y ofrece un puñal.)
¡No existe salvacion ! está en la tumba
Nuestro lecho nupcial.

CELIMA. (Con decision momentánea.)

¡Ah!... ¡yo le acepto!

Yo prefiero morir á ser su esclava :
 ¡Nunca gemir en su poder horrendo!
 No te detengas : hiere... por tu mano
 Más dulce debe ser... éste es mi seno...
 ¿Te estremeces?... ¿vacilas, y los ojos
 De mí apartar con estupor te veo?
 ¡Ah! dámele : mi brazo... sí : tú , triunfa :
 Vive para romper del monstruo el cetro :
 Para vengarme , Orcan... tuya mi vida ,
 ¡Tuyos fueron mis últimos momentos!
 Dame al punto el puñal... dame... serena...

(Va á tomar el puñal : Orcan permanece inmóvil en el contraste de sus afectos.)

ESCENA V.

LOS MISMOS Y AIJA.

AIJA. (Arrebata con horror el puñal, que se encontrará ya en manos de Celima, y le arroja lejos.)

¡Detened, detened! benigno el cielo
 Mis súplicas oyó : salvé á mi hijo,
 Y á vosotros tambien salvaros puedo.

ORCAN.

Salvarnos... ¿y posible...

AIJA.

Victorioso

Se aproxima Boabdil : há poco tiempo
 Que, completo su triunfo, dió la orden
 De volver á la Alhambra á sus guerreros.
 Yo, que á Orcan divisé cuando á Granada
 Corrí, impelida del amor materno,

Presurosa á salvarle, si es posible,
 A salvarte, Celima, tambien vengo.
 ¡Dichosa, pues á tiempo llegar logro
 De evitar vuestra ruina! No tardemos:
 Los hondos subterráneos que atraviesan
 De la soberbia Alhambra los cimientos,
 Conocidos me son: venid: yo misma
 Lograré conduciros por sus senos
 Al ignorado y solitario asilo
 Donde Mozer, bajo el humilde techo
 De su oscura y pacífica cabaña,
 Medita del Coran los sacros textos.
 Morada de virtudes, escondida
 Del Dauro entre las flores y el silencio,
 Del alfaquí á la vista, los creyentes
 Se alejan, poseidos de respeto.
 Allí no llega el eco de venganza,
 No alcanza á la lid el ronco estruendo.
 ¿Qué nos detiene? vamos: vuestro albergue
 Un misterio será... ¡pronto, al momento!
 De allí, esta noche, al campo castellano...
 Mas ¿qué digo? sin duda mis consejos
 Calmarán á Boabdil: yo le he salvado...
 ¿Qué me podrá negar? venid, volemós.

ORCAN.

¿Y quereis que abandone mis amigos
 A su horrible furor? ¡Nunca! primero
 Con ellos moriré: ¡con ellos venza,
 O perezca tambien! Estoy resuelto:
 Nuestra suerte es comun.

AIJA.

¡Desventurado!
 No es la tribu de Orcan el triste objeto

Del furor de Boabdil... es su caudillo,
 Es sólo su rival... En la lid muerto,
 No hallándote en el campo, te creía,
 Y yo apoyé su error. Tus compañeros
 Le podrán aplacar si no dilatan
 Obstinados rendirse. A protegerlos
 Volveré yo también: vamos al punto:
 Amigos, la ocasión aprovechemos.
 Es tiempo todavía... Gazul mismo
 Penetró generoso mi proyecto;
 Y, «¡salvadlos! me dijo: mientras huyen,
 Yo aquí pereceré por defenderlos.»
 ¿Aun indeciso estás? gran Dios... ¿escuchas?

(Ruido de armas.)

¡Es Boabdil, es Boabdil! ¡ay! al momento...
 Orcan, es tu rival: ¡salva á Celima!

ORCAN.

¡Celima... mi rival!... ¿tiene el infierno
 Tormento más atroz?... sálvate... huyamos...
 (La toma de la mano, y dice el siguiente verso al desaparecer ya
 del teatro.)

Gazul, á perecer contigo vuelvo.

ESCENA VI.

BOABDIL, MORAICEL, GAZUL; ZEGRÍES Y ALAVÉZES.

GAZUL. (Mirando hacia donde huyó Orcan, y luchando en retirada con los
 zegríes.)

¡Huid, míseros, huid! el brazo mio
 No puede defenderos por más tiempo.

BOABDIL. (Saliendo despues de Gazul.)

¡Traidores, aún aquí!... Bravos zegríes,

Vuelva á lucir el vengador acero :
Mi triunfo completad : servid mi rabia.

GAZUL. (Luchando siempre con sus alavezos, y replegándose sobre el sitio por donde huyó Orcan.)

No es tan fácil, tirano, tu deseo :
Aun vivo, á tu pesar : en mí respira
Del desgraciado Orcan el ardimiento.

(Ahora desaparecen, perseguidos por todos los zegríes.)

ESCENA VII.

BOABDIL ; algunos ZEGRÍES que no siguen á Gazul.

BOABDIL.

Al fin respiro ya : todo sonrie
Al triunfante Boabdil : Orcan deshecho ;
Con su muerte, frustrada la esperanza
De un partido procaz y turbulento ;
Atónita Granada, mis mandatos
Esperando con tímido silencio ;
¿Qué apetezco ya más ? ¿por qué se agita,
Por qué mi corazon aún late inquieto ?
Celima, sí ; Celima : ella le falta :
Por ella sólo palpitar le siento.
Volemos en su busca : de mis labios
Sepa al punto su infausto vencimiento :
Si conquisto su amor, ¿quién más dichoso ?
Envidie mi ventura el universo.

ESCENA VIII.

Los MISMOS y MORAICEL.

MORAICEL. (Volviendo presuroso de perseguir á Gazul.)
Señor, señor, en fuga con Celima,
Del subterráneo oculto por los senos,
El atrevido Orcan...

BOABDIL.

¡Orcan! ¿qué escucho?
¿Con que, aún vive el traidor?... corramos luego.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

BOABDIL, MORAICEL, GUARDIAS.

BOABDIL.

¿Es verdad, Moraicel? ¿con que, Celima
Huyó miéntras duraba la pelea?

MORAICEL.

Vos lo visteis, señor: inútilmente
Quisimos en su fuga contenerla.
Orcan, el fiero Orcan, al divisarnos,
Lanza un grito de horror, su brazo suelta,
Y «salvadla» clamando á vuestra madre,
Terrible al punto contra todos cierra.
No era entónces un hombre, no era un héroe:
Era el ángel feroz de las tinieblas,
El rayo, el huracan, que airado embiste
A ciento, y otros cien tendidos deja,
Y logra detenernos largo tiempo,
Miéntras Celima sin cesar se aleja.
Nuestro asombro; Gazul, que con los suyos
Se inmola como él; de esa caverna
Los ámbitos estrechos; su salida,
Que lleva en breve hasta distancia inmensa,
Y que oculta á Granada, es un secreto
Que sus monarcas con el trono heredan;
Todo, todo, señor, de la sultana

Y del caudillo protegió la idea.
 Por amparar su fuga morir quiso :
 Orcan murió, pero logró su empresa.

BOABDIL.

Pero ¿á dónde la ingrata de mis manos
 Ha podido escapar ? ¿dónde se alberga?
 Vamos luégo en su busca. Ven, amigo...

MORAICEL.

Es en vano, señor. Yo las riberas
 Del Dauro recorrí : silencio y flores ,
 Silencio y soledad encontré en ellas.
 De Mozer la cabaña misteriosa ,
 Que en sus torcidas márgenes se encuentra ,
 Aun osé con sacrílega mirada
 Descubrir desde léjos. En su puerta
 Al alfaquí inspirado se veía ,
 Tranquilo siempre en su virtud austera.
 Yo noté su oracion : yo, fiel testigo
 Del éxtasis continuo en que se eleva ,
 La profana mirada retirando,
 Besé postrado la cercana tierra.
 De allí partí con Moctader al punto
 Á la Alhambra otra vez : por donde quiera
 Cadáveres y sangre de enemigos
 Hallamos, y no más. No satisfecha
 Con esto mi amistad, corro á Granada ;
 Moctader y Said siguen mis huellas ;
 Examino yo mismo los hogares
 De esa tribu orgullosa, ya deshecha
 Por el valor zegrí : pregunto, indago,
 Amenazo, prometo recompensas ;
 Y el misterioso asilo en que se oculta
 Celima con Aija no se encuentra.

BOABDIL.

¡Oh furor! ¿con que, en vano habré vencido?
 ¿Con que, rompió la ingrata mis cadenas?
 ¿Con que, logró la vil... pero mi madre,
 ¡Mi madre, Moraicel, huyó con ella!
 Y ¿protege su ardid?... y ¿eternamente
 La habré de ver á mi placer opuesta?
 ¿Es Aija ó Boabdil el soberano
 Que dentro de estos muros se respeta?

MORAICEL.

Del excelso Nazar excelso nieto,
 Sólo es Boabdil el que en Granada reina.
 Leal siempre el zegrí, vuestros mandatos
 Solícito cumplió. Ya expuesto queda
 El cadáver de Orcan en Vivarrambla,
 Para que espanto á los traidores sea.
 De guardia numerosa rodeado,
 Por cien heridas en su pecho abiertas
 Vertiendo sangre, que en regueros corre;
 En fúnebre cadalso le contempla
 Atónita Granada, y aún murmura,
 Recordando su gloria y sus proezas.
 Pero nada temais : tiembla Granada,
 Si insolente tal vez exhala quejas.

BOABDIL.

De veleidosa plebe siempre ha sido
 Esa la condicion : cobarde y fiera,
 Si ruge como tigre algunas horas,
 Lebel al cabo ante el azote tiembla.
 Mas ¿dónde huyó la ingrata? ¿cómo hallarla?
 ¿Dónde, dónde la pérfida se encuentra?...
 ¿Y callas, Moraicel? ¿con que, es preciso
 Que á perderla Boabdil ya se resuelva?

MORAICEL.

Tranquilizaos, señor : ¿por una esclava
 Se abandona un monarca á tal tristeza ?
 Tal vez dentro de poco mis espías
 Lograrán en su asilo sorprenderla ,
 O evitarán al ménos que se fugue
 Al campo de Isabel. Pero, si os deja ;
 Si la ingrata desdeña las caricias
 Del gran califa que en Granada impera ,
 ¿Será Boabdil tan débil, que sucumba,
 Y su insana pasión domar no pueda ?
 Las candorosas vírgenes del Tígris ,
 Que encantan con sus gracias la existencia
 De los nietos de Harum ; las que en el Nilo
 De constante placer la vida llenan
 Del indolente Emir ; las que en el Dauro
 En candidez compiten y belleza ,
 Con la primera flor que abre su cáliz
 Al soplo de la hermosa primavera ;
 Todas, todas, señor, de vuestro agrado,
 De vuestro augusto amor se envanecieran.
 Olvidad una esclava, que es indigna
 Del cariño de un rey. Con muerte fiera
 El preferido Orcan, á vuestros ojos ,
 Su ventura pagó. Granada tiembla
 Á la voz del monarca á quien la suerte
 En ensalzar y proteger se empeña ;
 Y libres de enemigos interiores,
 Sólo á Fernando que vencer nos queda.

BOABDIL.

¡ Que la olvide ! jamas. Un tiempo el trono
 Único objeto de mis ánsias era :
 Un tiempo me halagaba ver á un pueblo

Escuchando mi voz cual ley suprema,
 Y previniendo humilde mis caprichos,
 Preceder al mandato la obediencia.
 ¡Fugaces ilusiones del orgullo,
 Que un instante, y no más, nos lisonjean!
 ¡Engañosos placeres, que no alcanzan
 Á calmar la inquietud que me atormenta!
 Ella sola, ella sola fijar pudo
 Al voluble Boabdil... ¿y le desdeña?
 ¿Y se aleja del rey que sus caricias
 Al trono del Profeta antepusiera?
 ¡Oh vergüenza! ¡oh baldon! primero arroyos
 De sangre correrán: primero sean
 Por mi mano á cenizas reducidas,
 De la encumbrada Alhambra las almenas.
 Partamos, Moraicel: á pesar suyo,
 Suba al trono, que odioso me es sin ella.
 Son preciosas las horas: todavía
 No puede de los muros estar fuera;
 Mas si llega á salir cuando la noche...
 ¡Oh! vamos, Moraicel. Sigue mi huella:
 A encontrarla ó morir.

ESCENA II.

LOS MISMOS y MOCTADER.

MOCTADER.

Señor, ahora
 Un espía en la Alhambra se presenta.
 Parece que entre tanto que indecisa
 La lid permaneció, desde las cercas
 Del ríscoso Albaicín rápidas vieron
 Dos mujeres cruzar por las riberas

Del tortuoso Dauro, y á la choza
Del alfaquí Mozer...

BOABDIL.

¡Oh gozo! ¡es ella!
¿Mozer? ¿y fué Mozer? Y de ese anciano
La hipócrita virtud... Corred, que venga;
Que el dichoso Boabdil... mas no, yo mismo
A sorprenderla iré: tú en tanto vela (A Moraicel.)
Sobre ese pueblo infiel. ¡Siempre mezquina
Del sultan del Genil brilló la estrella!
Ni tregua ni perdon si los traidores...

ESCENA III.

LOS MISMOS y AIJA.

(Se oye ruido de tumulto lejano; Aija sale con rapidez, y se dejan ver algunos zegríes, que se incorporan precipitadamente con las guardias.)

AIJA.

¡Ah! sálvate, Boabdil... no te detengas.

BOABDIL.

¿Salvarme? ¿qué decis?

AIJA.

¡Aun puedes: huye!
No eres su rey tú ya. Granada entera,
Granada, en su furor, por todas partes
Tus atónitas huestes desordena;
Y en breve victoriosa hasta la Alhambra,
De tu sangre, Boabdil, vendrá sedienta.

BOABDIL.

¿De mi sangre?... mas ¿quién... ¿Quién, atrevido...

AIJA.

¡El mismo cielo contra tí pelea!
¡Colmaste el vaso, y rebosó su ira!
De Mozer en la choza, huyendo, entra
Un guerrero alavez, que de su jefe
El heroísmo y la desdicha cuenta.
Celima, horrorizada, lanza un grito:
En vano yo procuro contenerla:
De mis brazos se suelta estremecida,
Y hasta Granada en su delirio vuela.
¡Infeliz, infeliz! ¡qué horrible objeto
A sus ojos entónces se presenta!
Ve el cuerpo destrozado de su esposo,
Rodeado de plebe turbulenta:
Va á abrazarse con él... mas feroz rie,
Y súbito estupor sus labios sella.
Del atroz espectáculo aterrado,
El pueblo retrocede: sordas suenan
Voces de sedicion: audaz se agrupa:
El puñal y el alfange centellean;
Y el volcan reprimido más terrible
Amenaza estallar. A poco llega
El anciano Mozer, que de Celima
Las pisadas siguió; y á su presencia,
A su aspecto apacible y venerable,
La inmensa muchedumbre se prosterna,
Le abre paso en silencio, y «Dios le envia:
¡Sacrílegos, callad!», se oye do quiera.
Al clamor popular Celima vuelve
De nuevo á respirar; de nuevo alienta,
Y mira en derredor, y ve la sangre,
La sangre del caudillo, que aún humea,
Su vestido teñir: horrorizada,
La vista aparta y con pavor se aleja.

Del cuerpo inanimado : acusa al cielo
 De tirano y cruel : su saña horrenda
 Sobre Boabdil invoca ; y divisando
 A Mozer, que en silencio la contempla ,
 « ¡ Oh tú , amigo de Alá ! ¡ Vengame ! » , dice ,
 Y de nuevo el dolor sus labios cierra .
 « Lo serás , lo serás » , prorumpe , airado ,
 El terrible alfaquí : « sí ; Dios me ordena
 Que te vengue , y derroque para siempre
 El trono de Boabdil : ante mí abiertas
 Las puertas del destino . ¡ Oh ! ¡ cuántos males
 Te amenazan , Granada , si no vuelas
 A destrozar el cetro ensangrentado
 Con que oprime el malvado la inocencia !
 ¡ Hijos de Agar , corred ! ... id , y en su frente
 La eterna maldicion veréis impresa :
 El herirle es virtud : ¡ que no emponzoñe
 Más tiempo con su aliento el vil la tierra ! »
 A su tronante voz , entusiasmada ,
 La multitud se agolpa , y se atropella
 A herir y desarma á los zegríes ,
 Que inútilmente defenderse intentan ;
 Y en obstinada lid , cual frágil caña ,
 Arrollados serán . Sólo resuena
 Por Granada una voz , que ronca clama :
 « ¡ Alá lo manda ! ¡ que el traidor perezca ! »
 Moribunda , Celima va excitando
 De la plebe el furor ; y sólo espera ,
 Para unirse á su esposo en el sepulcro ,
 Tu pecho traspasar ... ¿ oyes ? se acercan
 (Voces más próximas de tumulto : aparecen nuevos zegríes fugitivos .)
 Huye pronto , Boabdil , huye : ¿ qué tardas ?
 De tus guardias la débil resistencia
 No te puede salvar : presto forzadas

De la Alhambra verás las férreas puertas :
 Evita su furor : no es ya una tribu
 O una sola faccion la que desea
 Tu trono derrocar : es todo un pueblo ;
 Un pueblo que se indigna y avergüenza
 De su vil tolerancia, y que , en su enojo,
 La sangre de su rey beber anhela.

BOABDIL.

¡ Oh desesperacion ! y ¿ qué ? ¿ inmolar me
 Impunemente en su delirio piensan ?
 ¡ A mí, raza de Agar ! ¡ á mí, muzlimes ! (A los zégríes.)
 No hay más dios sino Dios : suya es la fuerza.
 ¡ Oh, venid ! ¡ oh, venid ! ¡ Él es el grande !
 ¡ Su califa es Boabdil sobre la tierra !
 ¡ A mí, bravos de Al-Garb ! ¡ á mí, gomerés !

AIJA.

¿ Qué proyectas ? deten : tu ruina es cierta
 Si dilatas huir : aún tienes tiempo :
 Muerte aquí, muerte allí. ¡ Ya no hay defensa !
 (Asómase, en su inquietud, á uno de los ajimeces de la Alhambra.)
 ¡ Oh ! ¡ qué he visto, Boabdil ! Mira : su garra
 El lobo extiende ya sobre la presa :
 Sonriendo, Isabel desde su campo
 Atentamente la discordia observa
 Que á Granada devora : sus legiones,
 Con Tendilla á la frente , ya comienzan
 A avanzar en silencio á las colinas
 De la encumbrada Alhambra ; y como cierta
 Contando la victoria , del asalto
 Esperan la señal con impaciencia.
 ¡ Ay ! ¡ sálvate, Boabdil ! ¡ salva tu vida !
 ¡ Salva tu patria, á quien el tigre acecha !

BOABDIL.

¡ Oh desesperacion ! ¿ con que , me humillan ?
 ¿ Con que , triunfan mis siervos , y no queda
 Esperanza á Boabdil ?

AIJA.

No : para siempre
 La corona cayó de tu cabeza :
 Para siempre sin ella... pero ¿ lloras ?
 « Lloras , lloras , Boabdil : justo es que vierta ,
 » Como débil mujer , indigno llanto ,
 » Quien no supo cual hombre defenderla » (1) ;
 Quien en vez de luchar...

BOABDIL.

Sí : yo derramo
 Lágrimas de furor ; mas las que viertan
 Mis viles enemigos , os lo juro , (Rumor.)
 De sangre deben ser . ¡ Ah ! Ya se acercan :
 Ese ruido... ¡ escuchad !

VOCES. (Dentro.)

¡ Muerte al tirano !
 ¡ Le-ile-Alláh , Le-ile-Alláh ! (2)

BOABDIL.

¡ Que Boabdil muera !
 ¡ Miserables , temblad ! Aún puede haceros
 Boabdil estremecer.

AIJA.

¡ Oh Dios ! ¿ qué intentas ?

BOABDIL. (Con terrible ironía.)

Alá se ha reservado la venganza :
 ¡ Ved cuán dulce ha de ser gozarse en ella !

(1) Palabras históricas de Aija.

(2) 'Grito de guerra de los árabes españoles ; equivale á *¡ No hay más que un Dios !*

AIJA.

¡Ah!... ¡me espantas, Boabdil!

BOABDIL.

Madre, calmaos:

Aun nos queda una tabla en la tormenta.

Vos misma lo dijisteis: el cristiano

Ocupa las colinas que rodean

Las torres de la Alhambra: generoso

Cien villas me ofreció... ¡Boabdil acepta!

AIJA.

¿Qué pronuncias? ¡gran Dios! ¡proyecto horrible!

¿Intentarás quizá...

BOABDIL.

Que esclavo sea

Ese pueblo orgulloso de Fernando,

Si ser vasallo de Boabdil le pesa:

Que encuentren los traidores en su triunfo

Su eterna perdición; que ántes que puedan

Recorrer vencedores mi palacio,

El rayo de mi cólera les hiera.

¡Oh creyentes! seguidme. (Á los zegríes.)

AIJA.

¡Deteneos!

BOABDIL.

No la escucheis, amigos. ¿No desean

Mi trono derrocar? Pues bien: yo mismo

Desciño de mi frente la diadema.

El yugo del cristiano más suave

Que mi cetro será: venid; que sienta

Ese pueblo rebelde mi venganza,

Y arrastre con nosotros las cadenas.

(Vase con todos los zegríes.)

ESCENA IV.

AIJA, sola.

¡Esperad! ¡esperad! ¡ay! No me escuchan.
 ¡Desventurada madre! ¿y yo pudiera
 Llevar en mis entrañas al mezquino
 Que en su pecho abrigó tan vil empresa?
 ¡Hijo de maldicion! ¡oh patria, patria!
 Sarracenos, corred: Boabdil la entrega:
 Boabdil es el traidor: salvadla, amigos;
 Salvadla ó pereced. ¡Que no me diera
 El cielo bondadoso un solo instante
 El brazo de Tarif! ¡Que yo no pueda
 En torrentes de sangre castellana
 De madre de Boabdil lavar la afrenta! —
 ¿Su madre yo?... ¡jamás! nunca fué mía
 La sangre que circula por sus venas:
 ¡Oh! ¡nunca pudo ser! Maga cristiana
 Mi infante me robó: púsome, artera,
 Hijo de siervo vil, y yo... ¿Qué escucho?
 El pueblo, en su furor, rompe las puertas.

(Óyense éstas caer con estrépito.)

¡Ellos son! ¡Ellos son! Vuestra victoria
 Es victoria de muerte. ¡Id, defendedla!
 ¡Por allí, por allí! ¡Corred, seguidle!

(Señala á la derecha, por donde se fué Boabdil.)

ESCENA V.

AIJA, PUEBLO amotinado; CELIMA, á su cabeza, con un puñal en la mano.

CELIMA.

¿A dónde, á dónde fué?... Dejad que sea
 Celima la primera que le clave

El vengador puñal : caiga la fiera
Moribunda á mis piés, y luégo vuele
Á unirme con Orcan.

AIJA.

¡Sí: que perezca!
Mas ¿qué digo? ¡infeliz! No es hijo mio:
No es mi hijo, os lo juró.

CELIMA.

¿Dónde, ¡oh reina!
A dónde se ocultó...? Venid, amigos...
De la patria vengüemos las ofensas:
Que su sangre... corramos...

AIJA.

¡Deteneos!
Escondida la muerte allí os acecha:
No hay patria á quien vengar. ¡No hay ya Granada!
¡El sol la alumbra hoy por vez postrera!
(Suenan el clarín de los cristianos.)
¿Escuchasteis? ¡huid! ¡Estaba escrito!
Boabdil abrió sus formidables puertas.

CELIMA.

¿A Isabel? Mas el vil... ¿con que, no puedo
Su sangre derramar? ¿con que, me niega
El cielo este placer?... (Adelantándose.)

Sí: les conozco...

Tendilla y otros mil... Boabdil ya besa
La mano de Fernando, y en la Alhambra
Se enarbolan triunfantes sus banderas.
¡Sombra de Orcan, perdon! El monstruo, huyendo
Mi venganza evitó; mas tu voz suena...

Tú me llamas... ¡ oid!... ¡ Sí!... bien dijiste :
« ¡ Nuestro lecho nupcial está en la huesa ! »

(Hiérese y cae.)

AIJA.

¡ Detente , desgraciada !

(Toque de clarin más próximo.)

ESPAÑÓLES. (Derramándose por la escena.)

¡ Santiago !!

(Los moros huyen en parte : en parte se arrodillan y rinden las armas.)

AIJA. (Cubriéndose el rostro.)

¡ Oh patria ! ¡ oh deshonor ! ¡ oh infamia eterna !

O'DONNELL Y MULEY-ABBAS,

ó

LA PAZ DE TETUAN.

Improvisacion histórico-dramática, en un acto, con motivo de la paz entre España y Marruecos, representada por niños en casa del Autor, y dedicada a su hijo D. FRANCISCO DE PAULA CASTRO Y COBOS.

INTERLOCUTORES.

DON LEOPOLDO O'DONNELL, *duque de Tetuan, general en jefe del ejército de Africa.*

MULEY-ABBAS, *califa de Marruecos y principe del Algarbe.*

UN EDECAN.

ORDENANZA 1.º

ORDENANZA 2.º

JAMETE-ALFALFA, *moro prisionero.*

GENERALES, EDECANES, PARLAMENTARIOS, SOLDADOS, MOROS.

La escena pasa en las inmediaciones de Tetuan y en el valle de Gualdrás, en Febrero y Marzo de 1860.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa la tienda del general O'Donnell en el campamento de Tetuan. Una mesa con luces, libros, mapas y cartas.

ESCENA PRIMERA.

ORDENANZAS 1.º y 2.º, y JAMETE, dormido.

UNA VOZ. (Dentro.)

¡Centinela, alerta!

OTRA VOZ.

Alerta

Está.

ORDENANZA 1.º

Digo que ya tarda
El General esta noche.

ORDENANZA 2.º

Muchas, cual hoy, no descansa
Sin registrar todo el campo.
¡Es grande su vigilancia!
Este O'Donnell es de hierro.

ORDENANZA 1.º

Con mayor respeto habla;
Que el General es ya duque
De Tetuan.

ORDENANZA 2.^o

Bien lo gana :
 No le ha venido el ducado
 Por méritos de antesala ;
 Sino en guerra, y contra el moro,
 Como el más noble de España.

ORDENANZA 1.^o

Si son héroes sus soldados,
 ¿Cómo ha de ser quien los manda?
 ¡Pues es pintada esta guerra
 Para venir á ella mandrias!
 Mas, ya que de mandrias hablo,
 ¿Dónde está Jamete-Alfalfa?

ORDENANZA 2.^o

Mírale : tumbóse allí,
 Y en sueño feliz descansa.
 No hay cosa como ser moro
 Prisionero : ese canalla,
 Mientras nosotros velamos,
 Como marmota se aplasta ;
 Y duerme y ronca, repleto
 De cigarros y viandas.
 ¡Ah perro ! ¡Despierta ya !

ORDENANZA 1.^o

El capitan Santillana
 Le interrogó cual queria,
 Y de sus respuestas saca
 Que es ya el ejército moro
 Una triste garrapata.

ORDENANZA 2.^o

La toma de Tetuan
 Mucho la guerra adelanta ;

Mas si la paz no nos piden...
 Vamos, Jamete, en batalla;
 Que el General vendrá pronto.
 ¡Vive Dios! ¿la voz no basta?
 ¡Despierta ya, jabalí!
 ¡A ver si así te levantas! (Le da con el pié.)

JAMETE. (Levantándose, y de rodillas.)

¡Majoma, perdon, Majoma!
 ¡Perdon, Majoma del alma!

ORDENANZA 2.º

¿A mí Majoma, zopenco?
 Mira bien lo que te hablas:
 ¿Estás borracho?

JAMETE.

Perdon : (Se levanta.)

Oir, cristiano : soñaba...
 Ayer beber mucho vino,
 Que saber mejor que el agua;
 Y esta noche ver Majoma
 Que decirme... « ¿Tú borracha?
 ¿Tú, morito, beber vino?
 Pues Majoma dar patadas. »

ORDENANZA 2.º

¡Já, já, já!... Dime, ¿en qué forma
 Se te presentó?

JAMETE.

Su cara
 Ser, como la tuya, fea :
 Ser su pezuña de vaca.

ORDENANZA 2.º

¡Perro, perrazo! (Le coge del cuello.)

JAMETE.

¡Alá sacro!
 ¡Cristiano morito mata!
 ¡Matar morito!

ORDENANZA 1.^o

¡Haya paz! —
 Ser de O'Donnell ordenanza
 Es no dormir. Tú, Jamete,
 Miéntras las horas se pasan,
 Cuenta de tu morería
 Las lindezas. Dinos: ¿cuántas
 Son tus mujeres?

JAMETE.

Ser quince,
 Y todas costar muy caras:
 Tener blancas, tener negras,
 Tener yeguas, tener gatas.

ORDENANZA 1.^o

¡Calle! ¿las gatas incluyes?

JAMETE.

Todas á Jamete arañan:
 Luego sus mujeras ser.

ORDENANZA 1.^o

La consecuencia es muy clara.

JAMETE.

Todas embestir Jamete;
 Mas Jamete tener tranca,
 Y hacerles rezar zalá,
 Como Majoma lo manda.

ORDENANZA 2.º

Dinos el zalá, morito ;
Que ha de ser cosa extremada.

JAMETE.

Así ser nuestro zalá,
Que aprender moro que mama :
« Señor Majoma bendito,
El zancarron santo saca ;
Y con él, señor Majoma,
Al cristiano descalabra. »

ORDENANZA 2.º (Cógelo otra vez del cuello.)

¡ Toma, perro, el zancarron !
De ésta sí que no te escapas.

JAMETE.

¡ Majoma, Majoma !

ORDENANZA 1.º

¡ Chito !
Siento ruido de pisadas.

UNA VOZ. (Dentro.)

¿ Quién vive ?

OTRA.

Ronda mayor.

VOZ 1.ª

¡ Alto allá ! ¡ Cabo de guardia !

ORDENANZA 1.º

A desalojar la tienda ;
Que el General viene.

ORDENANZA 2.º (Dando un puntapié al moro.)

¡ Anda !

JAMETE.

No ser burra.,

ORDENANZA 2.º (Remedándole.)

Ser Majoma ,
 Por saber que te emborrachas.

ESCENA II.

O'DONNELL y EDECANES.

O'DONNELL.

Gracias, señores: ya es hora:
 Vuestras tiendas os aguardan:
 No hay novedad en el campo,
 Y está la noche avanzada.

UN EDECAN.

Mi General, ¿quedais solo?

O'DONNELL.

Os llamaré si haceis falta:
 Por ahora, retiraos.
 Que mis órdenes mañana
 Se ejecuten como siempre.
 Señores, de nuevo gracias.
 (Saludan y se retiran.)

ESCENA III.

O'DONNELL, solo.

Todo en orden lo encontré:
 Treinta mil hombres descansan,
 Y O'Donnell les vela el sueño
 En su tienda solitaria.
 ¡ Cuán sufridos se mostraron

En esa marcha arrojada,
 Desde Ceuta hasta el Negron!
 ¡Cuán valientes en campaña,
 Asaltando como tigres
 Las tiendas de Muley-Abbas!
 ¡Cuán humanos al entrar
 En la ya vencida plaza
 De Tetuan, que á su triunfo
 Las puertas abrió, espantada! —
 ¡Cuándo tambien las de Tánger
 A mis piés verá humilladas!

La hora es solemne... pensemos.

(Se sienta y registra los mapas.)

El Fondak... aquí montañas...
 Siempre fija en esta idea
 Arde mi cabeza... ¡Patria! (Se levanta.)
 ¡Noble patria, España mia;
 Tú me fiaste tus armas,
 Tú me fiaste tu honra
 En las playas africanas!
 ¡Terrible peso, que abruma!
 ¡Supremo honor, que me espanta!
 Tras repetidos desmanes,
 Horda salvaje ultrajára,
 En Ceuta, tu noble escudo:
 ¡El limpio escudo de España!
 Si insolente fué la ofensa,
 Es tremenda la venganza.
 Cayó Tetuan altiva,
 Del infiel la ciudad santa;
 Y los preciados cañones
 De su famosa Alcazaba,
 Y ochocientas tiendas moras,
 Y banderas y espingardas,

Sobre su vega cogidas
 En campal ruda batalla,
 A tus piés, ¡oh Reina augusta!
 A tus piés, ¡oh noble patria!
 Os dirán si vuestra honra
 Supimos dejar sin mancha.

Mas ¡cuánta sangre vertida!
 Si humildes ya demandáran...
 No lo espero : no ; la guerra
 Hasta postrar su arrogancia.
 Sobre esta raza salvaje,
 Ni derrotas, ni desgracias...
 Feroces son, como es fiero
 El chacal de sus montañas.

Pero ya se acerca el día.

(Suenan un cañonazo.)

¡El cañonazo del alba!
 Meditemos otra vez... (Se vuelve á sentar: pausa.)
 Basta : mi frente se abrasa : (Levantándose.)
 Hoy resuelvo que se ponga
 Todo el ejército en marcha
 Sobre Tánger : ni un momento
 De descanso á esa canalla :
 Victoria sobre victoria :
 Vamos, leones de España,
 A pelear como buenos
 Con los leones del Atlas.

(Música morisca á lo léjos.)

Mas ¿qué música... ¿me engaño?
 Añafles y dulzainas...

ESCENA IV.

O'DONNELL, UN EDECAN: UN ORDENANZA retira las luces.

EDECAN.

Señor, parlamento moro:
Con muy lucida comparsa,
El príncipe de Marruecos
Vuestras órdenes aguarda.

O'DONNELL.

Que éntre al punto con los suyos.

EDECAN.

¿Honores?

O'DONNELL.

Los de ordenanza.

ESCENA V.

Marcha dentro: O'DONNELL, MULEY-ABBAS, PARLAMENTARIOS.

MULEY.

Guárdete Alá, gran Cristiano.

O'DONNELL.

Dios proteja á Muley-Abbas.
¿Del honor de esta visita
Cuál es, Califa, la causa?

MULEY.

Dios es grande: ante su soplo
Desparecen como paja
Los imperios y los pueblos:
Sobre su poder no hay nada.
Dijo á los moros un día:

« Vuestro es el cetro de España » ;
 Y España , de los califas
 Besó , temblando , las plantas.
 Dijo despues : « ¡ Al desierto ! »
 Y la cruz de Cristo lanza
 Rayos de luz , que nos ciegan ,
 En la morisca Granada.
 ¡ Gloria á Dios , noble Cristiano ,
 Cuando humilla y cuando ensalza !

O'DONNELL.

Gloria á Dios , príncipe ilustre
 De la sangre cherifiana.
 No en vano tus altas dotes
 Pregona justa la fama ;
 No en vano tu pueblo todo
El Bondadoso te llama.

MULEY.

No hay bondad si no es en Dios :
 De él el bien sólo dimana ,
 Como del fuego el calor ,
 Como la humedad del agua.
 ¡ En la lengua de su siervo ,
 Él inspire las palabras !
 ¡ Él , cual semilla fecunda ,
 Haga que en tu pecho caigan !
 ¿ No es tu Dios un Dios de paz ?

O'DONNELL.

Murió en la cruz para darla
 Al mundo. Los que sumisos
 La ley de Jesus acatan ,
 No , como el tigre , la sangre
 Por placer solo derraman ;
 Que en el cristiano es la fe

De la caridad hermana.
 Habla , bondadoso Emir :
 Habla , pues : no temas nada.

MULEY.

Nunca conocí el temor :
 Tú me has visto en las batallas
 Tranquilo arrostrar la muerte :
 Tú me ves con noble calma
 Pedirte tambien la paz
 Entre Marruecos y España.

O'DONNELL.

¿Dióte poderes tu hermano?

MULEY.

El poderoso monarca
 De Marruecos y de Fez ,
 De Mahomad estirpe clara ;
 El gran cherif , de Dios sombra ;
 El que en Mequinez , por alta
 Voluntad del Rey de reyes ,
 Rige la gente africana ;
 Sid Mahomed , sultan sagrado
 Desde el Estrecho á Zahara ;
 Me dió poder para todo :
 Mira , Cristiano , sus cartas.

(Se las da , besándolas ántes.)

O'DONNELL.

Está bien : yo de la excelsa
 Emperatriz soberana
 Que rige bajo su cetro
 Todos los pueblos de España ;
 Yo de la ilustre Señora ,
 De los cristianos sultana.

MULEY. (Haciendo una reverencia profunda, que repiten los suyos.)

¡ Guárdela Alá para gloria
Del pueblo que excelsa manda!
Dime ya las condiciones
Con que las paces se hagan.

O'DONNELL.

Quiere la invicta Isabel,
Digna nieta, en lo cristiana,
De aquella Isabel famosa
Que os arrojó de Granada,
Que la santa religion
Que el Hombre-Dios predicára,
Quede, Muley, desde hoy
En Marruecos tolerada,
Y puedan sus misioneros
Dentro de Fez enseñarla.

MULEY.

Eres vencedor : prosigue.

O'DONNELL.

Quiere ademas la sultana
De Castilla y de Aragon,
De Astúrias y de Navarra,
Que á sus nobles enviados
Tu córte las puertas abra.

MULEY.

En recibirlos en ella,
Honra sólo nos aguarda.

O'DONNELL.

La pesca de Santa Cruz,
Y la extension necesaria
De los radios de Melilla

Y Ceuta, tambien reclama
Mi Reina.

MULEY.

Se lo concedo :
No más sangre por tal causa.

O'DONNELL.

Quiere tambien que igualada
En todo y por todo sea
Á la que os fuere más grata ,
La vencedora bandera
De la siempre heroica España ;
Que un tratado de comercio
La conceda al punto cuantas
Franquicias y privilegios
En vuestros puertos alcanzan
Las naciones que tengais
En estimacion más alta.

MULEY.

Perdona, Cristiano : ¿sabes
El valor de tus palabras?
¿Sabes que Inglaterra altiva
Á Marruecos avasalla?
¿Sabes que observa el Estrecho (Con cierto misterio.)
Amenazadora escuadra?

O'DONNELL.

Sólo sé , príncipe moro,
Que es España la que habla.
¡Mal nos conoceis, por Dios!
Nuestra sangre es sangre hidalga,
No sangre de mercaderes,
Asustadiza y avara.

MULEY.

Mas del enojo del fuerte,
¿Quién á Marruecos ampara?

O'DONNELL.

¿Quién ampararos podrá
Contra el enojo de España?
Con esos soldados, ¿quién,
Quién impune la insultára?

Míralos : díles que al cielo,
Por el honor de su patria,
Suban á traves del rayo,
Y te dirán : «Dadme alas»;
Y sólo por no tenerlas
En la tierra se quedáran.

MULEY. (Tomándole la mano.)

¡Ah bravo español! tu fuego
Por mis venas se derrama:
Al valiente el corazon,
Al mercader... ¡oro y plata!

Tambien de mi guardia negra
Finas son las cimitarras,
Y al lado de tus leones
Ningun riesgo me acobarda.

Generoso quiero ser:
Se lo otorgo á tu sultana.

O'DONNELL. (Despues de inclinarse cortésmente.)

En cuanto á gastos de guerra...

MULEY.

No prosigas : de tu raza
Me someto á la hidalguía:
Á tu placer los señala:
Toca al vencedor ser noble,

Y fué noble siempre España.
Sólo reclamo algun plazo,
Y está la paz acabada.

O'DONNELL.

Aun no he acabado, Califa:
Las formalidades faltan
Con que ha de ser Tetuan
En rehenes entregada.

MULEY.

¡En rehenes! ¡Qué dijiste...!

O'DONNELL.

¿Por qué, Príncipe, lo extrañas?
¿No sabes que victoriosas
En ella entraron mis armas?
¿No sabes que la conquista
Nuestra adquisicion consagra,
Como derecho de sangre,
Cual patrimonio de hazañas?
Pues si España, generosa,
Esa ciudad no reclama,
Porque á su gloria no cumple
Tenerla, sino humillarla,
¿Negarásle en garantía
Á quien vencedor la guarda?

MULEY.

Tras temporal posesion,
¡Qué de riesgos amenazan!
Perdona, noble caudillo:
No me es posible otorgarla:
La guerra da y quita pueblos,
La guerra humilla y ensalza.

O'DONNELL.

Aun por eso á tí te toca
Humillarte ante mi España.

MULEY.

Ante Alá me humillo siempre ;
Mas es Tetuan la gala
Del imperio marroquí,
Es la flor de Mauritania.
No es posible , gran Cristiano :
Esa ciudad es sagrada
Para el creyente : si dócil ,
De paces el moro trata ,
Es por llegar cuanto ántes
Á verla purificada.
La huella infiel la marchita :
Su cautividad espanta
Á los hijos del Islam.
Sí: con Tetuan ligada
La suerte está del Cherif :
« ¡ Tú caerás si no la salvas !
¡ Tú caerás si aún otra luna
Aliento impuro la mancha ! »
Es terrible profecía
Del gran Muphtí de la Cava.

O'DONNELL.

¡ Deliraba tu santón !
Salva el imperio con darla.

MULEY.

No, Cristiano , no... más bien
El alma del pecho arranca.

O'DONNELL.

¿ Piensas que al leon se irrita

Sin exponerse á su saña?
 ¿Piensas que el de España acaso
 Sienta por juego la garra?
 Cayó sobre Tetuan:
 ¡Qué sobre Tánger no caiga!

MULEY.

¡Caiga, si Alá lo permite!
 ¡Mas nunca por mí entregada!
 ¡Nunca el Jelú profanado!
 ¡No más Tetuan cristiana!—
 Oye del sultan supremo
 De la gente musulmana
 Las últimas concesiones:
 ¿Quieres que Inglaterra salga
 Garante de las promesas
 Del Cherif?

O'DONNELL.

Otra fianza
 La noble España no admite
 Que Tetuan, ó sus armas.
 Deja al inglés con su oro,
 Y con su altivez á España.

MULEY.

Pues lo resiste tu orgullo,
 Oye mi postrer palabra.
 Vuelve á Occidente tus ojos:
 Del Estrecho la onda brava
 Dobla, y recorre la costa
 Que el mar Atlántico baña:
 Allí elige otra ciudad;
 Elige dos, si te agrada.

O'DONNELL.

Príncipe, de Tetuan

Isabel es hoy sultana :
 Yo su alcaide en ella soy,
 Y sus llaves mandé á España :
 Doscientos cañones brillan,
 Coronando sus murallas ;
 Y hasta que el pacto se cumpla ,
 Será Tetuan cristiana.

MULEY.

¿ Con que , no hay remedio ?

O'DONNELL.

No.

MULEY.

¿ Con que , la paz...

O'DONNELL.

Aquí acaba.

MULEY.

¿ Con que , la guerra...

O'DONNELL.

Está abierta.

MULEY.

¡ Alá santo ! ¡ Escrito estaba !
 ¡ Creyentes , de nuevo al campo !
 ¡ Hijos de Agar , á las armas ! (Vase con los suyos.)

ESCENA VI.

O'DONNELL, solo.

¡ A las armas ! es preciso :
 Antes que el honor no hay nada.
 No perdamos los momentos. —
 (Toca un timbre y entran generales y edecanes.)

Señores, el campo en marcha.

(La corneta del cuartel general da la señal, sin interrumpir la representación.)

Prim, Echagüe, Olano, Rios,
 Todos rayo en la batalla;
 A lidiar como soleis,
 Con española constancia.
 ¡No haya paz hasta que vengan
 De rodillas á implorarla!
 Ellos vendrán: sí, valientes:
 Dios protege nuestra causa:
 De la Segunda Isabel
 Triunfarán al fin las armas.

¡En marcha! Batid las tiendas:
 ¡Sobre el Fondak sin tardanza!

ESCENA VII.

LOS MISMOS. — UN EDECAN.

EDECAN.

Señor, con ímpetu horrible
 La morisma nos ataca
 Por el valle de Gualdrás.

(Gritos salvajes de moros.)

Oid los gritos que lanza.

O'DONNELL.

Dios la pone en nuestras manos:
 ¡Volemos á escarmentarla!

ESCENA VIII.

Transformacion de la escena en el valle de Gualdrás: vista á lo léjos de los desfiladeros del Fondak. Toques de guerra y disparos de cañon dentro: batalla sobre la escena: episodios mímicos característicos: gritería salvaje; aclamaciones á España y á la Reina. Los ESPAÑOLES hacen retirar á los MOROS á fuego y bayoneta. Cesa completamente el fuego: O'DONNELL se presenta despues con acompañamiento y escolta numerosa de SOLDADOS, que forman filas á ambos lados.

O'DONNELL.

Huyeron despavoridos:
 ¡ Bien, valientes! La comarca
 De Gualdrás tumba es sangrienta
 De sus locas esperanzas.
 Si supremo fué su esfuerzo,
 Supremas vuestras hazañas.
 Huella de muerte en sus valles
 Vuestro paso ya señala;
 Huella de muerte irá en pos
 De las armas castellanas.
 Aprovechemos su fuga
 Y el terror que los embarga.
 Ved las cimás del Fondak:
 Ved á Tánger á su espalda.
 ¡ Al Fondak, mis batallones!
 ¡ En Tánger cual rayo caigan!

ESCENA IX.

Toque general de marcha; á sus primeros compases baja MULEY por el fondo, con numerosa comparsa de MOROS, sin armas y con banderas blancas.

MULEY.

¡ Paz, paz, vencedor ilustre!
 Al amago de tus armas,

Tiembla Mahomed en su solio,
Tiembla el África aterrada.
Tú la dictarás... ¡ la paz !
Marruecos está á tus plantas.

(Se arrodillan todos los moros. Muley presenta su alfange á O'donnell.)

O'DONNELL.

A las de Isabel Segunda,
Augusta reina de España.

(Descúbrese un transparente alegórico con el retrato de la Reina : marcha real : los soldados presentan las armas.)

LINDORA, REINA DE LAS HADAS.

Melodrama mímico-mágico, en cinco actos, escrito á imitación de los
cuentos populares de encantos.

*Publica materies privati juris erit, si
Nec circa vilem, patulumque moraberis orbem
Nec verbum verbo curabis reddere fidus.*

(HOR.)

PRÓLOGO.

Ni Aristóteles, ni Horacio, ni Boileau, ni Martinez de la Rosa se ocuparon en sus *Poéticas*, de dar reglas para la comedia de magia. Éste es un género mestizo, que ha existido en todos los teatros del mundo, á pesar del inexorable anatema:

Quodcumque ostendis mihi sic, incredulus odi.

Nuestros antiguos dramáticos, que no se curaban gran cosa de estas reglas, tenían á su disposición, para componer comedias de magia, los poéticos cuadros de la mitología, familiar entónces á todos los que sabían latin, y sabíanlo todos los hombres de letras; cosa harto problemática en nuestros días.

Si querían explotar con preferencia las robustas creencias contemporáneas, veían siempre delante de sí un auditorio que comprendía perfectamente el misticismo de la vida de los santos, y el alcance profundamente cristiano de los misterios y pías consejas que servían ordinariamente de argumento á sus comedias de «ruido y apariencias.»

Cuando no recurrían á estas fuentes, sacaban al teatro aventuras caballerescas, ó bien las brujas, los hechiceros y los que tenían dada el alma al diablo; pero las caballerías venían en decadencia desde el tiempo de Cervántes; y la bruja, y el hechicero, y el condenado español son tipos ménos poéticos que terribles, y más propios, por lo mismo, para los autos de fe, que para servir de entretenimiento sobre las tablas.

En cuanto al duende, especie de sér, ni ángel ni demonio, que quedó suspenso en el aire cuando san Miguel lanzó al infierno las legiones de Lucifer, según nos refirieron en nuestra infancia, no hay que extrañar que nunca figure como protagonista en dramas de esta especie. El duende español no era un sér melodramático: era maligno; pero, por lo general, simplemente revoltoso, y á veces hasta servicial é inofensivo.

A falta de todas estas creaciones del mundo inmatérial, de que más ó ménos podían servirse nuestros abuelos, la comedia de magia, sostenida siempre por el favor popular y por el interés de las empresas teatrales, tuvo que convertirse, en el siglo xix, en una insulsa parodia del poema alegórico del xviii, con su frialdad amanerada, y con sus alusiones, no siempre transparentes para la multitud iliterata.

El Mágico y el Cestero es una de las obras mejores de esta clase, porque la alegoría se disfraza en ella bajo la agradable forma de un apólogo oriental.

La Pata de cabra es muy inferior en mérito literario á la obra que se acaba de citar, bien que la supere en chiste cómico y en pretensiones, no ya morales, sino meramente políticas, que pasan en nuestros días completamente desapercibidas.

Hoy mismo, el famoso *Rotomago*, que se acaba de ejecutar con tanto éxito en el teatro Imperial de París, no es en verdad otra cosa que una fantasmagoría de personajes alegóricos (las Horas), que refleja sobre escenas del más bajo cómico. Sostienen sus representaciones la riqueza del decorado y los chistes sobradamente libres en que abunda; porque las alegorías jamas serán populares, ni en poesía ni en bellas artes.

Pero ¿debe ser algo de esto la comedia de magia en el siglo xix? No: ya no caben en ella, ni Dios, por su majestad; ni el diablo, por la repugnancia que inspira, si se le ha de

presentar de una manera ortodoxa; ni la mitología, ni la alegoría, por sobradamente clásicas.

Concíbese hoy esta obra de ingenio como la ha concebido mi apreciableísimo amigo el eminente literato don J. E. Harzenbusch, en su *Redoma encantada* y en sus *Polvos de la Madre Celestina*, producciones ambas en que ha utilizado las brujas y los hechiceros, quitándoles el repugnante carácter que les atribuían nuestras leyendas.

La moderna comedia de magia ha de ser, á mi juicio, un cuento representado: moral como el cuento, sencilla como el cuento, con prodigios como el cuento; pero con prodigios de ésos que corren aún de boca en boca entre nuestro pueblo, y que más de una vez han deleitado nuestra adolescencia.

En una palabra: la comedia de magia debe ser hoy una conseja de niños, que puedan ver ó leer sin hastío esos otros niños grandes que se llaman hombres. Lo demás debe quedar á cargo del tramoyista.

Bajo la impresion de estas reflexiones escribí el presente melodrama, que no es otra cosa que un cuento dialogado. En él figura en primer término el Hada benéfica, tipo verdaderamente poético, y popular ya en nuestra España desde la aparicion de los antiguos libros de caballerías (no creacion del moderno cuento frances, como piensan algunos); en vez de la bruja chupadora de cadáveres, sucia y ridícula, propia sólo de las terribles creaciones de Shakespeare.

Carece mi comedia de toda intencion trascendental, pero no de buena enseñanza: tiene muchos encantos y mucha parte mímica, porque sin ésta y sin aquellos, mal podrian sostenerse en el teatro fábulas inverosímiles. Suprímase el papel de don Simplicio en la *Pata de cabra*, ó el de cualquier otro gracioso en comedias de esta clase, y probablemente las decoraciones no bastarán por sí solas para fijar largo tiempo la atencion del público.

¿Será mi *Reina de las hadas* una comedia buena? Libre-

me Dios de pretension tan arrogante. ¿Sería un melodrama de éxito satisfactorio en la escena? No le creo, en verdad, inferior á muchos que el público aplaude, por más que me haya abstenido de solicitar su representacion. ¿Será, al ménos, un cuento dramático, tolerable por lo entretenido en las páginas del libro? Entiendo que sí: al lector toca ahora resolver si mi juicio es apasionado.

INTERLOCUTORES.

CANDHOR, *rey de Armenia.*

EL PRÍNCIPE FORTUNATO, *su hijo.*

CLARIANA, *princesa de Constantinopla.*

LINDORA, *reina de las Hadas.*

MIZINIA, *doncella de la Princesa.*

BRANCAFORTE, *mago.*

BRILLADORO, *gigante.*

RATAPLAN, *escudero del Príncipe.*

NEODEMO, *confidente.*

EMBAJADOR 1.º

AMAZONA 1.ª

UN GUARDIA.

EMBAJADORES, AMAZONAS, PUEBLO, SOLDADOS, GIGANTES, GATOS, FIERAS,
AVESTRUCCES, GENIOS, etc., etc.

*La accion pasa en Armenia y en regiones imaginarias.
Los tiempos son los de la edad media, sin rigorosa cronología.*

ACTO PRIMERO.

Jardin régio : al fondo una fuente circular, con un cisne gigantesco de mármol, que le sirve de surtidor. A un lado un asiento, bajo una enramada ; en el otro, hácia el fondo, un bosquecillo.

ESCENA PRIMERA.

LINDORA, con su varita mágica en la mano, y CLARIANA, bajando de una carroza aérea, que desaparece, elevándose. EL PRÍNCIPE FORTUNATO, dormido en el asiento.

LINDORA.

Venid, Princesa : descendamos á tierra. Hemos llegado al término de nuestra peregrinacion. Mirad á lo léjos las empinadas cimas del monte Cáucaso. Estamos en Dioscoria, famoso puerto de la antigua Cólquida, y córte hoy del poderoso Candhor, rey de Armenia, que ha extendido sus dominios desde las orillas del mar Caspio hasta las opuestas márgenes del Ponto. Éstos son los jardines de su palacio : allí descubro al Príncipe, su hijo : mi presencia sola ha bastado para adormecerle. Venid : ésta es la ocasion de contemplar detenidamente al que quiero que sea vuestro esposo.

CLARIANA.

Dejadme gozar, señora, por un momento del sol y del aire, y aprovechar la inesperada libertad que me habeis concedido. Permitid que me mire en el cristal de esta fuente, para cerciorarme de que ha desaparecido mi horrenda transformacion.

LINDORA.

Sí: miraos en esas aguas cristalinas. Vuestra inocente coquetería es muy disculpable. ¿No es cierto que os encontráis hermosa?

CLARIANA.

Hermosa, sí, pero muy desgraciada. ¿Quién me asegura que el favor que me dispensáis por breves instantes, no puede conducirme á nuevos sufrimientos? Haced que cese la repugnante forma en que me teneis encantada, para obligarme á tomar un esposo desconocido. ¡Líbreme el cielo de tener que echar de ménos algun dia los horrores de mi actual encantamiento!

LINDORA.

Veo con placer que la desgracia os ha hecho discreta y previsora. Nada temais: quiero empezar hoy mismo á dar fin á vuestras penas. Voy á tocar con mi vara mágica al Príncipe, para que podais presentaros á sus ojos como una vision celestial. Despues que os vea, le será ya imposible amar á otra mujer. Hé aquí todo lo que puedo hacer por vos: al destino toca lo demas.

CLARIANA.

¡Al destino!

LINDORA.

Al destino, sí: nada pueden las hadas contra sus decretos. Es preciso que Fortunato tenga valor para buscaros en vuestro encantamiento, y que sea tambien el más cabal de los príncipes. Si ambas cosas se realizan, acabarán de una vez todos vuestros infortunios. (Dirigiéndose al Príncipe.) ¡Corazon, vírgen aún de pasiones, del príncipe Fortunato de Armenia, ábrete al amor de la princesa Clariana! ¡Mírala en tu sueño y queda encadenado para siempre! (Toca con la punta de su vara el pecho del Príncipe. Éste se agita convulsivo.)

¿Suspiras y te agitas ya, corazon del más hermoso de los

príncipes? (A Clariana.) Ésta es la ocasion oportuna : aproximamos : decidle lo que os tengo prevenido.

CLARIANA.

Os obedezco , señora : mi suerte está en vuestras manos : tened compasion de mí. (Al Príncipe.) Principe Fortunato, ¿me amarás cuando me veas sobre la tierra?

PRÍNCIPE. (Con delirio.)

¡Siempre , siempre!

LINDORA.

Basta ya : retiraos. Un momento más podria acarrearle la muerte. Es preciso que el pomo de mi varita mágica calme la fiebre que su punta ocasiona.—Corazon del príncipe Fortunato, descansa al fin de tus violentas emociones. (Le vuelve á tocar con el pomo de su varita, y el Príncipe queda tranquilo.) Ya lo habeis visto , Princesa : os preparo para esposo al más bello de los príncipes. ¿No habeis reparado en la simpática hermosura de su rostro?

CLARIANA.

¿Y qué me importa la hermosura de su cuerpo , si las dotes de su alma no le hacen un esposo bueno y cariñoso? Harto habeis castigado ya ¡oh Reina de las hadas! los errores de mi indiscreta adolescencia : no amargueis mis floridos años , entregándome á un esposo indigno de mí.

LINDORA.

No extraño que la desgracia os haya hecho incrédula , y quiero disipar al punto vuestros recelos. Venid : ocultémonos entre estas murtas : aquí permaneceremos invisibles , y podréis juzgar por vos misma de las prendas del esposo que os he elegido.

(Se ocultan en el bosquecillo del fondo.)

ESCENA II.

PRÍNCIPE, solo.

¿Dónde estoy! ¿qué es lo que me pasa? (Se levanta.) Siento en mi corazón un fuego... ¡Ah! todavía la veo. Era una aparición del cielo... sí... ¿dónde estás? ¿Dónde estás, hermosa visión, sombra, delirio, ó no sé cómo llamarte, que me sigues y atormentas...? No : no puedo desecharla de mi memoria. ¡Estoy encadenado para siempre!

ESCENA III.

PRÍNCIPE y NEODEMO.

NEODEMO.

Príncipe, el Rey, vuestro padre, sale en este momento para el templo, á rendir gracias al cielo por los beneficios que derrama sobre su reino. Debeis recibir entre tanto á vuestro pueblo, que se agolpa aclamándoos, por ser hoy el día en que cumplis vuestra mayor edad; y dar audiencia despues á las embajadoras de la poderosa Cilenia, reina de Roxolania.

PRÍNCIPE.

Está bien : obedézcanse al momento las órdenes de mi padre.

NEODEMO.

Ya sabeis que vuestro abuelo, el gran Rúpen, en sus victoriosas escursiones á las orillas del Tánaís, sometió á su imperio una raza de mujeres guerreras, que se jactan de descender de las antiguas amazonas del Hebro y del Thermodonte; y que impuso á sus princesas un tributo, que deberian pagar cada vez que llegasen á la mayor edad los príncipes herederos de Armenia. Las amazonas, protegidas

siempre por vuestros galantes predecesores contra reyes salvajes, que incesantemente las persiguen, se muestran de ordinario espléndidas al cumplir esta obligacion, que les asegura su independencia. Sus relaciones con las famosas encantadoras del Norte de Europa les facilitan el medio de dar á veces á este tributo un carácter sorprendente. El anillo de Gíjes, que hace invisible al que le posee; las alas de Ícaro, que permiten volar al que las usa, con tal que no se aproxime demasiado al sol; otros objetos, en fin, igualmente extraños y preciosos, han sido presentados sucesivamente á los príncipes vuestros antecesores, en reconocimiento de este importante feudo; y vos, uno de los más ilustres, debéis esperar con razon no ser ménos favorecido.

PRÍNCIPE.

Vuestro cariño os engaña, Neodemo. Muy jóven todavía, no he tenido tiempo de ilustrar mi nombre con grandes hazañas. Mandad que abran las puertas del jardin y que se me presente mi pueblo. (Vase Neodemo.) Dulce vision de mis sueños, ¿cómo es que no te apartas un solo momento de mi memoria?

ESCENA IV.

PRÍNCIPE, NEODEMO, PUEBLO.

UNOS.

¡ Viva el príncipe Fortunato!

OTROS.

¡ Viva, viva!

PRÍNCIPE.

Gracias, amigos míos: yo recibo con el mayor placer vuestras cordiales felicitaciones.—Neodemo, que se les permita discurrir por los jardines. El palacio de un buen rey debe ser para su pueblo la casa de un padre.

ESCENA V.

LOS MISMOS.—RATAPLAN.

RATAPLAN.

¡ Señor! ¡ Señor! las embajadoras de Cilenia se acercan y piden licencia para ofreceros su tributo. ¡ Vaya unas mozas gallardas que son las tales amazonas!

PRÍNCIPE.

Neodemo, haced que los guardias les den entrada.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, ménos Neodemo.

RATAPLAN.

¡ Sí; que las tales amazonas harian mucho caso de tus guardias, si quisiesen impedírsela! Son unos marimachos que de cada puñetazo podrian aplastar un buey.

ESCENA VII.

LOS MISMOS: música guerrera, á cuyos rápidos compases salen marchando LAS AMAZONAS; las dos últimas conducen unas andas cubiertas, que dejan en el fondo del teatro. Danza pírrica, ejecutada por las mismas. Concluida, sigue la representacion.

AMAZONA 1.^a

Salud, príncipe de Armenia. La reina de las amazonas te envia por tributo esa preciosa ave, cogida en los pantanos de la laguna Meótides. Ahí queda á tu servicio. Siempre que la des alguna orden, la obedecerá inmediatamente. Adios.

(Parten las amazonas con la misma marcha guerrera.)

ESCENA VIII.

PRÍNCIPE, RATAPLAN, NEODEMO y PUEBLO.

RATAPLAN.

¡Por Dios, que estas mujeres no pecan de habladoras! Pero, señor, ¿qué pajarraco os enviará por tributo la señora Cilenia? ¿Si os mandará algún avestruz, que es ave de tomo y lomo?

PRÍNCIPE.

Silencio, Rataplan: Cilenia es la gran reina de las amazonas, amiga y tributaria de mi padre, y su esplendidez es proverbial en el mundo.—Neodemo, descubre sus presentes. (Neodemo descubre las andas, y aparece una gallina de oro, de gran tamaño.)

NEODEMO.

¡Qué veo! ¡La reina de las amazonas os envía la gallina de los huevos de oro!

RATAPLAN.

¡La gallina de los huevos de oro! ¡Ah, señor! Yo me encargaré de cuidarla con el mayor esmero: permitid que me la lleve á mi corral.

PRÍNCIPE.

¡Calla, necio! Agradezco especialmente el regalo de Cilenia. El oro, en poder de un príncipe que sepa emplearlo bien, es un gran elemento de felicidad para sus pueblos.

RATAPLAN.

¡Ah, sí! ¡qué cosa tan mona será ver á un príncipe dando á sus criados huevecitos de oro por propinas! Perdon, señora gallina, por lo que dije ántes: yo soy el avestruz, y vos la reina de las aves.

PRÍNCIPE.

Los viejos capitanes de la corte de mi padre se lamentan de que el magnífico palacio levantado por su piedad para acoger á los guerreros estropeados ó encanecidos en el servicio de la patria, carezca de recursos suficientes para amparar á todos los veteranos que llaman á sus puertas. Neodemo, quiero que esa ave preciosa le sirva de dote...

(La gallina extiende sus alas, vuela y desaparece.)

RATAPLAN.

¡ Señor, señor, que se va! ¡ Ay! pues ¿ no se habia de ir, si ha visto que querias mandarla á los Inválidos? Venid todos : sigámosla.

NEODEMO. (Mirando adentro.)

Es inútil : miradla , señor. Ha volado de entre nosotros, pero ha sido para posarse tranquila y majestuosa sobre la torre del asilo benéfico á donde vos os dignasteis destinarla. La gallina de los huevos de oro obedece, en efecto, vuestras órdenes.

RATAPLAN.

¡ Ay, señor! ¡ qué lástima que no estuviera en vuestro corral! Voy á registrar, por si acaso se ha dejado siquiera una pluma en el nido. Pero ¡ qué miro!

(Saca de las andas donde ha estado la gallina , una bandeja llena de huevos de oro.)

NEODEMO. (Tomando la bandeja.)

Es cierto, señor. No ha querido dejar sin recompensa vuestra generosidad. ¡ Una bandeja llena de huevos de oro!

RATAPLAN.

¡ Hermosa nidada por cierto!... Señor, yo perezco por los huevos : ¡ dignaos permitirme que tome uno solo!

PRÍNCIPE.

¡ Aparta! Neodemo, haz que lleven esa bandeja á la teso-

rería real, y que sirva para que mi pueblo pague á mi padre los tributos correspondientes al presente año.

VOCES.

¡ Viva el Príncipe !

OTRAS.

¡ Viva , viva !

(Vase el pueblo. Neodemo y varios criados se llevan la bandeja y las an das.

ESCENA IX.

CLARIANA y LINDORA , asomándose por el bosquecillo ; PRÍNCIPE y RATAPLAN , en la escena.

CLARIANA.

Verdaderamente, señora , éste es un príncipe generoso. ¿ Quién podría no amarle ?

LINDORA.

Esperad ; que aún os queda que admirar toda la nobleza de su corazon.

PRÍNCIPE.

Mi pueblo se ha dispersado para discurrir sin duda por la ciudad y comunicar su alegría á todos sus habitantes. ¡ Oh ! ¡ si el placer volviese á renacer en mi corazon ! Pero siento en él un vacío , que nada basta á llenar. Esa mujer misteriosa... su memoria es mi tormento y mi delicia. ¿ Dónde pudiera encontrarla , dónde ?

UNA VOZ. (Dentro.)

¡ Guarda el leon ! ¡ Guarda el leon !

RATAPLAN.

¡ Guarda el leon , dijeron ! Éste es otro cantar. (Asomándose.) Huid , señor : un fiero leon se ha soltado de vuestra casa de fieras. ¡ Favor ! ¡ socorro ! (Vase.)

ESCENA X.

PRÍNCIPE , NEODEMO y CRIADOS.

NEODEMO.

¡Príncipe, huid! (Rugidos.) ¿No oís sus feroces rugidos? (A los criados.) Corred, id á ver si están cerradas algunas puertas del jardín, y abridlas todas inmediatamente para que la fiera pueda salir á la ciudad, y no corra riesgo alguno el Príncipe.

PRÍNCIPE.

¿Qué es lo que decis? Mi pueblo discurre indefenso en este instante por las calles, y vos, por salvarme, ¿quereis exponerle á la furia de ese animal indomable?... ¡Ah, no! volad. Yo os mando que cerreis todas las puertas, en vez de abrirlas.

NEODEMO.

¡Señor! pero vos...

PRÍNCIPE.

No me repliqueis : haced lo que os digo. (A los criados, que se van.) Vos, venerable anciano, guardad aquí vuestra vida, miéntras corro al encuentro del leon.

ESCENA XI.

NEODEMO.

¡Señor, señor, esperad! Yo quiero seguiros, á pesar de mi ancianidad. ¿Qué vale mi vida al lado de la vuestra?

(Vase.

ESCENA XII.

LINDORA y CLARIANA, saliendo del bosquecillo.

CLARIANA.

¡Ah, señora! mi corazón se desgarró al ver el peligro de un príncipe tan generoso. Vos sois poderosa: ¡socorredle!

LINDORA.

¿Cómo, princesa Clariana? ¿Con que, amais ya al Príncipe?

CLARIANA.

¡Sí le amo...! pero reparad su riesgo, señora. (Mirando á dentro.) El Príncipe se adelanta, valiente y tranquilo. Ya se encara con el león: la fiera, sorprendida de tanta audacia, parece como que ha quedado petrificada... ¡huye!...

LINDORA.

Ya veis que no necesita de mi socorro: su valor solo basta para salvarle.

CLARIANA.

No basta, señora. ¡Oh! el león se detiene... ruge más irritado: se adelanta receloso, pero terrible... va á caer sobre su presa... (A Lindora.) ¡Por piedad!... Pero ¿qué veo? El Príncipe con admirable destreza ha esquivado de un salto el golpe mortal... hiere en el costado á la fiera... (Rugidos.) ruge horrorosamente... ¡Ah! ¡gracias, Dios mío! ¡Gracias!

(Se vuelve á esconder á una señal de Lindora.)

ESCENA XIII.

PRÍNCIPE, NEODEMO.

PRÍNCIPE. (Envainando la espada.)

Victoria, sí, Neodemo. El cielo ha protegido mis esfuer-

zos. El leon yace tendido, rugiendo débilmente en su agonia. ¿Por qué has querido exponer tu vida en mi defensa?

NEODEMO. (Arrodillándose:)

¡ Ah, señor ! ¡ bendiga el cielo tanto valor, despues de tanta generosidad !

PRÍNCIPE.

Levanta, amigo mio. Vamos al momento en busca de mi padre para tranquilizarle, si ha llegado á su noticia mi peligro.

ESCENA XIV.

LINDORA y CLARIANA, saliendo otra vez del bosquecillo.

LINDORA.

Aprovechemos este momento, Princesa. Bastante tiempo os ha permitido mi bondad que conserveis vuestra propia forma. Venid de nuevo á vuestro encantamiento.

CLARIANA.

¡ Otra vez !

LINDORA.

Otra vez, sí : confiad en que llegará algun dia su término, si ese Príncipe, tan generoso como valiente, tiene la prudencia necesaria para ser vuestro esposo. En la isla de las Trasformaciones os informaré de mis proyectos. ¡ Genios que me asistis invisibles, acercad mi carroza !

(Baja ésta otra vez.)

CLARIANA.

¡ Ah, señora ! permitidme que permanezca algunos momentos más en estos sitios, donde por vez primera ha brillado para mí un rayo de esperanza.

LINDORA.

No es posible. El mago Brancaforte, protector del reino

de Armenia, puede venir de un momento á otro, y no quiero que nos encuentre aquí.

CLARIANA.

¡Pero, señora!...

LINDORA.

¡Basta! venid. (Se sientan ambas en la carroza.) Genios que servís á Lindora, rodead mi carroza de brillantes íris, emblema de la esperanza que renace hoy para la princesa Clariana.

(Mutacion de escena al fondo del teatro. Decoracion caprichosa, que representa un celaje de arcos iris, de vivísimos colores, reflejándose unos en otros. En el centro y en la base genios alados arrojando flores.)

Partamos con vuestras dulces ilusiones; y ¡plegue al destino que el Príncipe de Armenia sea el príncipe sin tacha que ha de dar cima á vuestro desencantamiento!

(Música alusiva: la carroza se eleva pausadamente.)

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

PRÍNCIPE, solo.

¡Siempre ella! en mi sueño, en mi vigilia... ¡Oh, éste es un martirio insoportable! Los ruidosos festejos á que se entrega hoy mi córte en celebridad de mis triunfos, en vez de fijar mi atencion, la concentran más y más en el único objeto de mis pensamientos. Huyó de mi pueblo, embriagado de alegría: huyó de mi propio padre, enloquecido de amor y de orgullo por la victoria de su hijo; y un impulso irresistible me arrastra á este lugar, donde un dardo mortal atravesó mi corazon. ¡Oh! este amor misterioso, este deseo insaciable dará fin á mi vida. ¿Dónde está el encantador original de aquella mujer divina, que aquí mismo, aquí... No es ninguna de las damas de mi córte. No: tan alta belleza no puede habitar sobre la tierra... Pero, Neodemo... ¡Cuán importunos son ahora para mí los cuidados con que me asedia su cariño!

ESCENA II.

NEODEMO, PRÍNCIPE.

NEODEMO.

Señor, vuestro padre os busca solícito por todas partes. No parece sino que quereis huir de las demostraciones de su

amor, cuando vuestra gloria le enajena de alegría. Venid á ver cómo el placer le rejuvenece en su penosa ancianidad : venid y gozaos en su felicidad , en la felicidad de un padre, que es obra de las virtudes y del valor de su hijo. ¡ Qué ! ¿ no me escuchais ? ¿ Permaneceis así , insensible... ?

PRÍNCIPE.

No, Neodemo. Si en algo estimo esa gloria de que me hablais , es porque toda ella refleja sobre mi buen padre. El amor filial es el sentimiento más dulce que ocupa mi corazón.

NEODEMO.

¡ Ah , señor ! vuestras palabras no están completamente de acuerdo con vuestros pensamientos. Os conozco bastante para penetrar que estáis poseído de una repentina melancolía. ¿ Qué os sucede , Príncipe ilustre ? Desde que recibisteis á las amazonas , creo descubrir en vos las señales de una preocupacion tenaz. ¿ Acaso la presencia de esas beldades guerreras ha suscitado en vos algun sueño de ambicion ? ¿ Sería tal vez el amor...

PRÍNCIPE.

¡ El amor ! No profaneis ese sentimiento inefable , que oculto como un tesoro en lo más recóndito de mi alma , suponiendo que pueda ser objeto de él una belleza cualquiera... Pero ¿ qué digo ? Dejadme , amigo mio : dejadme á solas conmigo mismo.

NEODEMO.

¿ Dejaros cuando vuestros labios han revelado involuntariamente un secreto peligroso ? No : mi ancianidad y mi amor me obligan á rogaros que me lo confieis por completo. Bien lo sabeis : despues de vuestro padre , á nadie cede vuestro antiguo y cariñoso ayo...

PRÍNCIPE.

Pues bien , Neodemo : fuerza es que yo desahogue con

vos mi corazón; con vos, siempre indulgente, siempre leal para conmigo. Oid la misteriosa historia... Pero, mi padre.

ESCENA III.

LOS MISMOS.—EL REY CANDHOR, ACOMPAÑAMIENTO.

REY.

¡Hijo mío! inquieto con tu ausencia, te he buscado en vano por mi palacio. ¿Por qué te alejas de mi vista un solo momento? ¿No ves que tu vida es mi vida, y que hoy, más que nunca, necesita tu anciano padre tenerte á su lado?

PRÍNCIPE.

¡Señor!

REY.

He mandado dar treguas por un momento á los regocijos con que mi corte solemniza tus triunfos. No es solo el placer de verte el que me impulsa á buscarte: tengo tambien que comunicarte mis pensamientos. Neodemo, amigos, dejadme á solas con el Príncipe.

ESCENA IV.

REY, PRÍNCIPE.

REY.

Fortunato, mi pueblo te impuso este nombre por el feliz natural que demostraste desde tus más tiernos años. Hoy lo has justificado plenamente con tus heroicos hechos. Eres un príncipe valiente y generoso; cualidades ambas suficientes para formar de tí un monarca perfecto.

PRÍNCIPE.

¡Oh, señor! para serlo no tendré que hacer jamas otra cosa que imitaros.

REY.

No, hijo mio : no es el anciano débil y achacoso que has conocido, el modelo que debes proponerte imitar cuando empuñes el cetro. Joven y vigoroso, debes aspirar á la gloria de tu abuelo, el gran Rúpen, descendiente del inmortal Teseo. Tal vez no fuí yo indigno sucesor de tan altos nombres, cuando en lozana edad ceñí la corona de Armenia. Tú te has mostrado hoy merecedor de llevarla con gloria, en tanto que á mí me abrumba ya su peso. Me siento desfallecer con la ancianidad ; y acaricio hace tiempo un pensamiento, que quiero al fin revelarte. Deseo abdicar en tí el trono, y anticipar de este modo á mi pueblo la época feliz de tu reinado.

PRÍNCIPE.

¡ Señor !

REY.

Sí, hijo mio ; pero óyeme : exijo ante todo que elijas una esposa.

PRÍNCIPE.

¡ Una esposa, señor !

REY.

¿ Por qué te admira mi propuesta ? Un príncipe joven está expuesto á mil peligros, y entre ellos, el amor es el más terrible... No bastan contra él ni la generosidad ni el valor. Todas las princesas, hijas de los reyes mis vecinos, tendrán á mucha dicha que les ofrezcas tu mano. Escoge, pues, la que quieras que parta contigo el trono.

PRÍNCIPE. (Aparte.)

¡ Yo dar mi mano á otra que á ella !

REY.

¿ Por qué callas, Fortunato ? ¿ No me respondes ?

PRÍNCIPE.

Padre mio, sólo puedo pagáros tanta bondad con el res—

peto y amor sin límites que os profeso ; mas reflexionad que los reyes nuestros vecinos son todos ambiciosos, y que la preferencia dada á la hija de uno de ellos sobre las de los demas podria suscitar nos guerras y rivalidades.

REY.

Me agrada esa prudencia, que revela en tí un soberano perspicaz. Es fuerza , sin embargo, que hoy mismo te decidas. ¿Puede intimidar el peligro de una guerra injusta al vencedor de los leones? Cualquiera princesa del mundo se envanecerá de ser tu esposa.

PRÍNCIPE.

¡ Pero, señor !

REY.

¿Dudas todavía? ¿Temes acaso una resolucion indiscreta? Mi aprobacion deberia bastar para calmar tus recelos. (Silbido fantástico.) Pero ¿has escuchado? Ese silbido anuncia al protector de nuestra raza , al gran mago Brancaforte , que cruza en este momento los aires , y saluda respetuoso la corte de su soberano. ¡ Oh , sabio y poderoso amigo mio ! tu rey necesita ahora de tus consejos. Desciende á mi palacio. (Silbido : sale el mago sobre un dragon alado, con vestido talar, sembrado de estrellas.)

ESCENA V.

LOS MISMOS Y BRANCAFORTE.

BRANCAFORTE.

Aquí me tienes, rey de Armenia. Yo y mi ciencia somos tus vasallos sumisos. (Se apea.)

REY.

Lo sé por experiencia, noble Brancaforte. Mi hijo repugna casarse con las princesas comarcanas, y quiere buscar esposa en remotas tierras.

BRANCAFORTE.

Estás equivocado, ¡oh Rey! Tu hijo repugna casarse porque está ya perdidamente enamorado.

REY.

¿Cómo? ¿Qué dices? Príncipe Fortunato, ¿será verdad?

BRANCAFORTE.

No le interrogues ni reprendas. Tu hijo es bueno y obediente; pero su corazón está ya ocupado, y por eso opone obstáculos á su casamiento.

PRÍNCIPE.

Perdon, padre mio: bien veo que nada puede ocultarse á la ciencia de Brancaforte. Verdad es que llevo impresa en el corazón la imagen de una mujer, que no sé si será princesa ó si será pastora; pero sí puedo aseguráros que será la única á quien yo ame sobre la tierra.

REY.

Pero ¿cómo ha nacido este amor? ¿Quién es esa mujer, Príncipe de Armenia?

BRANCAFORTE.

No le reprendas, te vuelvo á decir. Su corazón es transparente á mis ojos, y le veo atravesado por una flecha de oro, disparada por el Amor en medio de un sueño apacible. El Príncipe, al despertar, se ha encontrado, sin saber cómo, poseído del amor más violento hacia una hermosa desconocida, y sin libertad alguna para amar á otra mujer.

REY.

¿Es verdad, Fortunato, lo que dice Brancaforte?... ¡Ay! ¡harto lo comprueban tu rubor y tu silencio! Pero, sabio encantador, ¿cómo es posible que un sueño haya engendrado un amor que tú reputas inextinguible?

BRANCAFORTE.

Te confieso con vergüenza que todo esto es para mí un misterio impenetrable. Sólo puedo suponer que en esta extraña aventura interviene alguna maga protectora de esa belleza incógnita, y que es preciso averiguar si su protegida es digna de sentarse en el trono de Armenia.

REY.

¿Y cuáles son los medios de hacer con fruto esa averiguacion, siempre difícil? Habla, habla: yo te lo ruego.

BRANCAFORTE.

Quiero ayudarte con mi ciencia ¡oh rey Candhor! en la crítica situacion en que se encuentra tu hijo, sometido á un encanto peligroso. ¿Veis esa fuente, coronada por un cisne? Pues sobre el terso cristal de sus aguas voy á mostráros ahora mismo la imágen de las tres princesas más hermosas y cumplidas de la tierra. Miradlas bien, Príncipe, y decidme si es alguna de ellas la de vuestra celestial aparicion. — Anímate, cisne de mármol: prepárate para obedecer mis órdenes. (El cisne mueve el cuello y abre las alas.) Trae al punto entre tus garras el templete mágico de Brancaforte. (El surtidor de la fuente se eleva y trasforma en un gracioso templete, coronado por el cisne.) Noble, discreta y hermosa infanta Melibea, hija del gran príncipe de Antioquía, señor de la caliente Siria, poblada de pomposos sicomoros; ven á mi conjuro. Muéstrate á la vista del Príncipe de Armenia, entre pebeteros de aromas y bajo quitasoles de sedería. (Aparece la Infanta, de cuerpo entero, con los atributos que se expresan, en una transparencia adaptada al hueco del templete.) Príncipe, ¿es ésta la que visteis en vuestro sueño? Observadla bien: Melibea es la primera entre las bellezas de la tierra.

PRÍNCIPE.

¡Ah! ¡no!

(Se oscurece el transparente.)

BRANCAFORTE.

Princesa de Escandinavia, que moras entre hielos y nieves, ménos blancas que tu rostro; ven á mi conjuro, envuelta entre ricas martas y preciosas sibelinas.

(Aparece, con sus atributos.)

PRÍNCIPE.

¡Ah! no es tampoco.

(Se oscurece el trasparente.)

BRANCAFORTE.

Tercera belleza de la tierra, pero primera en donaire y gracia, doña Sol, infanta de Sevilla, que descienes por línea recta del rey don Pelayo, y moras entre rosas y azahares en tus jardines de Andalucía; ven á mi conjuro, con tu tostada tez, con tus piés menudos y con el aéreo y gracioso traje del mediodía de la España.

(Aparece, con traje pintoresco, pero grave, á la andaluza.)

PRÍNCIPE.

¡Ah! no es tampoco.

(Húndese el templete, y baja otra vez el cisne.)

BRANCAFORTE.

Os escucho con terror, Príncipe de Armenia. Las restantes princesas del mundo han sido ménos favorecidas de la fortuna. No me es posible responderos ni de su discrecion ni de su belleza.

REY.

¿Con que, es preciso que mi hijo dé la mano á una princesa desconocida, tal vez á una aventurera? No... su valor y su espada sabrán deshacer maléficos encantos.

BRANCAFORTE.

¿Deshacer el encanto que le subyuga? ¡Oh! no lo esperes, si su amor es, como temo, obra de una maga poderosa. Oye, rey Candhor: manda á tu hijo á viajar por todas

las partes del mundo : que él busque solícito á esa belleza desconocida , y te la traiga si la encuentra , ó se cure de una pasión caprichosa viendo nuevas princesas. Tal vez la aparición que le fascina no haya sido otra cosa que una mera alucinación de sus sentidos ; tal vez yo no haya registrado bien todas los rincones de la tierra. Haga el Príncipe su escursión ; y cávalo si te trae una mujer bella y virtuosa. —Escuchad vos , Príncipe : prestad la más solemne atención á las revelaciones que voy á haceros.

PRÍNCIPE.

Hablad , sabio amigo de mi padre : os escucho con el silencio más respetuoso.

BRANCAFORTE.

Hay hadas malignas , que se complacen en atormentar á los hombres , y las hay benéficas , que gozan , por el contrario , en ampararlos generosamente. La severa Lindora , reina de todas ellas , y encargada de velar sobre la juventud de los hijos de los reyes , es famosa por el rigor de los castigos con que hace pagar la más leve imprudencia á los príncipes presuntuosos. Para impresionar más fuertemente las imaginaciones juveniles , recurre á veces á trasformaciones repugnantes , que parecerían ridículas , si no fuesen altamente simbólicas. La infanta de Chipre , que reveló indiscretamente en su primera juventud un secreto de estado del rey su padre , fué convertida por espacio de veinte años en importuna y parlera golondrina.

REY.

¿Cómo? ¿Y será quizá esa doncella imprevisora la que haya de casarse con mi hijo?

BRANCAFORTE.

No , rey de Armenia : esa doncella imprevisora , desencantada al cabo por el gran Tancredo , descuella hoy por su vir-

tud y su prudencia sobre el trono de Tinacria. Pero de otros muchos príncipes y princesas que han desaparecido secretamente en Asia y en Europa, se cree tambien que estén purgando, en poder de Lindora, bajo iguales ó semejantes trasformaciones, los disculpables errores de su niñez ó de su adolescencia.

PRÍNCIPE.

Verdaderamente, señor, ésa es una maga terrible.

BRANCAFORTE.

Terrible, sí, pero justa. Si es una protegida suya la que habeis visto en vuestro sueño, estad seguro de que será una princesa perfecta; pero creed tambien que correréis gravísimos riesgos si vuestro amor os hace cometer la menor imprudencia; porque Lindora sólo ampara á los príncipes sin tacha. ¡Líbreos el cielo de la suerte del príncipe Eduardo de Dinamarca, devorado por un feroz cocodrilo, en castigo instantáneo de no sé qué indiscrecion, cometida en sus amores con la princesa Lindabridis, favorita de la formidable maga!

PRÍNCIPE.

Vuestras palabras me aterran; pero oigo en mi corazon una voz que me dice, «¡Parte!» y partiré sin miedo ni zozobra.

BRANCAFORTE.

Partid, Príncipe ilustre, en busca de vuestro destino misterioso. Sería en verdad inútil que quisierais resistirle. Tomad este anillo, que os preservará de las asechanzas de las hadas malignas; pero mi ciencia nada vale, por desgracia, contra el poder de su reina. Sed cauto, sed sobremanera prudente: sed, en una palabra, el príncipe perfecto que desea encontrar Lindora, si es ella la promovedora de vuestro amor; y entónces nada temais, porque aún cuando sea severa con sus protegidos, es esencialmente una maga bien-

hechora. (Suenan una campana chinesca.) ¿Oís? El protomago Rustan celebra hoy el milésimo aniversario de su reinado, y recibe con este motivo á todos sus súbditos en los alcázares de Saturno. No puedo detenerme más. Adios. (Silba el dragon : vase volando.)

ESCENA VI.

REY, PRÍNCIPE.

REY.

No hay otro medio, hijo mio. Pues así lo ordena el destino, yo te doy licencia para que busques por toda la tierra á tu misteriosa aparecida. Si me traes noticia de que es una princesa digna de tí, consentiré en que te cases con ella; si no, es preciso que renuncies á tu loco amor.

PRÍNCIPE.

¡Cuán bondadoso sois, señor! Me dispongo á partir al momento para cumplir vuestro proyecto; y os juro que volveré de mi viaje trayéndoos razon de una esposa digna de mí, ó que, libre en fin de este amor pertinaz, me casaré con la que vos os digneis elegirme.

REY.

Adios, hijo mio, adios. Recorre cuanto ántes la tierra, y vuelve lo más pronto posible á los brazos de tu anciano padre, desconsolado con tu ausencia. (Se abrazan.) Pero aguarda; que mi amor quiere que salgas de mi palacio con todo el esplendor que corresponde al príncipe heredero del poderoso Candhor, soberano de Armenia. ¡Hola, guardias! Formad para despedir á mi hijo. (Redoble de tambor: salen los guardias, de gran gala, marchando acompasadamente, y quedan al frente y en los costados de la escena.) Pajes y gentileshombres de mi real casa, acompañad al Príncipe hasta las puertas de la ciudad. (Salen y pasan.) Enanos y bufones de palacio, for-

mad tambien en la comitiva. (Salen con música grotesca, y atraviesan pausadamente el teatro en marcha mímica.) Palafreneros de mis reales caballerizas, vengan mis más poderosos camellos cargados de oro y pedrería, y mis cebras, tan gallardas como veloces, para el servicio del viajero augusto. (Salen con camellos cargados y con cebras hermosamente listadas de blanco y negro, y todos quedan en la escena.) Fieles etiopees que estáis á mi servicio, traed á mi hijo por cabalgadura el elefante real, blanco como el armiño, que se arrodilla para recibirme. (Salen cuatro etiopees con un elefante blanco, vistosamente enjaezado, y quedan en el centro del teatro. El elefante se arrodilla y mueve la trompa.)

PRÍNCIPE.

¡ Oh, señor ! ¡ cuánta bondad !

REY.

Ahora marcha, hijo mio, y bendígate el cielo, como yo te bendigo.

(Marcha real: el Príncipe besa la mano á su padre, y monta sobre el elefante, que se levanta y agita otra vez la trompa: movimiento simétrico de comparsas y figuras.)

ACTO TERCERO.

Bosque : país peñascoso al frente : en el centro una cueva ; la luna menguante al fondo.

ESCENA PRIMERA.

PRÍNCIPE, RATAPLAN.

RATAPLAN.

Doy al diablo tus princesas y tus amores. ¿Qué ocurrencia fué la mia, de venir contigo á esta ridícula peregrinacion? Llevamos meses y meses de vagar por el mundo en busca de esa mujer, que tú dices ha de ser tan hermosa, y sólo hemos encontrado princesas ferósticas y contrahechas.

PRÍNCIPE.

No desconfíes tan pronto, Rataplan. Si hasta ahora han sido inútiles mis investigaciones, el corazon me dice que he de dar al fin con mi hermosa desconocida.

RATAPLAN.

Siempre estás con la misma cantinela. Has visitado todas las córtés de Asia, haciendo ascos á cuantas princesas has visto ; y cuando te proponias reconocer tambien las de Europa, á cuyo fin nos embarcamos en Ptolemaida, una horrible tempestad sumergió anoche nuestro navío, con todos tus criados y riquezas. Tú y yo solamente tocamos por milagro en tierra ; pero con la desgracia de haber arribado á esta isla desierta, donde no hemos probado bocado hace más de veinte horas, ni esperanza la más remota de probarlo.

PRÍNCIPE.

¿Y qué me importa eso á mí, que aliento y vivo sólo por mi amor?

RATAPLAN.

Pues á mí me importa mucho, que vivo de cosas más sustanciosas, y tengo el estómago tan vacío, como tú lleno de ilusiones el cerebro. Pero ¿qué vamos á hacer en esta isla? Por más que hemos buscado, no hemos hallado casas ni habitantes. Sólo nos queda que registrar esta parte peñascosa, donde el bosque es más espeso; pero la noche se nos ha venido encima, sin tener dónde acogernos. ¡Oh, qué no diera yo ahora por un rincón en las caballerizas de tu palacio!

PRÍNCIPE.

Allí, si no me engaño, á la tibia luz de la luna descubro una cueva: á falta de otro albergue, podremos pasar en ella la noche. Vé á reconocerla, y dime si será á propósito para darnos asilo.

RATAPLAN.

Voy á obedecerte. Buena cama nos espera, y mejor cena, en esa magnífica posada. (Va á entrar en la cueva, y salen de ella multitud de murciélagos y lechuzas que vuelan, chirriando, por el teatro.) ¡Cuántos inquilinos tiene esa casa! ¿No los oyes, señor? Con sus importunos chirridos nos dicen que no hay posada.

(Vanse los bichos.)

PRÍNCIPE.

Preciso es acomodarse á todo. Entra y regístrala.

RATAPLAN.

Voy allá: Dios quiera que la posada no tenga otros huéspedes de peor especie. (Va á entrar, y salen ratas de enorme tamaño, que chillan desaforadamente.) Tras de los murciélagos, las ratas. Esta casa no se alquila, Príncipe y señor mio.

PRÍNCIPE.

Vuelve á entrar, te digo; que es preciso á todo trance pasar la noche en esa cueva.

RATAPLAN.

Voy por tercera vez, y Dios quiera que los vecinos todos hayan salido á paseo. (Va á entrar, y de un árbol, que debe estar delante de la cueva, sale un gigante con una maza de plata.)

ESCENA II.

DICHOS.—BRILLADORO.

BRILLADORO.

¡Atras, temerario! Soy el gigante Brilladoro, encargado de guardar esta entrada de palacio.

RATAPLAN.

¿Palacio llama á este maldito agujero? Este gigante está borracho.

BRILLADORO. (Amenazándole con la maza.)

¿Qué es lo que dices, insolente? ¡Tiembra! Estáis en los dominios de la gran Lindora, reina de las hadas.

PRÍNCIPE.

¡De Lindora! ¿Qué es lo que oigo? ¡Ah! Héme aquí, en fin, frente á frente con mi destino. (Al gigante.) Yo soy Fortunato, príncipe de Armenia.

BRILLADORO.

¡Cómo! Perdonad, señor, que no os haya conocido. Solo vos estáis exceptuado en mi consigna; pero pensad bien lo que vais á hacer: ¿sabeis vos los encantos de esta cueva?

PRÍNCIPE.

¿Qué me importan todos los encantos del mundo?

BRILLADORO.

Ved, Príncipe, lo que decis. Una gran fortuna os espera, si teneis amor y valor; pero si careceis de cualquiera de las condiciones requeridas para dar felice cima á la aventura, ¡temblad! porque incurriréis en el enojo de la gran maga á quien sirvo. Ved ahí sus decretos: leedlos, y resolved despues.

(Aparece sobre la cueva un trasparente, sostenido por dos genios, con estas palabras:

«Aquí podrás entrar hombre,
Y salir monstruo sin nombre.»)

PRÍNCIPE. (Leyendo.)

«Aquí podrás entrar hombre,
Y salir monstruo sin nombre.»

¡Extraña aventura! ¿Quién sabe si será éste el formidable encanto de que me habló Brancaforte...? Pero ¿qué cosa en el mundo podrá dar miedo á mi valor? Voy adentro sin vacilar.

RATAPLAN.

¿Qué es lo que intentas, señor? ¿Te quieres convertir de príncipe en monstruo? ¿No ves lo claro que lo dice ese letrero?

PRÍNCIPE.

Sólo veo que mi destino está encerrado en esa gruta misteriosa. Yo le acepto sin terror: con mi corazon y con mi espada, nada temo.

RATAPLAN.

Pero piénsalo bien, señor. Para entrar ahí se necesita saber rugir y tener garras. ¿Quieres que en vez de llamarte Fortunato, te digan el príncipe *Serpenton*, ó cosa por el estilo?

BRILLADORO.

Decidíos pronto : esa tardanza arguye miedo ; y si lo tenéis , ya os he dicho que sois perdido.

PRÍNCIPE.

Ante el infierno junto no retrocedería , si se pusiese en duda mi valor. Abridme paso.

BRILLADORO.

Ahora os conozco , Príncipe de Armenia : sois digno de vuestra sangre. ¡ Quiera el cielo que seais vos el elegido para dar fin y cabo á las terribles aventuras que vais á correr dentro de este palacio ! ¡ Hola ! vigilante nocturno que rondas invisible al rededor de este castillo , avisa tres veces con tu canto á los enanos que guardan sus puertas. (Trasfórmase la punta de un peñasco en un gallo monstruoso , con ojos de fuego. Canta tres veces con voz ronca y espantable.) Enanos del pórtico subterráneo , el príncipe Fortunato se presenta en la aventura.

UNA VOZ MEDROSA. (Dentro.)

¿ Tiene pavura ?

PRÍNCIPE.

¡ Pavura yo , canalla infame ! Ya os he dicho que nada me intimida. Abridme paso , ó me lo abro yo con mi espada. Sígueme , Rataplan.

RATAPLAN.

¿ Yo entrar donde hay almas en pena , con gigantes y murciélagos y ratas ? *Abrenuncio*.

PRÍNCIPE.

Vive Dios , infame , que si no me sigues , te he de matar ahora mismo.

RATAPLAN.

Considera , señor...

BRILLADORO.

Dejadle, Príncipe: en cuanto entreis vos en el castillo, él entrará: os lo aseguro.

RATAPLAN.

¿Yo? ¡sí! En eso estoy pensando. Muerto de hambre ó llevado por los diablos, prefiero que el hambre me mate.

PRÍNCIPE.

Cobarde, véte ó sígueme; que yo solo basto para todo. Adelante, os vuelvo á decir á vosotros, cualesquiera que seais los que hablais conmigo.

BRILLADORO.

Pasad, Príncipe valeroso. (Entra el Príncipe.) Compañía de gigantes negros que estáis á mis órdenes, venid á guardar esta cueva, miéntras yo corro á dar parte á Lindora de la llegada del Príncipe. (Salen los gigantes.) Osos, tigres y panteras, pobladores de esta isla, que obedecéis sumisos mis mandatos, esparcíós por ella y devorad á todos los hombres y animales que encontréis. (Salen las fieras por distintas direcciones.)

RATAPLAN.

¡Uf! ¡Misericordia, señor! me voy con el diablo, para que no me hagan un cariño estos animalitos. ¡Misericordia, misericordia! (Entra.)

BRILLADORO.

Aquelarre de brujas que obedecéis las órdenes de las hadas, apareced con antorchas y danzad con los gigantes en honor del valiente príncipe que quiere intentar tan espantable aventura. (Aparecen chillando. Baile característico de brujas con antorchas, y gigantes con sus mazas. Al concluir, se retiran chillando las brujas, perseguidas por los gigantes. Cambia la escena.)

Oscuridad repentina. Palacio fantástico, sin sillas ni taburetes.

ESCENA III.

RATAPLAN, PRÍNCIPE.

RATAPLAN. (Asido del vestido del Príncipe.)

No me he de apartar ni un momento de tí, señor, pues te hallé, despues de andar rodando á ciegas tanto tiempo por éstos malditos subterráneos. No quiero volverme á quedar solo en medio de esta horrible oscuridad.

PRÍNCIPE.

Nada temas: ten valor.

RATAPLAN.

¿Valor, señor, cuando no vemos dónde estamos, y cuando á cada momento estoy temiendo que me tire un bocado alguno de esos monstruos que hemos visto? Yo no sé tener valor estando completamente á oscuras. ¡Si siquiera apareciese por ahí algun pajecillo de la señora maga que habita esta cueva, para alumbrarnos por el camino...! (Aparecen dos brazos de gigante, cortados por el hombro, trayendo en las manos hachas encendidas. Quedan en medio del teatro, suspendidos invisiblemente. La escena se ilumina.) Pero ¿qué es lo que veo, señor? Los brazos de estos pajecitos no caerian mal sobre el cuerpo del gigante Goliat. ¡Ay de nosotros, si se les antoja darnos un pescozon! Señores pajes, nos hariais un gran favor retirándoos, con tal que no dejarais muy léjos las luces. (Se retiran los brazos con las hachas, pero queda la escena alumbrada.) Dicho y hecho: se marcharon, pero el palacio sigue iluminado, sin saber cómo. Vaya, será que ha amanecido ya por estas regiones.

PRÍNCIPE.

Todo lo que nos sucede es verdaderamente extraordinario.

¿No has observado que no hay en este palacio ni un solo sillón, ni mueble alguno para sentarse?

RATAPLAN.

Será el palacio de las grullas, que, como andan siempre en un pié, para nada necesitan de esas cosas.

PRÍNCIPE.

Pues en verdad te digo que me encuentro fatigado y que desearia descansar un poco.

(Una gran mano de gigante baja un sillón por el cielo del teatro. Lo deja, y vuela la mano.)

RATAPLAN.

¡Ave María purísima! apenas lo has dicho, cuando ya estás servido. Pero, señor, ¿á qué cuerpo pertenece esa mano y los otros brazos? En este palacio hay mandaderos de nueva especie.

PRÍNCIPE.

Conviene no ser descortés con quien nos favorece de tal modo.—Gracias á tí, poder misterioso, cualquiera que seas, que te has prestado á complacerme. (Se sienta.)

RATAPLAN.

¡Oh! sí, ¡gracias, señor mago ó señora maga, que os mostrais tan servicial! Así me mandarais un pastel de pichones para aplacar el hambre que me devora, aún cuando viniese, no digo en la mano de un gigante, sino ensartado en el rabo de un burro. (Sale por escotillon un burro con el rabo tieso, y ensartado en él un pastel.) ¡Por Dios, que el mago es bueno y caritativo! Ven acá, burruchito monono: ven, que segun es mi hambre, me parece que te daría un beso, aún cuando fueses un toro de ocho años. (El burro da media vuelta, y se convierte en toro, en ademan de embestirle.) ¡Socorro, señor!

(Desaparece el toro.)

PRÍNCIPE.

Es sobremanera sorprendente cuanto nos está pasando. Preciso es recorrer hasta el último rincón de esta mansion encantada. No quiero descansar sin dar primero fin á esta aventura.—Poder sobrenatural que aquí me has conducido, muéstrate ante mí. No lo dilates un solo momento: si te detienes, al punto en tu busca voy.

ECO TEMEROSO. (Dentro.)

¡Voy!

(Marcha fúnebre de tambor y pífano destemplados: á sus compases sale una guardia de hombres vestidos de gatos, con alabardas y escudos, y largos rabos movibles. Despues, Clariana bajo un velo que le da el aspecto de una pirámide negra. Mizinia, de dueña, tapado el rostro con la toca y ocultas las manos.)

RATAPLAN.

¡Jesus mil veces! de aquí vamos á salir, de qué ménos, arañados.

PRÍNCIPE.

Calla, necio.—Poder invisible que me diriges, aquí estoy á tus órdenes: si te envuelves acaso en ese velo porque recelas que tu vista me espante, te equivocas. Nada temo, hombre ó mujer, espíritu benéfico ó genio infernal que estés en mi presencia. Habla, en fin: ¿qué exiges de mí?

(Vuela el velo, y se descubre la princesa con rostro y manos de gata. Mizinia alza la toca, y aparece lo mismo.)

ESCENA IV.

LOS MISMOS. — CLARIANA y MIZINIA.

CLARIANA.

Nada temais, Príncipe esforzado: estáis en el palacio de la Princesa Clariana, hija del emperador Artemidoro y de la reina Segismunda.

MIZINIA. (A Rataplan.)

Y vos, señor escudero, teneis enfrente á su doncella Mizinia, hija de Miaulonia, su nodriza, y del buen Gatolio de Zapinonia.

RATAPLAN.

Pues dígole á V., señora doncella Mizinia, hija de Miaulonia y del buen Gatolio de Zapinonia, que le viene á V. el zape de abolengo. ¿Quién diablos habia de creer que hubiese gatas princesas por el mundo?

PRÍNCIPE. (A Clariana.)

Perdona mi asombro, mujer ó fantasma que me estás hablando. Yo no sé lo que me pasa al verte, que, á pesar de esa extraña apariencia, late mi corazon de un modo desusado. Hay en tus ojos un dulcísimo brillo, que me recuerda el de otros, presentes siempre en mi memoria.

RATAPLAN.

Sí, los de la gata morronga de tu cocina, que te arañó un dia por robarte un trozo de merluza.

MIZINIA.

¡Cómo, señor escudero! ¿y os atreveis á hablar de ese modo irrespetuoso delante de la Princesa Clariana, convertida por el destino en reina y señora de todo el gatesco imperio? ¡Miembros de los gigantes invisibles que asistís en este palacio, castigad al deslenguado!

(Una zanca de gigante, cortada por el muslo, le da de puntapiés.)

RATAPLAN.

¡Ay... ay...! Éstas si que son patas que pueden derrengar á un elefante. ¡Ay... ay...! (Vase.)

ESCENA V.

Los mismos, ménos Rataplan.

CLARIANA.

La noble compasion que me habeis mostrado me da esperanza de poder volver á mi antigua forma... Perdonad que os lo confiese: desde aquel dia que os vi en vuestros jardines...

PRÍNCIPE.

¿Cómo? ¿Seriais vos la celestial aparicion que ando buscando por toda la tierra? ¿Es posible? ¡Pero ah! yo soy víctima de una fatal alucinacion: aquella era una doncella hermosísima, y vos... perdonad.

CLARIANA.

Acabad de decirlo: yo soy una gata.

PRÍNCIPE.

¡Señora, seais lo que fuereis, estoy á vuestras órdenes! Hablad, decidme el misterio que se encierra en todo lo que me está pasando.

CLARIANA.

Yo era la princesa heredera del imperio de Constantinopla. No tenía madre, y fuí educada por mi padre con tal mimo y regalo, que, por mi mal, llegué á ser la niña más consentida del mundo. Era caprichosa é iracunda, aún cuando en el fondo tenía un corazon bueno y sensible. Un dia, cuando contaba apénas diez años... perdonad... el llanto se agolpa á mis ojos... un dia, como os digo, paseaba yo por los alrededores de la córte, acompañada únicamente de esta doncella, que era la que se mostraba siempre más dispuesta á contentar todos mis caprichos, cuando descubrí una viejecita que venía hácia mí con paso lento y majestuoso. Lle-

vaba en la mano un ramo de hermosas y extrañas flores, las cuales me encantaron, y me avancé á arrebatárselas, llevada de mi genio impetuoso. « Deteneos, Princesa, me dijo: he cogido estas flores á fin de extraer su jugo y formar con él un bálsamo vivificador, que servirá para curar á mi pobre nieto, enfermo en los brazos de su madre. — Dádmelas », grité, poseida de soberbia al ver que se negaba á complacerme, y quiero quitarle el ramo á viva fuerza. La infeliz mujer se defiende respetuosamente; pone las flores sobre su pecho, las procura cubrir con sus descarnadas manos... Yo entónces, fuera de mí, viéndome contrariada por primera vez en mis caprichos, me lanzo sobre la pobre anciana y araño y muerdo sus manos, consiguiendo al fin apoderarme de las flores. Perdonad... el dolor y la vergüenza ahogan mi voz.

PRÍNCIPE.

Proseguid señora: vuestra accion fué sin duda indiscreta; pero ¿quién no la perdonaria á vuestra tierna edad?

CLARIANA.

No la perdonó por cierto la maga Lindora; porque ella era la viejecita. Al ver saltar la sangre de sus manos, se trasformó en una figura espantosa, y con voz de trueno me dijo: « Princesa Clariana, pues que muerdes y arañas como una gata, rostro y manos de gata tendrás hasta tanto que el arrepentimiento te convierta en apacible y mansa paloma. » Dijo, y al momento me sentí trasformada como veis, y trasportada, no sé cómo, con mi doncella, á este palacio encantado, habitado sólo por monstruos de semejante especie.

PRÍNCIPE.

¡ Desdichada princesa! ¡ Cuán caro pagasteis un momento de soberbia! Pero ¿esa maga feroz no ha tenido jamas compasion de vuestras penas?

CLARIANA.

Despues de largos años de estar sujeta á este espantoso martirio, Lindora se apiadó de mi arrepentimiento y de mis lágrimas. « Quiero (me dijo, apareciéndoseme) que el Príncipe de Armenia que es el más hermoso, valiente y discreto del mundo, se enamore de vos; y que de él y de vos dependa exclusivamente vuestro desencantamiento. Venid, añadió con imperio: recobrad, vos y vuestra doncella, como primicias de mi perdón, el uso de la palabra; y mostraos tal cual deberiais ser en vuestra florida juventud sobre la tierra.» Vos sabeis lo demas, Príncipe Fortunato: desde que os vi... permitid que calle lo que pasó en mi corazon.

PRÍNCIPE.

¡ Oh Princesa celestial! ¡ cuán feliz me haceis con esas palabras! Sí: yo os adoro con delirio: yo seré vuestro esposo, cualquiera que sea vuestra forma.

CLARIANA.

¿ Qué es lo que decis? Aún no sabeis los riesgos á que os exponeis amándome.

PRÍNCIPE.

Todos los desprecio, señora: sólo veo que padeceis y que de mí depende vuestra salvacion.

CLARIANA.

No, generoso Fortunato. Yo debo advertiros primero de todo lo que sé acerca de mi infausta suerte. La Reina de las hadas exige que mi esposo sea un príncipe sin tacha: vos lo sois sin duda alguna; pero perdonad... un pavor súbito se apodera de mi corazon. ¡ Si os faltase alguna condicion misteriosa!... ¡ Es inexorable su cólera! El cocodrilo de Lindora ha rugido hoy horrorosamente en las playas de esta isla. ¡ Quién sabe si os ha perdonado hasta aquí, para... ¡ Temblad por vuestra vida!

PRÍNCIPE.

No es el terror, señora, el medio de atajarme en mi camino. Esos peligros no hacen otra cosa que poner espuelas á mi amor. Pero razonemos friamente: ¿Cuál es esa ideal perfeccion que busca en mí Lindora? ¿En qué virtudes la hace consistir? Hablad: todo lo sabré arrostrar por vos.

CLARIANA.

Lo ignoro absolutamente. Esperad al ménos á que mi formidable protectora os signifique más claramente su beneplácito.

PRÍNCIPE.

¡Esperar todavía! ¿Esperar, despues de haber corrido el universo en vuestra busca? No, Princesa: sean cuales fueren las condiciones que exija Lindora, yo las acepto desde luego: mi amor desafía todos los peligros. Quiero libertaros, ó correr con vos una misma suerte.

CLARIANA.

¡Ah Príncipe noble y bondadoso! Reflexionad lo que vais á hacer. Yo no sé defenderme, porque os amo con frenesí. Huid de mí, dejadme con mi desgracia, y no os expongais á ser partícipe de ella. Horrenda cosa sería... ¡ah! no, ¡yo no puedo consentirlo!

PRÍNCIPE.

Oidme, Princesa. He de ser vuestro esposo á pesar del mundo entero. Tal vez Lindora quiera probar de ese modo mi amor, para ver si cede ante un peligro imaginario. No: os lo juro por mi honor y á la presencia de Dios, que nos escucha. Soy vuestro esposo; dadme vuestra mano.

CLARIANA.

No puedo resistir más: tomadla. (Se dan las manos, y suena un trueno ronco y prolongado. El Príncipe hace un estremecimiento: se mira las manos convertidas ya en garras de gato, se las lleva á la frente aterrado, y echa sobre su rostro la máscara que le trasforma completamente.)

PRÍNCIPE. (Con un grito salvaje.)

¡ Ah! (Cae en brazos de Clariana.)

CLARIANA.

¡ Desdichado Príncipe! se realizaron mis temores. Vuestro castigo ha sido quedar encantado bajo mi misma forma. ¡ Ay! Llorad todos conmigo, llorad tan horrible desventura.

(Música característica, coreada de maullidos plañideros; éntrase la Princesa con el Príncipe: desfile mímico de guardias, moviendo á compas el rabo.)

ACTO CUARTO.

Vestíbulo de la gruta de Lindora : arco de entrada al frente , cerrado por una verja de hierro : una galería practicable á cada lado de la escena : al fondo, país peñososo ; luz sombría , que entra por la verja.

ESCENA PRIMERA.

RATAPLAN.

Pero, señor, ¿qué infierno de maullidos fué el que oí yo despues de aquel trueno tan espantoso? Vengo siguiendo el eco, no sin el temor de que otra zanca de gigante acabe de fracturarme el espinazo, y... ¡Nada! Ni Príncipe ni Princesa encuentro por parte alguna. Solo he descubierto esa puerta, que parece ser la entrada principal de la señora maga; y cuando me acerco á ella, atraído por la claridad, me la veo cerrada con verjas de hierro del grueso de mi brazo... ¿Por qué no he de probar si puedo abrirla...? (Empuja la verja, y retrocede sacudiendo los dedos.) ¡Zambomba! ¡Estos hierros queman como ascuas! ¡Bien se conoce que estamos en los mismísimos infiernos! Héme aquí de nuevo cogido en la ratonera, y con los dedos chamuscados por añadidura... ¿Si será ésta alguna pesadilla? No, pues yo no estoy soñando. Oí muy distintamente gemir y llorar á la señora princesa-gata y á toda su corte de marramaquices; y bien entendí que debia de ser porque mi pobre amo no era el príncipe destinado para llevarse el tesoro de belleza, con garras y bigotes, que está encantado en este castillo. ¡Ay Príncipe el más generoso y valiente de la tierra! ¿Posible

será que no vuelva á verte? ¿Si habrá sido tanta tu desgracia, que estés ya convertido en gato, por tu maldito amor á una gata pizpireta? ¿Qué va á ser de mí, criado hace poco de todo un Príncipe de Armenia, y ahora ayuda de cámara de un gato...? ¿Si estaré yo trasformado tambien? ¿Si seré ya compañero de la señora Mizinia, hija del señor Zapinonio, sin que lo haya advertido? (Se tienta.) ¡Que no tuviera á mano un espejo para mirarme! (Sale un enano por un escotillon, trayendo un espejo de mano.) Gracias, señor mio: sois excesivamente amable: pido un espejo, y me lo traeis al momento. (Toma el espejo y se hunde el enano.) Veamos, en fin, lo que soy. (Va á mirarse en el espejo, y éste se transforma en un canastillo con una cria de gatitos dentro, que saca y enseña al público.) ¡Uf! todo se vuelve gatos en este castillo: hasta en los espejos hacen sus crías! ¡Vaya! no hay remedio: gato debo de ser yo tambien, aún cuando no lo conozca. Me alegro de no tener espejo en que mirarme, porque así podré permanecer más tiempo en mi incertidumbre. (Tira el canastillo. Aparecen dos espejos de gran tamaño en las paredes laterales del arco de entrada.) ¡Ah! está visto: es preciso que trague todo el veneno. No puedo moverme sin que alguno de esos espejos refleje mi imagen... ¡Valor, Rataplan! Voy á verme en este primero. (Aparece en él con cabeza de burro y largas orejas.) ¡Ah! soy más que gato: soy un burro. Sólo me falta rebuznar. (Se oye rebuznar.) ¡Ya no me falta! Pero, señor, ¿es posible? Yo me tiento, y no encuentro en mi persona trasformacion alguna. Quiero verme en el otro espejo. (Se mira, y aparece en forma de elefante, con larga trompa.) ¡Ah! ¡aquí soy un elefante, con una trompa más larga que el rabo de los guardias de la Princesa! ¿Qué soy yo? ¿Soy burro, soy elefante, soy gato ó soy Rataplan? Esto es para desesperar á cualquiera. Puños y zancas de gigantes, ¿para cuándo son las coces y las puñadas? Quiero que acabeis conmigo: venid á mis órdenes. (Aparecen brazos y zancas por distintas direcciones.) En este

palacio no se puede formar un deseo, sin que al momento se encuentre realizado. Señores gigantes, obedientes como doctrinos, perdonad: me equivoqué en mis órdenes: hacéd unas cuantas piruetas para mi entretenimiento, y retiraos á descansar. (Música: piruetas mímicas, en que toma tambien parte Rataplan; se retiran los brazos y zancas.) ¡Vaya unos bailarines de nuevo cuño que hay en el palacio de la princesa Clariana! Pero, bruto de mí, que veo que todo me obedece aquí como si fuese un soberano, y no me aprovecho de esta superioridad para salvarme! Hola, señores magos, genios, demonios, ó lo que quiera que seais, que teneis la consigna de servirme; abridme siquiera un par de puertas, para que pueda salir de aquí! (Se trasforman en puertas los dos espejos.) ¡Perfectamente! Adios, palacio de los encantos: adios, palacio que serías la mejor habitacion para una mujer con antojos. (Va á salir por una de las puertas, y ésta desaparece, huyendo hácia un lado.) ¡Qué es esto? Hasta ahora no habia visto puertas que corriesen como liebres. Pero á bien que las tengo á pares. (Va á entrar por la otra, y se eleva la puerta á la altura de su cabeza.) ¡Eso es! ¡Sube, sube, como si yo fuera elástico para poder seguir! (Sube la puerta hasta desaparecer.) ¡Pues, señor, esto es para desesperarse! ¡Genios ó demonios, abridme, aunque sea un agujero en la tierra, para que pueda salvarme!

ESCENA II.

RATAPLAN, MIZINIA, que sale por debajo de tierra.

MIZINIA.

Sí, hijo mio: yo te traigo tu salvacion. ¡Ven á mis brazos, cachorro!

RATAPLAN.

¡Arredro vayas, bruja infernal! húndete en el abismo, de donde has salido.

MIZINIA.

Ni tu voluntad ni tus maldiciones podrán cosa alguna contra los decretos del destino. Serás libre si consientes en ser mi esposo.

RATAPLAN.

¡Santos del cielo, yo marido de una dueña ingerta en gata...! Hablemos en razon, señora: ¿cuál es vuestro derecho para atraparme por esposo?

MIZINIA.

¿Mi derecho? ¿No te llamas Rataplan? pues bien: *Rata*, mi *plan* es que caigas entre mis uñas. ¿Cabe un derecho más claro, señor *Rata-plan*?

RATAPLAN.

¡Maldito sea mi nombre! ¡Que no me hubieran puesto Mata-gatos! Oid, señora: yo soy un criado leal, y no puedo entretenerme en amoríos mientras mi amo padece y necesita acaso mis servicios.

MIZINIA.

Te engañas, ángel mio: tu amo está ya resignado con su suerte, si bien el tránsito brusco de bípedo á colilargo le hizo prorumpir en maullidos lastimeros. No hace mucho que le vi en su gabinete, comiendo con la Princesa, enamorada y dengosa como siempre, unas rajitas de queso y un platito de cangrejos crudos.

RATAPLAN.

¿De cangrejos crudos?

MIZINIA.

Sí: ése es el alimento ordinario de nuestros príncipes hasta que se acostumbran al encantamiento. Nosotros, sus criados, nos pasamos ordinariamente con moscas y vencejos, y algun otro dia con ratones y cucarachas.

RATAPLAN.

¡Uf! ¡y yo, que llevo ya no sé cuántos días sin comer!

MIZINIA.

No te azores por eso, pichoncito mio. Si tú me amas, yo te dejaré lamer todos los días el plato de los príncipes. Ven á mis brazos: el amor va á hacer muy feliz nuestro encantamiento. ¿No es verdad, lucero mio? (Le coge una mano entre sus garras.)

RATAPLAN.

¡Ah! ¡suelta, suelta! ¡zape! ¡zape! Tus uñas se clavan en mis carnes y las desgarran. (Se suelta.) Gracias á Dios, que me veo libre. ¿Por dónde podré huir? Por allí, más que me abrase. (Va á huir por la verja. Elévase delante de ésta un catafalco que la cubre, y penetra en el teatro una comparsa de espectros: danza circular en derredor de Rataplan, al compas de la música de *requiem*. Un esqueleto, con guadaña en mano, le persigue despues solemnemente. Rataplan se arroja despavorido á los piés de Mizinia.)

RATAPLAN.

¡Misericordia!

MIZINIA.

Así te quiero yo, luz de mis ojos. ¿No te decia que nada podria tu voluntad contra los decretos del destino? ¿Prometes amarme eternamente?

RATAPLAN.

¡Oh! ¡sí! (¡Maldita sea tu estampa!)

MIZINIA.

¿Prometes ser mi esposo cuando, desencantada la Princesa, recobre yo con ella mi pristina forma?

RATAPLAN.

Te lo prometo. (Si llego á verme libre, ya te arreglaré yo con una buena tranca.)

MIZINIA.

Pues entónces levanta del suelo, gusanillo roedor de mi,

corazon.—Retiráos, visiones terroríficas. (Desaparecen: se hunde el catafalco.) Departamos ahora amorosamente sobre nuestra felicidad futura. ¿No es verdad que te parezco muy vieja y muy fea?

RATAPLAN.

¡Horrible!

MIZINIA. (Riendo.)

¡Picarillo! ¿Y si te dijera que no soy ni lo uno ni lo otro? Que yo era una moza frescota y mofletuda; y que para mayor castigo, sobre quedar en esta extraña forma, me condenó la reina de las hadas á ser dueña vejancona durante mi encantamiento? ¿Sonries con incredulidad...? ¡ah, bribon, bribon afortunado! (Suenan una bocina ronca y temerosa. Se abre la verja por sí misma.) ¡Silencio! Esta señal anuncia que la gran maga desembarca ahora mismo en la isla. Guárdate de salir por ahí. Sólo Lindora puede pisar sin riesgo esos umbrales. Escóndete donde no te vea: yo te buscaré despues.

RATAPLAN.

Pero ¿cómo?

MIZINIA.

Escóndete, te digo: yo tengo que correr al lado de la Princesa. Adios. (Vase.)

ESCENA III.

GENIOS ALADOS: LINDORA despues, entrando todos por la verja abierta en el centro: RATAPLAN, escondido en una de las galerías.

LINDORA.

Está bien, genios alados que formais mi corte: sois dulces y benévolos, y quiero oír bondadosa vuestros ruegos. Yo ahorro á la Princesa la vergüenza de parecer ante vosotros, que sois severamente hermosos como la belleza unida

á la virtud, bajo la ridícula forma en que se encuentra. Hebé, (A uno de los genios.) encantadora personificación de la juventud, devuelve á Clariana por unos breves momentos su celestial belleza, y dila que se me presente. (Vase el genio por la galería contraria á la en que se ocultó Rataplan.) ¡Ah príncipe Fortunato! ¿Quién hubiera creído que tú, tan generoso y tan valiente, habías de haber procedido con tal irreflexión, que me obligases también á castigarte? (Mirándose las manos.) Pero ¿qué es lo que veo? El brillante de mi anillo de reina de las hadas se ha empañado súbitamente. Esta señal me advierte que algun profano está escondido no lejos de aquí. ¡Genios que poseéis la vista del lince, registrad al momento esta estancia!

(Dos genios registran, y sacan á Rataplan.)

ESCENA IV.

DICHOS y RATAPLAN.

RATAPLAN.

¡Perdon, señora, perdon! Vos sois tan hermosa como feos todos los avechuchos de esta mazmorra; y os estaba contemplando respetuosamente.

LINDORA.

Basta de adulaciones. ¿Quién eres? ¿Cómo te has introducido aquí?

RATAPLAN.

Soy... en este momento, no sé lo que soy... vos me podréis decir si soy gato, perro, escarabajo ó rinoceronte.

LINDORA.

¡Miserable, respóndeme al momento, ó teme mi cólera!

RATAPLAN.

Pues bien, señora: yo era criado del príncipe Fortunato:

tengo ley al pan que cómo... (Maldito si he probado bocado desde hace un siglo.)

LINDORA.

Acaba.

RATAPLAN.

Y como S. A. se ha convertido en micho, estoy á su lado, por si le sirvo para atusarle los bigotes.

LINDORA.

Quiero creer lo que dices, y que sólo un sentimiento de lealtad te ha hecho entrar en la gruta. Está bien. Pues eres tan fiel para tu amo, te convertiré en el emblema de la lealtad. Serás perro.

RATAPLAN.

¡Perro yo, Virgen del Tremedal! Permitidme, señora: ¿cómo quereis que viva un perro entre tantos gatos?

LINDORA.

Pues no te agrada esa trasformacion, saldrás al momento de la isla. ¡Hola, ministros ordinarios de mi justicia! Encomendad al gran cocodrilo que guarda sus costas la conduccion de este criado al punto de donde haya venido. Que no lo devore sino en caso de resistencia.

RATAPLAN.

¡Un cocodrilo!... ¡Señora!

LINDORA.

Basta. Ejecutad al punto mis órdenes.

(Salen zancas de gigantes, que le echan á puntapiés.)

RATAPLAN.

¡Ay... ay! Estaba de Dios que yo habia de salir de aquí llevando rota la curcusilla... ¡Ay, ay!

ESCENA V.

Dichos, ménos Rataplan: CLARIANA, conducida por HEBÉ.

LINDORA.

Acercáos, Princesa: vengo á participaros mis últimos decretos.

CLARIANA.

¡Ah, señora! ¿Por qué me devolveis esta hermosura, dote fugaz, que no basta para satisfacer las aspiraciones de mi corazón? ¡Piedad, señora, piedad para Fortunato! ¿Cuál es su culpa para el rudo castigo que le habeis impuesto?

LINDORA.

¿Cuál es su culpa, me preguntais? ¿Quién le habia autorizado para disponer así de su mano? El Rey, su padre, le envió á buscar una mujer misteriosa; pero le impuso la obligacion de que le llevara noticias de ella, para saber si era digna de ser su esposa. ¿Cómo ha cumplido el Príncipe este encargo paternal? Os ve, y loco y ciego, os entrega su mano y queda ligado eternamente.

CLARIANA.

¡Ah! ¡Vos lo acabais de decir: el amor es su excusa: perdonadle!

LINDORA.

¡Perdonarle! ¿Puede acaso Fortunato quejarse de mi justicia? ¿No leyó mis decretos ántes de entrar en la gruta? ¿No le intimasteis vos misma que esperase á que yo le significára mi beneplácito? No es posible, Clariana; tanta indiscrecion no merece disculpa. ¿Cómo ha de ser el que la comete el príncipe sin tacha que yo os buscaba para esposo? Harto benigna ha sido mi sentencia: acordáos de otras más terribles, de que ha sido teatro esta gruta: acordáos del horrendo castigo impuesto al burlador Lindabridis!

CLARIANA.

¡ Ah, señora !

LINDORA.

Sí : rogad al cielo que paren ahí las imperfecciones de Fortunato. El encantamiento para la indiscrecion , la muerte para el delito. Soy la reina de las hadas, y como tal , estoy encargada de dar al mundo en cada siglo un príncipe y una princesa perfectos. ¡ Cuántos pasan sin que yo pueda desempeñar el tutelar ministerio que me ha confiado el destino ! ¡ Cuántos pasarían si no reprimiese severísimamente los desmanes á que en su loca juventud suelen entregarse los hijos de los reyes ! En cuanto á vos...

CLARIANA.

No os ocupeis de mí, señora : ocupáos solamente de Fortunato. ¿ Es tan grande su falta, que no merezca misericordia ? ¿ Hay tanto mal en que un príncipe ceda fácilmente á los encantos del amor ?

LINDORA.

¡ Pues que ! ¿ el que ha de sentarse un dia en el trono no está obligado á tener valor más que contra los leones ? El príncipe cabal y perfecto ha de ser tambien valiente contra sus pasiones. Concluyamos, Princesa. Oid los decretos del destino inexorable : mitigaré cuanto me es dado el rigor de vuestra suerte, unida ya irrevocablemente á la de Fortunato, permitiéndoos á vos sola que discurrais libremente por toda la isla, de la cual os nombro desde hoy soberana : pero tanto vos como el Príncipe permaneceréis transformados, acaso para siempre.

CLARIANA.

¡ Para siempre ! ¡ Ah, señora ! Yo renuncio á vuestros favores : aquí está el Príncipe generoso que se sacrificó por mi amor, aquí quiero vivir con él eternamente.

LINDORA.

Aplaudo vuestras palabras. Hé ahí el feliz resultado de mis castigos. La niña arañadora de ancianas está ya convertida en una esposa modelo de ternura y de heroísmo; pero no basta que vos...

ESCENA VI.

Dichos y BRILLADORO, por la verja.

BRILLADORO.

Señora, en este momento acaban de participarme los vigilantes del castillo que el mago Brancaforte, montado en su dragon alado, ha descendido sobre la isla. Dadme vuestras órdenes.

LINDORA.

Ciérrense al momento las entradas de la gruta: coronen sus peñascos los monstruos y gigantes que la guardan; y rechazad todos á ese mago audaz, que viene á sorprender nuestros secretos.

BRILLADORO.

No es ésa, al parecer, la intencion de Brancaforte. Sumiso y cortés, ha preguntado por la sábia Lindora, solicitando sólo el honor de saludarla. Viene vestido en humilde traje de peregrino, y no le acompaña fuerza ni aparato alguno.

LINDORA.

¡Respiro! Brancaforte es amigo y protector del rey de Armenia... Está bien: decidle que me espere en el bosque de mirtos. (Vase Brilladoro.) Quiero recibirle á la luz del sol, y ostentar ante él todo el esplendor de mi corte. Retiráos, Princesa. (Se va ésta.) Genios que me acompañais, venid más hermosos que nunca, á deslumbrarle con vuestras gracias.

ESCENA VII.

LAS MISMAS Y BRILLADORO.

BRILLADORO.

¡ Ah, señora ! ¡ traicion ! La sumision de Brancaforte no era más que una infame astucia. El inofensivo peregrino trae consigo el poderoso báculo del protomago Rustan, que adormece instantáneamente cuanto toca. Mis gigantes, que se le acercaron confiados, yacen tendidos en un sueño profundo. El mago se aproxima; y yo, que pude notar á tiempo lo que pasaba, vengo á advertiroslo sin dilacion.

LINDORA.

Corre, Brilladoro: separa inmediatamente á los príncipes: llévate á Fortunato al bosque más oculto de la isla, y esconde á Clariana en los últimos subterráneos de la gruta. Tu cabeza me responde de la ejecucion de estas órdenes.—Escucha: reúne ántes á los monstruos de la guardia interior, que aún quedan libres del encanto; y diles que estén prontos á mi voz. Vosotros, genios, marchad con él: éste va á ser un duelo á muerte, que no debeis presenciar.

(Vanse con Brilladoro por la galería por donde salió Clariana.)

ESCENA VIII.

LINDORA, BRANCAFORTE, entrando por el frente: viene en traje de peregrino, con báculo.

BRANCAFORTE.

Ya lo veis, señora: vuestros gigantes no bastan para impedirme el paso. Entro en vuestro palacio como si fuera en el mio propio.

LINDORA.

Sois descortés en demasía, y sobre descortés, presuntuoso. Hablad. ¿ Qué buscáis en esta gruta ?

BRANCAFORTE.

No lo podeis dudar : busco al príncipe Fortunato.

LINDORA.

Fortunato está legítimamente en mi poder, por su casamiento con Clariana.

BRANCAFORTE.

Lo presumia, y por eso os lo reclamaba cortésmente. Traigo conmigo el báculo de Rustan; pero no quisiera faltar en lo más mínimo al respeto que me inspira vuestro sexo.

LINDORA.

El poder de vuestro rey no alcanzará jamas á humillar la altivez de la reina de las hadas. Si quereis la lucha, lucharemos. ¡Hola, guardias de la Princesa! Acudid. (Salen los gatos.) No os acerqueis. El báculo de Rustan, que trae en la mano, adormecería instantáneamente vuestras fuerzas. (Se colocan los gatos en fila, al lado contrario de Brancaforte.) Yo sola estoy aquí libre de la influencia de su contacto.

BRANCAFORTE.

¿Y ése es el ejército con que pensais detenerme? No: el báculo de Rustan, que entorpece cuanto toca, y que, hiriendo la tierra, la hace brotar monstruos, no será empleado por mí contra tal especie de alimañas. Voy á presentaros campeones dignos de luchar con ellas.—¡Avestruces de las orillas del mar Caspio, que más de una vez habeis obedecido mi voz sobre las cimas del Cáucaso, encargáos de combatir á los vestiglos de Lindora! (Hiere la tierra con su báculo, y salen, aleteando, avestruces de largo cuello, que se forman en fila al lado contrario de los gatos. ¡Acometed! ¡Dispersadlos!

(Escenas mímicas con música adecuada. Los avestruces acometen á picotazos á los gatos: éstos se defienden, cubriéndose con sus escudos; pero se desordenan al fin, y huyen. Los avestruces los persiguen, cruzando el teatro en distintas direcciones. Desaparecen todos, por último, de la escena.)

BRANCAFORTE.

Ya lo veis, señora : vuestros monstruos huyen despavoridos. Entregadme al Príncipe.

LINDORA.

Me encontrais desarmada sobre la tierra , y no me es dado resistiros. Mi anillo, ennegrecido desde que os presentasteis, me advierte que nada puedo contra vos por este momento. Pero, pues sois el vencedor, completad por vos mismo vuestro triunfo. Buscad á Fortunato.

BRANCAFORTE.

Os entiendo. Confiais en que no me será fácil encontrarle en los tortuosos laberintos de vuestro palacio. Pero viene conmigo toda la magia de Rustan. ¡ Gruta sombría de Lindora, muéstrate diáfana á mis ojos : conviértete en un palacio de cristal ! (Se vuelve trasparente todo el teatro.) Ya lo veis señora : nada puede resistirme. (Mirando adentro.) Pero ¿ cómo ? El Príncipe no está dentro de la gruta. ¿ Habéis tenido tiempo de alejarle ? ... Fortunato, Fortunato, venid á mi conjuro donde quiera que os encontreis. ¡ Venid en nombre de Rustan !

LINDORA.

¡ Soy perdida !

BRANCAFORTE. (Mirando adentro por la verja.)

Ya vuelve en su propia forma. — Aquí, Fortunato, aquí está vuestro libertador.

ESCENA IX.

LOS MISMOS. — EL PRÍNCIPE, que sale por la verja.

PRÍNCIPE.

¡ Brancaforte ! ¡ generoso amigo mio ! (Le abraza.)

LINDORA.

¿Dónde podría ocultar la vergüenza de mi derrota? (Se cubre el rostro y queda á un lado.)

BRANCAFORTE.

Príncipe, ni un momento de dilacion: mi poder está tasado. Salgamos.

PRÍNCIPE.

¿Y Clariana? ¿Qué es de la Princesa?

BRANCAFORTE.

Olvidáos de todo, y partamos. Salváos vos, por el cielo, y despues...

PRÍNCIPE.

¿Partir y abandonarla? ¡jamás! (Mirando adentro por un lado.) Allí la descubro á traves de las rocas transparentes. (A voces.) Princesa, venid, venid... Pero ¿qué veo?... Los monstruos que la rodean intentan detenerla... corro á morir ó á salvarla.

ESCENA X.

DICHOS, ménos el Príncipe.

BRANCAFORTE.

¡Príncipe, detenéos!— Todo es inútil contra el impulso de su amor. (Mirando adentro.) Fortunato lucha para salvar á Clariana. Los monstruos de Lindora se centuplican... Pero ¿qué es lo que siento? Las violentas sacudidas del báculo de Rustan me advierten que mi poder vá á acabar dentro de breves instantes. No hay que perder tiempo. (Mirando otra vez adentro.) ¡Venid, desdichado Príncipe: venid con Clariana á mi último y supremo conjuro!... Por aquí... por aquí... acelerad el paso... No os detengais ahora hablando de vuestro amor... ¡Fortunato, por piedad! ¡La dilacion de un solo momento puede ser vuestra ruina! Venid... venid... Ya se acercan...

Ya llegan. ¡Gracias al cielo, que me permite salvarlos! (Suena la campana chinesca con rápidos y vibrantes golpes. Vuela el báculo de manos de Brancaforte. Aparecen de nuevo los avestruces, y se hunden por donde salieron. La gruta pierde su transparencia.) ¡Ah! ¡Todo está perdido!

LINDORA.

¿Qué es lo que veo? ¡Vuestro báculo ha desaparecido: la tierra traga vuestros monstruos: todos vuestros encantos se desvanecen: mi anillo recobra súbitamente su brillo!... ¡Ah! soy todavía la reina de las hadas. (Mirando y como leyendo en el anillo.) Rustan os confió su báculo sólo por una hora, único plazo por que el destino le ha permitido desprenderse de él; y ese tiempo ha pasado ya. ¡Victoria! Ahora no sois más que un simple mortal. Ni aún podeis usar delante de mí de vuestras artes ordinarias. Genios que formais mi corte, volved á mi lado: venid á presenciar el triunfo de vuestra reina. (Salen los genios.) Apoderaos del orgulloso que ha querido desafiar mi poder; y para mayor vergüenza suya, encadenadle con vuestros lazos de flores, y dejadle que vaya á referir por todas partes su vencimiento.

(Le encadenan los genios.)

BRANCAFORTE.

Triunfasteis al fin, ¡oh reina de las hadas! Abandonado por Rustan, vuestro poder es superior al mio; pero no siento mi humillacion, siento sólo la suerte de esos príncipes desventurados... Genios benéficos que rodeais á Lindora, genios ménos inflexibles que ella, yo os suplico que procureis aplacarla. ¡Adios, Príncipe infeliz! ¡Adios, Princesa desdichada!

(Se lo llevan dos genios: así que parte, los restantes se arrodillan delante de Lindora.)

ESCENA XI.

Los mismos, ménos Brancaforte.

LINDORA.

¿Qué es lo que haceis? ¿Las palabras de ese mago astuto han logrado conmoveros? ¿Me pedis gracia para los príncipes! ¿Ah! no : no es posible. Aún cuando el destino inexorable lo consintiese, jamás cedería Lindora ante la insolencia de Brancaforte. Vosotros sois la bondad : yo soy el poder y la justicia. Alzad. (Se levantan.) Partamos : inundad estas regiones de armonía al despediros de ellas. Abridme paso desde aquí entre destellos de luz y flores ; y refleje momentáneamente un rayo de mi gloria bajo estas bóvedas sombrías.

(Trasfórmase en un vergel aéreo, visto en lontananza, el fondo que se descubre más allá de la verja. Ráfagas de luz : marcha triunfal : ballet rápido de genios, que parten de dos en dos, saludando graciosamente á Lindora. Al partir los últimos, toca la música piano.)

LINDORA.

Lóbrega mansion de las expiaciones, vuelve de nuevo á tu antiguo silencio, á tu soledad eterna y pavorosa. (Éntrase : música triste, que se apaga lentamente : se oscurece gradualmente el teatro. Aparecen los príncipes trasformados, van á dirigirse á la verja, y se cierra con estruendo : ellos se arrodillan suplicantes : oscuridad completa ; cesa la música.)

ESCENA XII.

EL PRÍNCIPE, CLARIANA.

CLARIANA. (Levantándose.)

Levantáos, Príncipe. Lindora será siempre inexorable. Seguidme. Roguemos al cielo que nos otorgue como gracia la muerte, para que encuentren término nuestras desdichas.

ACTO QUINTO.

Jardines del rey de Armenia, con vistas al mar.

ESCENA PRIMERA.

REY, NEODEMO.

REY.

Mi dolor no me deja descansar un momento, y sólo encuentro algun alivio en la soledad de estas playas que rodean los jardines de mi palacio. Ha pasado ya un año desde que el Príncipe, mi hijo, salió en busca de esa mujer cuyo fatal amor no podia dominar; y desde entónces nada he vuelto á saber de él.

NEODEMO.

No desesperéis, señor: el cielo habrá protegido siempre á un príncipe tan virtuoso. El cielo os le devolverá, y le devolverá tambien á ese pueblo leal, que llora con vos su ausencia. Ahora mismo se dirige la multitud al templo á implorar la clemencia divina, para que cese la triste incertidumbre que hoy reina sobre la suerte del Príncipe. (Música religiosa dentro.) Oid, señor, sus cánticos.

REY.

¡Oigalos benigno el cielo! ¡Dichoso el Príncipe, que así ha sabido conciliarse el amor de su pueblo! ¡Desventurado yo, que sufro tales tormentos! Para colmo de mi dolor, el sabio Brancaforte, mi poderoso y leal amigo, me ha abandonado tambien; pues se me presenta rara vez, por más que le lla-

mo, diciéndome que no quiere volver á verme hasta tanto que logre averiguar el paradero del Príncipe. ¡Ah, infeliz hijo mio! ¿Adónde estás, que no respondes al cariñoso llamamiento de tu padre? ¡Quizá te he perdido para siempre! Ese amor insensato que te consumía habrá causado tal vez tu desgracia.

NEODEMO.

¿Y quién os dice, señor, que vuestros tristes presentimientos no sean una ilusion del amor paternal? ¿Qué extraña es la tardanza del Príncipe, si se ha dirigido á las apartadas regiones del Sur ó del Atlántico? Medios os sobran todavía para averiguar su paradero. Ya mi celo ha hecho partir á todos los correos de vuestra corte en su busca. España, Italia, Grecia, Europa entera va á ser recorrida por mensajeros fieles, que os traerán al cabo noticias de vuestro hijo. Vuestra escuadra está surta en el puerto, esperando sólo vuestras órdenes para cruzar todos los mares: dad la señal, y vuestros buques más veleros surcarán sin dilacion las olas.

REY.

¿En qué se detienen, Neodemo? salgan al punto, y tráiganme á mi hijo.

NEODEMO.

Pues bien, señor: entretened vuestro dolor con la justa esperanza de que muy pronto lograréis abrazarle. — Urca *Flecha*, que igualas en velocidad al águila cuando se lanza sobre su presa: deja el puerto, surca los mares, y navega por toda la extension del Mediterráneo, en busca del príncipe Fortunato. (Sale un buque pequeño y atraviesa el mar.) Carabela *Perla*, que llevas este nombre porque eres la perla de las carabelas: tiende tus velas, y dirígete á los mares del Norte, en busca del hijo de tu rey. (Sale un buque mayor y cruza el mar.) Navío apellidado *Leviatan*, porque eres el monstruo de los

mares, mueve tu enorme mole y busca sin descanso al Príncipe por los apartados mares de Occidente.

(Sale un gran navío y cruza el mar.)

REY.

Id todos en buen hora, buques y correos. Dios os guie, y haga que volvais pronto, trayéndome noticias que consuelen las penas de mi corazón... Pero ¿me engaño?... ¿No ves aquellos puntos negros que se dibujan fatídicos sobre el azul de las ondas?... ¡es una escuadra pavorosamente enlutada! (Aparecen varias naves con velas y gallardetes enteramente negros, al compás de una música lúgubre. Las primeras pasan, las dos últimas quedan á la vista.) ¡Ah! ¿Qué anuncian esas lúgubres naves? ¡Mi hijo, sí, mi hijo!... tal vez me envía su cuerpo inanimado algún piadoso soberano. ¡Cielos, para esto habeis guardado mi triste vida!... ¡Yo sucumbo al dolor!

ESCENA II.

LOS MISMOS y UN GUARDIA.

GUARDIA.

Señor, los embajadores del emperador de Constantinopla arriban en este momento al puerto, preguntando por el príncipe Fortunato. Informados de su ausencia, piden vénia para exponeros su mensaje.

REY.

Haced que entren al momento.

ESCENA III.

REY, NEODEMO, EMBAJADORES, de rigoroso luto, con gorros cónicos, y numerosa comparsa en el mismo traje; todos saludan, inclinándose profundamente.

EMBAJADOR 1.º

Sabio y poderoso Candhor, gran rey de Armenia: el atri-

bulado Artemidoro, emperador de Oriente, te saluda afectuoso y se recomienda á tu benevolencia. Oye benigno su mensaje; y el cielo te otorgue tanta prosperidad y dicha, cuanta es su afliccion y desventura.

REY.

Exponed vuestro mensaje, cortés embajador. El rey de Armenia está dispuesto á oíros benignamente.

EMBAJADOR 1.^o

Há largos años que la princesa Clariana, poderosa heredera del imperio de Constantinopla, desapareció súbitamente de la corte, con una de sus doncellas. Era tan tierna su edad, que su ausencia no pudo achacarse á otra causa que á algun capricho infantil; porque la Princesa, si bien era discreta y hermosísima, habia sido criada con excesivo regalo y condescendencia. Buscóla solícito su padre por todo el reino, pero en vano. Llorósela, pues, por muerta; y el desventurado Artemidoro, que vió perdida, con su hija, toda su delicia y esperanza, mandó á su corte vestir desde entónces de rigoroso luto, y que se cubriesen tambien con negros crespones sus banderas, sus palacios y sus escuadras.

REY.

¡Desdichado Artemidoro! Comprendo perfectamente los extremos de su dolor. Proseguid.

EMBAJADOR 1.^o

Despues de mucho tiempo de esta funesta aventura, y cuando Artemidoro, anciano ya y acabado por sus penas, esperaba resignado la muerte, alivio radical de todos los males de los hombres, una mujer peregrina, descendiente por línea recta de Ocreas, hermano de la gran sibila del Hesponto; una mujer, como digo, de la raza de esas famosas adivinas que sondean el porvenir, y le anuncian im-

pasibles á los pueblos y á los reyes, pasó casualmente por su córte en peregrinacion para Roma, donde iba en busca de los libros de la gran sibila de Cúmas. Artemidoro la recibió con todo el cortés agasajo debido á la sabiduría; y la inspirada profetisa, sabedora de su desgracia, describió círculos, midió los astros, hojeó libros; y con asombro de toda la córte, prorumpió en el siguiente oráculo: «No llores, emperador de Oriente: tu hija vive: Lindora, reina de las hadas, la tiene encantada en sus alcázares, de donde sólo podrá sacarla el príncipe más perfecto de la tierra. Ese príncipe será Fortunato de Armenia, si, como es valiente y generoso, es tambien...»

REY.

¡Acabad!

EMBAJADOR 1.º

La sibila no acabó su oráculo: poseida del fuego de la inspiracion, prorumpió en frases incoherentes, y siguió rápidamente su viaje para Italia. Hé aquí ¡oh rey! la causa de nuestra peregrinacion. Artemidoro te pide la mano de tu hijo, y envia en dote para la Princesa esas dos naves (señala á las dos que habrán quedado en el mar), cargadas desde el tope hasta la quilla de finísimo oro y riquísima pedrería. Aún quiere hacer más, en el exceso de su amor. (Toma una bandeja cubierta, de manos de sus acompañantes.) Toma, señor: aquí tienes su corona imperial: él la renuncia gustoso en Clariana y en tu hijo; y yo les saludo desde ahora como emperadores de Constantinopla. ¿No me respondes, señor?

REY.

¡Ah! ¡mal puedo responderos, cuando yo mismo no sé en estos momentos cuál sea el paradero de mi hijo!

EMBAJADOR 1.º

¡Cómo! ¿Qué es lo que oigo?

REY.

Retiráos á descansar, discretos embajadores de otro rey desventurado. Yo acepto las propuestas de Artemidoro, y cumpliré sus deseos si los hados contrarios no me lo prohíben.—Neodemo, instrúyelos de nuestras desdichas, y hospédalos con todo amor y regalo en mi propio palacio.

(Vanse con el mismo ceremonioso saludo.)

ESCENA IV.

REY, solo.

¿Puede darse un cúmulo mayor de dudas y de tormentos? ¡Mar, espumoso mar, tú, que probablemente sabes la suerte de mi hijo, devuélvelo á mi amor! (Pausa.) ¡Nada! Tus olas se suceden y mueren á mis plantas, siempre inquietas, siempre majestuosas, pero siempre también mudas sobre el destino de Fortunato. (Mirando fijamente al mar.) ¿Es acaso una ilusión? Del fondo cristalino de las aguas veo levantarse un monstruo espantoso: es como una montaña que viniese nadando sobre las ondas. Hacia aquí se acerca.

(Cruza el mar un cocodrilo monstruoso, que lleva á Rataplan entre los dientes.)

ESCENA V.

REY, y RATAPLAN, atravesando.

RATAPLAN.

¡Socorro, señor, socorro; que me come este cocodrilo!

ESCENA VI.

REY.

Ésa es la voz de Rataplan, uno de los criados que partieron con mi hijo. ¡Hola, pescadores y lanchas de mi corte, al

mar! Perseguid á ese monstruo marino, y traed al hombre que lleva entre sus dientes.

ESCENA VII.

RATAPLAN, REY.

RATAPLAN.

Aquí estoy á tus piés, señor, gracias á que á ese animalito se le antojó soltarme en esta playa; que si no, ¡buena cuenta hubieran dado sus dientes de tus pescadores y de tus lanchas!

REY.

Habla pronto, Rataplan, háblame de mi hijo: ¿dónde está? ¿qué es de él?

RATAPLAN.

Pregúntaselo á la maga Lindora, que es una señora que tiene á sus órdenes unas princesas que parecen gatas, y unas patas de gigante que arriman los más soberbios puntillones del mundo.

REY.

Deja esas necias burlas, si no quieres provocar mi enojo. Contéstame sin dilación: ¿dónde está Fortunato?

RATAPLAN.

¿Fortunato? Ya no hay Fortunato por el mundo. Tu hijo se ha convertido en don *Miau*, *Miau*, esposo de doña Zapaquilda, ama de la doncella Mizinia, hija de doña Miaulonia y de don Gatolio de Zapinonia.

REY.

¿Cómo? ¿qué es lo que dices?

RATAPLAN.

La pura verdad, señor. Desde la antesala adonde me depositó la punta del zapato de cierto gigante, barrendero, al

parecer, del estrado de S. A., oí de repente un concierto de lamentos gatunos. Voy buscando la pista á los michos, y tropiezo manos á boca con la señora Mizinia, quien me ofreció el escoger ratones ó cucarachas para desayuno; y por fin y remate de gatescas aventuras, otra punta de zapato de otro gigante me arreó otro puntapié, que me lanzó como pelota al aire; y sin saber cómo ni cuándo, vine á caer en la boca de ese pececito que has visto por tus propios ojos. Allí, á guisa de raton cogido por el gato, he hecho mi travesía, molido, magullado y estrujado; pero con la fortuna de que, sin rematarme del todo, se haya dignado el monstruo ponerme, al fin, de patitas en medio de tus jardines, y zambullirse otra vez en las aguas. ¡Oh, maldita sea la maga Lindora y todos los magos del mundo, incluso tu amigote y compinche el señor Brancaforte!

(Sale Brancaforte por debajo de tierra.)

ESCENA VIII.

DICHOS y BRANCAFORTE.

BRANCAFORTE.

¡Insolente! ¿qué estás diciendo?

RATAPLAN.

¡Señor, perdon! ¡No me volvais á enviar, por Dios, á los dientes del cocodrilo!

BRANCAFORTE.

No: serán las garras de la lechuza Chupalonia las que se encarguen de castigarte.—Lechuza gigantesca, en que suelo cabalgar durante mis expediciones nocturnas, preséntate á mis órdenes.

(Aparece la lechuza con las alas extendidas.)

RATAPLAN.

¡Ay, qué pajarraco tan feo! Estos magos tienen á su servicio toda la historia natural. ¡Perdon, señor!

BRANCAFORTE.

Demasiado suave va á ser tu castigo.—Chupalonia, coge en tus garras á ese criado gloton y hablador, y llévale, sin despedazarlo, donde quiera que esté Mizinia, para que sus uñas se encarguen de hacerle cumplir sus promesas.

(Agarra la lechuza á Rataplan y se lo lleva.)

RATAPLAN.

¡Ay, ay, que me llevan los diablos!

ESCENA IX.

DICHOS, ménos Rataplan.

BRANCAFORTE.

Todo lo que has oído es cierto, rey de Armenia. Tu hijo está encantado en poder de la reina de las hadas, por haberse casado en mal hora con la princesa Clariana.

REY.

¡Cómo! ¿Será posible?

BRANCAFORTE.

Favorecido por Rustan, he sostenido con Lindora un duelo á muerte. El gran rey de los magos ha intervenido al fin en nuestra querella, y hemos pactado treguas por su mandado; pero, por más que he hecho, no he podido conseguir que Lindora consienta en el desencantamiento de Fortunato. Todo lo que he logrado de ella ha sido que me permita traer conmigo al Príncipe y á la Princesa, y que vivan ambos en tu propio palacio, bajo la repugnante forma en que hoy se encuentran.

REY.

¿Qué es lo que oigo?... ¿Con que, mi hijo... pero ¿ese horrible encantamiento...

BRANCAFORTE.

Sí: en verdad es horrible que dos príncipes jóvenes hayan de quedar en tan triste situación, acaso para siempre.

REY.

¡Brancaforte!

BRANCAFORTE.

¡Sí, rey de Armenia! Lindora asegura que el desencantamiento de ambos no depende ya de su propia voluntad, ni de la de los príncipes.

REY.

¡Ah, sabio y poderoso amigo mio! Toma todas mis riquezas, ofrece á esa maga mi propia corona, si la desea; y haz que cese el encanto de mi hijo.

BRANCAFORTE.

Todo será en vano. Lindora es incorruptible. Yo sé hacerla justicia, por más que tu amistad me haya obligado á luchar con ella. Ó el destino hace que se cumpla alguna condicion misteriosa á la cual haya quedado ligada su suerte, ó Fortunato y Clariana seguirán perpétuamente trasformados.

REY.

¡Ah, desdichado hijo mio! pero ¿dónde está?... quiero verle... quiero oir de sus labios su triste aventura.

BRANCAFORTE.

¿De sus labios? El Príncipe no tiene voz humana, como no sea para lanzar suspiros pavorosos. Clariana la posee, porque, despues de un largo encantamiento, sus desgracias la han hecho la princesa más apacible y virtuosa de la tierra. Si fuera una mujer, sería digna de ser tu hija.

REY.

Tráeme al momento á Fortunato : quiero ver tambien á esa princesa malaventurada.

BRANCAFORTE.

Voy á complacerte. Hé ahí la servidumbre de tu hijo.

ESCENA X.

Los MISMOS.—RATAPLAN y MIZINIA, traídos por cuatro negros, y encerrados en una jaula, que dejan en el centro del teatro.

RATAPLAN.

¡Zape, gata feroz! ¡Tus uñas se clavan en mis narices! ¡suéltame por piedad!

MIZINIA.

Así te quiero yo, rendidito y amoroso, esposo mio. Pues Chupalonia te ha traído á mi poder, ya no te escaparás de mis garras.

RATAPLAN.

No me sueltes, esposa inexorable, pero no me arañes ni mordisques. Yo me entrego á tu voluntad: estoy materialmente muerto entre tus uñas y las de aquella maldita lechuza.

MIZINIA.

Me gusta verte tan razonable, amor mio: ven, duerme tranquilo en mi regazo.

BRANCAFORTE.

¡Valor, rey poderoso! Ahí vienen los príncipes. Mira el triste estado á que se hallan reducidos.

ESCENA XI.

DICHOS. — Los PRÍNCIPES, traídos por cuatro negros en dos sillas de manos con cortinillas. Los negros dejan cada silla á un lado del teatro y se retiran.

BRANCAFORTE. (Descubriendo por un lado la cortinilla de una de las sillas de manos.)

Ése es tu hijo.

REY.

¡Hijo mio! ¿Es posible que te vea de tal modo? Háblame. ¿Qué debo hacer para salvarte?

PRÍNCIPE. (Con eco pavoroso.)

¡Ay!!

REY.

¡Espantosa trasformacion! ¿qué es lo que me quieres decir con ese suspiro tan pavoroso? ¡Habrá en el mundo padre más desgraciado!

BRANCAFORTE.

Calmáos, señor. Preguntad á Clariana, que tiene el uso de la voz, aún cuando, absorta en su profundo dolor, apenas quiere hablar desde la desgracia del Príncipe.

REY. (Descorriendo la cortinilla.)

¡Ah, Princesa, hablad! interpretad vos el triste lenguaje de mi hijo. Yo os lo ruego: respondedme, hija mia.

CLARIANA.

¡Oh Dios! ¡me habeis llamado hija! esa dulce palabra me ha sacado del estupor en que estaba sumida. ¿Qué quereis, señor? Sin duda será la salvacion de vuestro hijo. Pues bien: id en mi nombre, y ofreced mi vida por su rescate.

REY.

¡Señora! ¿Qué decis?

CLARIANA.

Sí: no me arrepiento. Proponédsele á Lindora. ¡Ojalá consienta en que vuelva el Príncipe á su antiguo estado, á costa de que yo quede trasformada eternamente!

REY.

¡Ah, Princesa generosa! ¡Vos sois digna del Príncipe, á quien tanto amais! Pero ¿qué debo hacer para desencantaros? ¿Qué es lo que me decias hace poco, hijo mio, con ese eco tan doloroso, que me atravesaba el corazón?

PRÍNCIPE. (Con el mismo tono que ántes.)

¡Ay! ¡Ay!

CLARIANA.

¡Ah, señor! os pide perdon porque, en su insensato amor, se atrevió á unir su suerte con la mia, tan desdichada.

REY.

¡Oh! ¡me pides perdon, hijo mio! Yo te lo concedo: yo recibo tambien, cualquiera que sea su forma, á esta generosa princesa por mi hija. Sí: yo os perdono, y bendigo vuestro matrimonio.

(Las sillas de manos vuelan ó se hunden, lo mismo que la jaula. Aparecen los príncipes en su propia forma, vestidos de gala, y Mizinia jóven y elegante.)

PRÍNCIPE.

¡Padre mio!

CLARIANA.

¡Señor!

REY.

¡Hijos! venid á mis brazos.

BRANCAFORTE.

¡Ah! ésta era sin duda la condicion que exigia la siempre justa Lindora. ¡Lóado sea el cielo, que permite su pronto cumplimiento!

MIZINIA.

Y bien, señor Rataplan, ¿quereis ahora darme vuestra mano?

RATAPLAN.

Con mil amores, señora ex-gata. Mizinias como tú encuentran fácilmente Zapinonios.

ESCENA XII.

LOS MISMOS.—EMBAJADORES.

EMBAJADOR 1.^o

¿Será verdad ¡oh Rey! lo que nos dicen? ¡Ah, sí!...
(A Clariana.) Os reconocemos sin vacilar. ¡Vos sois la princesa Clariana! ¡Salve, emperatriz de Constantinopla!

(Se arrodillan.)

CLARIANA.

¡Cómo! ¿qué decis? ¿seré tan desgraciada, que no pueda abrazar otra vez á mi padre? Levantad : sepa yo...

REY.

Serenáos, señora. Artemidoro vive, y consiente tambien en vuestro enlace. Hijos míos, quiero que ahora mismo se ratifiquen vuestras bodas. Brancaforte, leal amigo mio... El placer me corta la voz.

BRANCAFORTE.

¡Padre, hijos dichosos, recibid mi parabien! Fuera esos lutos, embajadores y bajeles de Artemidoro. (Desaparecen los lutos, y quedan de gala los embajadores: las dos naves que habia en el mar se empavesan.) Partid ahora á Constantinopla. Acompañadles, Neodemo: mi poder os asegura un viaje rápido y feliz.

(Vanse los embajadores con Neodemo, y vuelve á pasar la escuadra, toda empavesada, al són de alegres músicas.)

ESCENA XIII.

Dichos, ménos los embajadores y Neodemo.

BRANCAFORTE. (A los príncipes.)

Venid ahora conmigo al templo del Amor. Yo quiero solemnizar vuestra ventura siendo el padrino de vuestras bodas.

(Mutacion. — Mansion fantástica de Lindora. Aparece ésta sobre un trono, rodeada de genios.)

ESCENA XIV.

LOS MISMOS. — LINDORA, GENIOS, NINFAS, etc., etc.

LINDORA.

Eso me toca á mí, que he hecho de estos príncipes los dos más cumplidos de la tierra. No se llega á la perfeccion sino á costa de grandes sacrificios. Sabio y leal Brancaforte, olvidemos por completo nuestra rivalidad: tomad asiento á mi lado. Poderoso y felicísimo rey de Armenia, príncipes, dechado de toda virtud y hermosura, colocáos junto á mi trono. (Se sientan en las gradas: los demas actores se colocan á los lados.) Llegó al fin el momento de vuestro triunfo. ¡Felices los pueblos cuyos destinos vais á regir! Gozad ahora de vuestra ventura y sed dichosos eternamente.

(Música: baile fantástico.)

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

PÁG.

DEDICATORIA. 5

POESÍAS SAGRADAS.

Nombres de Dios. 9

La Eucaristía. 13

Á la Virgen de las Angustias. 19

POESÍAS MORALES.

Amor sin sentidos. 23

El cementerio violado. 31

La santa y la pecadora. 33

Á Miss 36

La perla en el fango. 37

Á Julia. 38

Improvisacion. 41

POESÍAS POLÍTICAS.

Perfidia y venganza. 45

El Abrazo de Vergara. 50

Á la reina D.^a Isabel, en la declaracion de su mayoria. 53

El Gran Capitan á D.^a Isabel II. 59

Á la Serma. Sra. Infanta D.^a Maria Luisa Fernanda. 63

Á D.^a Mariana Pineda. 69

Fábula monárquica. 72

Octava en las fiestas reales de Granada. 74

ORIENTALES.

Profecía morisca. 77

Huriz. 85

Á Leila. 89

Deseo africano. 91

Al Eunuco. 93

LÍRICAS.

Noche melancólica.	97
Amor y caridad.	103
La corte y la aldea.	106
El gatito de Luisa.	112
Flor misteriosa.	115
Un suspiro.	117
Angel dormido.	118
Serenata.	120
Á la mano de Lucinda.	122
Vivacidad simpática.	123
Á la cuesta de Yátor.	126
Epístola caballeresca.	128
La Pulga.	131

SONETOS.

Á la restitución á su sepulcro de los restos de Gonzalo Fernandez de Córdova.	137
Al Cid.	138
Al eminente y fecundo poeta D. José Zorrilla.	139
Á la muerte de D. José Vicente Alonso.	140
Al Excmo. Sr. D. José Nicolas de Azara.	141
Corazon vacío.	142
Corazon que rebosa.	143
Mi ambicion.	144
Altivez y amor.	145
Amor y misterio.	146

EPIGRAMAS.

El Santo Oficio.	149
La boca de Elisa.	149
Á unos grajos.	150
En el album de D. ^a Dolores Arraez de Lledó.	150

OBRAS DRAMÁTICAS.

Fray Luis de Leon.	151
El bastardo de Monteflor.	265
Aija, sultana de Granada.	299
O'Donnell y Muley Abbas.	355
Lindora, reina de las hadas.	379

CORRECCIONES.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
13	12	colocado :	colocado ;
40	7	¿Ni qué rayo	¿Qué rayo no
46	8	é imprevisto	imprevisto
Id.	15	Abridlo pues,	Abridlo , sí,
65	6	Ya	La
89	7	se muestra	no se muestra
103	18	Cruza	Cruja
107	12	¡ah garzon oficioso!	á garzon oficioso ,
108	17	del	de
116	5	se	si
127	12	efectos	afectos
141	19	es <i>don Diego de Mendoza</i> ,	á <i>Mendoza</i> se parece,
Id.	20	rival	es rival
145	2	altiva	activa
180	11	cobarde?	cobarde ,
Id.	12	¿Al de	Al de
259	25	dispuesto :	dispuesto
272	16	Córdoba	Córdoba!
278	10	digo	oigo
297	6	le	la
299	2	cinco	cuatro
302	15	Eu	En
306	20	que en	que
327	3	sedicioos	sediciosos
333	14	escucha	escuche
Id.	24	amigos:	amigo :
334	8	nuestro.	nuestro!
337	18	á la lid	de la lid
348	11	destino. ¡Oh!	destino , ¡oh!
Id.	21	desarma	desarmar
433	31	Lindabridis!	de Lindabridis!

